

# Fundación Juan Vives Suriá

## REMEMBRANZAS DE UN GUERRILLERO DE LOS AÑOS SESENTA



**DETENIDO QUE VOMITA SANGRE POR TORTURAS SIGUE DESAPARECIDO**

**Extrañado del País Freddy Muñoz Y 3 Estudiantes Universitarios**

El ex Presidente de la Federación de Centros de la U.C.V. dijo que se reuniría con su esposa en el Sur de Francia

Malquetia, 1º (Especial). se dio en in-  
Aerpuerto Internacional de Maquetia. Allí abordaron el avión de la Air France en vuelo 212 que los llevaría a París. Freddy Muñoz permaneció detenido cuatro años en el Cuartel de San Carlos. En prisión, conoció a Melly Zambrano, a quien le hizo comunistas la pena por el delito de haber sido un activista. Muñoz y Rincón Valverde

**Continúa sin Aparecer el Detenido Que Vomitaba Sangre por las Torturas**

Expulsaron a familiares disidentes que se reunieron en Nariño

Como toda la región sufría la escasez, en el momento de la detención de Vargas Medina, se le dio un tratamiento de urgencia en el Hospital de la U.C.V. Med...  
Pelayo  
A AL NETE  
muerte  
gritó de Alvin  
El trabajo en vigor  
se sigue los me-  
algunos días re-  
fuerza a una cas-  
anda en pueblo  
de la zona y el

El ex presidente de la Federación de Centros de la U.C.V. dijo que se reuniría con su esposa en el Sur de Francia

Continúa sin Aparecer el Detenido Que Vomitaba Sangre por las Torturas

Expulsaron a familiares disidentes que se reunieron en Nariño

Como toda la región sufría la escasez, en el momento de la detención de Vargas Medina, se le dio un tratamiento de urgencia en el Hospital de la U.C.V. Med...  
Pelayo  
A AL NETE  
muerte  
gritó de Alvin  
El trabajo en vigor  
se sigue los me-  
algunos días re-  
fuerza a una cas-  
anda en pueblo  
de la zona y el

## Humberto Vargas Medina



# Fundación Juan Vives Suriá

## REMEMBRANZAS DE UN GUERRILLERO DE LOS AÑOS SESENTA



### Extrañado del País Freddy Muñoz Y 3 Estudiantes Universitarios

El ex Presidente de la Federación de Centros de la UCV dijo que se reuniría con su esposa en el Sur de Francia

**Malquetia, 1<sup>a</sup> (Especial).** Anunciándose a la Ley de Comutación de Penas por el ex Presidente de la Federación de Centros Universitarios de la Universidad Central de Venezuela, Freddy Muñoz y los estudiantes Oscar Augusto Vargas Medina, José Pascual y Héctor Valverde...

**Aeropuerto Internacional de Malquetia.** Allí abordaron el avión de la Air France, en vuelo 212, que los llevaría a París. Freddy Muñoz permanecerá dentro de cuatro años en el Cuartel de San Carlos. En prisión, continuó instrumentando con la también detenida Nelly Zambrano, a quien él ha conmutado la pena por el delito de ser Presidente de la...



**Continúa sin Aparecer el Detenido Que Vomitaba Sangre por las Torturas**

Esperanza a familiares, diciendo que se encuentra en Maracay y dice que está en Trujillo.

**Pelayo**

**A MI NETE**

me quisiera ir con mi familia a vivir en el extranjero pero me lo impide el trabajo en el país...

**Continúa sin Aparecer el Detenido Que Vomitaba Sangre por las Torturas**

Esperanza a familiares, diciendo que se encuentra en Maracay y dice que está en Trujillo.

# Humberto Vargas Medina

© Humberto Vargas Medina  
© Defensoría del Pueblo de la República Bolivariana de Venezuela, 2013  
**Cuarta edición, 2013**

Gabriela del Mar Ramírez  
Defensora del Pueblo

Sede principal:  
Centro Financiero Latino, pisos 26, 27, 28 y 29  
Av. Urdaneta. Caracas.  
0212 5053078. 5053074

Correo electrónico: [denuncias@defensoria.gob.ve](mailto:denuncias@defensoria.gob.ve)  
Página web: <http://www.defensoria.gob.ve>

[coordinaciondepublicaciones@defensoria.gob.ve](mailto:coordinaciondepublicaciones@defensoria.gob.ve)

Carolina Brito  
Coordinadora de Publicaciones.

Michael Mata  
Diseño y diagramación

Humberto Vargas  
Editor

Depósito Legal: If92420133232493  
ISBN: ISBN: 978-980-6648-35-7

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Dichoso aquel que tiene una historia que contar...



**A mis hijos Livia y Leonardo,  
a mi nieto Aquiles,  
a Esmeralda, la madre de mis hijos ,  
quien con su amor, en entrega  
y solidaridad plena, supo acompañarme  
en momentos difíciles de mi vida.**

**Al resto de mis hermanos. A Yolanda, mi esposa y compañera,  
depositaria y crítica de cada letra escrita, que supo darme el amor  
y la tranquilidad necesarias  
para que este esfuerzo se haya culminado.**

**A todos los caídos en la lucha  
por la liberación nacional y el socialismo**

**Honor y Gloria**



## Agradecimientos

---

Para los revolucionarios con los cuales compartí momentos imborrables en la guerrilla venezolana, Rafael Yépez (Régulo), Carlos Mejías (Germán), Cándido López (Alcides), el Coronel del ejército cubano, combatiente internacionalista Sergio Vega (Mochila), mis hermanos César, Chela, Rafael (Ramiro), Juancito (Careguante) y Sol Vargas Medina, quienes contribuyeron a muchas de las narraciones aquí expresadas. A Rodrigo Lucena quien gentilmente me envió desde México las fotos de la revista Sucesos, y en especial a Albert Reverón por su desinteresada solidaridad, *la cual hizo posible esta publicación*. Vaya para ellos mi eterno agradecimiento.



## Comentarios a la segunda edición

---

Remembranzas de un guerrillero de los años sesenta (2010). se intitula el libro en el que Humberto Vargas Medina, nos relata sus vivencias en la lucha armada. Con la calidad del testimonio de quien participó activamente en el proceso de liberación de Venezuela muestra para información y divulgación los avatares que sufrieron por llevar adelante los ideales del verdadero socialismo. Caminos difíciles de recorrer, vidas truncadas, desaciertos internos entre los movimientos participantes, delaciones y traiciones son algunas de las situaciones que relata Vargas Medina en su libro.

Proveniente de una familia militante, el autor se incorpora a muy temprana edad a la guerrilla que para entonces buscaba acabar con los gobiernos pusilánimes y títeres que se sucedieron luego de la caída del General Pérez Jiménez. Víctima de persecuciones en la época de la dictadura, su familia se entrega de lleno a la lucha clandestina y provee a los ideales libertarios a casi todos sus miembros.

Durante los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni se viven en el país momentos muy aciagos. Todo ciudadano que se atreviera a disentir, era catalogado de ñángara; y por lo tanto, perseguido para reducirlo a prisión o a la muerte. La situación política de entonces y la presencia del imperialismo norteamericano en nuestro suelo, permitió el surgimiento de un movimiento armado que luchó para devolver al pueblo el poder heredado de nuestros libertadores.

Humberto Vargas Medina presenta estas crónicas que ilustran un periodo político muy duro para quienes adversaron al capitalismo. Su estadía en el Frente Guerrillero “José Leonardo Chirino” se nutre de anécdotas, sacrificios y esperanzas en procura de una revolución para llevar al pueblo las justas reivindicaciones que se merece. Para la historia, este libro tiene valor testimonial y por ende, representa la memoria de un grupo de camaradas que lucharon y se inmolaron por el bienestar de la patria. Los hechos ocurridos no son para recordarlos simplemente; olvidar representa claudicar ante el enemigo. ¡La lucha sigue! ¡Honor y gloria a todos los caídos!

**José Gregorio González Márquez**

**17/09/2011**

**APORREA**

...El libro de Humberto Vargas Medina tiene una gran virtud:

“Son narraciones escritas por quien las vivió...Con cuánta mística, con cuánto sentido de fraternidad, con cuánto sentido de renuncia a todo, incluyendo la vida. Para los que hemos vivido esto, hay muchas evocaciones: por eso hay que echar el cuento permanentemente”.

**Alí Rodríguez Araque.**

**19/11/2011.**

Auditorio del Ministerio del Poder Popular para la Energía Eléctrica

Recomiendo el libro de Humberto Vargas Medina “Remembranzas”... Su autor, combatiente de toda la vida, integrante de una familia que siempre luchó por la democracia, la libertad y el cambio social. La saga Vargas Medina—la leyenda de Chela, del Macho—en la vanguardia de la lucha contra Pérez Jiménez y en el movimiento popular durante el puntofijismo. El libro recuerda increíbles actos de valor; de lealtad a nobles ideales, luego traicionado por algunos. Es un testimonio vivo de los que nunca sucumbieron al pesimismo, que asumieron la derrota con dignidad. Que hoy siguen dando la batalla sin desmayar. Es en definitiva, según el autor, la lucha contra la desmemorización que omite o niega luchas heroicas de aquellas décadas de fuego...

**José Vicente Rangel**

**03/10/2011.**

Últimas Noticias, El Espejo

## Notas a la segunda edición de *Remembranzas de un guerrillero de los años sesenta*

---

Atrevemos a contar esta historia —borrada e ignorada de la memoria de nuestro pueblo— de la manera más sencilla y directa por parte de los que vivimos los años de la lucha armada revolucionaria en la década de los sesenta y posteriores con la intención de que sea conocida por las generaciones actuales y futuras, ha significado, tal vez, la razón fundamental de la buena acogida que ha tenido *Remembranzas...*

Después de transcurrir ocho meses de la primera presentación, el 11 de octubre del 2010 en el Platillo Protocolar del Teatro Teresa Carreño, *Remembranzas...* ha tenido un provechoso recorrido. Las peticiones de nuevas presentaciones y conversatorios no se hicieron esperar, y variados escenarios en diferentes lugares del país le dieron la bienvenida: la Guanipera en Coro, con la concurrencia de los consejos comunales de la ciudad; la Universidad Bolivariana de Venezuela (UBV) en Paraguaná, con sus estudiantes, profesores y trabajadores no docentes; la Parroquia Universitaria de la UCV, por invitación del Frente Cultural del Pedagógico; la sede de la Casa de los Trabajadores del Aeropuerto, en Maiquetía, estado Vargas; la Universidad Rómulo Gallegos y el Liceo Bolivariano de la Ciudadela Nicolás Hurtado Barrios, en Calabozo, con la también participación de estudiantes de la Misión Ribas; la clase de la profesora Livia Vargas González en la UBV de Los Chaguaramos sobre la realidad socio-política venezolana en el PIU; La Biblioteca Simón Rodríguez en la esquina El Conde; la sede de los Comuneros, con participación de habitantes de los barrios de la parroquia Antímano en Caracas. Y luego, con el apoyo del MENPET y PDVSA, incorporando a trabajadores petroleros, estudiantes y pobladores de las diferentes regiones, en Guaraguao-Puerto La Cruz, Teatro Luis Mariano Rivera en Cumaná, Teatro Municipal de Puerto Cabello, Instituto Museo de las Culturas de los Llanos, en Barinas. Todas estas presentaciones y encuentros fueron agotando los 3.000 libros impresos para la primera edición, sin que menguaran, por cierto, las múltiples solicitudes que aún hoy están pendientes. Esto obligó a la realización de una segunda edición.

*Remembranzas...* fue dando lugar, sin previo aviso y sin propuesta alguna, a la creación de un equipo que lo ha venido divulgando en cada

presentación o conversatorio: el poeta Rafael Rossell, mejor conocido en la guerrilla como Blas, Miqueas Figueroa, Ángel Suzzarini, Rubén López y Reinaldo Monasterios, lo han hecho suyo con alegría, como en una oportunidad lo afirmó Miqueas en una de las presentaciones, con esas palabras tan sencillas y profundas del saber popular, muy peculiares en él: “El libro de Humberto es para nosotros, como cuando le nace un hijo a una de las hermanas solteras... Todos tenemos que ver con él...”. Y así hemos hecho esta cruzada, y la seguiremos haciendo en esta nueva edición, para que la memoria histórica no se pierda, porque no hay historia que se enfrente al poder constituido y ponga en peligro su dominación, que no sea borrada o silenciada por los sectores dominantes. Sin memoria no hay esperanza.

Para esta nueva edición han sido incorporados nuevos elementos. En ella se han corregido los errores con los que salió publicada la primera, se han precisado más algunos acontecimientos y se han añadido otros que ayudan a conocer y a entender momentos claves de nuestra historia reciente. Gracias a Carlos Rey, Raúl Chirinos, y otros tantos que hicieron esta contribución, porque si algo tiene *Remembranzas...* es que refiere una época y no un protagonismo personal.

**El autor**

## Presentación<sup>1</sup>

---

Quedé sorprendido cuando mi viejo amigo Humberto Vargas Medina, compañero de armas y de lucha, me llamó para que escribiera sobre un libro que va a enviar a la imprenta. Acordamos que me lo enviaría, lo que no se hizo esperar, y muy pronto Enrique o Humberto Vargas Medina, que es la misma persona, me lo hizo llegar con una nota: “Blas, allí te envío los originales de mi libro; hazle la presentación”.

¡Qué agradable sorpresa! Y repetimos, ¡qué agradable sorpresa! Quedé realmente impresionado.

En nueve horas me leí todo el libro. ¡Qué vivencias! ¡Qué recuerdos! Sencillamente es una obra excepcional, un aporte extraordinario para la historia y para la vida.

Y qué bien le acuñaríamos el pensamiento de Marc Bloch, el militante francés caído en combate contra los ocupantes nazis: la historia es el pasado y el presente en función del futuro.

Como si fuera una película, Humberto va recordando sus vivencias de niño y de adolescente, cuando la Seguridad Nacional allanaba su casa en Prado de María, buscando a su hermana Chela, quien tuvo una participación muy destacada como integrante de la alianza cívico-militar-religiosa que derrocó a Pérez Jiménez.

También hace una referencia importantísima a los oficiales revolucionarios y patriotas que insurgen en Carúpano y Puerto Cabello.

Las remembranzas no son más que los recuerdos, y Humberto nos lleva a la guerrilla, a esa larga marcha que desde Falcón llega a Trujillo, a Portuguesa, a Barinas... Dolorosa e impactante la muerte de Eleazar Fabricio Aristiguieta (el Loco), Luis Fernando Vera Betancourt (Plutarco) y la de Félix Farías (Claudio), la de Nicolás Hurtado Barrios (Fernando) y Arcadio Martínez (el Sangre).

Y nadie mejor que Humberto para informarnos de la participación de los internacionalistas cubanos que vinieron a combatir a nuestro lado.

Esta obra pasa a formar parte de la ya extensa bibliografía sobre la lucha armada de los años sesenta: *Iracara de Cromañón*, *Memorias de un ñángara*, *Memorias de la guerrilla venezolana*, *Para que la memoria no se pierda de Rafael Rossell (Blas)*, *Yo el bandolero de Genaro*

*Guaithero, Vivencias de El Cabito, La Brigada 31, Entre la guasábara...*  
Aquí queda este libro, realmente excepcional, que nos da la oportunidad para recordar a todos nuestros camaradas caídos en combate por la liberación nacional y el socialismo. Todo muere, menos la Utopía.

**Rafael Rossell (Blas)**  
25/08/2010

---

<sup>1</sup> El mismo día en que fue escrita esta presentación, se cumplieron cuarenta y tres años del asesinato de Félix Farias (Claudio), Fernando Vera Betancourt (Plutarco) y Fabricio Aristigüieta (Loco Fabricio).

## Introducción

---

En el año 1970, estando preso en el Cuartel San Carlos, se me ocurrió la idea de escribir algo, y ese algo resultó ser un relato que titulé “La Marcha”. En él trataba de expresar, con la frescura del recuerdo por el poco tiempo transcurrido, momentos de mi participación en la lucha guerrillera rural en el Frente Guerrillero José Leonardo Chirino, por allá por los lados de los andes de Trujillo, a donde nos habíamos trasladado desde Yaracuy luego de la Conferencia Nacional Guerrillera en diciembre del año 66. Tenía para entonces dos años preso y veinticuatro años de edad.

Con las nuevas circunstancias políticas surgidas en Venezuela luego de la llegada de Chávez al gobierno, surgió en mí la necesidad de retomar aquel escrito, y, a partir de él, darle rienda suelta a mi memoria para que fuera narrando acontecimientos en los cuales había estado presente ya no solo de aquel episodio de los andes, si no desde la época de la dictadura de Pérez Jiménez hasta el momento en que caigo preso.

Pasaron cuarenta años. Los recuerdos habían perdido parte de la frescura, pero ahí estaban, empujando en la necesidad de que fueran contados, para que esa historia, vivida por aquellos jóvenes rebeldes que nos atrevimos a ir con nuestra pasión, nuestro entusiasmo, nuestro romanticismo, nuestra mística y nuestra entrega, construyendo sueños detrás de la utopía de un mundo nuevo, libre y mejor para todos, fuese conocida.

Los años sesenta marcaron la vida de nuestra generación. El planeta estaba encendido. El Mayo Francés sacudía Europa, la Revolución Cultural se daba en China, la Revolución Cubana estaba en pleno apogeo, Vietnam servía de ejemplo al mundo y las guerrillas estremecían a Latinoamérica.

Nuestra sociedad no escapaba a esa realidad y el piso social se movía en sus cimientos trayendo consigo la polarización entre las dos corrientes históricas que expresaban aquel momento: el socialismo y el capitalismo, y ese conflicto tuvo su manifestación en Venezuela con la lucha armada.

Por primera vez la izquierda revolucionaria liderizada por el Partido Comunista y el MIR, intentó tomar el poder y ser gobierno, enarbolando un

proyecto de transformación revolucionaria de la sociedad, con todas las consecuencias que trajo consigo, de represión, de cárcel, de campos de concentración, de torturas, desapariciones, traiciones y deserciones, pero también de firmeza, entrega, mística, valentía, hidalguía y heroísmo.

Imbuido y animado de la necesidad de darle rienda suelta a los cuentos, cada uno de los que participamos en esa contienda va ayudando a saber y a entender cómo sucedieron las cosas y el porqué de sus consecuencias para que la memoria histórica no se pierda. Y en ese sentido, todos, porque todos tenemos algo que contar, debemos participar en esa reconstrucción.

Si algo lograron los ideólogos y gobernantes del Pacto de Punto Fijo, fue borrarlos de la memoria de las generaciones que nos sucedieron a nosotros. Entre aquella generación y la de ahora existe un gran vacío. Nuestros jóvenes no conocen lo que pasó entonces, y apenas han pasado unos cuantos años, siendo esa contienda la más importante del siglo veinte, porque en ella se jugaba un cambio histórico, estructural, de soberanía, de independencia y de lucha por el socialismo.

Esa desmemorización la convalidan sectores y personalidades importantes que omiten y niegan esa época, algunos por ignorancia y otros por conveniencia, dando un salto entre la Guerra Federal y el 27 de Febrero y los acontecimientos posteriores, como si entre esos dos momentos no hubiese habido nada importante.

Como si el hoy no fuera consecuencia del ayer, de donde resume sabiduría y experiencia. Es que para entender lo que sucede hoy es necesario conocer lo de ayer, porque cuando los pueblos no conocen su historia son objeto fácil de dominación.

Mi memoria no era para no olvidar algunas cosas. Y apareció la fantasía, la obligada creatividad, mi subjetividad para darle forma sin quitarle la pureza de los hechos. Pero también estaban mis compañeros de lucha, combatientes que me ayudaron a recordar momentos en los cuales participamos juntos y a echarme los cuentos de aquellos pasajes de la lucha guerrillera, en los cuales no andábamos en el mismo grupo.

Y también estaban mis hermanos que, como familia, recorrieron y vivieron de manera protagónica todo ese proceso desde la dictadura de Pérez Jiménez hasta la contienda armada, estando siempre en el ojo del huracán.

Ahí les va este pequeño esfuerzo de echar el cuento de la experiencia vivida, como contribución a que aparezca en su plenitud lo que fue esa época, añadiendo un cuadrito más al gran mosaico de lo que todos debemos contar.

**Humberto Vargas Medina**



**Humberto Vargas Medina**

**REMEMBRANZAS...**

Ya desde los años cincuenta había sentido los rigores de la represión. Mi hermana Chela... siempre mi hermana Chela... Yo estaba pequeño, y de repente, los esbirros de la Seguridad Nacional, la policía política de la dictadura de Pérez Jiménez, entraban rompiendo colchones, registrando gavetas, tirando la ropa y los libros al suelo, y yo estaba asustado, porque yo era un carajito, que no sabía lo que estaba pasando.

— *¿Dónde está Chela Vargas!*

— *¿Y qué iba a saber yo dónde estaba mi hermana? Bien lejos debía estar. Ni pendeja que fuera para quedarse en la casa.*

Y yo los veía, registraban aquí, registraban allá. Y yo arrinconadito, viendo lo que hacían. A veces me pasaban por un lado y me preguntaban qué sabía de mi hermana.

—*Tú debes saber dónde está tu hermana carajito.*

Y ¿qué iba a saber dónde estaba? Y entonces se iban, y aquello quedaba como un reguero, y veía la cara de preocupación de mi papá, de mi mamá. Y mi hermana Diamora, quién también estaba pequeña, se orinó en la cama.

A mí se me quitó el sueño, no pude dormir más, y ¿cómo iba a hacerlo después de ese espectáculo visto en primera fila? Y me preguntaba:

—*¿Dónde estaría Chela, por qué la buscaban tanto?*

Por un lado me sentía orgulloso de mi hermana, pero por el otro me daba temor de que le fuera a pasar algo malo. Sentía, la palpaba, la olía, estaba en el aire la preocupación de mi mamá y de mi papá. Pero a ella no le va a pasar nada porque ella se sabe esconder.

Entonces amaneció, y ahora sí era verdad que tenía sueño. Como un sonámbulo tuve que ir a la escuela, tenía que caminar más de media hora para llegar. Ese día me puse la misma ropa. Tenía dos mudas. Cuando una se me ensuciaba, mi mamá –cuántas cosas hacen las mamás por uno– la lavaba a puño y la secaba a plancha. No teníamos lavadora.

Y llegué a la escuela y me senté en mi pupitre y, ¿qué le iba a estar poniendo atención a la clase?, mi mente perturbada por lo ocurrido traía como una película el recuerdo en el que mi hermana disfrazada, escondida detrás de unos lentes oscuros, una peluca que solo yo podía descubrir y confundida entre la multitud, me animaba con su presencia moviendo las manos disimuladamente para indicarme donde estaba. Representaba yo en ese momento, en un acto cultural de la Escuela Tomás Aguerrevere al *Payasito saltador*. Terminada la presentación me bajé de la improvisada y pequeña tarima y fui a buscarla. Salí a la calle todavía con el traje de payasito y la cara pintoreteada y la vi cuando me decía adiós desde un carro que arrancaba velozmente. Levanté levemente mi mano hasta la cintura, le dije adiós y me quedé observando hasta que desapareció de mi vista.

Agarré mi bulto. Mi mamá me daba real y medio para pagar el autobús, que costaba medio, y para la merienda; pero yo me iba caminando y así reunía para ir los domingos al cine Lincoln, aunque a veces me coleaba y así podía comerme un helado o tener para la cotufa.

Eso era una aventura, colearse en el cine era algo sabroso, era como lograr un triunfo. Gozábamos una bola coleándonos en el cine.

Con mis amigos de infancia, Rómulo, Carmelo, Atilio, Man, Cristian, Enriquito, nos colocábamos en sitios estratégicos, con velocidad les ganábamos el tiempo a los porteros y al encargado. Sin que se dieran cuenta, ya nosotros estábamos adentro. Cuando nos pescaban, nos sacaban; eso se repetía cada sábado o domingo. Era un juego que lo disfrutábamos mucho. Era un desafío y a mí me gustaban los desafíos.

A veces nos coleábamos en películas censura C, en las que solo podían entrar mayores de 18 años. Y esas sí eran buenas, porque veíamos mujeres desnudas y sexo. Y eso para nosotros, carajitos que no conocíamos ese mundo, era lo máximo. Y venían los comentarios de cómo hicieron el sexo, de esta artista si estaba buena, o si alguno de nosotros era cazado en plena faena de masturbación. Recuerdo al portero persiguiéndonos en la oscuridad del cine y la gente gritándole.

Humberto Vargas Medina

— *¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Agárralo! ¡Por allá va!*

Y cada quien se iba a su casa, y yo me iba a la mía, pero mi casa era distinta, porque a cada rato la estaba allanando la Seguridad Nacional y eso me hizo conocer lo que era la represión y lo que era la dictadura. Y de madrugada, como era su costumbre, se aparecieron de nuevo.

Mi hermano Héctor ya tenía el grado de Capitán del Ejército. Esa noche se quedó en la casa. A todos nos contentó su llegada. Yo le pedía la bendición, pues era la costumbre que al hermano mayor había que pedírsela.

— *Pídale la bendición a su hermano*—, decía mi mamá con orgullo.

Y yo obediente, se la pedía.

Él estaba destacado en el Cuartel Ambrosio Plaza, que era un cuartel de caballería, y competía en equitación montando a caballo. Era del equipo de equitación del Ejército y había representado a Venezuela en los Juegos Deportivos Bolivarianos allá por los años cincuenta.

Ese día no tenía guardia. Y esos carajos se presentaron. La ventana del cuarto donde yo dormía daba hacia la calle. Sentí cuando llegaron. La forma atropellada con que lo hicieron, los frenazos, cómo tiraron las puertas de las patrullas, me despertaron. Ya uno estaba condicionado para que eso pasara y eso hacía que se tuviera mucha sensibilidad ante cualquier anomalía.

Tocaron la puerta. La tocaron tan duro que casi la derrumban. Todos nos despertamos. Y mi hermano se asomó a la ventana y se dio cuenta que la Seguridad Nacional iba a allanar la casa. Se vistió rápidamente y tomó la pistola. Lo vi y lo observé tan resuelto y firme, que estaba dispuesto a todo. Sus compañeros militares le decían el “Macho”.

Abrió la puerta y pistola en mano les dijo a los agentes de la tenebrosa Seguridad Nacional que esa era la casa de un capitán del ejército, que no iban a entrar, que tendrían que matarlo. Desde la puerta, sin quitar la mirada a los policías, bloqueándola para que no pasaran, le dijo a mi padre con voz enérgica:

— *¡Llame al cuartel papá y comunique la novedad!*

Mi papá tomó el teléfono negro que estaba pegado a la pared, marcó en el disco cada uno de los números del cuartel y se comunicó. En la entrada del apartamento Héctor seguía discutiendo con los policías.

Mi mamá estaba con él. No los iba a dejar entrar. César y yo nos veíamos asombrados. Los radios de las patrullas estaban encendidos y transmitían a sus cuarteles. Seguramente se comunicaban con sus superiores. Todos estábamos tensos y en silencio esperando a ver qué pasaba. Yo, con las manos metidas entre las axilas para darles calor, temblaba, no sé si por el frío o por los nervios. Los dientes me tiritaban. No sabíamos dónde podía terminar todo esto. Pero ahí estaba mi hermano firme y resuelto. Eran de la Seguridad Nacional y por orden de Pedro Estrada buscaban a Chela, pero esta vez por lo de la huelga universitaria que los estudiantes habían librado el 21 de noviembre del año 57.

Se decía que mi hermana había dirigido esa huelga que retó a la dictadura pocos días antes del plebiscito del 2 de diciembre de ese año.

La llamada al cuartel había funcionado. Al poco rato llegaron varios carros militares llenos de soldados que rodearon a los policías que se pusieron nerviosos.

—*Aquí se va a prender el peo*—. Pensé, viendo con los ojos muy pelaos, los acontecimientos desde la ventana.

Los policías no hallaban qué hacer, se movían, hablaban y discutían. Los faros de los carros policiales pasaban su luz roja que giraba, por la fachada de los edificios y las casas. La situación que se vivía frente a mi casa era muy tensa. Toda la cuadra estaba llena de soldados y policías. Se oían los radios comunicando con sus cuarteles. Héctor había bajado y conversaba con el oficial que comandaba a los soldados y luego se acercaron a hablar con los policías. Asomado a la ventana pude ver cuando las patrullas policiales encendieron sus motores, empezaron a moverse y se fueron retirando. En la casa, como si hubiésemos ensayado, todos respiramos profundo.

No entraron. Los carajos se fueron. Esta vez no rompieron los colchones. No entendía mucho lo que estaba pasando, pero la vaina había estado jodía. Se sentía la angustia de mis padres preocupados por su muchacha. Mis hermanos mayores se habían ido de la casa. Solo quedábamos los más pequeños.

Los soldados se quedaron un rato más en la casa. Mi mamá les preparó café mientras conversaban con mi papá y con Héctor. Al rato el oficial que los comandaba ordenó la retirada y se fueron. Héctor se quedó y yo me sentí seguro y orgulloso de mi hermano. Algunos vecinos, los que se atrevían, empezaron a llegar a brindarnos solidaridad y la casa se

volvió a llenar de gente, pero esta vez no de soldados ni policías sino de vecinos y amigos.

La Seguridad Nacional era el sostén de la dictadura, una policía temida hasta por los militares que no se sentían seguros, ni con el mismo poder de antes. Y mi hermano, con esas bolas, no los había dejado entrar.

— *¡Esta es la casa de un capitán del ejército y no van a entrar!*

Esa voz y aquella imagen de aquel joven militar la he mantenido en el recuerdo. Cierro los ojos y la veo.

Mi casa siempre estaba vigilada.

— *En la esquina hay un esbirro mamá. Ese tipo no se mueve de allí.*

Sabía identificarlos, siempre estaban en flux oscuro y por sus movimientos los precisaba, además no eran de la zona. Los vecinos también estaban pendientes, siempre solidarios y nos avisaban cualquier movimiento raro.

Vivíamos en dos apartamentos del Banco Obrero en el Prado de María, cada uno de cuatro habitaciones, a donde habíamos llegado procedentes del estado Guárico, por allá por el año 1948. Quedaban en el mismo piso, uno al lado del otro. En uno dormían los varones, y en el otro, dormían mis padres y las hembras. Como yo era el más pequeño, dormía en el apartamento con mi papá, mi mamá y mis hermanas.

En Caracas, para la época, no había casi caraqueños. La mayoría de los habitantes procedían del interior del país, pues la aparición del petróleo había provocado la quiebra de la economía agraria y había producido grandes migraciones del campo a la ciudad. El café y el cacao ya no resolvían las necesidades, no eran la base de la economía. Las haciendas y los conucos fueron quebrando y la gente tuvo que irse a Caracas, a los campos petroleros y a la zona norte costera de la geografía nacional en busca de mejores condiciones de vida y de trabajo. El campo fue quedando solo y Caracas fue creciendo desordenadamente a pesar de los esfuerzos del maestro Villanueva. La población creció, pero los servicios públicos se quedaron rezagados y la gente se arregló como pudo y se transformó la Venezuela rural, convirtiéndose en un país de población mayoritariamente urbana que, en los años veinte, en plena aparición del petróleo, el ochenta por ciento (80%) vivía en el campo y solo el veinte (20%) en las ciudades. Para los años ochenta era completamente lo contrario, veinte (20%) rural y ochenta (80 %) urbana. La

zona norte costera se superpobló y el campo fue perdiendo población. La economía agraria fue dando paso a la economía petrolera y surgió en Venezuela el capitalismo dependiente. Las transnacionales y la oligarquía criolla se hicieron dueñas del patio y nuestras riquezas, petróleo y hierro se los llevaron con la complicidad del gobernante de turno, contribuyendo al desarrollo y crecimiento económico de las metrópolis de Europa y los Estados Unidos, mientras nosotros nos sumíamos en el subdesarrollo... y Alberto Adriani llamaba a sembrar el petróleo.

Y surgió la polémica en el gobierno y en los sectores dominantes por la escogencia de la ruta que debíamos seguir. Vicente Lecuna y Gumerindo Torres se enfrentaron en posiciones distintas sobre el rumbo del país.

La aparición del petróleo planteaba una nueva realidad. Mientras el primero sostenía que había que reevaluar el bolívar basado en las grandes entradas por concepto de renta petrolera, el segundo señalaba que lo correcto era devaluarlo para proteger nuestros productos, porque si no lo hacíamos no podrían competir con los productos importados y se produciría la quiebra de la economía agraria.

Las entradas por concepto petrolero, decía, debían ser invertidas en el campo, en la industrialización del agro. Triunfó la posición de Lecuna y nos convertimos en un país rentista, dependiente del chorro petrolero. No hubo siembra del petróleo y nuestro hidrocarburo y nuestro hierro se le entregó a precio de gallina flaca a las grandes transnacionales que saquearon al país y los burócratas enquistados en el aparato del Estado junto a un empresariado que chupaba también de esa teta, se apropiaron de esa renta generada por el privilegio de tener nuestro país, en el subsuelo, el excremento del diablo que bondadosamente la naturaleza nos lo daba gratis, quién sabe cuántos años tardó en formarlo, para que unos vivos lo convirtieran en mercancía y se enriquecieran.

Los nuevos amos del país, de la política y de la economía, se disputaron la administración de la renta petrolera porque ahí era donde estaban los grandes beneficios y las grandes fortunas, mientras el pueblo, que no tuvo acceso a esa renta, fue formando los grandes cinturones de miseria que dieron nacimiento a una gran marginalidad. El campesino, el conuquero, el peón de hacienda, se convirtieron en obrero o buhonoero o desempleado, porque la gente se vino del campo a la ciudad y se fueron formando los barrios con los orientales, los andinos, los llaneros,

los maracuchos, los del más remoto rincón. Y también Pérez Jiménez importó inmigración europea y llegaron los portugueses y los italianos que se unieron a los españoles que ya estaban y se formó una nueva mezcla que, con la nuestra, autóctona, mestiza, indígena y negra dio como resultado la aparición de las mujeres más bellas. El populismo se adueñó de la política y se desarrolló una importante clase media mediatizada por el consumismo e hipnotizada por los placeres del coloso del norte.

La clase obrera empezó a dar los primeros pasos y una burguesía parasitaria e importadora también apareció en el escenario, lo que daba inicio a los primeros enfrentamientos entre el capital y el trabajo, entre salario y ganancia. Y fue en el Zulia, en los campos petroleros de Cabiñas, Mene Grande y Lagunillas, donde el *mene* brotaba generoso, en que la incipiente e inexperta clase obrera venezolana se enfrentó a las grandes transnacionales petroleras imperiales de la Shell y la Standard Oil.

En junio de 1936 se da el primer forcejeo obrero patronal, que dura apenas 24 horas, pero el 9 de diciembre de ese mismo año, pocos días antes de la muerte de Juan Vicente Gómez, extendiéndose hasta enero de 1937, otro conflicto toma calor en contra de las condiciones infrahumanas en que vivían: sin agua potable, sin viviendas, con bajos salarios lo que da inicio a la huelga más importante sucedida en nuestro país. Se formaron los comités y la organización empezó a brotar. Los mechurrios se pararon y los balancines también, los pozos quedaron tranquilos sin que nadie los jurungara.

Ni gasoil, ni gasolina, ni tampoco kerosén. Los obreros en las entradas de los campos petroleros, con consignas y pancartas, paralizaron todo. Y la noticia corrió de boca en boca. Y los estudiantes, y los obreros, independientes y de otros sindicatos, y la solidaridad de nuestro pueblo se hizo presente en toda la geografía nacional con cualquier cosa, estando pendiente a todo lo largo de la lucha que libraban nuestros hermanos obreros petroleros, firmes, sudorosos, con su talla de gigantes, inexpertos aún, en aquella época donde las comunicaciones no estaban desarrolladas y radio bamba “hacía de las suyas”, regando información. Los hijos de los obreros eran cuidados en cada casa del pueblo.

La gente comentaba en cada esquina y cada rincón y colaboraba con comida, dinero etc., y así pudo la huelga mantenerse en lucha, y triunfar.

La oligarquía criolla, los burócratas, las transnacionales inglesas y grin-

gas y el gobierno testaferro de la época, se pusieron las manos en la cabeza y trataron por todos los medios de quebrarla, pero no pudieron, ni con represión, ni con amenazas, ni con botazones. Agua potable y 1 bolívar de aumento en el salario de 10 bolívares fueron las reivindicaciones conquistadas después de 47 días de la huelga que se sembró en la historia, para siempre, de las luchas del movimiento obrero venezolano, sobreviviendo a todos los intentos de la clase dominante de borrarla, ignorarla o silenciarla. Quedaba atrás la Venezuela rural, semifeudal y semicapitalista, para seguir avanzando en la nueva etapa de la Venezuela capitalista y dependiente.

Recuerdo cómo se formó el barrio Gran Colombia que quedaba frente a mi casa.

En el camino hacia el cerro, lo que sería después ese barrio, se decía que se había ahorcado un cura en una mata de trinitaria, y a nosotros, pequeños, nos daba miedo cruzar ese camino: ¡Nos podía salir el cura!

En el cerro donde se fundó el barrio había un tanque grande donde los muchachos nos bañábamos. Ya no volveríamos a hacerlo porque los muchedumbres que se desplazaron a Caracas habían invadido esos terrenos. De la mata de trinitaria no se volvió a hablar más y del cuento del cura ahorcado, tampoco.

Se empezaron a construir ranchos, en una lucha insistente y tenaz por el derecho a la vivienda, al techo, y llegaba la policía, que estaba vestida de caqui, a tumbarlos, peinilla en mano, y se armaba el corre y corre, en avances y retrocesos, y se escuchaban disparos y quedaban las tablas en el suelo que se volvían a recoger, era como una tierra arrasada. Y yo, desde el balcón de mi casa, como testigo privilegiado, veía cómo se producían los enfrentamientos.

Al día siguiente, cuando la policía se había alejado se volvía a invadir repitiendo la historia una y otra vez hasta que se consolidaba el barrio. La vaina no era fácil, porque algunos salían presos y golpeados, pero había que echarle bolas para lograr un techo. Eso sucedió igual en el barrio Los Sin Techo, en la zona de El Cementerio que era donde yo vivía. Allí construyó un rancho mi tío Norberto junto a Colombia, su compañera de toda la vida. Y entonces cayó Pérez Jiménez y esos barrios aprovecharon la inestabilidad reinante en el país para consolidarse y crear los cinturones de miseria que de noche, iluminados, parecen pesebres.

Y aquel primero de enero del 58 cuando los aviones sobrevolaron Caracas... se alzó Maracay. La aviación está alzada. Se alzó el cuartel Urdaneta. Y esa era la noticia que corría de boca en boca. Y yo veía a mi papá alegre y se oía el ruido de los aviones cuando surcaban haciendo piruetas en el cielo y la gente salía a la calle.

—*¡Abajo Pérez Jiménez!*—, gritaba uno que otro.

Y eso uno lo ha vivido, lo ha sentido y lo ha sufrido y se le va quedando cada acontecimiento grabado muy adentro.

El 31 de diciembre del año 1957 en mi casa no hubo abrazo de feliz año. Las luces apagadas, la casa estaba oscura. Mi mamá me había mandado a buscar con César. La situación estaba tan tensa y difícil para nosotros que nadie se acordó que los morochos César y Diamora cumplían años. Estaba en la esquina del edificio lanzando triquitraquis y saltapericos cuando llegó y me dijo:

Mi mamá te llama y quiere que subas a la casa.

—*Ya vengo*—, les dije a mis amigos.

Subí, entré a la casa y me acerqué al cuarto de mi mamá y la encontré acostada. Diamora estaba con ella. Se incorporó, me miró y sus ojos me transmitieron preocupación.

—*Siéntate a mi lado, que vamos a conversar. Tu hermano Héctor está preso, lo detuvieron hoy en el cuartel de San Juan de los Morros. No sabemos más nada de él, pero seguro mañana nos enteraremos. Entonces yo quiero, hijo, que te quedes con tu papá y conmigo en la casa. César, Diamora y Juancito también van a quedarse. Debemos estar juntos.*

Mis amigos me llamaron y no salí. Gritaban mi nombre. Aunque quería irme a jugar con los triquitraquis y las luces, a seguir la parranda y los aguinaldos y comer hallacas en casa de los vecinos, entendía a mi mamá y debía acompañarla. En la calle se oían las detonaciones y los gritos y las risas de los muchachos jugando y se veía el resplandor de los fuegos artificiales. Era la última noche del año.

Chela, por supuesto... quién sabe dónde estaría, pero en la casa nuestra no estaba. Mis otros hermanos mayores, tampoco. Ese día la casa estuvo más vigilada. La noche fue una noche larga, noche vieja y día nuevo.

Pero amaneció y el nuevo año entró con alegría. El estruendo ocasionado por el ruido de aviones militares que surcaban el cielo confirmaba el alzamiento militar de cuarteles y de la aviación en Maracay y del cuartel Urdaneta y otros cuarteles en Caracas contra la dictadura.

Las emisoras de radio tomadas en onda corta anunciaban el golpe de Estado. César pegado al radio se encargaba desde la madrugada de sintonizarlas. La esperanza y la alegría inundaron la casa. Recuerdo la alegría de mi papá y de los vecinos más cercanos. Todos los que nos encontrábamos en la casa salimos a la calle a vitorear el alzamiento. Había una alegría contagiosa cuando la gente empezó a salir de sus casas a respaldar el alzamiento.

Los comandantes Trejo y Martín Parada lideraban el golpe. La gente en Maracay y Caracas salió a la calle a celebrar... Pero la euforia y la alegría duró poco, el golpe había fracasado.

Se corrió la voz: el dictador no se va...

Poco a poco las calles empezaron a quedar solas. Las banderas enarboladas por pequeños y atrevidos grupos ya no estaban. El bullicio y la alegría que acabábamos de vivir se transformaron en silencio. El cielo se puso encapotado y la noche no tuvo estrellas. La luna no quiso brillar y no salió, escondió su pena detrás de una atmósfera nublada.

La voz seca y sin emoción del comandante Hugo Trejo desde Radio Maracay lo decía todo. Llamaba a la rendición a los reductos que quedaban de la insurgencia. Los militares alzados de la aviación encabezados por Martín Parada habían huido a Colombia en el avión presidencial. La llama insurgente se apagaba y la esperanza sucumbía a un nuevo momento.

Para nosotros, mi familia, significaba que mi hermano seguiría preso y su suerte era motivo de preocupación. Mi casa era un reflejo de lo que le pasaba al país. Todo era silencio y cada quien se encerró en su cuarto a vivir su tristeza. Los corrillos y comentarios aparecieron y se decían muchas cosas que podían pasar con los que permanecían en los calabozos de la dictadura.

En las conversaciones de los mayores se comentaba y se preguntaban el por qué los tanques del motoblindado del cuartel Urdaneta se fueron para Los Teques en dirección a Maracay y no para Miraflores que debió ser el objetivo.

—*Le quedaba cerquita y era la sede del gobierno*—, decía un amigo del barrio.

Pero ese hecho, uno sigue sin entenderlo. El avance debió ser a Miraflores. Sin embargo, el alzamiento del Cuartel Urdaneta con sus tanques junto al de Maracay con sus aviones, descubrió los pies de barro de aquel gobierno que parecía fuerte, que se fue derrumbando poco a poco. Las piezas del dominó fueron cayendo. El ministro del Interior Vallenilla Planchart, el “Platinado” Herrera y Pedro Estrada, el temible jefe de la Seguridad Nacional, el torturador, el asesino, ya no eran los todopoderosos ni los hombres fuertes del régimen. Tuvieron que irse del país por órdenes del dictador quien buscaba desesperadamente salida a la crisis. La tormenta bamboleaba el barco y tuvo que deshacerse de las primera ratas.

Los días siguientes fueron muy tensos. El patrullaje de la policía y los militares era manifiesto. Se veían por toda la ciudad. El descontento popular también estaba allí, presente: se sentía, se olía, era como si algo estuviera en ebullición silenciosa, que no se ve, pero se huele, se palpa. Se iniciaba el despertar, y mi casa... mi casa continuaba vigilada.

El 21 de enero era martes, ese día no fui a la escuela. En las calles, con Rómulo, mi amigo, caminé hacia la calle real de Prado de María. Pasamos por la iglesia, la iglesia donde fui bautizado, y seguimos hacia el Peaje. Por todo el recorrido, en la calle, tirados en el suelo, había volantes que llamaban a la huelga general contra la dictadura, al igual que las pintas en las paredes que, seguramente, hicieron durante la noche.

A las doce del día, atendiendo al llamado de la Junta Patriótica, se encendieron las luces de los carros y empezó el corneteo. Nos sentíamos emocionados. Caracas estaba en lucha, iluminando con las luces de los carros la esperanza de cada venezolano y danzando al compás de la música de las cornetas. La gente estaba en la calle, peleando. En la urbanización 2 de Diciembre había enfrentamientos armados, se hablaba de muertos. En el bloque 22 que era el sitio en donde se producían los más fuertes combates, los parroquianos lo bautizaron como el “Siete Macho” y así se quedó para siempre. En el liceo Fermín Toro y en el Andrés Bello los estudiantes manifestaban y la policía los reprimía. Rómulo y yo estábamos contentos por lo que estaba pasando, el pueblo se había alzado y eso nos contagiaba y de vez en cuando gritábamos:

—*¡Abajo la dictadura!*

Después de caminar por el barrio, decidimos regresar a nuestras casas, ya era tarde, no habíamos almorzado y la cosa estaba pelúa.

La presión militar, civil y popular seguía sacudiendo el barco de la dictadura. Pérez Jiménez ya no era conveniente para los Estados Unidos y la oligarquía criolla y empezaban a quitarle el respaldo. La osadía de crear la petroquímica, la siderúrgica, impulsando el capitalismo de Estado con algunos elementos de soberanía era inaceptable para los amos del norte. La propuesta que hizo Pérez Jiménez en la reunión de los presidentes del continente, de crear un fondo económico de desarrollo con el aporte de todos los países de América para impulsar las economías, preocupó al gobierno norteamericano. El presidente Eisenhower se opuso rotundamente y la propuesta no fue aprobada. A ningún presidente de los países del patio trasero norteamericano se le podía permitir semejantes atrevimientos. Al poderoso empresario Eugenio Mendoza, después de haber recibido los grandes favores en contratos que lo hicieron más rico, ya no le gustaba Pérez Jiménez.

En el barrio, como no había clases, en la tarde, luego de regresar a la casa y almorzar, preparamos una partida de pelota e' goma en el terreno que quedaba detrás de los bloques. Allí podíamos jugar con tranquilidad y seguros mientras Caracas estaba encendida.

Y jugamos hasta la nochecita Igor, Norberto, Cristian y Man contra Carmelo, Atilio, Rómulo y yo. Perdimos dos partidas y ganamos una. Sudado y lleno de tierra me dirigí a la casa, caminé por la esquina, mosca, volteando a todos lados y no vi ningún policía cerca, seguramente estaban acuartelados. Subí y mi mamá había preparado unas arepas con queso y café con leche y esa fue la cena. Le dije a mi mamá que no había visto a ningún esbirro.

Por la plaza Morelos un Mercedes Benz blanco circulaba lentamente con cinco estudiantes en su interior: Marcelo Ruiz, Emiro Pino, Jesús Carmona y mis hermanos Rafael y Roberto.

Una alcabala de la Seguridad Nacional obstruía la vía. Los policías con las armas en la mano les hicieron la señal de alto para que se pararan. Dentro del carro la tensión y la preocupación invadieron los rostros de los ocupantes. Se miraron. No tenían alternativa, no había escapatoria, tenían que pararse. Todos pensaron en la maleta del carro que estaba llena de propaganda llamando al pueblo a la huelga general y contra la dictadura. No era posible darse a la fuga. Era un suicidio hacerlo. Una patrulla atravesada en la vía, ocupada por los funcionarios policiales

con armamento dispuesto para actuar, solo dejaba un espacio para pasar. Se pararon y los bajaron del carro, los pegaron contra la pared con las manos arriba y las piernas abiertas y los registraron uno a uno. Mandaron a abrir la maleta. No hallaban qué hacer, estaban descubiertos, no podían obedecer la orden de abrirla.

Un silencio, una pausa, un descuido y... Roberto, Carmona y Emiro salieron corriendo. Rafael y Marcelo no lo aprovecharon y quedaron detenidos en el sitio. Los disparos empezaron a sonar contra los que se habían dado a la fuga. Roberto y Emiro eran detenidos más adelante y los traían a punta de planazos, mientras Carmona, atleta, corredor de cien metros planos en competencias deportivas nacionales, herido en una pierna logró fugarse ayudado por un médico que, por casualidad, venía pasando por otra calle donde no habían policías, lo subió a su carro y lo sacó de la zona.

Golpeados brutalmente, con los cuerpos lacerados fueron llevados a la cárcel Modelo de Caracas donde los metieron con los demás presos políticos. Allí les llegó el amanecer victorioso del 23 de enero.

La huelga general fue un éxito. Ese día no hubo trabajo. El pueblo respondió al llamado contra la dictadura. Se producía el despertar de los "cien años" enunciado en el poema de Neruda dedicado a nuestro Libertador y a la guerra civil española.

Los días siguieron transcurriendo y mi mamá, junto con Carmen Teresa, la esposa de mi hermano, mi cuñada, quien era una hermana más, fueron a visitar a Héctor que seguía preso en la cárcel Modelo. Durante la noche estuvieron preparando la comida en la cocina de kerosén que teníamos en la casa. El litro costaba una locha y daban cinco por un real. Lo comprábamos en la bodega del portugués Joao que quedaba en frente. Joao era ciclista y competía en eventos nacionales, siempre andaba con su bicicleta de carreras que estacionaba recostada de la pared en la entrada de la bodega.

La ropa que le llevarían a la cárcel la planchó Carmen Teresa mientras mi mamá cocinaba. El cuello y los puños de la camisa llevaban almidón y quedaban bien tiesos y planchaditos. Todo bien bonito para llevarle lo necesario al hijo, al esposo amado. Muy temprano se vistieron, bien arregladas y bonitas con la sencillez de siempre para ir a ver al ser querido. Las vi salir emocionadas. Se les veía en los ojos. Todo estaba arreglado, la comida, la ropa y el cariño y amor de siempre, todo. Mi papá iba con ellas en un Oldsmobile del año 48 de color negro al que

nosotros le decíamos cariñosamente Gregorio, porque su compadre, Juan José Arévalo, venido también de las tierras de Altagracia de Orituco en el estado Guárico, en busca de mejor fortuna en la capital, tenía un Chevrolet del mismo año y del mismo color, al cual le decíamos Venancio, en honor a dos famosos muñecos de ventríloco que amenizaban las noches en las pantallas de los televisores, recientemente aparecidos en la Venezuela de los años cincuenta, con aquella famosa frase que pronunciaba Venancio:

— *¡Caballero Gregorio, distancia y categoría!*

Las vi montarse en el carro que se alejó suavemente a su destino. Yo jugaba una partida de metras en el terreno del bloque. Teníamos que estar alertas ante los muchachos de otros barrios que podían venir a hacernos “coleo”. Si veíamos llegar a varios y gritaban “coleo” teníamos que pelear para no dejarnos quitar las metras. No llegaron muchachos de otros barrios, no hubo “coleo” y tranquilos terminamos el juego. Me gané unas cuantas metras que guardé en una lata de leche KLIM que, llena, no le cabían más, pero yo las vendía y me quedaba con algunas para seguir jugando.

Regresaron. Mi papá estacionó el carro frente al bloque. Cuando se bajaron, las vi preocupadas. Regresaban con la ropa, la comida y la tristeza: no habían dejado verlo, ni siquiera enviarle un papelito. Continuaron pasando los días de ese mes histórico y la situación cada vez se ponía más difícil. La ciudad estaba muy tensa, se habían suspendido las garantías y había toque de queda. Sin embargo, a pesar del patrullaje y la vigilancia, los volantes y las pintas de la Junta Patriótica se veían por todos lados. Y así llegó el 23 de enero.

Gritos y voces y una bulla frente a mi casa me despertaron como a las cuatro de la mañana. Se había alzado la Marina con los hermanos contralmirantes Carlos y Wolfgang Larrazábal a la cabeza. Mis hermanos Rafael, Roberto y Héctor estaban presos. Somnoliento, sacudiendo el sueño, me asomé al balcón. Abajo en la calle había una manifestación.

Un hombre fuerte, joven, catire, de padres de origen alemán, que se llamaba John Verbug, que, con el pasar de los años, fue Director de Cultura de UCV, montado arriba del techo de un carro, pronunciaba un discurso anunciando la caída de Pérez Jiménez.

— *¡El dictador ha huido! ¡Abajo la tiranía!*

Gritando a viva voz, con un megáfono en la mano frente a la manifesta-

ción de personas que se concentraron frente a mi casa, decía:

— *¡Vamos a la sede de la Seguridad Nacional a liberar a los hermanos Vargas Medina que allí están presos!*

El coro de la muchedumbre era un canto maravilloso al compás de la música de la esperanza, de la libertad, de la belleza del mundo nuevo, del porvenir...

— *¡Vamos, vamos! ¡Abajo Pérez Jiménez! ¡Viva la Junta Patriótica!*

— *¡Viva el Frente Universitario!*

Estremecido por una emoción muy grande escuchaba las palabras de aquel hombre que hacía gestos de fuerza mientras hablaba. Se trataba de mis hermanos y yo me sentía orgulloso. Estaba en el balcón de la casa en la madrugada de aquel 23 de enero de 1958. La luna estaba grandota y el cielo estaba estrellado.

Me puse unas cholas y una chaqueta, pues era de madrugada y hacía frío, y me fui detrás de aquella manifestación a liberar a mis hermanos, pero en el camino me rompí un pie al golpearme con un tubo y tuve que devolverme y regresar a mi casa.

Mientras regresaba con el pie roto y la tristeza de no poder seguir, el pueblo asaltaba la sede de la policía política, la Seguridad Nacional, tomando justicia por su propia mano vengaba sus muertos y el sufrimiento de sus mejores hijos. La violencia popular era un desquite, era el drenaje de la rabia, de la impotencia en el pasado reciente. Los policías torturadores que no habían podido escapar eran linchados. La casa de los hermanos Ayala, vecinos del barrio, que eran de la Seguridad Nacional fue asaltada y quemada. Ellos pudieron huir.

Días antes, presintiendo la inminente caída del dictador se presentaron a mi casa para decirle a mi mamá que habían visto a mis hermanos presos en la Seguridad Nacional y que se encontraban bien, que ellos estarían pendientes y que la tendrían informada. De nada les valió el gesto desesperado de última hora, no pudieron salvarse de la furia popular y su casa pagó los platos rotos.

Por la tarde de ese glorioso día 23 de enero se le rindió un homenaje a mi mamá en la escuela Gran Colombia. La sala estaba llena, la gente de los barrios cercanos a la casa se había movilizado para el homenaje y llenaron el recinto. John Verbug tomó la palabra y presentó a mi mamá que se dirigió a los presentes. No recuerdo cuáles fueron sus palabras.

Pero la emoción era muy fuerte. Los aplausos y vivas a mi mamá y a los luchadores y luchadoras contra la dictadura hicieron que mis lágrimas brotaran.

Con la caída de la dictadura aparecían nuevos héroes del pueblo encabezados por Fabricio Ojeda, Wolfgang Larrazábal, Hugo Trejo. Las cárceles estaban vacías de presos políticos. El pueblo celebraba. Era una gran fiesta nacional. La Junta Patriótica y los militares patriotas junto al pueblo habían derrocado a Pérez Jiménez.

La emoción me invadió cuando observé el regreso de mis hermanos presos. En mi casa llena de gente se comentaban los acontecimientos. El sol salió más brillante con un cielo despejado y azul, sin nubes. Había alegría desbordada. El pueblo había triunfado. No hubo trabajo ni clases ese día. Roberto y Rafael, con sus cuerpos con las marcas de los maltratos, de los planazos y de los golpes nos iluminaban de felicidad. Héctor no había llegado porque estaba en el Palacio de Miraflores con otros oficiales que salieron directamente de la cárcel Modelo para allá. Allí se discutía quiénes iban a integrar la Junta de Gobierno. Falta de claridad y confusión reinaban en los nuevos organizadores que tenían el sartén por el mango, pero no sabían qué hacer. Al comandante Hugo Trejo le ofrecieron la presidencia de la Junta de Gobierno y no quiso. Le pidieron que organizara la Junta, y tampoco.

Por último le ofrecieron la jefatura del Estado Mayor y solo aceptó ser el segundo jefe, argumentando que no podía estar por encima de un oficial de mayor jerarquía que él. Con esto quedó descabezada la juventud militar patriota que se alzó el primero de enero del 58. El no haber asumido las responsabilidades que la historia puso en sus manos le costó caro y le pasó factura. Otros, porque la vida es así, la siguieron escribiendo. A Trejo se la cobraron, y lo expulsaron del país. Al aeropuerto de Maiquetía mi hermano militar, Héctor y mi hermana estudiante, Chela fueron a despedirlo. Con tristeza en el alma se derrumbaban sueños y esperanzas.

Se nombró una junta de gobierno encabezada por el contraalmirante Wolfgang Larrazábal e integrada por los generales Casanova y Romero Villate y los empresarios Arturo Sosa y Blas Lamberti. La presencia de los coroneles Casanova, a quien le decían el Turco, y Romero Villate en la Junta de Gobierno, era la presencia del perezjimenismo. La población no los quería, representaban lo que había quedado atrás, habían sido personeros importantes de la dictadura.

El malestar crecía, y por cada rincón se empezó a correr la voz de que había que sacarlos. En las esquinas, en los barrios, en las escuelas, en las fábricas, en todas partes cundió el clamor popular. El pueblo en masa empezó a moverse y se concentró frente a Miraflores a exigir su salida de la Junta, liderizados por los estudiantes y gente sencilla de las barriadas. La protesta del pueblo los obligó a salir.

Sin embargo, los representantes de los sectores empresariales siguieron en la Junta con Blas Lamberti y Eugenio Mendoza.

Las oligarquías no se chupan el dedo, siempre moscas, así lo habían hecho desde los tiempos de la compañía Guipuzcoana. Con la mentalidad de poder que los caracteriza, colocaron en el gabinete a sus representantes. Por supuesto, no iban a perder tiempo, las familias de abolengo, las de los campos de golf, las encopetadas, los que viajan en sus yates y aviones particulares al norte para ofrendarle sus adulancias a los gringos, los más adinerados y de poder económico, los del Country Club, estaban allí, sin perder tiempo. Ese oro negro para unos o, excremento del diablo para otros, no importaría el nombre, es de un sabor muy sabroso para perderse la fiesta, no participar en la piñata y no meterle el diente a la torta. Y ellos, que ya lo habían probado desde que apareció por allá a principios de siglo y que desde ese momento lo entregaron, sin tomar en cuenta al pueblo, a las transnacionales petroleras inglesas y norteamericanas para que se llevaran la parte del lomito, no iban a dejar pasar la oportunidad de seguir disfrutando de la piñata, de sus bondades y hacerse millonarios chupando de la teta del Estado. Con sus limosinas, después de saborear un güisqui dieciocho años bien campaneaito, salieron presurosos a Miraflores y dijeron:

— ¡Aquí estamos si no nos han visto!

Y los apellidos Machado Zuloaga, Branger, Sucre, Palacios Herrera, García Velutini, lo más rancio de nuestra oligarquía, entraba a conformar el gabinete ministerial. Y ellos fueron los ministros junto a sus abogados como Hernández Carabaño, Raúl Valera y otros. Pero ellos no estaban solos porque el pueblo estaba en la calle y Fabricio y Hugo Trejo eran los líderes, y el Partido Comunista y la AD que enfrentó en la clandestinidad la dictadura, tenían un gran prestigio. Y la gente de las barriadas, de las fábricas, de los liceos y las universidades iban a la televisión, a la radio y a Miraflores y los recibía Larrazábal o Sanabria y eran escuchados, y los militares trejistas se reunían con el pueblo en los barrios, en los liceos, en las universidades y discutían y se formaba

una verdadera unidad cívico militar y la democracia popular. El poder popular se imponía en los hechos. No había reglamentación, era el pueblo en la calle.

El pueblo organizado y movilizado en sus gremios, sindicatos, estudiantes, campesinos tenía la fuerza, pero no la claridad del papel histórico que le tocaba jugar, y la burguesía tenía claridad porque sabía cuáles eran sus objetivos, pero no tenía la fuerza. Y eso creó durante ese tiempo el equilibrio entre esas dos fuerzas que no permitía que una aplastara a la otra. Y el pueblo organizado y movilizado conquistó y vivió momentos de verdadera democracia participativa y protagónica, pero no pudo ir más allá de la conquista de libertades democráticas que lesionaran los intereses políticos y económicos de la oligarquía. Y entonces llegó Betancourt que tenía la claridad y la fuerza que le daba su partido, lo que le permitió acabar con la esperanza del pueblo y estabilizó el Estado capitalista y dependiente.

Mientras tanto, el pueblo sin una vanguardia clara, aún con fuerza, daba bandazos y salía a defender a Rómulo quien respondía dándole palo y aislando a los comunistas y a la izquierda de su partido. Y entonces, luego de ver la realidad controlada, la oligarquía del dinero, confiada, dejó el gobierno en manos de sus testaferros para que representaran y defendieran sus intereses como lo hizo en dictadura, con el gendarme necesario que, en este nuevo momento, en democracia, pasó a jugarlo Rómulo Betancourt.

Y en esos meses de gran agitación, de pueblo en la calle movilizado, en mayo se produjo la visita del vicepresidente de los Estados Unidos, Richard Nixon. Y la gente sencilla bajó de los cerros, y salió de las universidades y liceos, conjuntamente con obreros, confundidos en un solo torrente de muchedumbre, abrazados, movidos por el sentimiento soberano de no dejar ultrajar la patria por la presencia de aquel repudiado visitante que quería llegar al Panteón Nacional a mancillar con su presencia los restos de nuestro Libertador. Y ese pueblo combativo y enardecido esperó la comitiva en la avenida Sucre.

No podía dejarlo llegar. No era posible que llegara. La muchedumbre estaba decidida. No había forma de contener aquella masa humana que defendía la patria.

— ¡Allá viene! —, gritó un manifestante.

Y el carro negro con su comitiva se acercó. La gente lo rodeó y empezó a vapulearlo. Y se oían los gritos y los empujones, lo bamboleaban

hacia arriba y hacia abajo, hacia un lado y hacia otro. Era un barco en medio de la tempestad sometido a los vientos libertarios y huracanados de aquella masa humana que expresaba en cada rostro con la fuerza de la unidad, la venganza de los pueblos de la América Latina en aquella calle de Caracas. Y aquel histórico grito se oyó desde el Río Grande hasta la Patagonia:

— ¡Nixon No! ¡Nixon No!

La situación se ponía cada vez más violenta. El pueblo enardecido logró abrir una de las ventanas y un certero salvazo golpeó la cara de aquel hombre que representaba a los gobiernos de esa nación que tantas humillaciones había hecho a nuestros pueblos. Y Nixon no pudo llegar a su destino, no pudo llegar al Panteón Nacional a mancillar a Simón, y se dirigió directamente a su embajada, y desde ahí habló por televisión atacando a los comunistas venezolanos y metiéndose en nuestra política interna.

Como siempre el gobierno de Estados Unidos, acostumbrado a intervenir en lo que para ellos era su patio trasero, movilizó tropas y amenazó con invadir. La IV Flota rodeaba las costas venezolanas. Los marines estaban listos para entrar. La oligarquía temblaba. Con el rabo entre las piernas, Eugenio Mendoza, empresario ligado al gran capital norteamericano y miembro de la Junta de Gobierno llamó tembloroso al Departamento de Estado pidiéndole, rogándole, arrastrándose:

— ¡Por favor no invadan!

— *Nosotros controlaremos la situación. Somos países amigos...*

— ¡Por favor no invadan!

Y esa conversación que oyó mi hermano Héctor estando en Miraflores, como testigo histórico de aquel momento único, se realizó en presencia de los demás miembros de la Junta que permitieron semejante humillación a un gobierno que pretende invadirnos y a un hombre que se mete en nuestros asuntos internos. Todos callaron, y el pueblo... el pueblo... gritó en cada esquina:

— ¡Nixon No! ¡Yanki go home!

— ¡Seguid el ejemplo que Caracas dio!

Solo Rómulo Betancourt condenó la venganza del pueblo, empezando a mostrar lo que sería después en su mandato...

Después de la seis de la tarde no se podía salir de la casa hasta la seis de la mañana del otro día. Se había decretado el toque de queda. Algunos reductos de partidarios de la dictadura hacían alguna resistencia. El pueblo estaba alerta ante un contragolpe de los seguidores de Pérez Jiménez, que había huido en el avión que tenía el nombre de la Vaca Sagrada.

Se notaba el movimiento militar en las calles. Sin embargo, las brigadas de estudiantes del Frente Universitario y de la Junta Patriótica tenían salvoconductos para moverse en la ciudad sin problemas con los militares. Recuerdo que se ponían brazaletes para identificarse.

Mi casa, en mi barrio, se había constituido en centro de esas movilizaciones. Estudiantes, obreros y gente sencilla que a veces no conocíamos, de diferentes partes de Caracas, entraban y salían. Por un lado entraban jóvenes civiles estudiantes del Frente Universitario con Chela a la cabeza, y por el otro, llegaban militares con mi hermano Héctor, fusionándose en aquella unidad maravillosa de pueblo armado y no armado en búsqueda de un mismo futuro. Y tomaban café y comían, y mi mamá los atendía y todo era risas, alegría, hermandad, solidaridad. Y yo estaba absorbiendo todos aquellos acontecimientos que vivía intensamente a los once años de edad. Era maravilloso, una emoción grande que sólo volví a vivir muchos años después, a una edad diferente, ya no de niño, sino a una edad adulta después de haber recorrido mucho camino, frente a Miraflores, en la avenida Urdaneta, un 13 de abril del 2002, luego de la tristeza y el dolor de los dos días anteriores, en la emoción, el llanto ya no de dolor si no de gozo, de la gente que se abrazaba sin conocerse, que transmitía un profundo calor humano, sentido, verdadero, al compartir la alegría de un momento único, privilegiado, que pocas generaciones han vivido y que se sintió con más fuerzas cuando aquel helicóptero revoloteó encima de nuestras cabezas trayendo de nuevo al presidente, significando la derrota de aquellos que nos traicionaron un 23 de enero e hicieron morir la alegría y la esperanza que en ese momento cifró la patria.

— *¡Que nunca más se frustré la esperanza!*

Se respiraba un aire de unidad del pueblo. Por primera vez sentía la unidad cívico-militar expresada en hechos concretos, y esas vivencias me emocionaban. Era sentirse en el centro de los acontecimientos. Era el privilegio, sin saberlo, de estar viviendo un momento histórico único, de esos que marcan la vida de los seres humanos. Y a mí me marcó.

Ya no habría más allanamientos, ni persecuciones, ni presos, ni torturados. La libertad había llegado. El día era más bonito, la gente era más bonita, todo era más bonito, ya no romperían más los colchones de nuestras camas, ni nos despertarían violentamente en las madrugadas. Ni habría niños temerosos en un rincón, observando los maltratos policiales. Ya no habría más persecución contra mi hermana Chela y todos estaríamos más tranquilos. Mi mamá estaba feliz. Todos estábamos felices.

Mientras tanto en Nueva York, Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba y Rafael Caldera líderes de los partidos Acción Democrática, URD y COPEI, que se encontraban en el exilio, realizaban un pacto al que llamaron el Pacto de Nueva York, urdiendo un plan contra el pueblo. Los periódicos de la época lo reseñaban a grandes titulares donde salían estrechando sus manos y sonrientes. Allí, hipotecando el futuro de Venezuela, trazaron la línea de “democracia representativa”, que echaría las bases del capitalismo dependiente y excluiría a los comunistas. Se daba la gran estafa contra el pueblo. Quedaba atrás el esfuerzo de unidad que, como consecuencia de la línea trazada en el 13 Pleno del Partido Comunista en clandestinidad, unía a todos los partidos que se oponían a la dictadura y libraban la lucha dentro de Venezuela, y que produjo la formación de la Junta Patriótica y del Frente Universitario, elementos decisivos en la derrota y caída de Pérez Jiménez. Ese pacto, que luego se confirmó en Venezuela en la casa de Rafael Caldera y que se bautizó con el nombre del sitio donde se realizó, como “Pacto de Puntofijo”, se planteó tres objetivos: aislar y segregar a los comunistas, disolver la Junta Patriótica y disgregar a los militares patrióticos y nacionalistas liderizados por Hugo Trejo. Así se sellaría la historia de los cuarenta años que vinieron luego.

Se imponía la teoría del péndulo que, en su movimiento de un lado hacia otro como elemento de dominación de los pueblos de América, desgastada la dictadura, imponía la democracia representativa y viceversa. Lo importante no era la forma de dominación sino que el monigote de turno representara los intereses de la oligarquía criolla y de los grandes capitales transnacionales, fundamentalmente norteamericanos.

Ese trío de señores llegaron del exilio y tomaron las riendas de sus partidos y empezaron a trabajar para adueñarse del futuro del país. El pueblo inocente, sin una vanguardia clara y sin las herramientas necesarias para enfrentarlos, fue quedando a su merced.

El recibimiento de cada uno de ellos, en su llegada a Venezuela, era multitudinario. La gente asistía jubilosa a los mítines que celebraban. Ya los héroes no eran Fabricio Ojeda, Hugo Trejo y Wolfgang Larrazábal. Habían llegado los nuevos “salvadores”. En el Nuevo Circo, el Silencio y otras plazas del país, las multitudes vitoreaban a ese trío de mesías llegados del exilio dorado. Los dirigentes llegados de izquierda que libraron la lucha en la clandestinidad contra la dictadura, fueron desplazados. La Junta Patriótica, que era la organización de mayor prestigio, penetrada y desplazada de su rol dirigente, fue perdiendo fuerza, extinguiéndose. Entraron a su dirección dirigentes que venían del exterior con la línea trazada en los pactos de Nueva York y Puntofijo, con la misión de ir mermando el liderazgo revolucionario y su prestigio en el pueblo. Raúl Leoni infiltró a la Junta Patriótica para destruirla. Con el tiempo, como gobernante, inauguró en América la política de las desapariciones de revolucionarios y luchadores sociales, instrumentada por el Departamento de Estado Norteamericano en la Escuela de las Américas, lo que vino a convertirlo en el presidente más sangriento y asesino de la historia de Venezuela.

En Acción Democrática, encabezada por un hombre de voz chillona, de palabras altisonantes y rebuscadas que fumaba pipa, que fue fundador del Partido Comunista de Costa Rica, de lo cual renegó siempre, y quien en sus años juveniles, junto a Jóvito Villalba, integró a los grupos de estudiantes universitarios que enfrentaron la dictadura de Juan Vicente Gómez y conformaron lo que se llamó la Generación del 28, se llevó a cabo esta depuración con más fuerza, pues en ese partido y en el Partido Comunista recayó el peso de la lucha contra la dictadura. El aislar y segregarse a los comunistas era una lucha también dentro de ese partido, y este señor, Rómulo Betancourt, fue el gran artífice de toda esta política, que enfrentó a la izquierda, al sector revolucionario, logrando sacarlos de su partido, después de ganadas las elecciones de diciembre de 1958 y ser elegido Presidente de la República, provocando la división, aplicando la política de “divide y vencerás” que también aplicó en el movimiento obrero, en el sector campesino y militar.

Los “cabezas calientes”, como les llamó, cayeron en la trampa urdida por Betancourt y tuvieron que hacer tienda aparte y formar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

Rómulo Betancourt tomó posesión de su mandato y poco a poco se fue quitando la careta. La represión y la entrega de nuestros recursos a los capitales extranjeros producían el descontento en los sectores naciona-

listas y revolucionarios de la juventud militar que empezaba a conspirar para insurgir contra el gobierno.

Comenzaba el mes de febrero de 1962. Me preparaba para el examen de reparación de una materia de arrastre que me quedaba del año anterior. Vivía en la casa de mi hermano Héctor en Vista Alegre, junto a mis padres y mis hermanos Juancito, César, Diamora y Sol. Allí nos habíamos mudado huyendo de los frecuentes allanamientos policiales en los apartamentos del Prado de María. La presión policial era tan fuerte que tuvimos que abandonarlos. Uno de ellos se lo dejamos a Juan Delgado, que era un ahijado de mis padres, y al cual siempre consideramos nuestro hermano. Él era una persona sin problemas políticos y allí se quedó muchos años. El otro apartamento lo perdimos por presiones de vecinos adecos que hicieron todas las marramuncias para quedarse con él. La verdad era que ya no podíamos habitarlos. Mi papá estuvo por allá y se lo llevaron preso a la Digepol.

Pero allí en esos apartamentos y en ese barrio, más allá de la represión que se ejerció sobre nosotros, vivimos momentos tan intensos y maravillosos que quedaron indelebles en el recuerdo.



Diario Clarín 15 de mayo de 1962

Estudiando hasta tarde debajo de un farolito que quedaba en una de las esquinas del jardín de la casa sentado en una silla de extensión y con un termo de café para vencer el sueño, vi llegar a Héctor en el jeep del ejército que regularmente usaba. Se estacionó en el garaje de la casa, abrió la puerta, entró y subió directamente a su habitación, que quedaba en la planta alta. Me pareció extraño, me pasó por un lado muy serio y no me saludó. Seguí estu-

diando y como a las doce de la noche recogí mis cosas, entré a la casa y me acosté.

En la azotea estaban permanentemente dos soldados que hacían guardia protegiéndonos.

En días anteriores habíamos tenido una visita muy extraña. Cuando nos levantamos en la mañana, nos sorprendimos al encontrar la casa desahogada. La ropa y los libros estaban en el centro de la sala, las gavetas registradas. Había un desorden por todos lados y nadie se había dado cuenta. Cuando fuimos a la cocina, observamos que la reja que protegía la ventana la habían violentado. Un boquete, hecho seguramente con una cizalla por el que cabía una persona, era fiel testimonio de lo ocurrido. Indudablemente por allí habían entrado. Pero lo extraño era que nadie se había dado cuenta. Todos estábamos dormidos y lo seguimos estando mientras registraban la casa. Menos mal que nadie se despertó, porque tal vez se hubiese producido una tragedia. Tal parece que no encontraron nada comprometedor.

Esa era la razón de la custodia militar en la azotea que yo aprovechaba, y de vez en cuando subía, y en la confianza que me había ganado con los soldados, que también eran unos muchachos, les pedía que me enseñaran el uso de la metralleta UZI o el FAL que cargaban, que con todo gusto hacían.

*—Pero con cuidado, que mi mayor no se dé cuenta...*

César también lo hacía, pero nunca me dijo nada, ni yo a él.

La Escuela Técnica Industrial quedaba en Catia, al igual que el cuartel Urdaneta, sede del Batallón Blindado Bermúdez, del cual Héctor era el primer comandante con el grado de Mayor. En julio de ese mismo año 62 le tocaba ascenso a Teniente Coronel.

Todos los días hacíamos la misma ruta. Me dejaba en la escuela y continuaba al cuartel. A veces almorzaba con él en el casino de los oficiales. Ese día no sería así. Seguramente el examen me llevaría hasta avanzada la tarde y no tendría tiempo de acompañarlo en el almuerzo. Estaba confiado, me había preparado bien para la prueba.

Entré al aula junto con los demás compañeros. El profesor nos pasó en una hoja multigrafiada las preguntas del examen.

*—¿Están listos?*

*—Pueden comenzar, son diez preguntas y tienen una hora para contestarlas—, señaló.*

El profesor era un hombre de procedencia española que tenía mucho tiempo en Venezuela. Su acento lo delataba. En algunas oportunidades utilizaba la clase para comentarios anticomunistas, contra la Unión

Soviética, contra Cuba. Algunos alumnos lo enfrentábamos, lo cual le permitía tenernos ubicados. Sin embargo, esto no incidió en las calificaciones. Terminado el examen, me quedé esperando las notas que estuvieron listas a eso de las tres de la tarde. Había aprobado la materia. Con alegría salí corriendo a la casa a compartirla con mi mamá.

Llegué y entré corriendo y alegre, pero todo estaba en silencio, oscuro. Entré a su habitación y me percaté de que algo extraño estaba pasando. Su cama era una cama clínica de esas que se reclinan con una manivela. Estaba sentada arreglando una camisa.

—*¡Mamá, mamá, pasé la materia!*—, le dije.

Volteó y pude observar en sus ojos la preocupación. No había alegría y no me contestó.

—*¿Qué pasa mamá?*

Con voz entre cortada me respondió:

—*A Héctor lo expulsaron del país y lo que más me preocupa es que tal vez no volveré a verlo más.*

—*No puede ser, si esta mañana me llevó a la Escuela Técnica...*

Por órdenes de Rómulo Betancourt fue expulsado del país con destino a Costa Rica. El ministro de la defensa Ramón Florencio Gómez y el comandante general del ejército García Villasmil lo detuvieron en el cuartel, lo trasladaron a su casa para que se despidiera de su esposa, sus hijos y de su mamá y lo llevaron al aeropuerto.

Sin cambiarse de ropa, con el uniforme de militar y un pasaporte de comerciante, salió rumbo a Panamá. Allí fue detenido por no coincidir la ropa militar que cargaba, con la profesión señalada en el pasaporte.

Euclides Russián había sido vecino nuestro en el Prado de María. Con él surgió una amistad de esas que trascienden al tiempo y la distancia. En años no se había tenido contacto con él, pero la suerte a veces sonríe dentro de las dificultades. Euclides era el cónsul de Venezuela en Panamá. Héctor supo de él y lo llamó. En seguida atendió al llamado del amigo y se movió, y logró solventar la situación. Le consiguió inmediatamente una entrevista con la embajadora de Costa Rica en Panamá y así pudo continuar rumbo a su destierro.

Héctor había sido militar por casualidad. En el año cuarenta y cinco llegaron unas personas a Altagracia de Orituco buscando muchachos es-

tudiantes liceístas que quisieran entrar a la Escuela Militar. Mi hermano estudiaba en el liceo Ramón Buenahora de ese pueblo de Guárico y enseguida se entusiasmó con una carrera que aprendió a querer y amar siempre. Y así entró a la milicia, que además tenía la ventaja de que los gastos eran mínimos. Y para mis padres, que conformaban una familia modesta del llano, era como caído del cielo, porque podían estar seguros de que su muchacho iba a estudiar sin inconvenientes. Y ese fue el destino de muchachos de los sectores medios y populares provenientes de los pueblos, urbanizaciones y barriadas del país que pudieron hacerse oficiales del ejército. Tal vez muchos de ellos no hubiesen podido costearse una carrera universitaria. Esta característica nos diferenció de la mayoría de los ejércitos de América Latina, que fueron formados por los sectores pudientes de la sociedad, constituyéndose en ejércitos de las castas dominantes. Y esa razón, tal vez, nos señala el porqué tantos militares venezolanos han abrazado la causas revolucionarias.

Héctor, ya en Caracas, en la sede de la Escuela Militar de la Planicie, supo mi nacimiento por allá por el año 1946. Vine a constituirme en el último vástago de la familia formada por mis padres. Del pueblo que me vio nacer, Altagracia de Orituco, me trajeron a la Escuela Militar de Caracas para que me conociera. Héctor se graduó de subteniente en el año 1948, en la promoción José Antonio Anzoátegui.



## La muerte de Enriquito

Nos encontramos con Bertha en los predios del grupo escolar más grande de la capital, diseñado por el maestro Villanueva en los terrenos donde existió una vaquera. Allí en ese complejo educacional, donde mi mamá había sido homenajeada aquel histórico 23 de enero, se agrupaban desde el kínder hasta la Escuela Normal, pasando por varias escuelas primarias, como la José María España y la propia Gran Colombia. En esos espacios tuve mi primera experiencia estudiantil. En aulas grandes, de juegos, de tacos, de columpios y alfombras para dormir, con vales vieneses de fondo musical, disfruté y viví la felicidad del preescolar, el único preescolar público que existía en la capital. Quedaba en una lomita bien bonita a donde todos los días, uniformado con una braguita verde, me llevaban mi mamá, mi papá o mis hermanos mayores. Mi hermana Sol se graduó allí de maestra normalista en el año cincuenta y fue parte del jurado que me examinó en la prueba final de sexto grado. Muchos vecinos de la parroquia, niños y adolescentes de la época, recuerdan a la maestra Sol.

A las tres de la tarde nos vimos. Con Bertha se encontraba un hombre joven que habíamos visto en pocas ocasiones. Era el responsable de la Juventud Comunista de la parroquia. Venezuela estaba convulsionada por los sucesos de Carúpano. Un grupo de militares del Batallón de Infantería de Marina Antonio José de Sucre del Destacamento 77 de la Guardia Nacional, apoyados por civiles revolucionarios, se habían alzado contra el gobierno de Rómulo Betancourt, comandados por el capitán de corbeta Jesús T. Molina Villegas, el mayor Vegas

Castejón, los capitanes Omar Echeverría y Julio Bonet Salas, los tenientes Acosta Bello, Martorelli, Fleming Mendoza, junto a civiles como Pedro Duno, Eloy Torres, José Vicente Abreu, Simón Sáez Mérida, Mi-queas Figueroa, entre otros.

Aunque el golpe había sido derrotado, la situación insurreccional se mantenía en algunos lugares de la capital. Era 7 de mayo de 1962, apenas a tres días de haberse producido el alzamiento que a partir de entonces se llamaría el Carupanazo.

Las FALN golpeaban objetivos seleccionados previamente. Algunas empresas ligadas al capital extranjero y a los grandes capitales criollos habían cogido candela.

Atentos a lo que se nos informaba en la reunión, en silencio, con los ojos muy abiertos, sin siquiera pestañear, estábamos todos los miembros de la célula en los jardines del lado de adentro de la Gran Colombia, cerca de las canchas de voleibol, donde, confundidos con los estudiantes del plantel oíamos a Bertha cuando nos señalaba cual era el objetivo. El plan era cerrar el acceso a las entradas principales para realizar una gran jornada de agitación en toda la zona de el Cementerio. Todo estaba preparado y cada célula de la juventud y el partido harían su trabajo. Del nuestro, ya en ese momento, nos estábamos enterando.

Culminada la reunión nos retiramos, hacia el cine. En la esquina se desarrollaba una caimanera de pelota e' goma a lo zurdo de las que siempre se armaban en el cruce de la avenida Los Samanes con la calle que iba hacia la Gran Colombia, diagonal al cine, en la cuadra donde vivía Enriquito y Gustavo Aranda, amigo del barrio, militante del MIR. El Porteñazo lo encontró pagando el servicio militar como grumete de la Armada en Puerto Cabello y con entusiasmo participó en el alzamiento militar en esa ciudad, el 2 de junio de 1962; luego se incorporó al Frente Guerrillero José Leonardo Chirino en las montañas de Yaracuy y Falcón. Fue capturado y fusilado por el ejército. Su cadáver, atado a un árbol y con incontables disparos, hacía presumir que fue utilizado de tiro al blanco por sus captores. Su cuerpo, encontrado por la guerrilla fue sembrado en el corazón de la patria, le dieron sepultura y allí quedó en aquellas montañas irredentas.

El partido de pelota a lo zurdo era un juego en el que participaban dos equipos de siete jugadores cada uno. Un pítcher, un cácher, tres bases primera, segunda y tercera y dos files. Se pichaba bombita y el bateador con el puño cerrado de la mano izquierda golpeaba la pelota como si

fuera un bate. Los bateadores zurdos tenían que hacerlo a la derecha. Negro Puro, Alex, el Pavo, Cristian, Man, Chiquitico, Ciro, Freddy Coll, Nené y otros, tenían la algarabía y discutían y gritaban en cada jugada. Chuíto, que era una de las estrellas del juego, dio jonrón y le ganó al equipo del Toro Ponce que molesto discutía por las malas jugadas realizadas y planteaba la revancha para el día siguiente después de las cuatro de la tarde, luego de regresar de clases. Terminado el juego nos fuimos a nuestras casas a esperar la llegada del siguiente día, sabiendo cada quien lo que tenía que hacer.

En la mañana, soleada y fresca, fuimos llegando uno a uno detrás del cine Lincoln a eso de las nueve, por donde quedaba el billar, lugar de juegos y apuestas y a veces de peleas por alguna jugarreta mal habida. Bertha llegó un poco tarde porque que vivía más lejos. La vimos bajar de un carrito por puesto que hacía la ruta de la avenida Roosevelt.

Nuestro objetivo consistía en atravesar y quemar un autobús en el Peaje a la entrada de la avenida principal de el Cementerio. Enriquito con su arma al cinto, era el único que estaba armado, había tomado el revólver de su padre, tal como lo había prometido. Él era un muchacho valiente, temerario, de esos que no miden el riesgo, sencillo, sin alardes. Era flaco, alto, blanco, con el pelo liso castaño, con un pequeño punto de oro en uno de sus dientes que mostraba cada vez que sonreía. Tenía dieciséis años. Él y yo habíamos estudiado en el mismo liceo, y luego en la Escuela Técnica Industrial. Nos la pasábamos juntos, además de camaradas éramos amigos. Enriquito no era un muchacho peleón, pero ¡ay! de aquel que peleara con él y le ganara. Era preferible salir perdiendo porque lo iba a buscar adonde fuera, con piedras, con palo, con china, hasta que se desquitaba. Recuerdo que aquel día cargaba unas medias blancas de rayas horizontales negras que se dejaban ver de sus pantalones “brinca pozo”, y el paltó con el que siempre andaba, decíamos a mamadera de gallo, que le tenía miedo a los peos porque le quedaba corto.

Bertha era la responsable de la célula de la Juventud Comunista en la cual militábamos. Ella traía consigo la propaganda que tendríamos que regar en el lugar de la operación. Era el 8 de mayo de 1962.

Ya era la hora de iniciar el avance hacia la avenida. Nos dirigimos a la bomba de gasolina que quedaba en una esquina diagonal al cine. Con el argumento de que el carro de mi papá se había accidentado por gasolina convencimos al despachador para que nos vendiera la gasolina

que estaba prohibido vender de esa manera. Haciendo una cortina con nuestros cuerpos para que el encargado no viera, unas latas vacías de las de leche en polvo que habíamos conseguido botadas, la echamos con el cuidado de que no se diera cuenta. Le dimos una propina al gasolinero y nos fuimos.

No habíamos preparado molotov porque no sabíamos ni siquiera cómo hacerlas. Con esas latas, que al bambolearse salpicaban el suelo, avanzamos hacia el objetivo. Come Chivo y yo cargábamos las latas. Enriquito y Bertha iban adelante conversando, mientras Norberto y Ambrosio iban detrás.

Llegamos al Peaje. Allí en una placita que quedaba frente a la entrada de un túnel peatonal que tenía un largo de alrededor de un kilómetro que salía por los lados de Puente Hierro, atravesando la Roca Tarpeya y el Portachuelo, nos concentramos. Observamos la situación y nos desplazamos hasta la parada de autobús que quedaba frente a Telares los Andes. Enriquito y yo íbamos adelante. Todo parecía normal. Los peatones y los carros circulaban con normalidad. No se notaba movimiento policial. Llegamos a la parada y vimos acercarse el autobús.

— *¡Ahí viene!*

Le hicimos señas para que se parara, y así lo hizo. Enriquito y yo entramos al autobús de la Circunvalación Tres, yo con la lata de gasolina y él con el arma en la mano conminando al chofer para que apagara el motor. El chofer, un hombre trigueño de mediana edad nos trató de entregar el dinero.

Enriquito mirándolo a los ojos le dijo:

— *¡Nosotros no queremos el dinero, no somos ladrones, solo que apague el motor y bájese!*

— *¡A bajarse todos!* —, gritamos con energía.

Así lo hicieron y una vez abajo, empecé a regar la gasolina por dentro, en el pasillo, en los asientos, mientras Enriquito se quedaba en la puerta. Los otros camaradas la regaban por la parte de afuera. El autobús comenzó a arder. Una columna de humo negro salía por las ventanas y se desplazaba hacia el cielo. Todo era humo y llamas. Se oían los gritos y la gente corría.

— *¡Están quemando el autobús!*

Bertha y Come Chivo regaban propaganda.

La Digepol había colocado custodia a Telares los Andes y nosotros no nos dimos cuenta, puesto que estaban dentro de la fábrica. No hicimos un chequeo anterior y avanzamos sobre la marcha.

Y empezaron los tiros. Los digepoles disparaban hacia nosotros. Yo estaba todavía dentro del autobús. Enriquito desde la puerta y con el revólver en la mano me gritaba:

— ¡Rápido! ¡Apúrate! ¡Sal rápido!

El autobús había agarrado más candela. Las llamas envolvían al colectivo.

— ¡Apúrate, apúrate! —, repetía Enriquito.

Lancé hacia adentro la lata con lo poco que le quedaba de gasolina. Salí del autobús y le pasé por un lado. Él estaba todavía en la puerta esperando que yo saliera. La balacera era muy fuerte. Se oían las ráfagas. Nos miramos de frente sin percatarnos de que era la última vez que lo haríamos, pero aquella mirada... me penetró el alma y se me quedó grabada para siempre.

— ¡Corre, corre! —, volvió a decirme.

Corrí y no me quedó alternativa que meterme en un bar restaurante que quedaba enfrente que se llamaba El Galope Hípico. Corriendo entré y llegué hasta la cocina. Allí estaba una señora morena, gorda, que era la cocinera. Cuando me vio notó que yo venía huyendo. Debajo de un mesón de cemento pegado a la pared, donde ella picaba los ingredientes de la comida guindaban, desde su borde, unas cortinitas de tela que llegaban al suelo. Sin pedirle permiso, como un celaje, me metí y me coloqué agachado y en posición fetal. La señora se mantuvo como si nada, no hizo resistencia a mi presencia. Había oído los tiros y entendió que corría peligro y debía protegerme.

Al instante los digepoles entraron.

— ¡Aquí se metió uno! —, señalaron, dando un registro visual de la cocina.

La señora con voz tranquila les indicó que allí no había entrado nadie. Ellos insistían que sí. Yo oía toda la conversación.

— ¿Usted está segura señora?, yo vi que uno se metió para acá.

La señora, serena, con voz clara, con sencillez, con humildad, le contestó:

*—Señor, le repito aquí no ha entrado nadie...*

Sentía mi respiración y creía que me delataba. Quería contenerla. El latido del corazón golpeaba fuerte mi pecho. Estaba sudando, acurrucado, tratando de no dejar nada descubierto de mi cuerpo en el poco espacio que tenía detrás de aquella cortinita de tela.

*—Ojalá no registren, ojalá no registren, si lo hacen me encuentran,* me decía, mientras el sudor mojaba mi cuerpo.

Cuánto amor sentí yo en ese momento por esa señora que no conocía, pero que me protegía como si fuese mi madre. Tal vez sintió que yo era su hijo.

Sentí el tropel cuando se retiraba y respiré profundo. Se fueron, me dije. La señora se les pegó atrás. Noté sus pasos que salían de la cocina, quise salir pero me quedé tranquilo. Sudaba copiosamente. Enseguida volvió a entrar y me dijo:

*—Voy a salir nuevamente a ver si se fueron y te aviso para que salgas...*

Yo la oía en silencio, sin moverme.

La señora salió hasta la calle y al regresar me dijo:

*—Ya puedes salir, ya no están por allí...*

Con la mirada, sin articular palabras, le di las gracias con esa gratitud eterna que todavía sostengo. A veces me pregunto qué habrá sido de la señora maravillosa y solidaria que me salvó la vida. Su imagen hoy difusa, por el paso del tiempo, está presente en el recuerdo de aquel momento tan intenso, tan fuerte...

Salí del restaurante y vi aquella imagen imborrable que me ha acompañado toda la vida. Enriquito estaba debajo de un árbol frondoso, en el suelo, a lo largo, boca abajo, con el brazo derecho estirado hacia adelante sosteniendo el revólver. El otro brazo estaba pisado con su cuerpo a nivel de la cintura, su cabeza pegaba al suelo el lado derecho de la cara. Su paltó, que le tenía miedo a los peos, y sus pantalones brinca pozo ponían al descubierto sus medias blancas con rayas horizontales negras.

Estaba muerto, sí, estaba muerto, y era mi hermano, mi amigo, mi camarada que quedó sembrado en la historia heroica de nuestro pueblo y en mí para siempre. Caminé hacia el Peaje y me monté en lo primero que apareció... y era un autobús de la misma línea del que habíamos quemado. Pasó por un lado del sitio de los acontecimientos, con dificultad por lo estrecho que estaba la vía. El autobús todavía ardía a pesar de los extinguidores que salieron de la fábrica a apagarlo.

Al igual que el resto de los pasajeros que, como buenos curiosos se agolparon hacia las ventanillas del lado derecho, lo observé de nuevo. Yacía tirado en el suelo, en una escena que no era digerible para mí, no podía creerlo, era el cadáver de Enriquito. Me parecía mentira. Todo había cambiado tan rápido. Estaba casi en la puerta del autobús quemado cercano a un árbol que todavía existe. Se notaba que no tuvo tiempo de alejarse, de correr. Yo pude correr, él no. Él me espero en la puerta para que yo corriera y me salvara. Él no tuvo tiempo... un solo disparo... una bala de fusil FAL... había destrozado su corazón lleno de vida, de amor, de sueños, de esperanza y de futuro, abriendo un gran boquete en la espalda de aquel niño revolucionario que soñó y quiso acomodar el mundo y que se vio envuelto en el huracán de los tiempos difíciles y convulsos de la Venezuela de los años sesenta.

El barrio lloró, el cielo se puso triste, gris, el Lincoln se vistió de luto y aquella mañana de sol radiante en la cual salimos buscando al opresor y caminamos cantando Bella Chao, se transformó, se puso nublada, oscura. Ya no lo veríamos más en las tomas de barrio o en las tertulias de la esquina, ni los viernes o los sábados a eso de las ocho de la noche cuando nos parábamos en las escaleras del cine con el único traje que teníamos cada uno, con la intención de colearnos en cualquier club de la capital donde hubiese fiesta y estuviesen tocando la Billo o Los Melódicos. Ya no lo tendríamos en la partida de pelota a lo zurdo, ni jugando cocos en cada Semana Santa.

La Rinconada, el Círculo Militar, el Tamanaco, la Plaza Venezuela, el Club de la Guardia en el Paraíso, fueron sitios donde con astucia y audacia, dando vueltas por detrás, distrayendo al portero o brincando una cerca, nos lográbamos meter a la fiesta y disfrutarla hasta el amanecer. Ya no lo volvería a ver y decirle:

—*Enriquito ¿dónde es el bonche hoy?*

A mis quince años, en la presencia del cuerpo aún caliente de Enriquito ,juré que mi primer hijo se llamaría como él, y así lo hice.

Me dirigí hacia el Lincoln. La noticia se había regado en el barrio. Los amigos se habían concentrado en la esquina, había corrido como pólvora y allí me enteré de que a Ambrosio lo habían herido y estaba grave en el hospital. Corriendo trató de meterse en un edificio y hasta allá lo persiguieron y lo ametrallaron. Catorce disparos impactaron su cuerpo y su estado era de suma gravedad. Su papá era un dirigente sindical de Acción Democrática. Se lo habían llevado al hospital y lo tenían en terapia intensiva. Ambrosio se salvó y siguió militando durante un tiempo en la revolución. En estado de pobreza, con sus sueños a cuestas, sin abandonarlos, deambuló por los alrededores del cine, que ya no es cine porque se convirtió en una iglesia evangélica, pensando que la revolución era posible, hasta que un día apareció muerto. Del Come Chivo nunca más supe, y Bertha se casó con Santiago, un guerrillero urbano, amigo y camarada del mismo barrio, al que le dieron cinco tiros de FAL en el aeropuerto de La Chinita en Maracaibo tratando de llevarse un avión para liberar a Chávez cuando estaba en la cárcel de Yare. Con él formó una familia que hoy mantiene posiciones revolucionarias. Bertha murió de cáncer cantando *Bella Chao*. Norberto se alejó de todo y yo... yo continué el camino.

Llegué a la casa de Vista Alegre, entré, me acosté en el sofá de la sala. Estaba perturbado por lo acontecido. Mi mamá me vio y se me acercó. Notó que estaba triste, que algo grave había pasado. No había más nadie en la casa. Solo ella y yo.

— *¿Qué te pasa hijo?*

Yo continuaba en silencio, inmutable. Se sentó a mi lado, me pasó la mano por el pelo acariciándome. Volteó mi cara hacia ella, me vio a los ojos y no pude contener el llanto y la recosté en su hombro. Le conté lo sucedido, me abrazó y lloramos juntos en aquel doloroso día.

Una madrugada, en el Salón Venezuela del Círculo Militar, donde tocaban la Billo y Los Melódicos, entre los tragos y la música, sus amigos del barrio Igor, Benigno, Norberto y yo, acompañados de una botella de güisqui que bebíamos y habíamos metido de caleta, recordando los momentos compartidos con él, decidimos ir hasta su tumba.

Nos fuimos de la fiesta como a las tres de la madrugada y nos dirigimos hacia allá, al cementerio, del lado donde están los muertos, en un carro viejo, un De Soto de los años cuarenta, de color gris. Benigno tenía una copia de la llave del carro de su papá, y nosotros se lo quitábamos a escondidas cuando el viejo Benigno se dormía, pero como sonaba muy

duro al prenderlo, teníamos que dejarlo rodar apagado por lo menos una cuadra para poderlo prender. En el andábamos.

Salimos de los Próceres, tomamos la avenida Nueva Granada y luego la Roosevelt. Nos paramos un rato en las escaleras del cine y los recuerdos fluyeron. Seguimos y llegamos al sitio por donde íbamos a brincar la pared que media como tres metros de altura. El carro lo dejamos a una cuadra. Había poca gente y poco tránsito vehicular por la hora de la madrugada. De todos modos estuvimos pendientes de que no pasara nadie que nos viera saltando. Ayudándonos uno al otro y apoyándonos en una pestaña saliente de la pared, brincamos y llegamos al lado de donde están las tumbas. La noche estaba clara, lo que nos permitía caminar. Entre tumba y tumba, avanzando camposanto adentro, tropezándonos con las cruces y los monumentos llegamos y nos sentamos encima de aquella tumba, donde un día de las madres, una vez lo acompañé a limpiarla, y allí conversamos, y allí lo recordamos, y allí pasamos la noche, y allí nos terminamos de tomar la botella, y estuvimos con él, y nos sentimos con él, y brindamos con él y nos quedamos dormidos. Nada nos perturbó, no hubo cuentos de muertos y aparecidos, no pasó cerca algún asaltante. En la mañana un vigilante del cementerio nos despertó. Ya era de día...

Después de la muerte de Enriquito seguí militando en la Juventud Comunista de Santa Rosalía y trataba de incorporarme a las FALN.

*—No todos los revolucionarios tienen que estar en la primera línea de combate.*

*—Hay que prepararse para después, cuando triunfemos, cuando tomemos el poder.*

Cuántas veces oí esas palabras...

Mis hermanos hacían lo posible por sacarme del país, me habían bloqueado la militancia en las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional para protegerme y liberar de angustias a mi mamá.

*Tú eres el más pequeño. Si te pasa algo mi mamá se muere* —me decían.

Ya había estado preso en dos oportunidades y me había fugado de un retén de menores. Y no les paraba bolas y seguía participando en las actividades que acordaba la JC.

## La toma de barrio y el policía cojo

Como en otras ocasiones después de participar en una jornada revolucionaria, me encontraba frente al botiquín de la esquina, al lado del cine Lincoln. Regresaba de una toma en los barrios que dan al norte de la avenida principal del Cementerio. Un revólver viejo, que tenía la masa floja, que para dispararlo había que centrar la masa con relación al cañón era mi compañero y defensor. Esa era el arma que me dieron para que protegiera a los camaradas durante la toma. No sé de dónde los camaradas de la Juventud Comunista de la parroquia Santa Rosalía habían sacado tan deteriorada arma, pero esa era la que tenía, y con ella tendría que enfrentarme al enemigo si se presentaba. Pero bueno... a uno a esa edad, no hay peligro que se le presente, y yo le iba a echar bolas a lo que fuera. Si esa fue la que me dieron, con esa tendría que resolver.

En el barrio habíamos varios muchachos que nos incorporamos a la Juventud Comunista. En la célula en la que yo militaba estaban Chuíto, Ambrosio, Nené, Norberto, Igor y Enriquito. Bertha, con su figura caribeña graciosa y bonita, la alegría y la gracia de la mujer venezolana, era activa y trabajadora, siempre estaba adelante dando el ejemplo. Vivía por los lados de la Bandera en los Rosales y era la responsable de la célula.

Habíamos recorrido los barrios de la zona como veinte muchachos y muchachas, entre escaleras y vericuetos, repartiendo propaganda y gritando consignas. Nos parábamos en las casas y hablábamos con la

gente sobre la revolución, sobre los problemas del barrio. Nos acompañaban camaradas que vivían allí y conocían a la gente, que nos recibía con cariño y nos ofrecían café, agua o una que otra galletica que sacaban de donde no tenían.

Algunos ranchos estaban muy deteriorados, con el piso de tierra, el techo de zinc, paredes de desechos de madera o cartón piedra. Otros eran de bloques, que eran los que estaban mejorcitos. El hacinamiento era algo normal en estas improvisadas viviendas con carencia de los servicios básicos, cloacas, agua. La luz había que robársela de los postes.

Allí, donde la ciudad había crecido invadiendo los cerros en busca de espacios para construir un techo, para forjar un sueño y una esperanza, para buscar calor a la familia, a los hijos, la ciudad se construía a sí misma, a trancazos, sin planificación, cada quién lo hacía como mejor le pareciera. La ciudad le pasaba por encima y arrollaba al maestro Villanueva que hacía grandes esfuerzos por urbanizarla y organizarla. Primero se garantizaba el espacio, el terreno, luego el cartón y el zinc. Más tarde aparecerían los bloques, la cabilla y el cemento, y así, subiendo cerros, sudorosos, con el peso en la cabeza, en la espalda, en los brazos, a lomo pelao, fuera hombre o mujer, una y otra vez, de noche o de día, sin importar la hora, algunas veces sin escaleras, resbalándose, cayéndose y volviéndose a parar, llegaban los materiales que se subían para hacer realidad el sueño de tener techo propio, aunque la inclemencia de una lluvia, haciendo una mala jugada, pudiera derrumbarlo todo en un instante convirtiendo el esfuerzo y la alegría en tragedia. Pero ese era el costo y el riesgo del sueño, de tener la voluntad y la perseverancia de buscar un mejor porvenir para la familia.

Acompañando a ese pueblo, diciéndoles que otro mundo mejor y solidario era posible solo mediante la lucha, que nada sería regalado, estábamos nosotros, muchachos, casi niños, llevando también nuestros sueños en una entrega total.

Abajo, la ciudad iluminada no dormía todavía, aún era temprano y ya nos disponíamos a bajar.

Y así creció mi Caracas, mi querida Caracas, entre invasiones y permisología. Los ricos tomaron las colinas, las terrazas, y los pobres, las lomas, los cerros.

Terminada la toma, después de recorrer los barrios con el cansancio a cuestas, me fui a la casa, pero me paré un rato en esa esquina, la del

cine, la de las tertulias, donde nos parábamos los amigos a conversar. El cine le dio el nombre al barrio. Nosotros éramos los del Lincoln y lo decíamos con orgullo con esa sensación de pertenencia. Allí quedaba un botiquín donde los adultos del barrio iban a tomar, a alegrarse, a hablar de la pelota, de caballos, de los números de la lotería. A descargar las angustias, a compartir sus sueños, y a veces, hasta componer al mundo, para luego, llegar a sus casas tambaleantes y sin dinero, con una segura, la pelea con sus mujeres que les reclamarían haber gastado el salario.

Era viernes, día de tragos y de farras. Era una noche fresca, de luna llena. Adentro en el botiquín, un ambiente de tragos alegraba la velada, y entre boleros, rancheras, guarachas y mediajarras se oía el ruido de las piezas del dominó cuando golpeaban la mesa o barajaban las piezas. El Ronco, el Maracuchito, el Alemán, Edificio, Ygato, Colmillo, el Loco Oscar y otros que, entre cerveza y cerveza, a punta de mediajarras, vivían el momento entre risas y gritos.

Todos mis compañeros que estuvieron en la toma se habían retirado a sus casas.

Conversaba de pelota con los amigos de la esquina. La pelota era un tema de conversación obligado. En el barrio se jugaba softbol. Los comentarios eran sobre el último juego entre Frazani y el Pepsicola. El Mono Ciro, Cantarita y Juan Ignacio eran los pitchers estelares. Ygato también pichaba. Juancho y el zurdo Rafael eran buenos en la primera base. Bongó, que era luchador olímpico con triunfos en competencias internacionales, le daba duro a la bola y de vez en cuando la sacaba del parque. Chuíto era la estrella del campo corto. El señor Ramírez de vez en cuando hacía de manager y el Tuerto Raúl era el gran organizador y el centro de los juegos. El sábado próximo jugarían en el campo de la Creole que quedaba en los Chaguaramos. Allí concurriría la fanaticada del barrio a aupar a su equipo preferido. Terminado el juego, victoriosos y derrotados culminaban la faena en el bar de la esquina cayéndose a palos, a punta de cerveza y haciendo los comentarios habituales para repetir la historia nuevamente, una y otra vez, en el transcurrir infinito del tiempo.

— ¡La jaula! ¡La jaula!

Nos gritaban desde la acera de enfrente alertándonos para que corriéramos.

Era la policía, y frenaron violentamente, y se bajaron con rapidez y nos rodearon, y no me dio tiempo de nada. Estábamos cercados.

—*Me jodí, ¡coño!*

No tuve tiempo de correr. Otros, los que estaban más alejados, lo hicieron creyendo que era la recluta. Cuando lo intenté ya era tarde.

Era la policía uniformada. Nos metieron a todos en el botiquín. Cuando entré, vi el baño, y pensé inmediatamente en esconder el arma allí detrás de la poceta. Traté de llegar para esconderla pero no pude, un policía me lo impidió diciéndome.

—*¡Epa, pa' dónde vas! Vamos, pégate de la pared.*

Me vi preso, no hallaba qué hacer, no tenía tiempo de arrancar a correr, estaba listo. Eso me pasaba por confiado, no había ninguna necesidad de pararme allí y menos aún con un arma encima. Pero esa era la realidad, no tenía escapatoria, estaba jodido.

—*¡Todos contra la pared!*

Nos registraron. Un policía metió su mano en la chaqueta que cargaba puesta. La chaqueta era reversible y tenía bolsillos por los dos lados. El revólver estaba en uno de los bolsillos de adentro. Era un revólver pequeño, cañón corto. El policía notó aquel objeto duro y sorprendido, lo sacó.

—*¡Mira lo que carga este carajito!*

Me encontraron el arma. En el botiquín, sorprendidos, todos me miraban. Y yo los veía diciéndoles con los ojos fijos y muy pelados que le avisaran a mi familia. Seguro que lo harían, para eso eran mis amigos. Terminaron de requisar a todos y no encontraron más nada. Se me acercaron los demás policías, me rodearon y entre empujones y golpes me metieron en la patrulla a la que le decíamos jaula, porque era una camioneta que tenía un cajón grande atrás enrejado que parecía una jaula. Allí metían a los que agarraban para llevarlos presos a las policías o a los retenes.

Conmigo adentro y con la sirena a todo volumen, el vehículo policial arrancó. Enjaulado vi alejarse la esquina. El grupo de parroquianos que quedaba seguramente comentando lo ocurrido se fue poniendo cada vez más pequeños hasta que desapareció de mi vista.

Yo estaba metido en peos desde los catorce años, aunque a los once,

cuando cayó la dictadura, ya participaba en diferentes actividades comunitarias. Era lo que llamaban “pionero”, y usaba un pañuelo rojo alrededor del cuello. Estaba de moda ser militante comunista. Mis hermanos lo eran. Pero cuando aparecen las actividades armadas, quería pertenecer a las Unidades Tácticas de Combate, las UTC. Mi hermano César era del destacamento Livia Gouverneur y yo quería estar allí en el movimiento armado. Sentía una gran emoción cada vez que se realizaba una acción subversiva.

Los revolucionarios eran mis héroes. Me había aprendido y las cantaba *la Bella Chao, Joven Guardia, la Internacional, ¡Ay Carmela!* y otras canciones revolucionarias.

—*Mi mamá se muere si te pasa algo ¿entiende, coño!*

Yo era el más pequeño de la familia y mi mamá estaba enferma, había sido operada del corazón. Eso fue por allá por el año 58, había caído Pérez Jiménez. Recuerdo el momento en que se despidió rumbo al quirófano en el hospital Algodonal. La llevaban en una camilla, con un gorro en la cabeza y arropada por una sábana de las que utilizan cuando se va al pabellón de operaciones. Siempre con ánimo, nunca con tristeza, ella era así, sencilla, humilde, valiente, firme, llena de ternura.

Me miró, me apretó la mano, me acercó a ella y me dio un beso.

—*Todo va a salir bien*—, nos dijo.

Le cambiaron la válvula mitral, porque la tenía tapada y eso le producía asfixias.

Cuántas veces hubo que llevarla de emergencia al hospital...

Los médicos decían que era un edema pulmonar. Yo era su maraco, el más pequeño de sus diez hijos. Mi mamá era amorosa y firme. Era maestra de escuela, y fue mi maestra de segundo grado.

A empujones me montaron en la jaula de la policía...

— *¡Coño! Mira a quién tenemos aquí*—, decía una y otra vez el policía gocho y gordo mientras me golpeaba.

— *¿Qué le pasa agente? ¿Por qué me pega?*—, le dije.

— *¿Qué casualidad! ¿Tú no sabes que eres el hermano del tenientico que me dio el tiro en la pierna?*

Eso fue cuando la dictadura de Pérez Jiménez.

Héctor venía llegando a la casa, a los bloques pequeños del Prado de María. Era de madrugada. Estacionó el jeep militar frente al bloque y se bajó. No había nadie por los alrededores. La ciudad dormía. Se dirigió directo al apartamento número tres, donde dormían los varones de la casa. Abrió con su llave y entró. Ramón hablaba con César, se quejaba de la arrechera. Estaba golpeado.

*—Ese gran carajo me cayó a rolazos. Mira como tengo las rodillas de hinchadas, no puedo caminar—*, comentaba Ramón.

Ramón venía llegando, no tenía la llave del apartamento y trató de entrar por el balcón. El policía que venía pasando lo ve escalando la pared, corre hacia él, lo hala por el pantalón y lo lanza al suelo.

*—Esa es mi casa. Yo vivo allí—*. Decía Ramón, tratando de subir de nuevo.

Discutían y la discusión se puso cada vez más fuerte. El policía no lo dejaba subir, sacó el rolo y lo golpeó. Ramón se defendía lanzándole unos coñazos, pero el policía con el rolo tenía la ventaja y lo había impactado en varias partes del cuerpo. Dos rolazos en las rodillas y Ramón cayó nuevamente al suelo. Las rodillas se inflamaron. El policía al ver que lo había golpeado mucho, lo dejó tirado en el suelo y se fue. Ramón, quejándose, retorciéndose del dolor, como pudo subió al apartamento.

Héctor desde el recibo de la casa, sorprendido escuchó el cuento observó las rodillas inflamadas de Ramón, dio media vuelta y saliendo de la casa dijo:

*—¡A ese tipo lo jodo yo!*

Corriendo, saltando los escalones bajó las escaleras a buscar al policía que caminaba en dirección a la superintendencia. A dos cuadras de la casa lo encontró. Iba caminando como si nada.

Venía pensando en el hombre que había golpeado y dejado tirado en el suelo.

*—Eso es pa' que respeten a la autoridad.*

Alguien venía detrás caminando aceleradamente. Sintió que lo seguían, se puso alerta, algo iba a pasar. La noche estaba fresca y las calles estaban solas.

Héctor apuró más el paso para alcanzarlo.

Los pasos de la silueta que venía hacia él le aceleraron el corazón. Cada vez se sentían más fuertes. Se puso la mano en la revólvera. Estaba atento. Lo veía con el rabo del ojo. Unos veinte metros los separaban.

— *¡Párate, policía!*, le gritó Héctor con energía antes que pudiera llegar a la superintendencia.

El policía se volteó con el revólver en la mano y trató de disparar.

Se oyó un disparo que despertó a los vecinos que se asomaron a las ventanas y a los balcones de los apartamentos. Un hombre cayó al suelo herido. Héctor, más rápido, le dio un tiro en la pierna, se le fue encima con el arma todavía humeante y lo desarmó. El policía no se atrevió a disparar. Tal vez se dio cuenta que llevaba todas las de perder. Los vecinos no salieron a la calle y desde los balcones y ventanas disfrutaban del espectáculo. Nadie supo nada y nadie había visto nada. Héctor corrió, buscó el Jeep y regresó. El policía en el suelo se quejaba. Lo montó y lo llevó al hospital, llamó a la Policía Militar y les entregó su arma y la del policía que seguía quejándose del dolor. A Héctor lo detuvieron y lo soltaron unos días después. Ramón pasó unos días con las rodillas hinchadas sin salir de la casa. No podía caminar.

Años más tarde tendría la mala suerte de toparme con el mismo policía...

— *Te voy a llevar al retén de la Planta para que te cojan.*

Dentro de la jaula, conmigo, había otros tres presos, uno de ellos también era menor de edad. El policía cojo estaba con nosotros sentado a mi lado confundido con los presos, y no dejaba de golpearme y volver a amenazarme con llevarme al retén de la Planta. Los demás policías estaban guindados en la parte de afuera de la jaula.

— *¡Coño carajito! Ya te dije que tu hermano, el tenientico, fue el que me dejó cojo.*

Y yo callado, no le contestaba.

Y así, entre amenazas y coñazos, llegamos a la Planta.

Me bajó de la jaula junto a otros dos presos, otro se quedó adentro porque era menor de edad. Con las esposas que me habían puesto desde que me montaron en la jaula, me llevaron al retén. Estaba nervioso. Tendría que echarle bolas a lo que viniera. Mi familia debe saber y seguramente se estarán moviendo para sacarme.

Entramos al retén. El ruido metálico de los candados sonaban cuando abrían la reja de entrada. Adentro se veía el movimiento de los carceleros. Delante de mí había otra reja que daba a los pabellones de los presos. Desde allí pude ver a los presos de “confianza”, a los que no encerraban después del número. Caminamos hasta la dirección del retén. El policía llevaba las cédulas en la mano. Las entregó a un funcionario, un hombre gordito, moreno, aindiado, que parecía guajiro. Eran como las nueve de la noche. Otra vez se oía el ruido de los candados, de las rejas y las voces de los presos. El carcelero de guardia tomó mi cédula en la mano, la observó, dirigió su mirada al policía y le dijo:

*—Este muchacho no puede estar aquí porque es menor de edad, tiene que llevarlo a un retén de menores.*

Un alivio me recorrió el cuerpo. Me montaron nuevamente en la jaula que salió de la Planta, tomó la avenida Morán y se dirigió a Catia. A los otros dos los dejaron y no supe más de ellos.

El policía se me acercó y me dijo:

*—Coño, te salvaste carajito, tengo que llevarte pal retén del Junquito.*

Allá fui a tener. Llegamos como a las once de la noche. Con los documentos en la mano un policía se dirigió a la dirección. Al regresar con dos funcionarios me ordenó salir de la jaula junto al otro menor. Nos quitaron las esposas. Nos entregaron a los carceleros que nos llevaron a pabellones distintos del retén.

Al pabellón que llegué había alrededor de unos cuarenta presos, todos menores, de edades entre los quince y diecisiete años. Se dormía en literas y me asignaron una. Me tocó dormir en la parte de arriba. Esa noche no dormí, estaba pila. Ningún preso se metió conmigo.

A los dos días me llevaron a declarar al cuartel de la policía en Cotiza. Un teniente del ejército, que había sido subalterno de mi hermano Héctor en el cuartel Urdaneta de Caracas cuando era comandante de ese cuartel, me interrogó y me ayudó en las declaraciones. Declaré que esa arma la había encontrado en un basurero y se la iba a entregar a mi primo Rafucho que también era teniente, pero de la Guardia Nacional. Al mes me soltaron y me incorporé nuevamente al movimiento. Pero esta vez era distinto.

## Caída y fuga

Como mis hermanos, con su influencia en la dirección del Partido Comunista me bloqueaban la incorporación a las FALN, hice contacto con los destacamentos controlados por el MIR y me incorporé, trayéndome a Nené y a José, que militaban conmigo en la Juventud Comunista, al Destacamento José Luis Montesinos comandado en ese entonces por Marquitos Salazar.

En la noche nos reunimos con Leonel en una casa que quedaba por los lados del Triángulo, en los Rosales. Caminamos por una calle ciega que daba hasta la pata del cerro, luego empezamos a subir por escaleras y estrechos callejones. Había caído la noche. La gente nos veía pasar inadvertida. Andábamos separados con un tiempo de aproximadamente dos minutos entre uno y otro. Antes de llegar, a unos cincuenta metros más o menos, debíamos observar un paño blanco en una de las ventanas como señal de que todo estaba bien, que no había peligro. Llegamos y entramos asumiendo las medidas de seguridad que se requiere en estos casos, uno por uno. El dueño de la casa nos esperó con la puerta abierta hasta que entramos todos separadamente. Saludamos y nos dirigimos directo a una de las dos únicas habitaciones. Una cama, una mesa de noche, un espejo y una pequeña biblioteca donde destacaban la novela *La Madre* de Máximo Gorki, *Así se templó el acero* y las *Cinco Tesis Filosóficas* de Mao.

Trancamos la puerta del cuarto. El dueño de la casa se quedó en la sala para atender a vecinos o extraños que llegaran y avisarnos de cualquier situación rara que se presentara. Dentro, todo debía verse normal.

Siendo joven fue militante del Partido Comunista, ya no estaba activo, pero sus ideales estaban intactos y era un revolucionario y colaborador ejemplar. Su casa siempre estuvo a la orden. Su esposa y su hijo veían la televisión en la casa de la hermana que quedaba un poco más arriba en el mismo barrio. Allá los llevó para que pudiéramos realizar la reunión. Esperarían a que terminara la telenovela de las ocho de la noche para regresar. Su esposa no se perdía un capítulo. Eso nos obligaba a irnos antes de las nueve de la noche. Él era un hombre alto, de unos cuarenta y tantos años que veíamos como un señor mayor, puesto que nuestra edad estaba entre los dieciséis y los dieciocho. Tenía el pelo ensortijado, obrero, y trabajaba en una fábrica de la industria de la madera. Sus manos callosas lo delataban como un hombre acostumbrado al trabajo duro y manual.

Nos dio café, se retiró y se sentó en la sala donde permaneció hasta que finalizamos la reunión y nos despedimos.

En la reunión analizamos la situación, discutimos el informe político emitido por la dirección de las FALN para pasar luego a la planificación de la operación planteada.

La lucha era contra el gobierno antipatriótico y proimperialista de Rómulo Betancourt.

*¡Contra el gorilo-betancourismo!*

Las agencias de noticias, a través de la prensa y otros medios de comunicación, informaban sobre la guerra de Vietnam. El pueblo y su ejército de liberación bajo la dirección del Partido Comunista les infringían derrotas a los invasores norteamericanos, y eso nos alegraba. Lo festejábamos. Un triunfo de los vietnamitas era un triunfo nuestro. Estábamos en la misma lucha.

La agenda, el orden del día nos llevó al punto operacional en donde decidimos tomar una emisora de radio para el día siguiente. Era una operación que teníamos tiempo observándola. Ya la habíamos pateado bastante. Podíamos decir, sin temor a equivocarnos, que estaba teóricamente resuelta.

Una vez tomada, los obligaríamos a sacar al aire una proclama que

llevaríamos en una cinta con un comunicado de las FALN denunciando la represión contra el pueblo y llamando a la incorporación a nuestras fuerzas. A las once de la mañana cuando empezaba el noticiero debíamos tener ya dominada la situación.

Dos se quedarían en la calle armados para proteger a los tres que entraríamos a la emisora, someteríamos a los presentes, los obligaríamos a poner la cinta grabada con la proclama, mientras el chofer con el carro encendido nos esperaría garantizándonos la retirada.

Las armas estaban completas: dos metralletas y una granada para los que estaban afuera y tres armas cortas para los que debíamos entrar. A las diez de la mañana quedamos en encontrarnos para dar el último chequeo pre-operativo y avanzar hacia el objetivo.

—*Que cada quien prepare su camuflaje*—, ordenó Leonel.

Así aparecieron los lentes oscuros, las gorras, los guantes y las capuchas. Todos nos preparamos para no dejar rastro.

—*Hay que estar claros, que nadie nos vea la cara, que nadie deje una huella. Óiganlo bien, a cuidar la cara y a cuidar las manos* —, nos dijo.

El carro debíamos buscarlo, pues no lo teníamos. Esa era la parte más incomoda de las operaciones, pero sin carro no podíamos realizar nada, era indispensable.

Tres nos ofrecimos para buscarlo: Nené, José y yo. A ninguno nos gustaba ese trabajito, pero había que hacerlo, además de tener que quitárselo a un trabajador, aunque fuera por un rato, uno daba mucha cara. Era imposible no mostrarse y el riesgo era mayor, se dejaba mucho rastro.

A las siete de la mañana quedamos en encontrarnos en la Plaza Tiuna. Limpiamos todas las armas y los tres que íbamos a conseguir el vehículo operacional agarramos cada uno nuestra arma corta.

Estudiamos en el papel la zona operativa: el sitio de concentración previo, colocación, ubicación, desplazamiento y avance de cada combatiente, posición a jugar dentro de la emisora, momento y ubicación del carro de retirada, señal de entrada y de salida, sitios de trasbordos y punto de concentración posterior. La contención, como era la norma, debía retirarse de último, permitiendo que los de adentro salieran protegidos y cubiertos.

Llegué a mi casa como a las diez de la noche, tenía el arma encima y tendría que tener cuidado de que no se dieran cuenta.

Mi mamá me preguntó que dónde estaba. Le contesté que me había quedado estudiando en la casa de un amigo. Yo estudiaba electrónica en la Escuela Técnica Industrial de los Chaguaramos. Pasé directo a mi cuarto y me acosté.

Esa noche me dormí tarde, estaba tenso y me costó conciliar el sueño pensando en el plan establecido para el día siguiente. Entre la tensión y la emoción transcurrió la noche, durmiendo a ratos.

El miedo siempre estuvo presente, y yo lo sentía, es mentira que hay quien no lo siente. Todos lo sentimos. ¿Cómo no sentirlo si se va a correr un riesgo donde se va a exponer nada menos que la vida?

Años después me preguntaron si era miedoso. Contesté que había sentido muchas veces miedo, y si sentir miedo era ser miedoso, entonces lo era; pero que también el miedo permitía ser capaz de vencerlo y no dejarse dominar por él, tratando, intentando tener un equilibrio entre conservadurismo y temeridad.

Me desperté a las cinco, preparé café, me bañé, me vestí y me puse una chaqueta que me ocultara el arma. Revisé el camuflaje: una gorra de pelotero, lentes oscuros, un pañuelo y las medias de nylon que me pondría en las manos a la hora de la operación, las metí en una bolsita plástica que coloqué dentro de la chaqueta debajo del brazo para que mi mamá, que ya estaba despierta, no se diera cuenta. Todo estaba correcto.

—*Bendición mamá, voy a clases*—, le dije.

—*Dios te bendiga y te cuide hijo*—, contestó.

Me comí una bala fría con café con leche y salí al sitio convenido.

A las siete de la mañana llegaba puntual. Era una mañana fresca, de sol cálido y bonito. El cielo estaba azul y las nubes blanquísimas lo surcaban haciendo figuras. A mí me gustaba observar cada figura y sus semejanzas. Jugaba con ellas y las disfrutaba.

En la plaza, grande y bonita, de frondosos árboles, con un follaje que se balanceaba al paso de la brisa, estaba el indio Tiuna, vivo ejemplo de nuestros guerreros originarios, con su musculatura, su arco y flechas descansando en sus piernas y su mirada libertaria lanzada al infinito. A él le tocó en su época, junto a Guaicaipuro, Baruta, Chacao, Tamanaco, Catia, Guaicamacuto, la india Urquía y otros caciques, librar las batallas que nosotros librábamos ahora.

¡Qué mejor sitio para avanzar a una acción revolucionaria!

Nuestro héroe aborigen estaba allí y yo me sentía su descendiente histórico.

Gracias por haber existido, haber sido lo que fuiste y habernos dejado tu legado.

A lo lejos vi acercarse a Nené y a José, venían juntos y conversaban animadamente. Llegaron junto a mí y nos saludamos.

— *¿Estamos listos?* —, pregunté.

— *Listos* —, contestaron.

Un carro libre venía pasando y le sacamos la mano. El carro se paró. Era un Chevrolet del año 58, azul con techo blanco. Nos acercamos. El chofer era un hombre blanco, gordo y fuerte con acento y aspecto español.

— *¿Cuánto nos llevas a las Mercedes?*

— *Cinco bolívares.*

Nos montamos. Yo me senté adelante, José y Nené atrás.

Tomamos rumbo a las Mercedes. Al llegar al sitio previamente escogido le dijimos que parara. Cuando lo hizo, sacamos las armas, le apagué el carro y tomé las llaves del encendido. Hablamos con él y le dijimos que éramos de las FALN, que no le haríamos ningún daño,

— *Denos un número de teléfono para llamarlo. El carro se lo vamos a regresar, lo vamos a utilizar para una acción revolucionaria y queremos su colaboración. No somos delincuentes, somos guerrilleros de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.*

Le entregamos cien bolívares por el día de trabajo, y se los metió al bolsillo.

El hombre estaba tranquilo, callado, como pensando. De repente se me fue encima tratando de desarmarme. El español era más fuerte. Forcejeé con él.

Yo dominaba el arma que el tipo trataba de quitarme. Tenía puesto el dedo en el gatillo, no quería dispararle. Hacía esfuerzos para no hacerlo tratando de que no se me escapara una bala, pero tampoco dejar que me desarmara. Para nosotros formados en principios revolucionarios,

jóvenes idealistas, la vida de un ser humano vale mucho y ese no era nuestro objetivo. Teníamos que evitar a toda costa un desenlace fatal.

—*Quédate tranquilo que no queremos hacerte daño, somos guerrilleros no somos delincuentes.*

—*El carro no me lo quitan—*, repetía una y otra vez.

El tipo tenía bolas. Éramos tres y se atrevió a enfrentarnos. Nuestro objetivo no era hacerle daño, solo queríamos el carro por unas cuantas horas, además le estábamos pagando el día y él podía contribuir con el movimiento revolucionario, pero no, se puso duro. Tuvo la suerte de encontrarse con revolucionarios que privilegiaban la vida por encima de todo y que iban a evitar maltratarlo dentro de lo posible.

Nené desde el asiento de atrás lo agarró con una estranguladora por el cuello, lo apretó fuerte, sometiéndolo y entonces reaccionó y entró en razón. No lo maltrató.

—*Quédate con los cien bolívares y te bajas del carro, ¡coño!*

El hombre se bajó del carro. Tomé el volante del taxi, lo prendí y lo manejeé en dirección a Chacaíto para tomar la autopista con esa cara de quien todavía no había cumplido los diecisiete años. José se pasó para el asiento delantero.

Confiados avanzábamos por la autopista en dirección este-oeste. A la altura del puente de la Plaza Venezuela, nos alcanzó la policía. Eran de la PTJ y andaban en un carro de color beige que no tenía distintivo policial. Se nos acercó desde la vía rápida y sin mediar palabras nos cayó a tiros. Los disparos venían en dirección a mi puerta. Corrí con la suerte de que no me dieran. Ante la sorpresa traté de maniobrar para salirme de la autopista, subir al puente, entrar a la Universidad Central y allí perdérmolos, pero no pude. Perdí el control y el carro se estrelló contra un aviso que señalizaba en dirección a la UCV. Allí continuaron los tiros. Nos lanzamos agachados contra el piso sin responder. Aso-mar la cabeza era un suicidio. Mi mente estremecida por la situación solo pensaba en huir, salir del sitio.

No podíamos enfrentarlos, estábamos en desventaja, eran demasiados para nosotros. Enfrentarlos era la muerte. El plomo era cerrado. El Nené, que venía en el asiento trasero, con esa agilidad característica en él, abrió la puerta, salió corriendo en dirección al río Guaire y logró irse en medio de la balacera. En ese momento pensé que lo podían

haber matado. José venía adelante conmigo. Traté que saliera, para yo poder también salir. Lo empujé varias veces, pero estaba tieso, no se movía. Lo hamaquéé varias veces y nada. Los disparos continuaban hacia el lado mío, hacia el lado del chofer; pero José no reaccionaba y no me dejaba abrir la puerta por más que lo empujaba y le gritaba que la abriera. Eran segundos que parecían eternos y el tiempo estaba en contra nuestra. Las balas chocaban contra el carro. No sé cómo salimos ilesos. Tal vez nos ayudó el hecho de que las puertas tienen doble chapa de metal, para que las balas no la atravesaran. Ya impotentes nos manteníamos acurrucados contra el piso del carro. No nos quedaba otra, estábamos a merced de ellos. La muerte y la vida estaban a ambos lados de la cuerda pujando cada una por vencer a la otra. Cesaron los tiros y todo se tornó callado, hubo un silencio de segundos que parecieron horas. Afuera, desde la autopista, los gritos de los policías se oían de nuevo. Pensé que nos iban a matar. Guardé el arma debajo del asiento. Cualquier temeridad era la muerte. El oído agudo a cualquier ruido sintió los pasos cuando se acercaron. Dispararon dos veces más. Miré hacia la ventana desde el piso del carro, la luz del sol encandilaba. El cañón de una pistola me apuntaba. Aquel cañón era inmenso, grandísimo como la boca de un túnel oscuro y negro, tan grande como los de la autopista Caracas-La Guaira, como si pudiera meterme en él con carro y todo.

Continuaron los gritos de los policías...

—*Con cuidado, ante cualquier movimiento los matas.*

—*Se nos fue uno.*

—*Rodea el carro y cáele por detrás.*

—*Ya los tenemos*—, gritaban.

*Abrieron la puerta.*

Tres policías me apuntaban con sus armas.

—*¡Vamos, vamos! manos en la nuca y bájense del carro.*

A duras penas nos bajamos. A empujones nos recostaron del carro de espaldas a ellos, nos registraron, nos pusieron las esposas y nos metieron en una de las patrullas de las cinco que llegaron. La autopista estaba trancada. Los carros de la vía contraria se paraban a ver lo acontecido.

Tuvimos suerte, no nos mataron y estábamos ilesos. Volteé mi mirada hacia el carro y pude observarlo. Parecía un colador. No era posible que estuviésemos vivos, pero lo estábamos y eso era lo importante.

Surgía una nueva realidad que enfrentar. Otro momento nos esperaba. Habíamos cometido un error, dejamos que el taxista se bajara con toda tranquilidad. El hombre pidió ayuda en una de las casas y desde allí llamaron a la policía. Era un error que veníamos cometiendo, pues en otras oportunidades hicimos lo mismo. Dejábamos que el taxista se fuera tranquilo, después de decirle quiénes éramos y cuál era el objetivo de la operación. Se le cancelaba su día de trabajo y luego, realizada la actividad, se llamaba para indicarle dónde estaba su carro. Pero en esta ocasión sucedió algo distinto. El hombre opuso resistencia y esa nueva realidad no la tomamos en cuenta. Nos confiamos, y los errores se pagan caros.

La patrulla se dirigió a la PTJ del Parque Carabobo. Allí llegamos entre empujones y coñazos.

Fuimos a parar, separados, a unos tigrillos de la División contra Robos. Eran unos calabocitos de más o menos dos metros de largo por uno de ancho. A José no lo volví a ver y no supe más de él. En la tarde empezaron los interrogatorios, los golpes y las amenazas. Pude ver al taxista cuando me señalaba de ser uno de los que le quitó el carro.

Nos habían instruido en la organización revolucionaria que nuestra defensa fundamental era atenerse al "Precepto Constitucional", apoyándose en el artículo 70 de la Constitución Nacional, que señalaba que:

nadie podía ser obligado a declarar contra sí mismo.

Por lo tanto, apoyándome en él, no declaré.

Los interrogatorios en medio de los golpes se afincaban en que dijera el nombre y la dirección del camarada que había huido.

Uno de los policías de apellido Gutman, un catire alto y corpulento que parecía gringo, era el que más se ensañaba contra mí.

— *¿Ah, con que tú eres ñangara, no? Mejor es que te portes bien aquí y nos eches el cuento como es, completo, porque si no, una comisión de la Digepol va a venir a buscarte, y tú sabes cómo son las vainas allá. Así es que ve aflojando para que te quedes aquí. No te hagas el loco, carajito.*

No declaré y no pudieron ubicar la dirección de mi casa. Sin embargo, mi compañero de causa no corrió con la misma suerte y acompañó a la policía a la casa de Nené, al que identificaron y allanaron, pero no encontraron. Tuvo que enconcharse.

A todas estas, mi hermana Chela se movía en la calle para resolver la situación. Conocía a la doctora Clarisa Sanoja, jefa de la División de Menores de la PTJ, militante de muchos años de Acción Democrática, a la cual conoció en la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez compartiendo momentos de clandestinidad. Esta señora se presentó a buscarme a la División contra Robos donde había permanecido en los tigrillos dos días. A pesar de la resistencia de los policías de esta dependencia logró llevarme y trasladarme a su división. Allí habló conmigo y me contó que conocía a mi hermana, que había hablado con ella en relación a mí. Con mucho respeto y afecto se refirió a Chela. Me manifestó que sabía, aunque no lo compartía, que lo que habíamos realizado era con fines revolucionarios.

*—Eres joven y los jóvenes se atreven y a veces cometen errores o cosas con la cuales uno no está de acuerdo. Pero no te preocupes, no te van a trasladar a la Digepol. Yo soy quién decide en esta División. Aquí no se te va a maltratar, así es que puedes estar tranquilo. Ya estás en mi jurisdicción. De aquí, en una semana, más o menos, vas a ser trasladado al retén de menores de Los Chorros. Ya me comunicaré con Chela para indicarle lo que deben hacer.*

Me trató con cariño. Me sentí protegido.

*—Ya pasó lo peor—, me dije.*

Me metieron en un salón grande en donde habían alrededor de treinta muchachos presos por diferentes causas. Entré atento a lo que podía pasar, por si acaso alguno pretendía meterse conmigo y tratar de quitarme algo.

Estaba dispuesto a no dejarme quitar un coño. Estando adentro se me acercaron varios.

*—Ya como que empezó la vaina—, pensé.*

Tal vez leyeron en mí que estaba dispuesto a no dejarme joder. Me preguntaron por qué había caído y se portaron bien conmigo. Nos hicimos compañeros de infortunio.

En la tarde me llegó comida enviada por mi familia. Era un pollo en brasas con hallaquitas que compartí con los que pude. Comí sabroso.

A los días, fui trasladado a los Chorros, en una tarde lluviosa, como a las cuatro. La camioneta de la PTJ que me trasladó entró por un portón grande, en medio de una gran pared que circundaba al retén. La edificación estaba dentro de un amplio jardín bien cuidado con árboles grandes y frondosos. Allí trabajaban algunos internos, los de más confianza para los carceleros, que le hacían mantenimiento. A los funcionarios les decían maestros.

Me llevaron a la dirección donde me tomaron los datos y me dieron una charla de lo que significaba el retén, indicándome que de mi comportamiento dependía el trato que ellos me darían.

— *Tendrás que portarte bien y no crear conflictos ni problemas.*

Para los que tuvieran mal comportamiento estaban las celdas de castigo, los llamados tigrillos, pequeños calabozos donde estarían aislados por un tiempo determinado de acuerdo a la falta.

Luego de la charla, me trasladaron a uno de los pabellones.

Este era un galpón grande que tenía tres filas de camas literas que eran ocupadas por cada uno de los muchachos internos que nos encontramos allí.

A las seis de la tarde cerraron el pabellón, pero antes el maestro, con una lista en sus manos, pasó revista y nos contó llamando a cada quien por su nombre.

Acababa de llegar y comencé a comunicarme con los demás presos. Uno de ellos era de mi barrio y había tenido una pelea reciente conmigo en una fiesta en la cual coincidimos. Yo le había prestado mi paltó para que entrara y luego no quería devolvérmelo y tuvimos que pelear.

Le decían el Loco Enrique. Era un muchacho de mi edad, de regular estatura, trigueño, delgado, de pelo muy liso y negro, de facciones finas y de aspecto indígena. Cuando lo vi, pensé:

— *Aquí se prendió el peo...*

Pero no. Me vio, me saludó y nos hicimos amigos. Pasados los años supe de su muerte en un “enfrentamiento” con la policía por los lados de los Chaguaramos. Me sentí triste. Era de esos muchachos de rumbo equivocado, producto de una sociedad desigual.

En la mañana, a las seis, se oyó el ruido del candado cuando abrían la puerta del pabellón. Todos debíamos estar listos, con la cama arreglada. El maestro pasaba lista y revisaba la condición en que estaban las camas. Si estaban desarregladas le daban chance para arreglarla a la velocidad del rayo, si esto se repetía el siguiente día era llevado a la celda de castigo.

A las ocho llegó el desayuno: una taza de avena, un pan y un pedazo de queso. Alineados con la bandeja en la mano fuimos uno a uno tomando el alimento. No estaba mal y me lo comí todo.

A las nueve de la mañana nos trasladaban todos los días al patio de sol. Era un patio grande de cemento, con unos aros de baloncesto maltrechos pero servían. Allí podíamos jugar y hacer deportes o simplemente llevar sol y conversar con los otros internos. Las peleas eran generalmente en este patio, pero no pasaban a mayores. Los maestros tenían control.

El domingo tendríamos visita. Estaba emocionado. Mi mamá, a pesar de su enfermedad reumática, por encima de cualquier dificultad, vendría a ver a su hijo, el maraco, de eso estaba seguro. La esperaba, junto a mi papá, con ansiedad. A las nueve empezaba la visita que culminaba a las cuatro de la tarde.

La sala de visita era grande y tenía bancos alrededor, de amplios ventanales y de techo alto. Me había bañado y vestido con la ropa que me trajo el día anterior mi hermano Juancito con una nota de mi papá, donde me hablaba de la entereza que debía tener en esta circunstancia.

A las nueve, puntual, vi llegar a Juancito, mi papá y mi mamá. Nos abrazamos. Las lágrimas rodaron. Mi mamá me besaba. Estábamos emocionados. Mi papá tragaba saliva con un nudo en la garganta para contener el llanto, disimulaba, pero uno se daba cuenta al verlo a los ojos. Juancito observaba con atención con las bolsas que me traían todavía en sus manos.

Nos sentamos en uno de los bancos de la sala. Cada vez entraban más visitantes y la emoción, las lágrimas, los abrazos y los gritos de alegría inundaban el recinto. Cada preso con sus visitantes se acomodaba en cualquier sitio de aquel amplio salón.

A los que todavía no les llegaba la alegría del espectro de la calle y su libertad a través de sus familiares, caminaban de un lado a otro, impacientes, dejando ir su mirada una y otra vez hacia la puerta de entrada.

Cada vez que la abrían los ojos se desplazaban hacia allá, esperando, esperando, esperando... hasta que se extinguía el momento. Era una angustia que recorría el tiempo de la visita que, en su transcurrir, iba dando paso a la tristeza en la medida que el familiar no llegaba.

Para el preso, la visita es la vida. Es el reencuentro con la brisa, con la luz, con la esperanza, con los vientos que llegan desde lo que le está negado. El tiempo se detiene y los recuerdos quedan paralizados al momento de la caída. ¿Cuántos momentos vive el ser humano en la calle?, ¿cuántas vidrieras?, ¿cuántos carros?, ¿cuántos rostros?, ¿cuántas circunstancias, distintas unas de otras? Y el preso... el preso vive el mismo cielo, la misma pared, los mismos rostros, la misma reja, el mismo candado, los mismos olores, la misma rutina, el mismo calabozo... congelado en el tiempo anhelando la libertad. Las conversaciones son sobre lo de ayer o sobre lo del mañana, nunca sobre el hoy, el hoy no existe, se vive pero no existe.

Me trajeron ropa limpia, comida, dulces y galletas y una novela de Jorge Amado, *Los capitanes de la arena*. Les entregué la ropa sucia. Juancito me informó sobre Nené, lo que había pasado, que estaba bien. Mi papá me dijo que mi caso estaba canalizado, que todo iba a ir bien, que no me preocupara, que pronto saldría mediante una caución que él iba a firmar para dejarme en libertad, en donde asumía el compromiso de mí, de no reincidencia.

Terminó la visita y los internos, como nos decían a los presos, fuimos subidos al pabellón que quedaba en una segunda planta. A los que no les llegó visita, caminaban tristes, cabizbajos, con una caligüeva que no podían esconder. Los ojos se le tornaban opacos y se hundían en el mutismo. Eran los que, en el argot carcelario, se les conoce como fritos, a los que no visitaba nadie o muy poco. Con el Loco Enrique y con algunos de ellos compartía lo que me llevaban.

Pasaron nuevamente el número. Uno a uno el maestro nos fue nombrando hasta que confirmó que estábamos completos.

Así pasó un mes entre visitas y rutina carcelaria.

Una noche me dio un fuerte dolor de muela. Pasé la noche mal. En la mañana pasé la novedad y pedí que me llevaran a la enfermería. En la tarde me llevaron.

Me sacaron del pabellón y tuve que ir fuera de la edificación del retén al lugar donde estaban los jardines. Los cruzamos, y en una oficina que

estaba cerca de una pared que daba a la calle, llegamos a la enfermería. Pasé al cubículo del odontólogo. Me examinó, me extrajo la muela y decidió dejarme en la enfermería hasta la mañana siguiente. En la noche se me presentó uno de los internos de confianza a la habitación donde me tenían en observación. Me hizo señas por la ventana desde la parte de afuera. Me acerqué y le pregunte qué quería.

La habitación tenía una puerta que solo abría por fuera. Él podía entrar porque era de confianza.

—*¿Te quieres fugar?*—, me dijo.

Quedé sorprendido por aquella pregunta. Era la primera vez que lo veía. Todavía mi cachete sentía los efectos de la anestesia, pero ya no sangraba, el tapón que tenía en el hueco dejado por la extracción no la dejaba.

—*¿Cómo es eso?*—, le contesté.

Me señaló la pared que debíamos saltar. Un árbol que estaba cerca permitía llegar, moneándolo, a la máxima altura de la pared.

—*¿Y cómo salgo de aquí?*—, le pregunté.

Yo te abro, esa puerta no abre por dentro, pero por fuera sí.

—*Vamos a echarle bolas, pues*—, le dije sin pensarlo dos veces.

—*Está bien, pero tenemos que esperar hasta las nueve de la noche que baja la vigilancia y apagan las luces.*

Así se hizo. A las nueve mi compañero de fuga estaba abriendo la puerta donde estaba encerrado.

—*Llegó la hora, nos vamos.*

—*Pa'lante, que pa'tras espanta.*

Salimos rápidamente. Observamos que nadie nos veía. Avancé detrás de él. Llegamos al árbol. Yo subí primero, luego él. Brincamos la pared y caímos en un canal de aguas negras. Por allí, con el agua hedionda hasta la rodilla, llegamos a una calle. No se habían dado cuenta y no se escuchaba alarma alguna. Nos desplazamos silenciosamente unas cuantas cuadras hasta llegar a la avenida Francisco de Miranda. Las luces de los carros nos encandilaban. Las cornetas y el bullicio de la gente amenizaban el ambiente callejero.

Los pantalones hasta las rodillas los teníamos mojados de agua de cloaca. Estaba empapado de sudor, por el calor, la tensión y la caminata que hacíamos muy veloces para alejarnos del retén que quedaba atrás como episodio superado de nuestras vidas. Se me había olvidado que apenas unas horas antes me habían sacado una muela, aunque todavía conservaba el tapón, del cual me deshice al llegar a la avenida. Seguimos andando hasta llegar a la casa del ingeniero Mata, amigo de la familia y militante de la revolución, que quedaba en la urbanización Santa Eduviges frente a la Pepsicola.

Era una casa de dos plantas. Él vivía en la planta alta. Toqué la puerta. Mata en persona nos atendió.

—*¿Y qué haces tú aquí si yo te hacía preso?*—, me dijo sin salir de la sorpresa.

Nos invitó a pasar. Su esposa estaba dormida. Al observar la facha en que andábamos, nos invitó a bañarnos y a cambiarnos de ropa que él mismo nos buscó. Nos ofreció café con leche caliente y pan con queso. Nos lavamos las manos y comí con el cuidado de no molestar al hueco de la encía. Mi compañero de fuga, del cual nunca supe el nombre y al que más nunca vi, se duchó primero, se vistió y se fue.

—*Gracias*—, le dije en la despedida a mi liberador, después de un fuerte apretón de manos.

Luego entré yo al baño y disfruté, con el gozo que se siente después de haber logrado una victoria, de una regadera con agua tibia. Me sentía nuevamente en la primera línea de combate. Estaba nuevo. Me vestí con la ropa prestada por el camarada Mata.

Al rato llegó César, mi hermano. No se imaginaba que podía encontrarme allí. Él estaba solicitado por los cuerpos policiales y estaba encontrado en la casa de Mata.

Tremenda sorpresa se llevó cuando me vio.

—*¿Qué haces tú aquí, que pasó? No entiendo nada. Explícame por favor.*

Le conté lo que pasaba.

César agarró tremenda arrechera y me dijo:

—*Coño, vale, tú sí que tienes bolas. No te das cuenta que ibas a salir legalmente. No pudiste esperar. Ahora estás obligado a vivir*

*en la clandestinidad. ¿Tú crees que eso es de pinga? ¿Y mi mamá? ¿Pensaste en mi mamá? ¿No te conformas con la preocupación que le damos nosotros para que te añadas tú ahora?*

*—Bueno hermano, lo hecho, hecho está, no me voy a devolver para el retén ¿verdad?*

Esa noche dormí sabroso.

## La misión militar norteamericana y el secuestro del coronel Smolen

El coronel Smolen era el agregado militar aéreo de los Estados Unidos en Venezuela. En Vietnam un revolucionario vietnamita era condenado a muerte acusado de atentar contra el Secretario de Estado Norteamericano Robert Mc Namara cuando visitaba Saigón. Nguyen Van Troy estaba a la espera de su ejecución.

Mientras tanto en Venezuela, un comando guerrillero del destacamento Livia Gouverneur secuestra al teniente coronel Smolen en una acción internacionalista y solidaria de la guerrilla venezolana con el pueblo vietnamita, proponiendo canjearlo por el revolucionario condenado a muerte.

*¡Toma este FAL y controla a la custodia!*

El Caliche cumplía la orden que le daba Plutarco, su querido camarada, responsable de la parte de la operación que le tocaba realizar.

Los custodios, los guardias de la misión militar norteamericana, se le fueron encima, los miró a los ojos con esa mirada tan firme que los congeló.

*-Si se acercan un poco más los jodo-*, les dijo con decisión el Caliche y los mantuvo a raya con el FAL que le pasó Plutarco.

La mujer venezolana, como tantas en el transcurso de la historia, representadas en esta acción revolucionaria por tres bonitas camaradas

combatientes guerrilleras urbanas, con audacia y picardía, estuvieron semanas coqueteándole a la custodia de la misión para encontrar la información necesaria, lo que permitió, con éxito, llevar a cabo la operación, limpia, sin heridos ni maltratos.

A distancia los combatientes observaban cada paso sin perderlas de vista. A veces salía algún guerrillero arrecho cuando los guardias que custodiaban la misión militar norteamericana pretendían manosearlas. Aunque de allí no pasaban. Durante semanas merodearon el sitio, bonitas, arregladitas, desbordando simpatía, conquistaron a los guardias que se comieron el cuento, y precisaron todos los movimientos, y eso fue clave para la toma: la misión militar norteamericana ardía en llamas. Se le había dado un golpe certero al imperialismo donde más le dolía. Era el lugar desde donde se elaboraban los planes contra el movimiento revolucionario venezolano y cogía candela, ardía en llamas, producto de esta intrépida acción revolucionaria. Desde allí se impartían las órdenes para que el gobierno de turno defendiera los intereses gringos en nuestra patria. El audaz y valiente grupo de guerrilleros urbanos venezolanos del destacamento Livia Gouverneur le daba una cachetada al imperio.

Cada guerrillero cumplió la tarea encomendada y todo salió limpiecito. Entre el botín de guerra capturado, además de armas y documentos, estaba una libreta que era oro, con las direcciones y sitios frecuentados por los miembros de la misión, entre ellos... su segundo jefe, el Teniente coronel Smolen.

Smolen frecuentaba el Club Casablanca, uno de los clubes más importantes de la capital, en la avenida principal de Maripérez, donde la burguesía parasitaria y los burócratas del gobierno de turno alternaban amigablemente con los representantes del monstruo gringo. Allí lo chequearon, pacientemente, día a día, observando cada uno de sus movimientos. Era un hombre fuerte de mediana estatura, saludado cada vez que llegaba, por la adulancia criolla que visitaba el sitio.

La UTC, dirigida por Plutarco e integrada por el Loco Ruíz, el Caliche, David Salazar y el Gocho Quintero, fue la seleccionada para realizar la operación. En la casa del Loco Ruiz en la Vega se gestó el plan de captura. Los chequeos ubicaron su casa y allá fueron, y lo vieron una y otra vez, y lo siguieron y supieron cuándo entraba y cuándo salía, y a qué hora lo hacía, y quiénes vivían con él, y cuántos guardaespaldas tenía. Y revisaron la zona, si tenía puestos policiales, si había patrullaje

y cómo era, y cómo se movía la gente, y cuál era la mejor hora, y decidieron tomarlo en su casa, por allá por los lados de la calle Suapure en las Colinas de Bello Monte, Y así, después de tanto estudio, acordaron el día.

Plutarco no estaría en la operación, y eso era una baja sensible, era el más experimentado, el jefe respetado. El partido lo había enviado en misión al interior del país. Aquello cayó como una bomba en la unidad, pero de todos modos decidieron realizarla, ya la tenían lista, no había más nada que inventar y se montaron.

Poco a poco fueron llegando, entre abrazos y sonrisas, a la casa de Telaraña. Allí ansioso y cordial los esperaba para el acuartelamiento de rigor aquel humorista cubano que trabajaba en Radio Rochela, libre de toda sospecha. Telaraña, camarada, solidario, amigo y colaborador del movimiento armado, vivía cerca de la Creole en Bello Monte, subiendo hacia la morgue. Su casa estaba dispuesta para la etapa previa de la operación revolucionaria. Desde allí salieron temprano en la mañana radiante de octubre de 1964, llenos de entusiasmo a golpear a aquel monstruo que saquea a los pueblos del mundo. Prepararon lo necesario, todo estaba completo. Los trasbordos estaban listos y la casa a donde llevarían al trofeo también. Las Colinas de Bello Monte como toda urbanización de clase media alta, tenían poco transitar de vehículos y personas. David Salazar manejaría, el Loco Ruíz sometería al objetivo y el Gocho y el Caliche se encargarían de los guardaespaldas y la custodia. Venezuela se preparaba para ser sacudida por esta espectacular operación que quedaría sembrada en la historia y nos uniría para siempre con el pueblo hermano de Vietnam, donde el joven revolucionario vietnamita Nguyen Van Troy esperaba ser ejecutado.

La corta al cinto, el rostro camuflado, la metra permanecía en el carro esperando el momento para ser puesta en movimiento, con el cuidado de no dejar huellas, listos para el nuevo combate revolucionario.

Salieron hacia el sitio y se ubicaron. El hombre estaba allí, pero había otro, y eso dificultaba la operación. El Caliche y el Gocho, pensaron que no tenían capacidad para ejecutarla sin la presencia de Plutarco y acordaron suspenderla. Pero la hora establecida para iniciarla se les vino encima, el Loco Ruiz y David Salazar se habían adelantado, avanzaban derecho a someter a Smolen y a su acompañante. El Caliche y el Gocho corrieron a decirle que la operación estaba suspendida. No hubo tiempo, no podían gritarles. El Loco Ruiz se lanzó metralleta en mano y trató de

someter a los dos hombres. El otro hombre, jefe de la misión militar norteamericana en veloz carrera logró fugarse.

Cuando llegaron el Caliche y el Gocho el mandado estaba hecho, el Loco traía sometido a Smolen. Agarrándolo por el cogote, por el cuello de la chaqueta lo metió al carro. Se montaron y arrancaron, pasando por las nalgas de Rómulo donde se bajó el Loco Ruíz, se había traído la chaqueta y las condecoraciones de Smolen, las llevó a mi casa y se las entregó a mi hermano Careguante. Siguieron avanzando hasta la Peña Tanguera, allí los esperaba Gonzalo Sepúlveda con el carro de trasbordo motor encendido. Era pequeño, de dos puertas, lo que hacía difícil meterse todos con aquel hombre que hacía cierta resistencia, pero lo hicieron y enfilaron hacia el apartamento donde vivían los pintores Luque y Passarin. Cuando llegaron, los ascensores no servían y tuvieron que subirlo por las escaleras con los ojos tapados y eso era una nueva dificultad. La presión del tiempo, que nadie los viera, que el hombre contribuyera y no se alebrestara, de controlar los nervios para no delatarse, eran los elementos a vencer en este momento y llevarlo felizmente al sitio en donde permanecería secuestrado. Después de superar los entuertos, llegaron sin percances al sitio y allí lo mantuvieron bajo la custodia de Raúl Rodríguez Fernández (Coquito).

Los norteamericanos, ante el secuestro de Smolen, suspenden la ejecución del guerrillero vietnamita, y como consecuencia, se desata una fuerte persecución policial para dar con el paradero del secuestrado. El acoso policial surte sus frutos y obliga a soltar al diplomático norteamericano con el compromiso de que no fuese llevada a cabo la ejecución. A Coquito no le quedó otra que, disciplinadamente aceptar la orden que le daba el partido. Liberado Smolen, los norteamericanos imparten la orden de ejecutarlo y Van Troy es asesinado, convirtiéndose en héroe de la revolución vietnamita.

El dolor recorrió el planeta y se sintió en el corazón de todos los revolucionarios del mundo.

El Paseo de los Próceres, diseñado por el arquitecto Luis Malaussena en la época de la dictadura, era un lugar frecuentado por trotadores y donde las familias se recreaban los domingos. Sol asistía al contacto con el médico Simón Muñoz. Simón desde muy joven se hizo miembro del Partido Comunista. Con Sol, Diamora, la morocha con César, jugaba con la pequeña sobrina Mariana, de cinco años de edad. Sol guardando las mínimas medidas de seguridad, tenía estacionado su

carro a media cuadra del sitio. Desde allí lo veía. Eran las medidas que no podían olvidarse.

El secuestro del coronel Smolen era conversación obligada. La situación estaba difícil y había que tener cuidado.

César esperaba a Casagua en una panadería que quedaba por los lados de Santa Mónica, de esas que tienen mesas y sillas para los clientes. Era el martes 13 de octubre de 1964. Smolen tenía apenas cinco días de secuestrado. La ciudad estaba tensa y los cuerpos policiales lo buscaban afanosamente. La embajada de los Estados Unidos presionaba al gobierno nacional. Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional pedían canjear al diplomático norteamericano por el revolucionario vietnamita. La acción había tenido efecto, la ejecución había sido suspendida. Las FALN habían retado al gobierno en una de las operaciones más espectaculares y de mayor resonancia. En las calles, en las universidades, en los hogares, en las plazas, en las esquinas, en los bares, en todas partes era el comentario generalizado. El gobierno desesperado ponía en ejecución, a través de los cuerpos represivos y el ejército, una operación conjunta de cacería de revolucionarios en todo el país.

Aguilar vivía en una habitación alquilada en un apartamento en la avenida Urdaneta. Era necesario mudarse de allí por medidas de seguridad lo más pronto posible. La decisión estaba tomada y ya había conseguido concha segura para donde irse hasta que pasara el temporal.

Sentado en una de las mesas de la panadería le dijo a César:

*—Euclides, tengo que conseguir un carro urgente, no puedo perder tiempo, quiero que me ayudes a buscar mis libros y mi ropa al apartamento, necesito irme de allí ya, no le tengo confianza a ese apartamento. La situación está fea y hoy es martes trece pa más vaina.*

*—Ya lo tengo, espérame aquí que ya vengo—*, le contestó César.

Con la urgencia del caso se dirigió al sitio donde sabía que estaba Sol y allí la encontró conversando con Simón. Diamora distraída jugaba con Mariana. César se acercó y le dijo lo que quería.

Sol sacó de la cartera las llaves, se las entregó, y le dijo:

*—Toma estos cien bolívares por si acaso los necesitas y me llevas el carro a la casa. No te preocupes que Simón me lleva.*

César regresó a encontrarse con Casagua acompañado con Diamora

y Mariana. Tendrían que pasar por la UCV para que Diamora se inscribiera en la escuela de Biología donde estudiaba.

Alejandro se montó en el carro.

Tomaron rumbo a la universidad alborotada de comentarios por todos lados. Los grupos de estudiantes se agrupaban en los pasillos comentando la noticia del día. Los rumores de que había policías infiltrados disfrazados de estudiantes y que la iban a allanar, iban de un lado a otro.

Había que ser rápido y preciso, ir a lo concreto. Diamora se bajó con Mariana sin pararse a hablar con nadie, sin saludar a nadie, sin perder tiempo. Hizo, con la rapidez necesaria, lo que tenía que hacer y regresó al carro.

—*¡Listo!*—, les dijo montándose en el carro que arrancó hacia la avenida Urdaneta.

El tráfico en Caracas a esa hora era fuerte. Las colas hacían lento el avance de los carros. Llegaron al sitio. César se estacionó en la avenida cerca del apartamento. Observaron los alrededores, no vieron nada extraño y decidieron a entrar.

— *Espérenme aquí que ya venimos*—, dijo César.

Diamora y Mariana se quedaron dentro del carro. César le dio un beso a la niña y con Casagua se dirigió al apartamento.

Subieron las escaleras, era un edificio viejo. El ascensor estaba malo. Llegaron, tocaron la puerta y un policía con una metralleta en la mano les abrió. Apuntándolos los metió a empujones dentro del apartamento. A sus espaldas, otro policía, que los había seguido y no se habían dado cuenta, les impedía cualquier intento de correr y fugarse. Estaban allanados y presos. La Digepol lo tenía tomado. Las cinco de la tarde marcaba el reloj de pared de la casa. Todo el que llegara sería detenido. Sometidos los registraron y a empujones, esposados, los tiraron en un rincón. La familia del apartamento, inocente de todo, no salía del asombro. Cuando cruzaban la vista con Casagua lo miraban como preguntándole:

—*¿Qué vaina es esta, por qué estamos pasando por esta situación?*

Y Casagua les esquivaba la vista por no saber qué decirles.

Abajo Diamora esperaba con Marianita sin saber lo que pasaba. La tardanza la puso impaciente. Miró hacia el edificio al que César se había dirigido y vio que dos hombres se acercaban. Llegaron a la ventana del carro y pudo notar la pistola de uno de ellos debajo de la chaqueta. Se asustó, pero guardó silencio.

—*Deme su cédula señorita.*

El digepol la tomó en sus manos y al ver el apellido reconoció el parentesco con César.

—*Bájese del carro y acompáñeme.*

La llevaron hasta el apartamento junto con la niña. Cuando entró vio a César y a Casagua arrinconados, sentados en el suelo y esposados y entró en cuenta de lo que pasaba. Las sentaron junto a ellos. Los policías esperaban a que llegara más gente. Estaban en silencio, sin hacer la más mínima bulla. El apartamento era una trampa cazabobos.

César tenía papeles comprometedores. Cuando vio la oportunidad, la aprovechó para pasárselos a Diamora. Con cuidado los sacó del bolsillo y los mantuvo un rato en la mano. Con rapidez se los pasó. Diamora se metió uno a la boca, lo masticó y se lo comió. Después César le pasó otro y otro y los tres se los comió. A Mariana le pasó la llave del carro que se la guardó en la pantaletica.

En ese apartamento, en vista de que no llegaba más nadie los trasladaron a la Digepol. A Diamora y a Mariana las dejaron en libertad esa misma noche.

César y Casagua empezaban la larga caminata por el sendero de la noche oscura, tormentosa y larga.

El carro permaneció varios días estacionado en el mismo sitio, hasta que Juancito lo rescató.

Cuando cayó Pérez Jiménez, pocos días después, las páginas de *Tribuna Popular*, el vocero del Partido Comunista, sacaba las fotografías con los respectivos nombres de sus torturadores, y la gente los buscaba hasta por debajo de la tierra. La foto de Benjamín, a quien conocíamos por ser un vecino del barrio, estaba presente entre aquellos torturadores. Él era de los que se paraban en la esquina con los demás muchachos de la zona. Nunca se metió con nosotros, no sabíamos que era miembro de la policía política. Después de la caída del dictador, Benjamín se fue un tiempo del barrio, y logró salvarse de la ira popular.

Más tarde, en el gobierno de Rómulo Betancourt, volvió a lo que fue siempre: policía. Ahora como miembro de la Digepol.

En la Digepol había mucho movimiento. Los policías se movían de un lado a otro, bajaban a los tigrillos, hablaban de traslados, que iban a sacar unos presos. Y todo eso les producía angustia porque sabían que estaban a merced de las órdenes que emitieran los jefes policiales. Estaban maltratados, golpeados. ¿Quién o quiénes serían los que por su debilidad no habían aguantado y estaban delatando y entregando a sus propios camaradas? Los interrogatorios iban a seguir y las torturas también. ¿A dónde nos llevarán ahora? ¿Saldremos vivos? ¿Nos desaparecerán? ¿Qué será de nosotros? Eran las preguntas obligadas, viviendo en carne propia el secuestro de su porvenir. Era la época del gobierno de Raúl Leoni que, a diferencia del gobierno de Rómulo Betancourt, aplicó la represión fundamentalmente contra el pueblo, en la calle, contra las manifestaciones estudiantiles, obreras, de desempleados o campesinas, con el saldo de muertos, heridos y detenciones, bajo el lema de disparar primero y averiguar después. Leoni, sin abandonar esta política represiva betancourista, llevó a cabo una represión selectiva dentro del formato de la Escuela de las Américas. La práctica de las detenciones y posterior desaparición de revolucionarios, que todavía hoy son buscados por sus familiares andan buscando, se ensayó por primera vez en Venezuela antes que en Argentina, Uruguay o Chile, en la gestión de ese oprobioso régimen.

La esperanza se cifraba en los familiares y camaradas en la calle, que de seguro se estaban moviendo. Lo cierto era que había traslado y que sería para los combatientes revolucionarios que estaban presos por el caso del secuestro del coronel Smolen. La incomunicación a que se estaba sometido no permitía saber lo que pasaba en la calle. Entonces los presos se preguntaban: ¿Qué será del guerrillero vietnamita Nguyen Van Troy que se estaba canjeando por el coronel Smolen? ¿Lo habrán fusilado?

La esperanza y la tensión decían que para salir vivos había que avisar a la calle que estábamos vivos. Pararíamos las torturas, porque parándolas también pararíamos las debilidades. Eran los momentos de probar las convicciones revolucionarias. Los que se crecían demostrando su firmeza revolucionaria, su consecuencia, saliendo invictos, con la frente en alto, superando aquellos momentos de tormento. Mientras otros desgraciadamente sucumbían ante la presión enemiga.

Las enseñanzas que venían de los organismos norteamericanos y de la CIA era acabar con los movimientos revolucionarios a como diera lugar, aplicando el terror y nosotros estábamos a su merced, éramos su laboratorio, su sitio y su momento de experimentación.

La calle, la calle, la presión de la calle tenía que parar los tormentos. La tortura estaba ahí, en medio de los presos con su figura dantesca, terrorífica. Cada vez que sonaba un candado y se abría una reja y se mencionaba el nombre de cualquiera de los que estaban allí, un frío se apoderaba de cada uno. Un sonido de candado o un chirrido de reja disparaban el terror. Venían de seguro para golpear, guindar, maltratar hasta hablar, morir, o salir airosos. Buscaban débiles, para desmoronar, para destruir a los que de ahora en adelante tendrían la presión, la tortura de la conciencia que les reclamaría su debilidad y su traición. Esa es peor, porque la primera es pasajera, la segunda es eterna. Pero a veces, los verdugos se encontraban con las rocas, con los que no abandonan sus convicciones y prefieren morir por sus ideas.

Hay que avisar, hay que avisar... y eso retumbaba en la mente de César.

Y apareció Benjamín en el sitio preciso y en el momento necesario, y César lo vio pasar por el frente de la celda. Solo faltaba hacer lo que correspondía.

Aquel vecino del barrio el Cementerio que había sido funcionario de la Seguridad Nacional y ahora era Digepol, se aparecía caído del cielo. Era la oportunidad, tal vez no habría otra. César le guiñó el ojo y sintió un alivio cuando Benjamín asintió con la cabeza. No hubo palabras. Ambos se habían reconocido. Ahí estaba la tabla de salvación. César escribió un papelito para mi mamá y lo escondió donde no iban a poder encontrarlo. Esperaría el mejor momento para pasárselo a Benjamín. Su intuición le aseguraba que él llevaría el papelito y con este... la vida.

Esa noche se dio el traslado. César se dio cuenta que iban a ser trasladados y se acomodó el papelito para mi mamá de manera que estuviera fácil para entregárselo y no pudieran encontrarlo a la hora de la requisa. Sabía que, entre los policías que lo trasladarían, estaría Benjamín, ese viejo conocido del barrio que se paraba como cualquiera en la esquina a conversar con los demás muchachos y que nunca hizo valer su condición de miembro de la Seguridad Nacional para reprimir a sus vecinos. Se lo decía su corazonada. Había que tirarse la parada para que llevara el papelito.

Cayendo la noche llegó la hora del traslado. No se sabía a dónde irían, pero en la comisión, tal como lo pensó, lo deseó y lo esperó, iba Benjamín. Los sacaron de las celdas, los colocaron en un cuartico, los esposaron y, fuertemente custodiados los montaron en las patrullas, saliendo velozmente del cuartel de Las Brisas, sede de la Digepol, con rumbo desconocido. Las cuatro patrullas enfilaron hacia Maracay, luego a Valencia y más adelante se pararon. Las esposas apretaban y dormían las manos. César dirigió la vista a Benjamín exigiendo ayuda en la mirada, y este sintió pena al ver que estaba torturado. Este era el momento, no podía dejarlo pasar, la oportunidad era única, no había más. César, con las esposas puestas, miró al jefe de la comisión y le pidió permiso para ir al baño. El hombre asintió y César sintió un fresquito.

— ¡Yo lo llevo!

Dijo Benjamín con voz fuerte parándose de la silla donde estaba sentado.

El jefe asintió con la cabeza y se dirigieron al baño efectuándose una comunicación cómplice entre preso y policía. Benjamín, con el arma en la mano para demostrar fuerza iba detrás sin perderlo de vista. Entraron al baño. Benjamín se colocó detrás y a un lado. Desde allí controlaba la entrada. Los demás policías permanecían concentrados en la custodia de los demás presos. César se abrió la bragueta del pantalón como si fuese a orinar, sacó el papelito y le pidió que por favor se lo llevara a mi mamá. Benjamín lo tomó y sin pronunciar palabras movió levemente la cabeza confirmando que lo llevaría. No se hablaron. Las gracias infinitas estaban impresas en el rostro de César que sonrió y respiró aliviado. Salieron del baño y cada quién se colocó en el lugar correspondiente de preso y policía. Durante el resto del trayecto se sintió tranquilo, como si hubiese ganado una batalla, solo pensando en que el papelito llegaría a su destino.

Benjamín fue a mi casa. Tocó la puerta. Mi papá le abrió, sorprendido por la presencia de aquel hombre alto y flaco, con chaqueta negra y revólver al cinto, de quien sabía sus antecedentes en la policía política de Pérez Jiménez. No pudo dejar de pasar por su mente el rostro publicado en las páginas centrales de *Tribuna Popular*, pero lo invitó a pasar. Benjamín no entró. Desde la puerta de la casa le dijo:

— César está en el Teatro de Operaciones N° 3 (TO-3), yo mismo lo trasladé desde la Digepol y aquí le manda este papelito—

Mi papá tomó el papelito, lo leyó, lo miró a los ojos con emoción y le dio las gracias. Benjamín bajó las escaleras corriendo mientras decía:

— ¡*Muévanse rápido, está muy golpeado!*

— ¡*Por favor señor, usted no me ha visto!*

César continuaba preso y desaparecido. Mi familia lo buscaba en las diferentes policías, y en todas lo negaban. La preocupación por su suerte era mayúscula. La visita de Benjamín trajo un fresquito que se supo aprovechar. Con el papelito en la mano se hizo la denuncia en los medios de comunicación. El Benjamín del barrio se impuso al Benjamín policía.

El diario *La Extra* publicaba la noticia de que César estaba siendo torturado y vomitaba sangre en los sótanos de la Digepol. Se hablaba de delaciones entre los detenidos por el caso Smolen. Pero no se sabía quién o quiénes no habían soportado las torturas y estaban delatando a sus compañeros. La tortura era algo común como práctica para obtener confesiones. A la Escuela de las Américas en Panamá eran enviados militares y policías venezolanos para ser adiestrados por el Departamento de Estado norteamericano en la práctica del tormento y muerte de todo aquél que identificaran como miembro de lo que denominaron como subversión castrocomunista.

En la calle, en las organizaciones revolucionarias se vivía mucha angustia. Los allanamientos se realizaban por todas partes. Las conchas, que eran los sitios para esconderse de la persecución policial, estaban a la orden del día. Los militantes, simpatizantes y colaboradores de las organizaciones revolucionarias estrecharon medidas de seguridad para evitar nuevas caídas. Los familiares de los detenidos y gente común del pueblo se movilizaban a los medios de comunicación para denunciar las torturas, los allanamientos, las detenciones y la negativa de las autoridades de reconocer que los tenían presos.

El papelito había surtido efecto. José Vicente Rangel y Jorge Dáger desde el Congreso Nacional denunciaban las torturas y exigían ver a los presos.

El carro siguió rumbo a occidente y se dirigía al campo antiguerrillero ubicado en el hato la Marqueseña en el estado Barinas.

En el campo antiguerrillero comenzaban de nuevo las torturas para obtener confesiones. Los golpes, las descargas eléctricas, los simulacros

de fusilamiento, la guerra psicológica ponía a prueba los principios revolucionarios, la valentía y la firmeza. A César trataron de vestirlo con uniforme militar, pero no pudieron.

Ceder era cargar a cuestas una amargura que no iba a poder soportar. Mientras esto pasaba en el centro de torturas de los militares, en Caracas, medios de comunicación independientes reseñaban los maltratos a que eran sometidos.

*¡Preso vomita sangre por las torturas!*, Titulaba el diario *La Extra* señalando que era César ese preso. Los periodistas de ese medio de comunicación en busca de la noticia, se trasladaron a mi casa a entrevistar a mi madre. Mi mamá los recibió sentada en su mecedora en la sala de la casa. El reumatismo le había quitado movilidad.

Sus rodillas estaban inflamadas. El bastón inseparable era ya parte de su cuerpo. Su entereza superaba el dolor y las dificultades. Se trataba de la vida de su hijo, el morocho. La entrevista comenzó. El periodista se acomodó en su silla con el grabador en la mano y preguntó:

—*Señora Vargas, se dice que su hijo está siendo torturado y que vomita sangre producto de los maltratos a que es sometido por los cuerpos represivos.*

—*¿Qué tiene usted que decir ante eso?*

Mi mamá, con el papelito que le había enviado César en la mano, hizo un instante de silencio, lo miró firmemente a los ojos, apretó con fuerza los brazos de la mecedora y con voz decidida le contestó:

—*Mi hijo está vivo y lo tienen en el TO-3. Exijo que sea trasladado inmediatamente a Caracas. Responsabilizo al gobierno nacional de lo que pueda pasarle. Este papelito que me envió y que le muestro a través de usted al pueblo venezolano es la prueba de que lo tienen preso y que están negando su detención. Señor Presidente de la República, señores ministros de la Defensa y del Interior, quiero ver a mi hijo sano y salvo.*

Ante tanta movilización, el gobierno ordenó el regreso de los presos a Caracas. César fue trasladado y llevado a la fiscalía militar. El fiscal que también se sentía presionado por los diarios *Clarín*, *La Extra* y *Qué pasa en Venezuela*, por la opinión pública y por los diputados Jorge Dáger y José Vicente Rangel en el Congreso Nacional, ordenó a una de las secretarías que llamara a mi madre a mi casa.



Caracas, Miércoles 28 de Oct. de 1964—Año 1-Nº 223—Dn. 825

Dr. Félix Izquierdo, Rector-Encargado de la UCV: Ya emborsado a reducir la dotencia por la falta de recursos económicos, que el gobierno debe otorgar a las universidades nacionales.

# DETENIDO QUE VOMITA SANGRE POR TORTURAS SIGUE DESAPARECIDO

La extraña desaparición del estudiante César Vargas Medina de Trujillo desde donde sufrió torturas violentas por funcionamiento de esa policía política, el hecho de que la Sub-Comisión Parlamentaria no haya hablado con él, siendo uno de los prisioneros que fue visto cuando vomitaba sangre, y el agrado de los discípulos que mistieron el decirla a sus familias que estaban en Maracay, cuando allí no ha sido revisado ningún detenido desde Caracas, hace temer por la vida del joven César Augusto Vargas Medina, ya que en iguales circunstancias se produjo la muerte del socialista Víctor Riancho Solís Rojas.

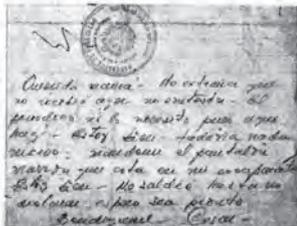
## Ugarte Pelayo

### SI IBA AL GABINETE

Como rigurosamente cierta se dice en los medios, sostiene la designación del Dr. Alvaro Ugarte Pelayo para ser jefe del Ministerio del Trabajo en representación de UIRD.

Ugarte Pelayo, quien fue mencionado hace algunas días como posible candidato Breco a esa cartera, fue observado en un momento en el Hotel El Libertador, el

Como toda la opinión pública lo conoce, en el comunicado oficial de la Digeopol se incluye al estudiante Vargas Medina y se presenta una fotografía de él. Luego el Vice-Ministro del Interior Luis Vera Gómez, negó a los periodistas que el detenido se encontraba secuestrado en sus cuartos privados. Fue el Fiscal General de la República se ha preguntado a informar sobre este y los demás presos torturados que han desaparecido y se teme un saqueo solo repetitivo de carácter mortal, por parte de los hacedores de la Digeopol. (ver páginas centrales).



Esta es un fotostato de la nota, enviada por la Digeopol, que le envió a un madre el detenido torturado César Augusto Vargas Medina, antes de que la asesinaran en su cuerpo repetitivo.

Caracas, Miércoles 28 de Octubre de 1964—

# Continúa sin Aparecer el Detenido Que Vomitaba Sangre por las Torturas:

Tardaría en encontrarse desaparecido el detenido César Augusto Vargas Medina, quien en Trujillo vomitaba sangre en la Digeopol a causa de las torturas que se aplicaron.

La Sub-Comisión de Vargas Medina recibieron también información, además que refirió que el detenido fue trasladado por la Digeopol al Estado de Trujillo donde el gobierno ha decretado una férrea represión y lo teme por la vida del detenido.

El rumor corrió que el socialista Víctor Riancho Solís Rojas, que fue detenido y luego devuelto a su hogar desde su familia, según del estudiante César Vargas, que finalmente se incorporó a las actividades de la Universidad. Los Tribunales Militares, el Ministro Torres, Víctor Trujillo y los diputados integran

Engañaron a familiares diciéndoles que se encontraba en Maracay Dicen que está en Trujillo.

de de la Sub-Comisión Parli- mentaria los informa sobre su madre ya que hasta el día 27 de este mes estuvieron como alumnos del instituto de Vargas Medina y se presentó en la Digeopol y del resto lo ha conocido en sus cuartos privados que el joven ha estado en representación.

## ENGANARON A FAMILIARES Y AMIGOS EN LA DIGEOPOL

Un oficial de guardia de la D. U. E. que dijo haberse llamado Rodríguez, informó que fue llevado al Comandante Zamora Cordero y a familiares del estudiante Vargas Medina que fue detenido cuando se lo trasladó de Maracay y que la Digeopol

no allí para que fueran recibidos por él después de los tres meses que llevaba en la Digeopol para ser reconocido. Ante tal información los familiares de Vargas Medina, acompañados del Capitán de Aviación León Arturo Flórez Torres y de Digeopol de Maracay y del jefe de Control de Digeopol, de Trujillo, los convencieron que "allí no había sido trasladado que fue detenido al otro lado de Caracas".

asegura la entrega de sus cosas que pide.

ABOGADO USUARIO INQUIERENTE EN EL CASO de Dr. Helder Huilce Hinder, abogado nacional, se presenta para visitar al prisionero del estudiante Vargas Medina que lleva ya a diez días de haber sido detenido en el Estado de Trujillo y el traslado a su familia y el traslado al Fiscal General de la República. Desde el día de su detención.

## LLEVADO A TRUJILLO?

También escuchó la noticia de que César Vargas Medina fue trasladado al Estado Trujillo y allí hay varios familiares



La madre de Vargas Medina, madre del estudiante César Augusto, detenido en la Digeopol, habla a medios repetitivos sobre la última. «Fue un momento de su vida el pasado 27 de este mes. Ahora, recordada, temo por la vida del estudiante a quien la Digeopol se venga a presentar después a los parlamentarios que investigan las torturas».

Declaraciones de mi mamá al periódico La Extra

Mi mamá oyó el timbre del teléfono, con la dificultad que tenía para caminar, ayudándose con el bastón, llegó hasta él, tomó el auricular sin imaginar el momento bonito que iba a vivir. La secretaria identificó la llamada de la fiscalía Militar y dijo:

*—Señor fiscal la señora Vargas está al teléfono.*

Mi mamá, sorprendida, no sabía cuál era la finalidad de aquella extraña llamada. Se quedó paralizada, la mente se le nubló en aquellos segundos que tardó el fiscal en llegar al teléfono. Pensó de todo. Le temblaba el pulso.

El fiscal saludó a mi madre y le dijo:

*—Señora Vargas, soy el fiscal militar que lleva el caso de su hijo, le traigo una grata sorpresa, aquí tengo a César y lo voy a poner para que hable con él.*

El fiscal llamó a César, ordenó quitarle las esposas y le pasó el teléfono.

*—Aquí tienes para que hables con tu mamá.*

Una alegría grande y bonita inundó a mi madre, pero seguía preocupada. Su corazón enfermo, que había sido operado años atrás, palpitaba con fuerza, retumbaba en su pecho aceleradamente. Se lo imaginó golpeado y torturado, pero vivo y eso era un triunfo. Su mano, sin proponérselo, apretaba más el auricular. Se hablaba de delaciones. Algunos no pudieron soportar la crueldad de las torturas y se quebraron. No se sabía quiénes eran, pero indudablemente los allanamientos y las nuevas detenciones lo confirmaban. Estaba segura de los valores que habían inculcado ella y mi papá a todos sus hijos, y eso le daba confianza.

Oyó la voz de César que, emocionado y con un nudo en la garganta y la voz quebrada le pedía la bendición. Una acumulación de energía se desprendía de ambos lados del hilo telefónico. Mi madre, al oírlo, respiró profundo, hizo un leve silencio, que le pareció muy largo, y lo recordó cuando nació, parteado por mi padre, en compañía de su hermana Diamora, que salió de su vientre unos segundos después de él, en la noche buena de año nuevo a las doce de la noche de unos cuantos años atrás. César tenía veintiún años, pero para ella seguía siendo su muchachito, que debía comportarse con la valentía que correspondía al momento.

Se lo imaginó golpeado, lacerado, torturado, pero firme, como ella lo educó. Sus lágrimas emocionadas mojaron su rostro y confundidas con el sudor cayeron en gotas grandes que rebotaban del suelo donde se hizo un pequeño lago. Apretó nuevamente el teléfono para dominar su mano temblorosa. Y su voz... combinando la ternura, el amor y la firmeza escapó de sus labios:

*—Hijo, te adoro con ese amor que solo las madres sabemos dar, pero te prefiero muerto que delator.*

Aquellas desgarradoras palabras lo estremecieron, quiso llorar pero aguantó el llanto. Un nudo en la garganta no lo dejaba hablar, tragaba saliva. Después de un breve silencio salió del trance y como una película, su mente recorrió el trayecto de la pesadilla vivida desde el momento de la detención, y se sintió tranquilo, dichoso, feliz. Había sido consecuente con las enseñanzas de los padres que la vida le había dado. Aquellas palabras dichas en momentos de dificultades eran las más bellas oídas nunca y lo marcaron y le dieron más fuerza. Estaba invicto.

## SITUACION DE PRESOS POLITICOS DENUNCIARA EL DIPUTADO DAGER



El Dr. Jorge Dáger, Secretario General de Fuerza Democrática Popular, envió una comunicación a la Presidencia de Diputados, solicitando el derecho de palabra, para intervenir en la sesión del próximo jueves y plantear la situación de los secuestrados políticos en las cárceles del país.

la fracción de su partido han llegado graves denuncias sobre el mal trato dado a los detenidos políticos y la aplicación de salvajes torturas y atropellos de toda índole. Se espera que la intervención del diputado Dáger, en atención a la gravedad de las denuncias que habrá de formular, suscite un interesante debate en la Cámara de Diputados.

Dáger manifestó que hasta

¿Por qué el MRI no presenta a la prensa a la socióloga Esther Añez de Baralt, al periodista Gilberto Mora Muñoz, al estudiante César Vargas Medina, a Manuel Tablante, Virgilio Brito, Ali Quiñonez, Rafael Chávez y a otros torturados en la Digepol?

Jorge Dáger, Sec. General del FDP.



Los periódicos *La Extra*, *Clarín*, *Que pasa en Venezuela* y *Tribuna Popular*, fueron reprimidos, censurados, allanados y clausurados por los regímenes puntofijistas.



César marcha al exilio expulsado del país cuatro años después de su detención  
Foto: Periódico *La Extra*.

## La muerte de mi madre

Después de tantos golpes, de vivir la represión y los asesinatos y torturas por parte de los gobiernos de la época, de tantos muchachos que conoció y quiso, el corazón de mi mamá no aguantó y una mañana se detuvo, llevándose el dolor de no haber podido ver más a su hijo mayor. Se cumplía así la profecía que dijo cuando se lo arrancaban del hogar y lo llevaban al aeropuerto expulsado del país.

— *¡No lo veré más!*

Héctor vivía en Alemania en una casa de dos plantas. Sintió que tocaron la puerta muy fuerte una y otra vez. Estaba en la planta alta y desde allí gritó:

— *¡Ya voy! ¡Ya voy!*

Bajó rápidamente ante la insistencia de quien tocaba tan duro. Abrió la puerta, se asomó a la calle y no vio a nadie. Recorrió los alrededores de la casa y tampoco notó nada extraño. Tocarón de nuevo y se devolvió. Salió y repitió lo mismo. Eran cosas de él, imaginaciones tal vez. No habían tocado la puerta.

Pensativo y confundido entró de nuevo a la casa y oyó el timbre del teléfono, corrió hacia él, lo tomó y se quedó mudo, rígido, asombrado por la noticia que le avisaba de la muerte de mi mamá. Se pasó una mano por la cabeza y solo atinó a decir:

— ¡*Qué vaina!*

Mi mamá acababa de morir.

Héctor se movilizó y se dirigió a la embajada y pidió permiso para venir a los funerales y se lo negaron. Salió pensativo a la calle, se devolvió, llegó de nuevo donde el embajador y le dijo que se venía de todas maneras.

— *Se trata de mi madre.*

— ¡*Y que me hagan preso, carajo!*

Y así fue como le dieron permiso, pero con la condición de irse de nuevo una vez culminado el entierro.

Mi mamá estaba hospitalizada en el Hospital Militar cuando muere. Yo estaba enconchado en la casa de mi tío Augusto. Allí llamó mi papá para dar la noticia. Sonó el teléfono, Maruja, mi madrina, se me acercó. Cuando la vi, me di cuenta de lo que había pasado. Me abrazó llorando. Eran como las diez de la mañana de aquel doloroso día 30 de enero de 1968. Se había marchado mi madre adorada a la edad de 59 años, pero nos había dejado un legado de firmeza, de dignidad, de solidaridad, de entereza, de valentía. Valores que nos guiarían el resto de la vida.

Yo tenía veintiún años. Sumergido en la tristeza y el dolor me encerré en el cuarto. Mi mente recorrió momentos bonitos, gratos y algunos difíciles vividos a su lado. A la mañana siguiente luego de enterarme donde iban a ser los funerales salí de la concha, pasé por la casa de mi hermana Chela, en los Rosales. Me atendió Migdalia, una muchacha estudiante que vivía allí. Le pedí que me acompañara y nos fuimos a la funeraria, a la capilla del Hospital Militar.

No llegué directamente. Tenía que tener cuidado. La Digepol seguramente estaría vigilando con la intención de ver a quién podían detener.

Hicimos un alto en la avenida San Martín cerca de la casa de URD. Migdalia se adelantó a ver cómo estaba la situación. La seguí con la vista mientras se alejaba y me quedé esperándola en una panadería que quedaba en la esquina de la avenida. La imagen de mi mamá no se me quitaba de la mente. Quería estar allí con ella, besarla y rendirle el último tributo. Inquieto, me movía dentro de la panadería de un lado a otro. El tiempo transcurría, cada minuto me parecía horas. Tal vez la tardanza no fue mucha pero para mí lo era.

Deseaba ver regresar a mi amiga con la buena noticia de que podía ir a ver a mi mamá. Migdalia estudiaba educación en la UCV. Era blanca, delgada y bonita, con ese modo de hablar cantadito de los orientales.

La ciudad estaba tranquila. La gente se movilizaba con la naturalidad de todos los días. Cada quien vivía su situación y yo vivía la mía con mi dolor a cuestas.

Salí de la panadería, me asomé a la calle y a lo lejos la vi venir, pero no venía sola. Rafucho, mi primo, que era capitán de la Guardia Nacional, venía con ella. Se acercaron. Cuánto quería que me dijera que podía ir. El corazón me palpitaba rápido y fuerte. Rafucho se adelantó y llegó ante mí. Me abrazó y las lágrimas rodaron, quise contenerlas pero no pude. El nudo en la garganta era muy fuerte y fue desbordado. Caminamos por la avenida. Migdalia caminaba en silencio. Ella no decía nada. Rafucho cariñosamente me pasó el brazo por los hombros y me dijo:

*—No vas a poder ir, si vas te detienen. Eso está lleno de policías. La Digepol tiene tomado los alrededores. Anoche a Juancito y a Roberto los hicieron presos llegando a la funeraria, ya estamos haciendo diligencias para sacarlos...*

Se los había llevado la Digepol. Allí fueron golpeados y guindados para que dijeran dónde estaba mi hermano Rafael. Mi papá se movía con rapidez para que los soltaran. En la mañana del día siguiente los soltaron. A ellos no podían acusarlos de nada que no fuera tener el mismo apellido. Con las marcas ocasionadas por los maltratos recibidos pudieron llegar a rendirle el último adiós a nuestra madre. Las muestras de los golpes eran evidentes. Las muñecas estaban marcadas por la presión de las esposas mientras estuvieron guindados.

Me despedí de mi primo. Migdalia me acompañó hasta el Silencio y se regresó a la funeraria. Yo, en medio de mi tristeza y mi dolor, me fui a refugiar nuevamente a mi concha sin poder ver a mi mamá.

La enterraron dos días después, el primero de febrero. Eso daba tiempo para que Héctor llegara de Alemania con su familia. Él había jurado venir para estar con ella en el último adiós.

César ya tenía tres años y medio preso. Lo habían trasladado desde la Isla del Burro, un campo de concentración para presos políticos revolucionarios que quedaba en el lago de Valencia, que se llamó también campo de concentración Rafael Caldera, hasta el cuartel San Carlos, para el entierro de mi mamá por órdenes del ministro de la defensa

general Ramón Florencio Gómez. La muerte de mi mamá lo encontró en esas condiciones de encierro. A pesar de esa situación, por encima del dolor encontró allí la solidaridad y el calor de sus compañeros revolucionarios que compartían con él la cárcel.

Al velorio llegaron los militares compañeros de curso de Héctor. Allí estaba también el general Ramón Florencio Gómez quien decía ser “amigo” de la familia. La capilla velatoria se había llenado por la concurrencia de vecinos, amigos y por militantes revolucionarios que se arriesgaron a ser detenidos. Mi padre había hablado con el general para que dejara asistir a César al entierro.

Decían que ya venía en camino, que lo traían del cuartel San Carlos. Pero César no llegaba.

La angustia, la incertidumbre de que se cumpliera el compromiso de traerlo, la presión dentro de la capilla velatoria de todos los que fueron a los funerales, incluyendo los militares, algunos de ellos coroneles, era muy fuerte, con mucho sentimiento. Algunos lloraban.

Una comisión de la policía militar traía a César esposado desde el cuartel San Carlos. Un hombre con los brazos abiertos y haciendo señas para que se pararan se atravesó en medio de la vía y paró los carros militares. Los soldados se bajaron sorprendidos y tomaron posición de combate con las armas, rodearon a la persona que se les había atravesado pensando que se trataba de un rescate

No era tal cosa. Aquel hombre, con la emoción del dolor del momento solo quería abrazarlo en demostración de solidaridad, de afecto y de compromiso. Era Simón Muñoz, médico revolucionario que con el tiempo se convertiría en rector de la Universidad Central de Venezuela, el mismo que años atrás acompañaba a mi hermana Sol en el Paseo los Próceres cuando César le pidió el carro prestado. Simón no pudo lograr su cometido y tuvo que esperar para abrazarlo en la funeraria.

La llegada de César a la capilla velatoria donde estaban los restos era de tensión, de dolor, de emoción. Lo traían esposado. Él se negaba a llegar al féretro con las esposas puestas. La policía militar lo tenía rodeado, casi no lo dejaban caminar. Los presentes lo miraban y el llanto se hizo colectivo. Los militares compañeros de Héctor estaban turbados por la situación. Mi papá se les acercó y les dijo:

Hagan algo, él no puede acercarse a ver a su madre esposado. Hablen con el general. El general ya no estaba, se había marchado.

Lo localizaron y hablaron con el ministro. Uno de los coroneles le dijo a mi papá que el general había autorizado quitarle esposas pero con la condición de que no intentara fugarse. Y así le quitaron las esposas a César y así pudo acercarse a la urna donde estaba nuestra madre, abrazado de los hermanos que pudieron estar presentes en ese momento de dolor.

La movilización de la policía militar era numerosa. Habían tomado todos los lugares de acceso a la capilla. Cuando sacaron el féretro montaron nuevamente a César, esposado, en la patrulla militar, y lo llevaron al cementerio, acompañando el cortejo fúnebre. En la tumba donde reposarían los restos, tomada y rodeada de policías militares, otra vez se volvió a vivir la misma situación, no querían quitarle las esposas. La presión nuevamente manifiesta de los asistentes obligó a quitárselas.

Mi madre fue enterrada. César fue llevado al cuartel San Carlos y Héctor regresó a Europa con su familia. La persecución prosiguió y la lucha continuó su curso.



Entierro de mi madre el 1° de febrero de 1968. Se puede apreciar arriba en la foto la presencia de la policía militar custodiando a César que fue trasladado desde la prisión del cuartel San Carlos, donde se encontraba preso, a los funerales de mi mamá.

Telegrama enviado por el diputado José Vicente Rangel a César preso en el cuartel San Carlos



## El viaje a Cuba

Después de la fuga del retén de menores había perdido contacto con la UTC en la cual militaba. El destacamento José Luis Montesinos era del MIR y no tenía forma de contactar con ellos. La concha donde me encontraba me la habían conseguido mis hermanos y eran ellos los que me llevaban los informes políticos. Allí vivía la mamá y la familia de un dirigente del Partido Comunista del estado Lara. Una de sus hijas que vivía en esa casa, actriz de teatro y televisión, trabajaba en telenovelas en papeles secundarios. La abuela, ya anciana, alta, blanca y delgada, de pelo largo y canoso que le llegaba a la cintura, y que debió ser muy atractiva en sus años juveniles, se emocionaba cuando la veía aparecer en la pantalla de su televisor.

— *¡Esa es mi nieta!*

Susurraba en baja voz, orgullosa, como para oírse a sí misma. Los ojos se le ponían grandes y brillantes.

La veía caminar, cuando pasaba por el frente de la habitación que yo ocupaba, del cuarto a la cocina, de la cocina al cuarto, con su cabello que le llegaba a la cintura y acariciaba con una peineta sin perder un instante el curso de la telenovela. A veces comentaba consigo misma alguna escena, se involucraba en ella, la vivía, como si estuviera en el sitio mismo de los acontecimientos. Todas las noches a las nueve estaba pendiente sin perderse ningún capítulo. Y así transcurrían para ella los días, uno tras otro, en la misma rutina de siempre.

Sol le llevaba un mercado de comida de vez en cuando para aminorar la carga. La abuela cocinaba. Yo trataba de ayudarla, pero no dejaba.

—*La cocina no es para hombres*—, me decía.

Y yo tenía que retirarme frustrado por no poderla ayudar.

No podía salir de la concha. Tenía órdenes estrictas de no asomar ni siquiera la nariz a la calle. El tiempo lo pasaba encerrado en el cuarto leyendo o viendo los programas en un pequeño televisor que me había llevado Sol, que era la encargada de atenderme y visitarme llevándome lo que necesitara. Me llevaba cartas de mi mamá bien bonitas que leía y releía una y otra vez.

En esa concha, una casa de dos plantas que quedaba por los lados de los Chaguaramos frente a la Escuela Técnica Industrial, escuela que me tuvo en sus aulas cuando pensaba ser técnico en electrónica, me enteré del asesinato de Kennedy, del asalto al tren del Encanto realizado por guerrilleros urbanos, operación que fue una de las acciones guerrilleras más espectaculares realizadas por las FALN y que trajo como consecuencia el allanamiento al Congreso Nacional y la detención de los parlamentarios del PCV y el MIR. Allí, en medio de una Venezuela convulsionada, insurrecta y en lucha, leí novelas de Jorge Amado y también *La Madre* y *Así se templó el acero*.

A las tres de la tarde llegaron mis hermanos. Tocaron la puerta y la abuela abrió. Después de saludar, entraron. Le pedí dos sillas a la señora y nos encerramos en el cuarto: Rafael, Sol y yo. Estuvimos conversando hasta que se hizo de noche. La abuela nos obsequió jugo y café. El cuarto era una habitación pequeña con, además de la cama, un escaparate y una mesita de noche donde tenía el televisor. Ellos me comunicaban que tenían todo listo para enviarme a Cuba a estudiar.

—*Ya sacamos copia certificada de tus notas expedidas por el Consejo Técnico. Estás inscrito en un politécnico de La Habana y tenemos todo el corraje para sacarte del país. Todo está listo. Solo falta que te decidas.*

—*Tienes que prepararte para la etapa de la construcción del socialismo, porque si no estamos capacitados la revolución va a fracasar. Todos no pueden ser combatientes*—, me repetían una y otra vez.

Yo los oía. Eso era verdad, pero había otra verdad, que yo era el menor de todos los hermanos y querían protegerme restándole preocupacio-

nes a mi mamá que ya tenía bastante con la represión contra la familia. Era un plan viejo que ahora encontraba el momento para realizarse.

Les dije que sí y en marzo del año 64 estaba saliendo del país.

Me fueron a buscar a la concha mi papá y mis hermanos Sol y Ramón. Estaba amaneciendo aunque todavía estaba oscuro. Como ya estaba avisado esperaba con todo listo a que llegaran. Entre dormido y despierto oí el ruido del motor de un carro que se estacionó frente a la casa. Me asomé a la ventana y vi que eran ellos. Tocaron el timbre y la abuela, que siempre madrugaba, se paró a abrir. Venían a buscarme. Todas mis pertenencias estaban listas para arrancar. Sol entró y me ayudó a llevar el televisor y una maletica con ropa al carro. Me despedí de la abuela que era la única que estaba despierta. Me abrazó, me dioun beso y me deseó suerte. Ramón, al frente del volante de un chevrolet 56, junto a mi papá, me esperaba para partir. Me monté en el carro y arrancamos. Mi papá me abrazó y me dijo:

*—Vamos a llevarte para que te despidas de tu mamá. Ella quiere verte.*

*—Está bien papá.*

Nos dirigimos hacia allá con cuidado, extremando las medidas de seguridad en dirección a la calle 7 A de Vista Alegre. Después de dar una vueltas para cerciorarnos de si había habido algún seguimiento, divisé la casa. Todo estaba normal. El carro pasó directamente al garaje y entramos. Me sentí de nuevo en ese calorcito tan sabroso del hogar. Cuánto lo deseaba... cada rincón de esa casa me decía tantas cosas. Quise recorrerla y la recorrí. Subí al balcón de atrás, al patio trasero a la planta alta, a la azotea donde aquellos soldados me enseñaron a manipular la UZI y el FAL, Al cuarto donde dormía. Allí estaba parte de mi vida, de mis recuerdos. Mi cama, mis libros, mis cosas, los pájaros que mi mamá cuidaba con tanto celo. Todo estaba en el mismo sitio. Quería quedarme, dormir nuevamente en mi cama, despertar oyendo el canto del canario flauta, comer en la misma mesa donde lo hice tantas veces. Todo se me vino a la mente. Eran los recuerdos que me cobijaban y me amarraban a lo que había quedado atrás, a lo que no volvería. Quería absorber todo aquel escenario y llevármelo conmigo. Tendría que irme, quién sabe por cuánto tiempo, y eso no tenía vuelta, pero el deseo y mi mente me llevaban de regreso a otros tiempos.

Mi mamá, con su caminar dificultoso por el reumatismo, se acercaba emocionada. La alegría se le notaba en sus grandes ojos negros.

— ¡Hijito lindo! —. Me dijo apresurando el paso.

Me abrazó y nos sentamos juntos en el sofá que estaba en la sala de casa. Sol, Ramón y mi papá también se sentaron en la misma escena, en silencio, sin articular palabras y respetando el momento que era de nosotros dos. Solo mi mamá y yo conversábamos. El momento era nuestro.

*—Estoy muy orgullosa de ti y de todos mis hijos. Por encima de cualquier situación difícil y de sacrificio, buena o mala, yo estaré con ustedes. Sé que te vas y que estaré tiempo sin verte, pero te prefiero allá porque estarás seguro y podrás estudiar y prepararte, y sé que vas a cumplir. Eres muy joven, para mí sigues siendo un niño, y tendrás tiempo para muchas cosas, no tienes por que desesperarte. Tus hermanos sabrán lo que tengan que hacer aquí. Creo que como familia estamos dando una cuota importante y eso también me hace sentir satisfecha por encima de cualquier riesgo. Cada vez que puedas me escribes, no dejes pasar el momento. Yo haré lo mismo.*

Se me hizo un nudo en la garganta. No podía articular palabras sin soltar el llanto, pero no quería que me viera llorando, de igual modo mis ojos se nublaron, se dio cuenta y me abrazó contra su pecho y me besó. Era cariñosa y tierna. Siguió hablando en un monólogo. Tantas cosas bonitas le oí. Cuánta confianza cifrada en mí.

Llegó el momento de partir y tragando saliva me separé de ella.

Volví otra vez al garaje y nos montamos en el carro. Partimos en dirección a San Antonio del Táchira. Todavía era temprano en la mañana. Nos fuimos por la Panamericana hacia Los Teques y comimos en la arepera Guaracarumbo. Tomamos la vía de los llanos. En la entrada de Barinas nos paramos a almorzar y continuamos. A las cuatro de la tarde estábamos entrando a San Antonio. En el Consulado de Colombia mi papá tramitó y consiguió los respectivos permisos fronterizos, lo que nos permitía la permanencia en Colombia por un tiempo determinado. Atravesamos el puente Simón Bolívar que divide a los dos países, a los dos estados y a las dos ciudades. No hubo contratiempos. Ramón, luego de llevarnos hasta Cúcuta, se devolvió con el carro para Caracas al día siguiente.

El cambio de moneda estaba a diez pesos por cada bolívar. Nos trasladamos a una casa de cambio, mi papá hizo el canje y me dio una parte del dinero. Esa noche nos quedamos en un hotel en Cúcuta.

A la mañana siguiente sería el contacto con el representante del Partido Comunista colombiano. A las siete de la mañana tenía que estar en el lado derecho de la plaza tal, sentado en uno de los bancos, vestido con un pantalón azul, una camisa marrón, una gorra de pelotero y llevando en la mano, visible, un ejemplar de una revista colombiana de una fecha determinada. Se me acercaría una persona, me haría la pregunta conveniente y yo le daría la respuesta exacta.

A la hora acordada, estaba en la plaza. El calor en la ciudad no había llegado, estaba fresca la mañana. La gente apurada pasaba a sus diferentes ocupaciones, cada quien a lo suyo. Me senté en uno de los bancos del lado derecho como se había establecido. Estaba tranquilo, pero atento a cada movimiento. Mi papá y Sol me observaban desde lejos. Esperaría hasta los diez minutos reglamentarios. Pasaron cinco minutos y no llegaba nadie. Cada persona que se me acercaba pensaba que podía ser hasta que pasaba de largo. Yo tenía diecisiete años. Si no llegaba habría que repetir la misma operación el día siguiente. No me movía del banco. Dos minutos después vi acercarse un señor gordo, de pelo liso indio, de unos cuarenta años con un caminar lento pero seguro y que no me quitaba la vista de encima. Esto me hizo pensar que sí era. El hombre se paró frente a mí y me hizo la pregunta y yo le contesté la respuesta conveniente. Me fui con él. A las dos de la tarde me encontraría de nuevo con mi papá y Sol en la misma plaza.

Caminamos hacia el carro que estaba parado a dos cuadras. Nos montamos. Él adelante, al lado del chofer, y yo atrás. Ricardo, como me dijo que lo llamara, me indicó que cerrara los ojos hasta que me dijera que los abriera. Al volante estaba un hombre joven que reconocí haberlo visto en la plaza. Arrancamos y recorrimos un tiempo como de veinte minutos. Me preguntó cómo había estado el viaje. Que estaba en buenas manos. El carro se estacionó frente a la casa donde íbamos. Puedo abrir los ojos, me dijo. Una muchacha joven nos esperaba con la puerta abierta. Entramos y me invitó a desayunar. La comida en la mesa estaba servida. Un sandwich de jamón y una taza de café con leche. Cuando terminé de comer me hicieron pasar a una de las habitaciones que solo tenía en su interior una sábana blanca colgada y extendida en la pared, una silla y una cámara fotográfica de pedestal. Me dijo me sentara, tomó los datos físicos y varias fotos para el pasaporte que me iban a proporcionar.

*—En más o menos quince días te lo entregaremos en Bogotá, sabemos cómo buscarte—*, me dijo Ricardo.

Salimos de la casa, me monté nuevamente en el carro con el mismo muchacho al volante y cerré los ojos tal como lo indicaban las medidas de seguridad. A las dos de la tarde estaba llegando a la plaza donde me esperaban mi papá y Sol.

*—Todo está listo papá, todo salió bien. Ahora me toca esperar los papeles en Bogotá—.*

*—Nos vamos contigo y así visitamos a Héctor—,* dijo mi papá.

Héctor, después de haber sido sacado del país por órdenes de Rómulo Betancourt y de andar por varias partes del mundo, estaba en la agregaduría militar de Venezuela en Colombia.

Compramos los tres pasajes de Cúcuta-Bogotá y al siguiente día en la mañana estábamos saliendo. El aeropuerto de Cúcuta era pequeño. Partimos como a las ocho en un aparato viejo en el que se sentían todos los movimientos. A veces caía en unos vacíos que parecía que nos íbamos a tierra. Con el corazón en la mano llegamos a Bogotá seguros de que íbamos a pisar tierra como debe ser en un aterrizaje normal. Desde el aire se observaba uno de los paisajes aéreos más bellos que he visto en mi vida, mientras el avión daba vueltas para aterrizar. Mi vista se recreó al ver una ciudad muy grande, de mucho verde, bien planificada. El avión tocó tierra y entramos al aeropuerto, grande y moderno de El Dorado. Por primera vez veía las puertas automáticas que se abrían al uno acercarse. Sorprendido me quedé. No me percataba que yo mismo la abría al acercarme. Luego se me hizo familiar.

Al salir del aeropuerto vimos a Héctor, que nos esperaba con un Volkswagen negro que había comprado en Alemania, lo había importado a Venezuela y Juancito se lo había llevado a Bogotá junto con el Caliche, aquel amigo y camarada, Carlos Rey, que participó en el secuestro del coronel Smolen y que lo acompañó todo el recorrido desde Caracas.

Hacía mucho frío y estaba lloviendo. La gente se desplazaba por la calle con paraguas y sobretodo. No había tantos carros como estábamos acostumbrados a ver en Caracas. Llegamos al apartamento y allí nos esperaba Carmen, mi cuñada, con mis sobrinos Leonardo y Carmen de Lourdes. Con el cariño de siempre nos recibieron. En la mañana, después del desayuno, salimos a conocer la ciudad. Caminamos por la carrera séptima, estuvimos en la Plaza Bolívar. Visitamos la iglesia de sal de Zipaquirá.

Mi papá y Sol me acompañaron por una semana y regresaron a Caracas.

Una noche recibimos una visita muy especial. Se trataba de Germán Lairer, dirigente del Partido Comunista de Venezuela, muy buscado por la policía venezolana. Recientemente se había fugado de la isla de Tacarigua en una de las fugas más espectaculares y sonadas de la historia carcelaria venezolana. Entró, nos saludó a todos, tomó café ofrecido por Carmen Teresa y se encerró en un cuarto a hablar con Héctor. Como una hora aproximadamente duró la conversación. Al salir despidiéndose y dándome la mano me dijo:

*—Te espero en Cuba, yo me voy en tres días.*

Y me entregó el pasaporte y el pasaje comprado para salir en una semana.

Era un pasaporte colombiano, con identidad colombiana, que decía que había nacido en Lorica en el Departamento de Bolívar. Lo revisé y tenía mi foto con todos los sellos y la huella que yo mismo le estampé. Llevaba más de un mes en Bogotá. Germán Lairer viajaba a encargarse de la Misión Venezolana de las FALN en Cuba, como el embajador de la insurgencia venezolana. A la semana, tal como me había dicho Germán Lairer, estaba viajando a La Habana, vía México.

El avión hizo una parada en Barranquilla donde tuve que pasar una noche, luego fue a Panamá donde me quedé otra noche y, por último, llegué a la ciudad de México. Allí en el aeropuerto me esperaba un camarada venezolano del PCV que llevaba mucho tiempo residenciado en ese hospitalario país. Por el nombre que tenía en el pasaporte, las características físicas, la hora y número de vuelo, me identificó. Se me acercó y me llamó por el nombre que llevaba en el pasaporte.

*—Soy fulano de tal y te estoy esperando. Te vine a buscar.*

Con él me fui y me dijo que se encargaría de todo lo referente al viaje a Cuba. Me alojó en un hotel en el que permanecí una semana. Allí conocí a una muchacha venezolana que también viajaba a Cuba. Para ella yo era colombiano. Iba en plan de estudios. Juntos llegamos a La Habana y nos hicimos amigos.

Alrededor de un mes estuve alojado en el Hotel Habana Riviera. Era un hotel cinco estrellas construido antes de la revolución, con un salón de espectáculos: el Copa, un restaurant, una tasca y una cafetería, ade-

más de una piscina grande y bonita con todos sus accesorios. Me tocó la habitación 19-16. Para mí, que nunca había estado en un hotel de esas características, era algo novedoso y maravilloso. Estaba deslumbrado con todo aquello. Los vientos muy fuertes impulsaban las olas que se elevaban hasta diez metros de altura cuando golpeaban el muellecón, que quedaba a unos cuantos metros del hotel. En el horizonte, en el mar, un barco norteamericano vigilaba permanentemente la isla. Tenía años allí.

Era un barco espía cuya sola presencia era una agresión contra la revolución cubana.

Los cubanos acababan de pasar por la llamada crisis de octubre, cuando estuvo a punto de declararse una nueva guerra mundial, esta vez atómica. Los Estados Unidos y la Unión Soviética pudieron llegar a acuerdos. Los soviéticos retiraron los misiles, con la oposición de los cubanos, pero no se invadió a Cuba. Los Estados Unidos, aunque no dejaron de hostigarla, respetaron el acuerdo de no invadir.

Allí en ese mismo hotel se encontraban y pude conocerlos al mayor Pedro Vegas Castejón y Yolanda su esposa, al teniente Octavio Acosta Bello y su esposa Auristela, al capitán Omar Echeverría, oficiales patriotas participantes en la insurgencia militar del cuatro de mayo de 1962. Para mí era emocionante conocer a aquellos militares revolucionarios que reivindicaban a aquel Ejército Libertador de las gestas de la primera independencia. Oficiales patriotas que habían sacrificado sus carreras por la soberanía y la revolución.

Con el teniente Acosta Bello (Jorge) me tocó, posteriormente compartir momentos de lucha en la guerrilla venezolana en las montañas de Yacucy, Portuguesa y Trujillo.

La Habana era un hervidero revolucionario contagioso. Había alegría en las calles. Saberse revolucionario era algo maravilloso, y ser revolucionario venezolano era un privilegio. Las FALN estaban muy activas y habían asestado golpes contundentes al gobierno pro imperialista de Rómulo Betancourt, lo que le daba un prestigio igual al de los revolucionarios vietnamitas. En las concentraciones, en las asambleas, en las reuniones políticas, las dos "V" Vietnam-Venezuela, estaban presentes. La solidaridad de la gente común de la calle se manifestaba cuando se enteraban de que uno era venezolano. Combatientes de todos los países de América Latina se encontraban a cada paso.

En el Hotel Presidente conocí a Julio, combatiente dominicano, flaco, moreno claro y alto, tan joven como yo. Nunca supe su nombre verdadero. Julio murió luchando en las tropas Caamaño en la República Dominicana contra la invasión norteamericana en 1965.

Tal como lo había establecido mi familia, comencé a estudiar interno en un politécnico cerca de La Habana. Salía solamente los sábados después del mediodía y los domingos cuando no tenía guardia. Todos los estudiantes eran becados y, por supuesto, yo era un becado. La defensa de la revolución llevaba consigo el que los estudiantes estuvieran alertas y prestos para actuar y movilizarse en cualquier circunstancia. Una clara disposición y ánimo nos acompañaban en ese centro educativo para defender la revolución de la agresión imperialista. La camaradería, la solidaridad y la comunicación se manifestaban en toda la comunidad estudiantil. Éramos compañeros, camaradas.

Los sábados en las mañanas se efectuaba una clase que se llamaba Pleno, que era una asamblea donde se hacía una evaluación de las clases, de los profesores y de los estudiantes, así como del funcionamiento del plantel. Había críticas, autocríticas y reconocimientos, como también la ayuda a los estudiantes rezagados, al cual se le asignaba un estudiante o un profesor para que lo nivelara en los tiempos libres.

Estábamos sentados, cada quién en su pupitre, la clase de Pleno había comenzado. Senén estudiante aventajado y solidario, joven, alto, gordo y mi compañero de cuarto donde dormíamos en literas, se paró de su pupitre, levantó la mano y pidió la palabra. Estaba a mi lado y yo lo observaba. Las clases empezaban a las siete de la mañana y terminaban a las cinco. A las diez se apagaban las luces y todo el mundo a dormir. El que quería seguir estudiando tenía que prender una lamparita.

Senén hablaba de lo que significaba la revolución y la necesidad de la preparación de los técnicos para la construcción del socialismo.

*—Es un deber de todo estudiante corresponder a los esfuerzos que se hacen en medio de las dificultades para que el pueblo se eduque. Nadie puede darse el lujo de ser mal estudiante porque después no va rendir en el trabajo como lo exige la revolución y nos engañamos nosotros mismos. En la última prueba de evaluación vi copiándose a un compañero y eso no se puede permitir, porque eso es ir contra la revolución. Yo estoy seguro de que el compañero, que no voy a mencionar, va a entender y no va nunca más a cometer el error. Repito, yo me ofrezco para ponerme a estudiar con él y ayudarlo.*

Todos estábamos atentos a las palabras de Senén. Luis estaba pálido, se frotaba las manos y su frente emanaba gotas de sudor. Lo vimos levantarse de su pupitre y pidió la palabra. Tosió varias veces para organizar su voz, y dijo que era cierto lo dicho por Senén, que se sentía muy apenado pero que más nunca se iba repetir, que agradecía la ayuda que el compañero le ofrecía y la aceptaba.

Para mí fue una experiencia maravillosa el haber presenciado una discusión tan franca, sincera y provechosa que me dejó un gran aprendizaje.

El deporte era obligatorio y se practicaba en un gimnasio techado y en una cancha abierta. Me inscribí en lucha olímpica, deporte que había practicado en mi época de estudiante en la Escuela Técnica Industrial en Caracas. Todas las tardes después de las cuatro me iba al gimnasio. A veces me quedaba practicando hasta cercanas las diez de la noche en que se apagaban las luces.

El profesor venía hacia mí, veíamos un combate de preparación. Se me acercó y me preguntó si yo era venezolano.

Cuando hablaste y dijiste que ese muchacho era puro aguaje me di cuenta que eras venezolano porque esa palabrita no la dicen si no ustedes. Yo viví mucho tiempo en Venezuela donde participé y trabajé como luchador de lucha libre. Yo era Cruz Diablo.

Me quedé boquiabierto, una sorpresa agradable me hizo remontar a mi infancia. Tenía ante mí a uno de mis ídolos. Era un hombre alto, delgado, musculoso de alrededor de cuarenta años, blanco con el pelo castaño, tirando a catire, sencillo en el trato, pero exigente en los entrenamientos. Cruz Diablo había sido uno de mis favoritos en la época en que se televisaba la lucha libre y se llenaban álbumes con la foto de los luchadores como Dark Búfalo, el Andarín, Heney Awed, el Enmascarado de Plata, el Chiclayano, el Olímpico Salazar que era de mi barrio y tenía un hermano que era comunista, el Apolo venezolano, que también vivía en el barrio El Cementerio y tenía una moto Harley Davidson en la que lo veíamos pasar de vez en cuando por la avenida Roosevelt, cercano al Lincoln, con su pelo largo a lo Sansón, además de Cruz Diablo y otros que no recuerdo llenaron inquietudes infantiles por allá por los años cincuenta y primeros del sesenta donde queríamos los muchachos de entonces parecérnosles, practicando las llaves y tirando tacles voladores. Había los malos y lo buenos, los limpios y los sucios. Aunque abundaba el truco para animar el espec-

táculo, para nosotros, inocentes, todo era verdad. En el Palacio de los Deportes en la avenida San Martín se efectuaban los combates que eran televisados por Televisa en el canal cuatro. Los muchachos de mi barrio siempre estábamos atentos y pegados al televisor para ver la lucha libre. Era un espectáculo que nos divertía y disfrutábamos mucho. De Cruz Diablo aprendí bastante. Era buen profesor.

Aunque no pude competir en competencias nacionales por ser extranjero, mis compañeros, sus alumnos, eran reconocidos como buenos dentro de esas competencias. Más tarde, ya no estudiando en ese tecnológico, supe que se había fugado en una lancha para Miami. Después, pasados los años, me enteré de su muerte en esa ciudad.

En el mes de octubre de ese año 64 me llegó la noticia de la detención de mi hermano César por una carta que me envió mi madre explicándome la situación. Aquello me estremeció, me turbó y afirmó más en mí, el deseo de regresar a Venezuela. Estuve varios días silencioso, preocupado, hasta que supe que estaba vivo y lo habían llevado a la Isla del Burro. Luego a mis manos llegaron los periódicos que reseñaban los hechos relacionados con el caso Smolen, las torturas a que eran sometidos y las declaraciones de mi mamá.

La cartelera del tecnológico se ilustró con los recortes de prensa que yo les suministré. Se organizó un acto en solidaridad con Venezuela en el auditorio donde cabían alrededor de doscientas personas. Hablarían un profesor del tecnológico, un representante de la Misión Venezolana en Cuba y yo. Para mí la situación era muy incómoda, jamás en mi vida había tomado un micrófono para dirigirme a ningún colectivo. Estaba asustado. No podía negarme. Se trataba de mi país y se trataba de mi hermano. No sabía hablar en público y no sabía qué decir. Mi corazón palpitaba rápido y las manos me sudaban. Tenía temor de quedar mal, de no saberlo hacer. Estuve tentado de decirle al profesor, que era el que había organizado el acto, que no iba a hablar, pero no me atreví.

Llegó el momento de subir a la tarima. Tenía que abrir el acto, después hablaría el profesor y por último el representante de la Misión Venezolana que se llamaba Pedro Jiménez. Me coloqué frente al micrófono, me armé de valor. La sala estaba llena. Desde la tarima veía a toda la concurrencia. Las caras de los asistentes estaban atentas a mis palabras. Mis compañeros de clase gritaron mi nombre. El auditorio se llenó de ¡Hurras! y ¡Vivas! a la revolución venezolana con igual emoción con que lo hacían en las competencias deportivas para aupar a su equipo.

Tremendo compromiso para mí. Las palabras atragantadas no querían salir. Hubo un silencio. Al fin la garganta les permitió salir y dije cuatro cosas. El auditorio me aplaudió y yo me sentí satisfecho. Hablaron los otros oradores y terminó el acto. Mientras los días transcurrían en el tecnológico, la idea de regresar a Venezuela no se me quitaba de la cabeza. Me veía en las montañas luchando con mi fusil en la mano. Soñaba con eso. Embriagado de romanticismo me imaginaba el poder a la vuelta de la esquina y yo quería estar en la primera línea de combate. Le había hecho el planteamiento a Germán Lairer, quien siempre me respondía, a pesar de mi insistencia, que él tenía un compromiso con mis hermanos de no permitirme regresar.

Era sábado, estaba de permiso en el tecnológico.

Alberto Lovera, jefe nacional militar del Partido Comunista de Venezuela, había llegado a La Habana y se encontraba en ese momento en el restaurant del Hotel Habana Riviera reunido con Germán Lairer. Me enteré y sin perder tiempo me dirigí hacia allá. No podía dejar pasar la oportunidad. Allí me presenté, con cierto nerviosismo, pero me presenté. Me dirigí al restaurant. No lo conocía físicamente, nunca lo había visto. Sabía que tenía problemas en una pierna y usaba bastón. El hombre que conversaba con Germán tenía que ser él. Me acerqué y pude comprobarlo por el bastón guindado en el espaldar de una de las sillas. Estaban los dos solos en una mesa. Conversaban animadamente. Llegué, me paré delante de ellos, saludé a Germán y les pedí permiso para interrumpir la conversación.

— *¿Quién eres?* —, me preguntó al verme llegar.

Me le identifiqué.

Germán Lairer completó diciéndole que yo era hermano de Chela y del macho Vargas.

Germán me miró y sonrió con una sonrisa como diciendo que me tenía pillao.

— *¿Qué quiere el camaradita?* —, preguntó Lovera sin quitarme la vista de encima.

Estaba emocionado por estar frente a un dirigente revolucionario de tanta jerarquía. Se trataba del máximo jefe militar del PCV.

— *Mire camarada, yo vine aquí a estudiar, es cierto, pero no lo voy a*

*hacer, lo que quiero es prepararme para la guerra revolucionaria y regresar e incorporarme al movimiento guerrillero en la montañas de nuestro país.*

Lovera, con los ojos fijos sobre mí, sorprendido por lo que estaba oyendo, volteó hacia Germán y le preguntó:

— *¿Y tú qué opinas?*

Germán se me quedó viendo fijo a los ojos. Yo estaba tenso, también mirándolo a los ojos, atento a lo que Lairer pudiera responder, porque de su respuesta iba a depender la decisión que tomaría Alberto Lovera. Estaba abstraído de todo lo que pasaba alrededor. Para mí no había más nadie en aquel lugar, ni paredes, ni mesas, ni clientes, estaba concentrado en aquellos dos hombres que podían decidir el rumbo de mi vida. Germán dirigió la mirada hacia Lovera y le explicó que este era un planteamiento que yo había hecho en varias oportunidades y que su opinión era que se me debería dar la oportunidad. Lovera lo oyó y no respondió. Me miró y guardó silencio por unos minutos y me dijo:

— *Después hablamos.*

— *Gracias* —, le dije.

Di media vuelta, me retiré pensando y me dirigí lentamente hacia la salida del hotel, me acerqué al malecón y caminé oyendo el ruido del mar y el golpeteo de las olas que me salpicaba cada vez que chocaba aquel muro de concreto en su vaivén incesante. La brisa me acariciaba con su suavidad y su frescura, amainando el calor. Sentados en el muro que impedía que el mar entrara, se observaban las parejitas de enamorados indiferentes ante mi paso. Estaban en lo suyo. Yo seguí caminando hasta el hotel donde me alojaba. Los dos caballeros que decidirían mi futuro habían quedado atrás, en su conversa. Frente a mí no habían tomado ninguna decisión, aunque ya había ganado el voto de Germán. Solo quedaba esperar...

A la semana siguiente, estando en clase fui llamado urgente a la dirección del plantel. El director ya me conocía. Cuando nos cruzábamos en los pasillos siempre me saludaba con afecto. Era miliciano y siempre andaba uniformado con el pantalón verde oliva y la camisa azul cielo de la milicia.

No sabía para qué era llamado. Me presenté a la dirección y sorprendido me encontré con la visita de dos camaradas cubanos que me fueron

a buscar al tecnológico. A uno de ellos lo conocía. Finalizaba así mi corta pasantía por las aulas de las escuelas cubanas.

Venimos a buscarte de parte de Germán. Recoge tus cosas que nos vamos. No salía de la sorpresa, vi al director que me miraba confundido, aun cuando hablaron con él y le informaron sobre mi retiro del plantel. Me le acerqué y le di la mano y alegre salí corriendo a buscar las poquitas cosas que tenía. Las recogí y salimos.

Nos dirigimos a la casa de Germán Lairret que quedaba al este de La Habana. Me estaba esperando. Era una casa de grandes ventanales, con amplios jardines, techo alto y de decorado lujoso, con un estacionamiento donde cabían varios carros. Era una de las que fueron abandonadas por los ricos de La Habana que se fueron a Miami. Lairret tenía un Mercedes Benz que le había asignado el gobierno cubano. Entré con los camaradas cubanos que hablaron con Germán y se retiraron. Nos sentamos en la sala de la casa y hablamos. Había ganado la batalla que me propuse, ya no habría marcha atrás.

*—Yo no sé lo que le voy a decir ahora a tu familia, pero ya estás aquí y ese ha sido tu deseo. Desde este momento estarás bajo la responsabilidad de las escuelas especiales. Las cosas cambian para ti. Las medidas de seguridad serán más estrictas, estarás más restringido. De ahora en adelante no puedes decir que eres venezolano. Debes ceñirte al régimen de disciplina que te indicarán. Vas a conocer a camaradas que también se preparan como tú y usarás seudónimo. Olvídate de tu nombre, así es que ve pensando en el nombre que te pondrás.*

Desde ese momento mi nombre fue Enrique, en honor a Enriquito, aquel muchacho adolescente, casi niño, camarada de siempre, que ofrendó su vida en una calle de Caracas en acción revolucionaria. Seudónimo que también me acompañó en la guerrilla rural.

En la casa de Germán pasé unos días hasta que fui trasladado a otro sitio donde conocí a algunos camaradas que se preparaban para regresar a Venezuela y fortalecer al movimiento guerrillero, además de los que iban a iniciar la preparación junto conmigo, entre ellos, Ramoncito, Luisito, Fedor, el Turro, Chepo, Antonio Almao, Raúl Torres, César Lazo y otros más que no recuerdo.

Las montañas de Cuba que nos sirvieron de lugar de entrenamiento me hicieron recordar a Nelson Hernández, joven militante de la juventud comunista, combatiente internacionalista, que también se entrenó en la

Isla para la expedición de desembarco en Santo Domingo que encabezó el comandante dominicano Enrique Jiménez Moya en el año 1959. Esas montañas, ese cielo y esos parajes me lo recordaban, porque tal vez él habría caminado esos mismos sitios. Me lo imaginaba bajo el mismo cielo, con los mismos sueños y observando las mismas estrellas que yo observaba en ese momento.

Nelson era catire, del barrio, de cuerpo atlético, boxeador amateur y tenía veintidós años. Respetado a la hora de las peleas callejeras y amigo de mi hermano Juancito. Juntos ingresaron a la Juventud Comunista. Una vez me lo tropecé caminando de brazos con su novia por la calle los Totumos del Cementerio. Cuando me vio, se me acercó, me saludó con cariño y me la presentó: una morena clara, de pelo crespo, bonita. Recuerdo ese momento como si lo estuviera viviendo.

Enrique Jiménez Moya era un exiliado dominicano que vivió en Venezuela, por los lados de el Tocuyo en el Estado Lara.

En el año 1958, el gobierno de Wolfgang Larrazábal envió un cargamento de armas a la Sierra Maestra, en Cuba, en solidaridad con la guerrilla de Fidel Castro. Enrique Jiménez fue escogido para llevar esas armas en un avión venezolano. Llegó a la Sierra Maestra y el triunfo de la Revolución Cubana lo encontró entre los combatientes guerrilleros que entraron con Fidel a La Habana. Desde ese momento comenzó a madurar la idea de organizar una expedición a la República Dominicana para derrocar al dictador Trujillo, a quien llamaban Chapita. A Venezuela llega la propuesta que motiva a militantes de la Juventud Comunista. Se vivían los tiempos en que el aire fresco de la Revolución Cubana acariciaba las mentes de la juventud.

Muchos jóvenes, imbuidos de la emoción y la admiración que les proporcionaba el triunfo cubano, casi todos militantes comunistas, dieron el paso al frente y se ofrecieron de voluntarios. Nelson estaba entre los seleccionados, junto a Edwin Ermini, José Luis González, Juan Cárdenas Soto, Pedro José Linares, Jesús Ávila y otros venezolanos más.

Nelson llegó a mi casa en los bloques del Prado de María. Tocó la puerta y mi mamá le abrió. Siempre con su alegría y su sonrisa. Era sábado.

— *¡Llegó Nelson!* —, dijo mi mamá y Juancito salió a la sala a recibirlo. Conversaban cuando yo salí del cuarto.

— *¡Epa! Nelson ¿cómo estás?* —, lo saludé.

Llegó con una maleta. Me extrañó, pero no le hice mayor caso. El radio de la casa, en el cual César localizaba las emisoras del exterior en onda corta, estaba prendido y un locutor narraba las noticias de Radio Habana Cuba. Mi mamá preparó la comida, nos llamó a desayunar y se sentó con nosotros: caraoas con queso rallado, arepas y café con leche. Yo prefería la arepa frita y mi mamá me preparó dos. Comimos y nos sentamos nuevamente en la sala.

Abajo, en la calle, empezaban los preparativos para una partida con pelota de goma que se interrumpía cada vez que pasaba un carro. Se estaban escogiendo los equipos y se oían los gritos de los muchachos.

Uno de los bombillos de la lámpara de la sala se había quemado y mi mamá, aprovechando que estábamos presentes, nos trajo uno nuevo para cambiarlo. Nelson, siempre dispuesto a colaborar, saltó de la silla en la que se encontraba y se ofreció para resolver la situación. Le busqué un taburetico que le sirvió de escalera. Tomó las herramientas que le trajo mi mamá, desarmó la lámpara y colocó el bombillo nuevo.

Como a las once de la mañana llegaron a buscarlo. Un carro tocaba insistentemente la corneta abajo en la calle. Nosotros vivíamos en un primer piso. Nelson se asomó al balcón.

—*Ya llegaron a buscarme*—, le dijo a Juancito.

—*Me voy señora Vargas.*

Y mi mamá se le acercó, lo abrazó y le dijo:

—*Espero verte de nuevo. Siempre estaremos pendiente de ti.*

A Nelson le brillaban los ojos. Recuerdo aquel momento con toda claridad cuando vestido con una camisa a cuadros, pantalón de kaki y zapatos deportivos, tomó su maletica, salió del apartamento, bajó las escaleras junto con Juancito, se acercaron al carro y hablaron con las dos personas que vinieron a buscarlo. Yo los observaba desde el balcón. Juancito y Nelson conversaban. No pude descifrar lo que se decían, pero se notaba que se estaban despidiendo por algún tiempo. Se estrecharon las manos, y se abrazaron. Nelson se montó en el carro y desde una de las ventanas me dijo adiós con la mano. Fue la última vez que lo vi. Juancito se quedó viendo el carro hasta que se perdió de vista. Cuando Juancito subió nuevamente a la casa le pregunté qué pasaba, que todo me parecía extraño, y me respondió con un: —*No preguntes tanto carajito.*

Nelson se entrenó en la isla y junto a aquel grupo de revolucionarios latinoamericanos que salió de Cuba en la expedición un día de junio de 1959 cargado de ilusiones, con la idea fija de derrocar a un dictador sanguinario que tenía treinta años gobernando. El 14 de junio desembarcaron comandados por aquel dominicano, Enrique Jiménez Moya, que llevó las armas venezolanas a la Sierra Maestra, junto a un comandante cubano de apellido Ochoa.

Un grupo lo hizo por mar y otro lo hizo por aire. Eran alrededor de doscientos combatientes. Los que llegaron por aire desembarcaron en la base militar de la Constanza donde fueron aniquilados. Los otros dos desembarcos, esta vez por mar, lo hicieron por las playas de Maimón y Estero Bajo. De estos algunos combatientes pudieron salvarse y regresaron a Cuba. Entre ellos el venezolano Jesús Ávila.

Ese heroico día de junio quedó sembrado en la historia, como ejemplo de la solidaridad de revolucionarios internacionalistas latinoamericanos y dio lugar a la creación del Movimiento 14 de Junio, fundado por Minerva Mirabal y su esposo Manolo Tavares.

Nelson Generoso Hernández y los demás camaradas quedaron sembrados en Santo Domingo y pasaron a engrosar la lista de patriotas internacionalistas venezolanos que entregaron su vida por la liberación de otros pueblos. Y así, seguramente, ellos quieren ser recordados. Tenía veintidós años. Su novia, aquella trigueña de pelo ondulado y abundante, lo estuvo esperando hasta que, seguramente un nuevo amor alumbró su vida y continuó de nuevo su camino.

Pedro Vegas Castejón, Omar Echeverría y el Macho Pérez Marcano eran los encargados de nuestra seguridad y nuestra preparación y nos visitaban con frecuencia.

Los vimos llegar. Era de tarde. Entraron, saludaron y reunieron a Ramoncito, Raúl T., Luisito, César Lazo y yo. Empezaba la preparación. Tendríamos que salir esa misma noche sin saber a dónde. En la madrugada estábamos saliendo de La Habana en un camión militar con techo de lona en un viaje que duró varias horas. Cuando amaneció, estábamos en el Escambray, incorporados a un batallón de lucha contra bandidos (LCB) en un campamento que quedaba en medio de la montaña. Era la zona donde había actuado en la lucha armada contra Batista el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, con Rolando Cubelas, Fauré Chaumont y Eloy Gutiérrez Menoyo.

La contrarrevolución en armas en las montañas de Cuba estaba prácticamente derrotada, aunque todavía quedaban algunos reductos alzados, como Blas Tardío, a quien este batallón donde nos encontrábamos buscaba afanosamente con el objetivo de aniquilarlo.

La zona en la cual nos hallábamos no era de montañas altas, más bien pequeñas, si se les comparaba con las nuestras en Venezuela. A Blas Tardío, de quien nunca supe su procedencia, si era del campo o la ciudad, no habían podido ponerle mano, aunque sobre ese grupo pequeño se habían desarrollado operaciones envolventes sin resultado alguno. Era algo de honor para el comandante del batallón, un hombre alto, grueso y catire de aspecto campesino, el acabar con la pequeña guerrilla de Blas Tardío. En esas montañas y en ese campamento, recibimos clases de lucha contrainsurgente, que era lo que en realidad realizaba ese batallón. Dormíamos, en un galpón grande de techo de palma, en camas literas. Allí funcionaba como una especie de granja que, en cierta forma, surtía en buena parte los alimentos de la tropa. Con frecuencia se daban movilizaciones en busca de Blas Tardío y nosotros marchábamos con ellos a montar un cerco o a desarrollar el peinado de una zona.

Una madrugada se declaró la emergencia. Los combatientes del Batallón del LCB saltaron de las literas y las hamacas y se colocaron en zafarrancho de combate. Toda la tropa se congregó en el patio central del campamento con su armamento dispuesto. Nosotros hicimos lo mismo, pero sin armas. Saltábamos de alegría esperando órdenes para la ubicación de nuestro sitio de combate. Firmes, en perfecta formación, oímos el parte dado por el comandante. Se había producido un desembarco de contrarrevolucionarios comandado por quien había sido uno de los jefes guerrilleros de los grupos que se establecieron en esa zona de El Escambray en la lucha contra Batista, a quienes burlonamente le decían los “come vaca” porque nunca entraron en combate contra el ejército batistiano. Se trataba de Eloy Gutiérrez Menoyo. Corría el año 1965. la Revolución Cubana apenas tenía seis años de haber asumido el poder y estaba en plena efervescencia popular. Las amenazas de invasión y la agresión constante mantenían en alerta a todo el pueblo cubano que permanecía movilizado y dispuesto a cualquier eventualidad. Ya habían vivido la experiencia de Playa Girón y la crisis de octubre. La moral y la disposición de combate de la tropa era contagiosa, y nosotros no escapábamos a ese contagio reflejado en la emoción por querer participar en las operaciones que se avecinaban. Nuestra juventud,

nuestro fervor revolucionario y nuestras ganas de entrar en combate, nos hacían creer que íbamos a oler plomo en busca de los que habían desembarcado. No se sabía cuántos eran, pero estaba confirmado que se había producido el desembarco y ya se había determinado la zona por donde se desplazaban.

Allí, en el patio de tierra, en aquella madrugada, de noche fresca y de cielo estrellado, estábamos nosotros esperando instrucciones, pero el armamento nunca llegó. Al contrario nos separaron de la formación y fuimos llevados por uno de los oficiales a una chocita de techo de palma y de paredes de troncos de madera donde funcionaba la oficina del comandante. Allí nos esperaba. Un escritorio hecho con madera de la misma montaña donde se veían mapas, croquis y papeles, los aperos militares y una foto de Fidel con el Che y Camilo, decoraban el rústico espacio. Nos hizo pasar. Nos informó nuevamente de la situación que se estaba presentando y sobre un croquis nos ubicó el sitio por donde ya se tenía la certeza, estaban avanzando. Y nos dijo:

*—En estos casos procede un cerco, para luego avanzar “peinando” la zona y asumiendo el control de las vías de escape, las tomas de agua y la ayuda de la población, con la colocación de emboscadas en los sitios por los cuales podían desplazarse.*

Explicó las diferentes formas de emboscadas que podían utilizar en estos casos. Llamaba la atención de aquella clase magistral, la emboscada en forma de ajedrez, que era una operación de combate que incluía varias emboscadas a la vez, donde cada una de estas se colocaban en cuadros como los de un tablero de ajedrez, lo que permitía que el enemigo, una vez que entraba en zona de combate, para donde se moviera caía en cualquiera de las emboscadas y no podía salirse.

Pero también nos habló de la responsabilidad que tenía con nosotros, que no podía poner a riesgo nuestras vidas, que no era necesario que participáramos en la operación, que de todos modos nos mantendría al tanto, y así fue. Luego de cada jornada conversábamos y recibíamos una nueva clase. Nos retiramos tristes, pero comprendiendo que el comandante tenía razón. Continuamos con la rutina del campamento y allí permanecimos un mes. Eloy Gutiérrez Menoyo fue detenido junto al grupo que comandaba. Se llevó a juicio y fue condenado a 25 años de prisión que pagó en las cárceles cubanas. Hoy se encuentra en Miami dirigiendo uno de los grupos contrarrevolucionarios moderados. Ha ido en varias oportunidades a la Isla y ha conversado con las autoridades cubanas.

Regresamos a La Habana. Allí, en aquella casa del Nuevo Vedado donde habíamos estado ausentes durante más de un mes encontramos a nuevos camaradas que, como nosotros, se prepararían para ir a combatir en Venezuela. Para mí, el curso definitivo estaba por comenzar. Mis compañeros del Escambray regresarían pronto porque ya lo habían culminado. Emocionados nos despedimos y quedamos en vernos en los diferentes frentes guerrilleros.

Ramoncito (Paúl del Río) como era del MIR se iría al Bachiller. Yo tenía ya decidido irme a Falcón al José Leonardo Chirinos, Raúl y Luisito se irían a oriente con Maneiro, porque según ellos, Germán Lairet les había prometido irse a ese frente.

— ¡Espérenme allá! —, les había dicho.

Pero nunca llegó. Un dinero que debía entregar a las FALN, enviado solidariamente por la Revolución Cubana, nunca fue entregado a quien iba enviado.

Vivía el movimiento revolucionario venezolano el momento más crítico sobre la vigencia de la lucha armada. Germán, que se había comprometido en continuar con el movimiento armado, al llegar a Venezuela se cuadró con quienes lo negaban y entregó el dinero al sector del Partido Comunista que estaba en contra de la lucha armada. Más adelante, pactó con el enemigo llegando a ser ministro y embajador de los gobiernos adecos a los cuales había jurado combatir con armas en la mano.

Fedor, el Turro, Chepo y yo fuimos trasladados por camaradas de Seguridad de Estado de Cuba a una casa en la periferia de La Habana. Empezaba el curso. De aquella casa teníamos prohibido salir. Era una casa grande y espaciosa de dos plantas con habitaciones abajo y arriba. Organizamos las guardias que cubrían las veinticuatro horas. Poco a poco se fueron incorporando graneados los veintitrés combatientes que recibiríamos el curso, con dos compañeras representantes, en la primera línea de combate de la mujer venezolana. A cada quien se le asignó un número del uno al veintitrés. De allí en adelante, hasta que lo culmináramos, ese número sería nuestro seudónimo. Yo era el número tres; Napoleón Rodríguez Mirelles (el Turro), el uno, el Negro Cassirán (Antonio), el dos, Alberto Caricote (Chepo), el Cuatro, Fedor, el Cinco; Francisco Peña (el Gocho), el seis; Annery Adames (María), la siete, Jacobo (Eduardo Sanoja), el ocho, Raúl, el nueve, Nidia Cárdenas (la Negra), la die, Güigüi, el once, Miguel Salas Suárez, el doce, Cuoto Aponte, el trece, Najul, el catorce, Helios De Los Ríos, el quince,

Méndez (Cheroqui), el dieciséis, José María Silva, el diecisiete, el viejo Cuper, el dieciocho, Baudilio Loyo, el diecinueve, Cañizales Guédez, el veinte, cabeza de Volkswagen el veintiuno, el Flaco, el veintidós y Fernando Soto Rojas, el veintitrés.

La casa estaba situada en una zona aislada. Cualquier acercamiento de personas o vehículos lo detectaban los compañeros de guardia.

El ruido de motor hacía presumir que se acercaban carros, enseguida se comunicó la novedad. Los vehículos entraron directo al garaje. Todos nos pusimos alerta. Se bajaron. El uniforme verde olivo señalaba que eran militares. Venían acompañados de Germán Lairer y Héctor Pérez Marcano, responsables de la Misión Venezolana en Cuba. Intercambiamos saludos. Inmediatamente nos congregaron en la parte de atrás de la casa en un salón donde estaban colocadas tantas sillas como combatientes éramos. Allí nos sentamos respetando el número que teníamos asignado.

Frente a nosotros, en una mesa larga se sentaron Germán Lairer y Héctor Pérez Marcano, representantes de la dirección de los partidos PCV y MIR, organizaciones a las cuales pertenecíamos. Al lado de ellos se sentaron los instructores, oficiales con experiencia en la guerra revolucionaria librada contra Batista. Eran campesinos, se les notaba por su forma de hablar, en su humildad, en sus gestos, pero con mucho conocimiento y experiencia en lo militar que la revolución se había encargado de incrementar, sobre todo, con una gran firmeza y lealtad al pueblo, a Fidel y a la Revolución Cubana.

Fuimos presentados ante ellos, y ellos ante nosotros. Desde ese momento estaríamos bajo su responsabilidad. Era un momento emocionante.

Germán tomó la palabra haciendo un análisis de la situación política venezolana, hasta llegar a la responsabilidad que sobre nuestros hombros recaía, lo que nos hacía sentir combatientes de la segunda independencia, protagonistas de la lucha por la liberación nacional y el socialismo. Solo Germán habló. Nos pusimos de pie y a una sola voz juramos luchar hasta vencer, hasta hacer la patria libre o morir por Venezuela. Emocionados cantamos el Himno Nacional y la *Internacional*, dispuestos a correr los riesgos que fuesen necesarios.

Sabíamos el camino que teníamos que andar y que en él, se nos podía ir la vida, como lamentablemente sucedió con el Turro, detenido y desaparecido, de él no se supo nunca más. Chepo, detenido y asesinado

junto a Plinio Rodríguez y abandonados sus cuerpos abaleados frente a la Iglesia Cristo Rey en el 23 de Enero. Miguel Salas Suárez, fusilado por sus propios compañeros en circunstancias no suficientemente claras.

Las actividades comenzaban a las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Las clases teóricas de armamento, arme y desarme, táctica y estrategia, diferentes formas de operaciones tácticas y estratégicas, manejo de mapas, manejo de brújulas, trazo de rumbos y *azimuts*, planificación de operaciones, elementos teóricos de explosivos y de electricidad, características de la guerra de guerrillas, los campamentos, las marchas, las exploraciones etc, las vimos en esa casa.

*El Manual de Guerra de guerrillas de el Ché, El arte de la guerra de SunTzu, Manual del guerrillero urbano de Mariguela, Mao, guerra del pueblo ejército del pueblo de Giap, etc,* eran textos de estudio permanente que discutíamos por las noches. Culminada la parte teórica, nos trasladaron a las montañas donde recibimos los elementos prácticos en todo lo concerniente a la formación del guerrillero.

Una tarde, con permiso de la dirección, salimos rumbo a La Habana, Fedor, el Turro, Chepo y yo. Caminamos unas cuadras hasta llegar al sitio donde tomaríamos la guagua que nos llevaría al centro de la ciudad. Teníamos permiso hasta las nueve de la noche. En la Rampa, entre las avenidas 23 y L, por esas casualidades que se dan cuando uno menos lo espera, nos encontramos con Ramoncito, Luisito y Raúl Torres, camaradas que nos antecedieron en el curso y que ya preparaban las maletas para el regreso.

Este casual encuentro se convirtió en una celebración de despedida, tal como si lo hubiésemos planificado, de los que se recuerdan siempre, de los que se mantienen frescos en el tiempo, que no perecen, de esos que son muy intensos porque no sabe si uno se va a volver a ver, tomando en cuenta que estábamos inmersos en una contienda armada, donde uno no sabe si se le va la vida. Era imposible no celebrarlo.

De ese grupo que departió alegremente en un cabaret de La Habana, que compartimos planes e ilusiones y juramos luchar por Venezuela hasta vencer o morir, el Turro y Chepo quedaron en el camino, ofrendaron su vida por la revolución, otros, los que quedamos vivos, vivimos cárceles y torturas. Unos nos mantenemos activos en el mismo camino y otros tomaron otros rumbos.

Entre los abrazos y la alegría del momento, Ramoncito gritó emocionado.

— ¡*Vamos a celebrar esta vaina!*

Y nos metimos en una tasca del centro de La Habana y nos caímos a palos. Y entre los tragos, la conversación y la música se nos olvidó la hora y se hizo tarde ¿quién iba a estar pendiente de hora en medio de tanta alegría? Aunque no estábamos borrachos, los tragos nos pusieron saratacos y más contentos. Los compañeros regresaban en esos días a Venezuela. Era una noche para celebrar el regreso y la reincorporación a los destacamentos guerrilleros.

Salimos con la intención de dar un paseo por La Habana, pero este encuentro nos cambió el rumbo. Cuando regresamos, de madrugada, un tanto tambaleantes por los tragos, por mala suerte para nosotros, el Negro Casirán estaba de guardia. Sabíamos cuál iba a ser su actitud, ya lo habíamos hablado. El Negro había sido formado militarmente en la escuela de la Guardia Nacional venezolana, era un hombre de treinta y dos años, mucho mayor que nosotros, muchachos que no llegábamos a los veinte. Disciplinado, serio, recto, no toleraba ningún desliz.

Tocamos la puerta una y otra vez, y él, detrás, no la abría. A pesar de nuestras súplicas no nos la quiso abrir. Dimos la vuelta por detrás de la casa y brincamos la pared que caía al patio para poder entrar. El hombre nos reprendió, tuvimos una discusión fuerte y nos amenazó con informar a la dirección. Nos reclamaba el comportamiento de llegar tarde y paloteos.

Tal como lo había dicho, cumplió su amenaza. El Negro no se quedó allí, no podía dejar pasar semejante indisciplina. Al siguiente día solicitó una reunión con los instructores cubanos del curso y los jefes de la Misión Venezolana, Germán Lairer, Héctor Pérez Marcano, el mayor Vegas Castejón y el capitán Omar Echeverría. La reunión empezó ya avanzada la tarde del siguiente día. Estábamos todos en el salón de las reuniones. El Negro Casirán, de pie, tomó la palabra, con el pecho erguido, porte marcial y firme y actitud inquisidora, narró los hechos y pidió nuestra expulsión del curso. Para él, se había cometido una falta grave que debía ser sancionada ejemplarmente. Todos estábamos en silencio. Tomamos la palabra y echamos nuestro cuento. No teníamos intención de cometer indisciplina, pero el encuentro con los camaradas que ya regresaban nos obligaba a compartir con ellos el momento. Los compañeros de la dirección junto a los camaradas cubanos entendieron nuestra argumentación y concluyeron que si bien habíamos cometido una

*Humberto Vargas Medina*

falta, la expulsión era una medida muy fuerte que no tomaba en cuenta el esfuerzo que hicieron las organizaciones revolucionarias en Venezuela para que estuviéramos allí. De todos modos se nos impuso como sanción más horas de guardia que debíamos cumplir durante quince días.



Napoleón Rodríguez Mirelles (El Turro) combatiente guerrillero detenido y desaparecido en 1967 durante el gobierno de Raúl Leoni  
Foto: Rodrigo Moya, Revista *Sucesos*

## El regreso

Terminamos el curso. Llegaba la hora de hacer realidad nuestro compromiso de incorporarnos al movimiento armado en Venezuela. Poco a poco fuimos saliendo. Fedor, el Negro Antonio y yo salimos juntos de La Habana, vía Praga. Contentos del regreso, emocionados, con el pensamiento puesto en las montañas, en la guerrilla, donde aplicaríamos, de seguro, los conocimientos obtenidos.

Venir de Cuba rebelde e irreductible, de la isla que en aquellos momentos de juventud para mí significaba los sueños, la esperanza, la heroicidad, la entrega y la construcción del mundo nuevo, me llenaba de emoción y compromiso.

En Praga, en el aeropuerto nos esperaba una comisión del partido. Hacía mucho frío y había mucha neblina. Era noviembre de 1965. Nos recibieron y nos presentaron a María, militante del Partido Comunista Checo. María, que desde ese momento se encargó de nosotros, hablaba perfecto español. Con ella salíamos a dar unas vueltas por la ciudad. Era alta, rubia, bonita, fuerte, de unos treinta años. Nos alojó en un pequeño apartamento dotado de lo indispensable. Allí estaríamos solo los tres. Las camas estaban dotadas de cobijas gruesas que se calentaban por medio de una especie de resistencia eléctrica que tenían dentro. Nunca las había visto, pero menos mal que existían porque el frío era muy fuerte. Apenas tres días estuvimos en la ciudad que llamaban la París del socialismo. Praga era la capital de Checoslovaquia y el punto de toque para saltar a occidente desde la Europa oriental.

Nos llegó el día de partir y estábamos listos. La compañera checa nos daba las últimas indicaciones. Sentados en la mesa de comer de aquel pequeño apartamento nos informó de detenciones que se habían producido en los aeropuertos de París y Londres. Los chequeos se habían hecho más rígidos, por lo tanto, no podríamos pasar por allí. Pero tampoco tomaríamos ningún vuelo que tocara primero Caracas y luego Bogotá. Tendría que ser obligatoriamente, para no correr riesgos, Bogotá-Caracas, pues había que quedarse en Bogotá, para entrar por tierra por la frontera a Venezuela.

Solo tres vuelos llenaban estos requisitos: uno por Nueva York, otro por Puerto Rico y el tercero por Dakar en Senegal, en el África. Nos sorteamos las tres posibilidades y a mí me tocó la más larga. Y así lo hicimos. Todo el dinero que me dio el partido en Cuba prácticamente se me fue en pasaje. Nos despedimos, salimos y quedamos en encontrarnos en Bogotá. Yo salí rumbo a Zúrich para luego dar el vuelton que me tocó.

En Bogotá nos encontramos nuevamente los tres en el hotel, en el cual acordamos desde Praga, cerca de la carrera séptima. Yo fui el último en llegar. Allí nos contactó el camarada del Partido Comunista colombiano.

Dieciocho horas estuve montado en un avión desde Zúrich, donde había llegado procedente de Praga, pasando por Dakar, Senegal, Sao Paulo, Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires, hasta llegar a Santiago de Chile, donde me alojé en un hotel cerca del Palacio de la Moneda.

El pasaje lo traía comprado desde Praga. Llegué a Zúrich donde estuve un día, para luego partir en un avión de una aerolínea alemana. Llegué a mediodía y en el hotel en el que me alojé pasó algo curioso. Me extendieron una planilla para que la llenara con mis datos. Todavía no me había familiarizado con el nombre que tenía en el pasaporte que me arregló el Partido. Era un pasaporte venezolano con mi foto, pero cuyos datos pertenecían a otra persona.

Como me lo entregaron casi para salir, a pesar de que me los había aprendido no los había grabado en el subconsciente y este me traicionó en la recepción del hotel. En vez de colocar los datos con la identidad que llevaba puse los míos, los propios. Con la suerte de que, cuando fui a entregar la planilla me di cuenta y la rompí ante la sorpresa de la recepcionista que bajo protesta me entregó otra, reclamándome en un idioma que yo no entendía.

A la mañana siguiente me dirigí al aeropuerto para emprender el vuelo que me traería a América. Como este se retrasó, la línea de aviación nos alojó en un hotel donde pasamos la noche.

En el salón del hotel, tres mujeres conversaban animadamente. Con seguridad viajaríamos juntos. Nos habían trasladado en el mismo autobús desde el aeropuerto. Sus palabras en español me llamaron la atención y me les acerqué. Todas, las tres, eran mujeres argentinas que rondaban los cuarenta años. Viajaban solas, sin pareja, sin hijos. Por la conversación tampoco andaban juntas. No se conocían. Disfrutaban de vacaciones por Europa. Me les acerqué y me senté junto a ellas en aquel salón al que llaman lobby. Con la sonrisa reflejada en sus caras me dieron la bienvenida y me incorporaron al grupo. Las acompañé hasta las diez de la noche cuando me fui a dormir. Cada una hablaba de lo feliz que la pasó en su gira, de los lugares que conocieron, de las fotos que se tomaron. Nada más allá de sus experiencias vacacionales.

En la mañana con las maletas listas para trasladarnos al aeropuerto, nos volvimos a ver en el restaurante donde un desayuno de esos que se sirve uno mismo, esperaba para aliviar a nuestros exigentes estómagos. A las nueve el autobús de la empresa aérea esperaba puntual. El frío se colaba hasta los huesos a pesar de los abrigos que cargábamos. Estaba finalizando el otoño y amenazaban los vientos invernales. En el avión me conseguí con la grata sorpresa de quedar en el asiento contiguo de una de las argentinas. Era una mujer que me doblaba en edad con un simpático y agradable acento que delataba su nacionalidad, blanca, conversadora, atractiva, elegante y deportivamente vestida. Haríamos juntos, de butaca a butaca, una larga travesía hasta llegar a Buenos Aires. El estar acompañado durante el viaje me daba seguridad y confianza. Para mantener la conversación sin dejar sospechas tuve que inventar historias, haciendo gala de mi fantasía. Para ella mi padre trabajaba en la industria petrolera y yo regresaba de vacaciones por Europa. Nada mejor que una fachada petrolera para un nativo de un país petrolero como Venezuela. No podía ocurrírseme algo más fácil y mejor. Era parte de las mentiras obligadas que tuve que emplear para justificar la conversación mientras transcurrió el vuelo. Me habló de su divorcio dos años atrás, de sus dos hijas, estudiantes universitarias contemporáneas conmigo. En sus ojos se apreciaba la mirada pícara de una mujer que se sabe bonita, que gusta. Su forma de vestir, hablar y finos modales, indicaban que era una mujer inteligente, moderna y culta, de los sectores acomodados de la sociedad de ese país. Quería

que me quedara unos días en Buenos Aires. Ella me llevaría a conocer la ciudad. Que no me preocupara de nada, sería su huésped. Durante todo el viaje se empeñó en convencerme.

—*Te invito a pasarte unos días en Argentina, unos pocos nada mas, vos no tendrás que pagar nada*—.

— *¡Atrévete!*—, me decía una y otra vez.

Estaba dispuesta a arreglarme todo allá.

— *No importa que perdás el vuelo a Santiago, yo resuelvo*—, me decía.

Ganas no me faltaban para aceptar la invitación. Aunque era mayor que yo, era una mujer bonita y fresca. Sin embargo, sentía temor de que pudiera tener complicaciones legales y eso me lo impedía, además, para mí, que a los diecinueve años pensaba que la revolución estaba a la vuelta de la esquina, una tardanza me negaría la participación en la lucha armada. Si los cubanos lograron el triunfo en dos años, nosotros también podríamos hacerlo. Quería llegar rápido e integrarme lo más pronto al movimiento guerrillero. Ese era mi sentimiento fortalecido por la terquedad de la edad. Aquella simpática mujer insistía y ante su insistencia le dije que mis padres me esperaban en Santiago de Chile y con ellos viajaría a Caracas.

El avión llegó a Buenos Aires, en escala para mí y en destino de mi acompañante fortuita. Era de noche y las luces de la ciudad daban un espectáculo maravilloso que disfrutaba desde la ventanilla del avión. Allí permaneció alrededor de una hora. Mi amable compañera de vuelo se quedó conmigo hasta que llamaron a abordar el avión. Me agarró la mano, me miró con un dejo de tristeza y resignación, frustrada por no haberme podido convencer que me quedara, y me abrazó, me besó en el cachete, me deseó suerte y se despidió de mí.

Tal vez aquella atractiva señora quería una aventura conmigo, ganas no me faltaban, pero para mí, a esa edad y en esa circunstancia, no había otra cosa más que la revolución.

El avión despegó, volví a observar el paisaje nocturno y continué el viaje. Solo quedábamos en su interior las aeromozas y yo, que era el único pasajero con destino a Santiago de Chile. Atrás quedó la posibilidad de estar unos cuantos días en Buenos Aires.

Una vez en tierra tomé un taxi que me llevó desde el aeropuerto al lugar de alojamiento que me recomendó el taxista. Estaba en la patria de Neruda. Ya era de día. Era un hotel de mediana calidad.

Al llegar, salieron a mi encuentro dos trabajadores uniformados de rojo de los que llaman botones, con gorras parecidas a la que usan los policías, tomaron mi equipaje mientras reservaba la habitación y luego me acompañaron con la única maleta que cargaba.

La habitación asignada era grande con cama matrimonial y un gran ventanal desde donde se veía el Palacio de la Moneda. Allí permanecí una semana mientras compraba el boleto hasta Bogotá y esperaba el día del vuelo.

En la mañana salí a dar unas vueltas por los alrededores sin alejarme del hotel. Era un día soleado. Caminaba solo por las calles de Santiago. Me dirigí a una agencia de viajes y compré el boleto como lo había acordado. El avión hacía escala en Lima. Al mediodía regresé al hotel y fui directamente al restaurante. Comí y subí a la habitación.

Al entrar noté algo extraño, la maleta no estaba como la había dejado, como si la hubiesen echado a un lado y salido intempestivamente ante mi inminente llegada. Aún con la puerta abierta me quedé pensando qué hacer. Pasaron unos segundos. El corazón me empezó a latir y me sudaron las manos. Pensé en un registro policial. Me pescaron, seguro que cometí un error. El complejo de culpa se hizo presente. No había notado nada raro cuando solicité la llave de la habitación en la recepción. Estaba solo y sin contacto en un país que no era el mío. Nadie sabía por dónde andaba. Solo los camaradas que salieron conmigo de La Habana sabían la vuelta que yo estaba dando para llegar a Bogotá, pero imposible que supieran que estaba en Santiago de Chile. Si me pasaba algo no podían enterarse, ni mis familiares, ni el partido. No podía ni siquiera recurrir a la embajada venezolana. Todo, como una película, pasó por mi mente en ese instante. Respiré profundo, cerré la puerta y con pasos lentos me acerqué a la maleta. El candadito que le tenía puesto estaba abierto, lo habían forzado. La abrí, ni siquiera la registraron, tal vez por la premura al notar que yo llegaba. Solo se llevaron lo que estaba encima. Me tranquilicé y me mentalicé llegando a la conclusión de que era un simple robo. Sin embargo, tenía que estar pila, no podía confiarme.

Unos regalitos que le había comprado a mi mamá, a mi papá y a un sobrino recién llegado a este mundo hijo de mi hermana Chela ya no estaban, habían cambiado de dueño.

— ¡*Que los disfruten!*

No podía reportar nada y guardé silencio. Viajaba clandestino con un pasaporte falso con el cual salí de La Habana, y eso me imponía cautela. Era preferible no comunicar nada a la administración del hotel. Tenía que quedarme callado, no podía correr riesgos. Solo se habían llevado los regalitos, que más que valor material, tenían valor sentimental. Mi ropa, que no era mucha, la dejaron completa. Sin duda era una de las camareras, pero bueno, mejor que fue robo. Sin embargo, desde ese momento salí de la habitación solo para comer.

Salí de Santiago de Chile y llegué a Bogotá donde nos encontramos nuevamente Fedor, el Negro Antonio y yo, tal como habíamos quedado cuando salimos de Praga. Mi largo trayecto me había dejado escaso de dinero y los camaradas cubrieron parte de los gastos.

Ricardo, el camarada del Partido Comunista colombiano que me recibió cuando salí de Venezuela, nos traía otra vez de regreso en un viaje por tierra desde Bogotá. Llegamos a Cúcuta, donde nos alojé en una casa clandestina del partido hermano, con todas las medidas de seguridad correspondientes. Solo podíamos hacer lo que Ricardo nos indicaba. Estábamos a su merced. No salíamos del cuarto y él nos llevaba el periódico y libros y todo lo que necesitáramos con la atención y solidaridad requeridas. Dormíamos en unas camas de cemento dotadas de un delgado colchón con sus respectivas cobija y almohada.

Cada uno de nosotros le presentó un informe de lo sucedido en el viaje y le entregó el dinero sobrante.

Ramón hizo contacto con él, llevando consigo todos mis papeles en regla para entrar de nuevo al país.

Recuerdo al camarada cuando llegó a la concha, cuando entró a la habitación con su gordura y su caminar pausado para anunciarme que me esperaban para mi ingreso al país. No me dijo que era mi hermano quien me esperaba.

—*Prepara tus cosas*—, me dijo con su acento cachaco.

Y así lo hice.

—*Estoy listo*—, le dije.

Con la única maletica que cargaba salí de la casa y subí al vehículo que me trasladó de la misma forma en que había entrado: con los ojos tapados. Cuando me ordenó abrir los ojos, me dijo:

*—Bájate del carro, camina derecho y te encontrarás con alguien que tú conoces.*

Caminé tal como me lo indicó hasta encontrarme con la grata sorpresa de mi hermano Ramón aguardando mi llegada. Me abrazó, tomó mi maletica, la metió en el carro y partimos rumbo a Caracas.

En el largo trayecto conversamos sobre la situación política venezolana. Eran los tiempos del gobierno de Raúl Leoni. La represión se había incrementado contra el pueblo, las manifestaciones callejeras eran disueltas a plomo, con saldo de muertos, heridos y detenidos. La consigna betancourista de “disparar primero y averiguar después” estaba en plena vigencia y apogeo y se había agregado algo nefasto, aprendido en la Escuela de las Américas: la eliminación física de luchadores sociales y revolucionarios, inaugurando el método de las desapariciones de detenidos que fueron asesinados y sus cuerpos nunca aparecieron, realidad no vista antes como política de Estado en América Latina.

Se vivía un momento difícil para el pueblo. El movimiento revolucionario estaba muy golpeado y el movimiento de masas decaído. La lucha interna dentro del partido Comunista se había agudizado y polarizado. En la práctica, el partido ya estaba dividido. Fraccionalistas y replegados, partidarios de continuar la lucha armada por un lado, y los que planteaban que debía realizarse un repliegue, táctico unos, es decir, suspender las operaciones militares, reorganizarse sin modificar la línea del partido de la guerra como forma principal de lucha, y volver en mejores condiciones, o, repliegue estratégico otros, que planteaban abandonar definitivamente la lucha armada.

En el fondo y en la práctica, las dos tesis del repliegue coincidían en el abandono de la lucha armada, basadas en la nueva política de paz democrática acordada por el partido.

Ambos sectores, replegados y fraccionalistas, como se les etiquetó, se enfrentaban por el control del partido y por el rumbo que tomaría la lucha revolucionaria en Venezuela. Igual discusión y enfrentamiento se daba en el MIR.

Ramón, que había sido dirigente sindical de los seguros sociales, se ubicaba entre los que planteaban continuar con la lucha armada. Hablaba y me decía:

*—Las tesis del repliegue son el abandono de la lucha armada y la traición a la revolución.*

Yo lo oía, identificado con él. A hacer la guerra había regresado y por eso me había preparado en Cuba. Le pregunté por mis otros hermanos y me contó que todos sostenían la misma opinión.

El viaje fue largo, nos demoramos como unas diez horas para llegar a Caracas. Solo nos paramos a comer y echar gasolina. Habíamos llegado y estaba frente a la casa donde residían mis padres, que era la casa de mi hermano Héctor. Era una casa grande, de dos plantas de esas que los venezolanos llamamos quinta, que tenía un bonito jardín que mi mamá cuidaba con mucho celo, un patio de atrás y un balcón de madera labrada y torneada, adonde habíamos ido a parar después que los allanamientos y la represión del gobierno de Rómulo Betancourt nos sacaron de los apartamentos del Banco Obrero, en el que vivíamos en la urbanización Nuevo Prado en el Prado de María. Quedaba en la urbanización Vista Alegre, al oeste de Caracas, en una zona que uno califica de clase media acomodada. Allí me le presenté de sorpresa, sin previo aviso, con el corazón latiéndome tan fuerte que me parecía que se me salía por la boca.

Héctor vivía en Alemania porque fue expulsado del país durante el gobierno de Rómulo Betancourt en febrero del año 62, antes de la insurgencia de civiles y militares revolucionarios en Carúpano y Puerto Cabello. Nunca le dieron explicación de su expulsión, simplemente lo expulsaron. Héctor era un militar revolucionario, nacionalista, al que el gobierno proimperialista de Rómulo Betancourt no iba a permitir en las filas del ejército. Y por eso lo habían sacado del país.

Quería verlos a todos, abrazar a mi mamá. Venía cargado de emociones, dispuesto a incorporarme prontamente a la lucha revolucionaria en las guerrillas. Se acercaba el momento de hacer realidad mis anhelos, de verme y reconocermé con mi fusil al hombro en medio de iguales camaradas de lucha.

Durante el trayecto pensaba cómo iría a reaccionar mi mamá, qué le iba a decir. Ya en Caracas, en la medida en que nos acercábamos más a la casa, me ponía más inquieto, ella no sabía de mi regreso y eso me angustiaba.

Cuando llegamos, que estacionamos el carro y nos bajamos, dejé que Ramón se adelantara y tocara el timbre, yo lo seguí con pasos lentos. Me parecía que las piernas no me daban, las sentía pesadas. Una pausa que me pareció muy larga, esperamos frente a la puerta de la casa mientras oía unos pasos que se acercaban. Era mi mamá.

Se abrió la puerta y ahí estaba. Vio a Ramón y luego a mí y se quedó paralizada. Recuerdo su rostro, entre alegre y confundido. Sus ojos grandes, intensamente negros me enfocaron de frente con una mirada que nunca olvidaré. Estaba sorprendida, no entendía por qué estaba allí, frente a ella, si me hacía lejos.

Mi mamá era una maestra jubilada que dedicó su vida a la docencia y había crecido entre maestros. Las viejas Medina, fueron las que la criaron al igual que a su hermana Renée dos años menor que ella, pues su padre murió a los veintiocho años cuando apenas tenía dos años y medio y su madre se casó de nuevo, dicen que con un norteamericano que trabajaba en los recién aparecidos campos petroleros y con quien tuvo otra hija. Esas adorables viejas, en efecto mis abuelas, mi mamá Amalia y mi tía Ofelia, eran maestras de pueblo, abnegadas, con mística, como las de la época. Por sus clases pasaron más de una generación de muchachos y muchachas estudiantes, por allá por Altagracia de Orituco, Santa María de Ipire y las Mercedes del Llano en el estado Guárico. Era aquella Venezuela rural de principios del siglo XX, del Silbón, de la Sayona, del Ánima del Taguapire, donde apenas empezaba a aparecer el petróleo y donde todavía andaba el fantasma guerrillero de Arévalo Cedeño y del Chingo Machado, familia directa de esas viejas Medina Machado, en las montoneras de alzados que venían de finales del siglo XIX y que fueron desapareciendo en el gobierno de Juan Vicente Gómez, a quien llamaron el pacificador, en la primera mitad del siglo XX.

Estaba impávida. ¿Y qué pasó? Si ella me hacía cursando estudios en La Habana. Si había ido a estudiar, a prepararme, a aprender. Y yo le prometí que vendría graduado.

Pasamos adentro de la casa. No había sufrido cambio alguno. Los mismos muebles, los mismos cuadros, las mismas lámparas. Todo estaba igual.

No hallaba qué decirle, pero estaba ahí, mudo, sin palabras, como queriéndole decir:

*—Mamá, perdóname por haberte quedado mal, pero yo quiero luchar, yo quiero ser guerrillero, quiero ayudar a liberar a mi país, no quiero que sufras. Dame un beso, yo te quiero.*

Entonces me abrazó, me besó, con ese amor y esa ternura que ella siempre me dio y sus lágrimas se juntaron con las mías. Las madres siempre entienden a los hijos, sobre todo cuando saben, a pesar de los peligros, la justeza de las decisiones. Y mi mamá siempre nos acompañó en la lucha. Nunca flaqueó y nos acompañó aún en las circunstancias más adversas. Siempre con entereza. Siempre firme.

En la noche temprano llegó mi papá, que trabajaba como contabilista en el Hipódromo de la Rinconada. Mi papá, un hombre delgado, trigueño claro, de mediana estatura, de cabello negro y ondulado, llanero y contabilista que llevaba la contabilidad a los bodegueros del barrio, nació en Sabana Grande de Orituco a principios del siglo XX. Unos dicen que fue el 23 de marzo del año siete y otros el 29 de marzo del año ocho. En esa época se sacaba la cédula de identidad llevando dos testigos, y él lo hizo, llevó sus dos testigos y dijo una fecha que él creía que era, pero después cuando solicitó la jubilación tuvo que buscar la partida de nacimiento y le salió una nueva fecha con un año más de edad.

Su papá, mi abuelo, tenía una hacienda que sufrió las consecuencias de la aparición del petróleo y la quiebra de la economía agraria. Cuando mi abuelo muere, con él estuvo trabajando hasta que se casó con mi mamá a los diecinueve años, decidió independizarse y buscar rumbo propio. Ninguno de sus hermanos se dedicó al trabajo de la hacienda, dada la crisis de la economía agraria. No había mano de obra y los peones se fueron yendo hacia la capital y las zonas petroleras.

Y la hacienda se fue perdiendo y los terrenos los fueron invadiendo y no quedó nada de lo que en otro momento sirvió para generar recursos para la familia. A partir de allí se hizo comerciante, comprando, vendiendo y arreando ganado por las montañas de Miranda, por Guatopo y por las llanuras de Guárico. Montado en mula, jovencito como era, nos mantuvo hasta que nos trasladamos a Caracas.

Un día mi papá y mi mamá hablaron y acordaron irse a probar fortuna en la capital. Ya el campo no era como antes. La situación se había puesto difícil, los churupos no alcanzaban. Los hijos mayores habían crecido y necesitaban estudiar. Por allá no había universidad. Y mi papá, futurista, emprendedor como era, se puso a estudiar contabilidad en la Academia Espada que quedaba en el centro de Caracas, y aprendió, y eso le sirvió para conseguir trabajo y ayudar a la manutención de los hijos. Y mi mamá, que era maestra, que venía de dar clases en pueblos del Guárico, consiguió trabajo en una escuela de Petare y así

se estableció la familia en la capital, con los diez hermanos que éramos, y una prima, América, que también es mi hermana, pues se crió con nosotros desde los tres años de edad cuando su papá, mi tío Félix, hermano de mi papá, se mató en un accidente con un camión que se fue por un barranco por allá en Parapara de Ortiz, en el estado Guárico.

En el Guárico nacimos todos sus hijos y algunos fuimos parteados por él, porque a veces no se encontraba médico o partera y había también que ejercer ese oficio de traer, parteando, los hijos al mundo. Y ahí estaba mi padre, para ser partero si era necesario, como mi abuelo, que no era médico, pero era el médico del pueblo donde no había médico, y él lo vio partear porque mi abuelo se lo llevaba. Y en cierta ocasión mi abuelo fue a atender un parto. Mientras lo atendía se presentó otro, y lo fueron a buscar a la casa y él no estaba, pero ahí estaba Juan Bautista, de quince años, quien con el tiempo sería mi papá. Y él vio a mi abuela Gabina y con la vista le pidió permiso y ella le dijo todo con los ojos bien pelados y penetrantes con esa mirada de satisfacción porque sabía que su hijo podía lograrlo. Y Juan Bautista se fue a atender el parto y regresó contento graduándose de partero. Cuando mi abuelo llegó oyó el cuento de mi abuela y mi papá sonriente se mecía en una hamaca.

Pero mi papá nunca pudo imaginarse que hasta un parto de morochos tendría que asistir, y menos en un día como ese, y que esos morochos serían hijos suyos.

Los dolores de parto de mi madre empezaron aquel día en la tarde. Mi padre, contento por el acontecimiento, fue a buscar al médico del pueblo de Lezama. Fue a su casa, al consultorio, preguntó a los amigos, lo buscó en todos los botiquines, por todas partes. Aquí, más allá y por allá, por todos los rincones y nada, no lo encontró, se dirigió a Altigracia y tampoco. Y mi papá pensaba, “¿y qué voy a hacer?”, y siguió buscando y nada, el médico no aparecía.

Era un día difícil, de tragos, de fiesta, de parrandas. Mi mamá, ya con la experiencia de siete partos, veterana como era de estos momentos, había preparado a mis hermanas Sol y Chela en todo lo necesario para que la ayudaran. Sabía que era difícil encontrar al médico en un día como ese. Ya las muchachas tenían todo listo, las lecciones de mi mamá eran precisas: las pinzas, las tijeras, el bisturí, el agua hervida, las poncheras, las gasas, el alcohol, el agua oxigenada, el mercurocromo, el jabón en panela, la cobijita, las toallas, la cunita y todas las demás cosas que eran necesarias para el parto. Solo esperaban que

llegara mi papá con el médico para iniciar las labores de parto. Mi papá regresó en la noche cansado y solo, pero dejó en aviso al médico con todos los conocidos, de la emergencia que existía.

—*Si lo ven, díganle que Mercedes está pariendo*—, les dijo a sus amigos que se echaban palos en las esquinas.

La noche seguía transcurriendo, las horas pasaron y el doctor no llegaba. Mi mamá caminaba de un lado a otro. Los dolores y las contracciones de parto eran cada vez mayores. El líquido amniótico comenzó a derramarse.

—*Juan rompí fuente, no hay tiempo que perder, voy a parir*—, dijo mi madre.

Eran casi las doce de aquella última noche del año, 31 de diciembre de 1942. Qué día tan bueno para nacer, como para no dejar que se escapara el año naciendo en el último segundo, como diciendo:

—*Año viejo no te vayas quiero ver tu luz.*

El médico no llegaba. Mi papá se cambió de ropa, se lavó y desinfectó las manos y dijo para sus adentros:

—*¡El partero soy yo!*

Y ordenó a mis hermanas, ya grandecitas, que le trajeran todos los implementos que mi mamá siempre preparaba para la ocasión, y mi madre empezó a parir, y mi papá hacía el trabajo y mi mamá pujaba y ayudaba también, y mis hermanas observaban asombradas con los ojos muy abiertos, como faros, sin querer perderse ni un instante de aquel momento único y maravilloso. Y el carajito trataba de salir y hacía esfuerzos por llegar a la meta y asomó la cabeza y mi papá lo sacó jadeante, cansado por el esfuerzo. El bebé los miró a todos y colgado por los pies de las manos de mi papá, lanzó su llanto al aire, en su alarido de triunfo, como llegando a la meta en un maratón que había empezado nueve meses atrás. Y mi papá sonrió y mi mamá lo veía y mis hermanas también y todos sonrieron. El niño era hermoso. Mi papá lo volteó y le observó las nalguitas, y tenía caruto porque iba a ser trigueño. En el llano dicen: “¡Zamuro nace blanco!”.

Si el niño nace blanco y tiene caruto que es una mancha morada en las piernas, debajo de las nalgas, va a ser trigueño. Y el carajito lo tenía.

—*¡Mercedes, es un varón!*—, gritó mi padre de júbilo.

Mis hermanas asombradas observaban y se veían las caras, mudas pero alegres, la llegada del nuevo hermano. Mi papá le cortó el cordón umbilical, de tal manera que el maruto le quedara bien bonito al muchacho, y entonces, con las manos llenas de amor, le puso el niño en el pecho a mi mamá que sonreía bañada entre el sudor producido por el esfuerzo realizado, y las lágrimas de alegría que recorrían su rostro. Pero la barriga seguía grande y dura. Mi papá palpó de nuevo a mi madre, y notó que algo se movía adentro.

— ¡Carajo Mercedes, son dos!

Exclamó sorprendido mi padre, cuando una hembrita asomaba la cabeza y luchaba por salir del vientre de mi madre, como diciendo: “a mí no me dejan aquí, yo también salgo de este túnel, rumbo a la vida, al mundo de ustedes, que ya es mío, a recibir el abrazo de feliz año y compartir la cena de año nuevo”. Y otro llanto estremeció al pueblo en un alarido que llegó a todas partes mientras el cielo en su oscuridad era iluminado por los fuegos artificiales cada vez más, uno detrás de otro, en repiqueteo sonoro de explosiones y de luces.

Y en la sala de la casa, sentados en los muebles de paleta, y en el suelo, mientras otros caminaban de un lado a otro, con los ojos bien pelados, permanecían angustiados, esperando el desenlace de aquel maravilloso acontecimiento, mis hermanos, mi tía René y mi tío Norberto.

Se abrió la puerta de la improvisada sala de partos y todos, como resortes, se colocaron alrededor de la entrada con los ojos muy abiertos y la oreja bien pelá, para obtener de primera mano la información que traía Sol que, saltando de alegría, salió gritando de la habitación dando el anuncio:

— ¡Son dos! ¡Son dos!

Y se corrió la voz y los vecinos empezaron a llegar con sus rostros llenos de felicidad, a darles el feliz año a dos nuevos habitantes del pueblo de Lezama en el estado Guárico, que llegaron justo a la hora de la cena.

El nacimiento de César y Diamora ocurrió un 31 de diciembre a las doce de la noche, en el mismo momento en que muere un año y nace el otro cargado de esperanzas y de sueños. El abrazo de feliz año fue extensivo a los dos nuevos miembros de la familia, a dos niños que, sobre el pecho de mi madre ya buscaban la teta para succionar los primeros sorbos de leche materna. Esa era su cena de año nuevo. Mi papá, después de curar a mi mamá y asear a los niños y colocarlos en

la cunita que tenían reservada para uno solo, pero donde cabían los dos, se recostó cansado y satisfecho en la mecedora de paleta. Y se quedó dormido...

Llegué a Venezuela en la segunda semana del mes de diciembre de 1965, regresaba entusiasmado, contento de encontrarme de nuevo en mi tierra, con el deseo puesto en las montañas y cargado de conocimientos que ordené, transcribí y preparé en un informe que entregué a la organización.

Me veía y me sentía en la montaña. Había recorrido mucho camino para llegar y estaba cerquita. Solo quería que pasara rápido el tiempo, Ese era mi mayor anhelo. Transcurría diciembre del año sesenta y cinco con toda su alegría y su nostalgia. Caracas mostraba la vestimenta navideña con sus luces y guirnaldas, y las familias, cada quien en sus posibilidades, se preparaba para hacer las hallacas. La radio transmitía nuestra identidad a través de los aguinaldos, gaitas, parrandas y villancicos. Se sentía el frío agradable que nos regalaba Pacheco cuando bajaba del Ávila cada año por estas fechas. Comenzaban las misas de aguinaldo y eso traía a mi recuerdo las patinatas en los Caobos, en los Próceres y en la avenida la Paz con mis amigos del barrio, cuando me amarraba, porque no tenía despertador, una cabuya del dedo gordo del pie que la lanzaba por la ventana para que, de madrugada, me despertaran halándola mis amigos, y así unirme al grupo para las patinatas. Cuerdo que en ocasiones mi mamá al darse cuenta me cortaba con cuidado para no despertarme y no dejarme ir. Cuando despertaba, a plena luz del día, veía la cabuya cortada y sentía la frustración de haberme perdido la patinata.

La gente apuraba las compras y se veía el movimiento comercial.

Estaba de nuevo en mi ciudad. Pasaría la navidad y año nuevo con mi familia golpeada y desmembrada por la represión, pero optimista. No era posible que nos reencontráramos juntos todos. Estaríamos los que pudiéramos estar presentes en esos días de recogimiento familiar. César y Núñez Tenorio, el esposo de mi hermana Chela, estaban presos, Héctor, expulsado del país, Rafael y Chela solicitados y perseguidos por la Digepol y el SIFA, pero todos estábamos vivos, y eso era lo importante. No era la primera vez que la realidad represiva nos impedía estar juntos, solo recordar lo vivido cuando la dictadura de Pérez Jiménez, que ahora se repetía en democracia, nos indicaba que no era nada nuevo para nosotros esta circunstancia. En pocas palabras, en esta

oportunidad tampoco podíamos compartir lo que otras familias hacían, y aunque uno no quiera, siempre lo invade la nostalgia, pero eso nos hacía fuertes al reconocernos con la sensibilidad social que nos llevaba a emprender el camino escogido.

A César lo visitaban con regularidad. Sol era la encargada de estar pendiente de él, aprovechando la circunstancia de ser el contacto del Partido Comunista con los militares revolucionarios presos en la Isla de Tacarigua o Isla del Burro o campo de concentración Rafael Caldera o como se le quisiera llamar, que quedaba en el Lago de Valencia. Esta cárcel en otra época recluyó a presos comunes y de allí se fugó a nado, por allá por los años cuarenta, un célebre ladrón llamado Petróleo Crudo. En variadas ocasiones los guerrilleros recluidos allí trataron de imitar su fuga, pero nunca lo lograron nadando.

Todos los domingos mi mamá amorosamente preparaba lo que había que llevarle a su muchacho. Juancito, Sol, Diamora y mi papá siempre lo visitaban. Mi mamá iba con ellos cuando sus condiciones de salud lo permitían.

Para llegar a la cárcel de Tacarigua, había que pasar por el pueblo Güigüe en el estado Carabobo. A orillas del lago, que en otras épocas bañó con sus aguas parte importante de la ciudad de Valencia, en un pequeño y ordinario muelle se tomaba una gabarra que conducía a la cárcel. Custodiados por carceleros y policías militares, se trasladaban familiares y amigos a la visita.

En esa vetusta gabarra, un planchón grande bordeado de barandas llegaba el cargamento de alegría, de niños, padres, madres, hermanos, novias, esposas y contactos clandestinos, trayendo los aires de la calle, las noticias, los informes políticos, las esperanzas para los presos por rebelión militar que esperaban ansiosos la llegada del sábado, día pautado para el reencuentro con los seres queridos. Ya en la visita la alegría, los abrazos y a veces el llanto contenido, frenado en la garganta para no dejarle escapatoria.

La ocasión me permitió enviarle una carta a mi hermano preso, expresándole mi solidaridad y el sentimiento de admiración y orgullo por su comportamiento firme, digno y airoso, donde otros sucumbieron.

Tal como lo tenía planteado pasé las noches buenas del 24 y 31 con la familia trunca. César tuvo visita esos dos días y la comisión familiar regresó en la noche como a las ocho. El 31 comimos hallacas que hizo

Sol, de las cuales unas cuantas se le llevaron a César.

Mi papá trajo bebidas y un pavo que Juancito emborrachó con vino, preparó y horneó.

En la Isla de Tacarigua hubo fiesta, bastante comida y alguna que otra bebida que eran metidas de caleta. Los niños brincaron y corrieron.

Los revolucionarios presos se la sabían arreglar para convertir la cárcel, en un sitio de alegría cuando se compartía con la familia. César estaba bien.

No salimos de la casa. Nos subimos a la azotea y desde allí disfrutamos de los fuegos artificiales que surcaban el cielo de nuestra querida ciudad. La pasé bien, feliz al saberme nuevamente entre mis seres queridos. Lo lamentaba por los ausentes, pero ellos estaban cada quien en su trinchera.

## Rumbo a la guerrilla

Llegó el momento de partir a la guerrilla. En los primeros días del mes de enero de 1966 subí a la montaña.

Con el morral lleno, no solamente con lo necesario para la ocasión: la hamaca, el plástico, la muda de ropa, la cobija y unos cuantos enlatados, sino también de ilusiones, de sueños libertarios, de saber que iba a conseguir caras conocidas y a los admirados combatientes que estaban en la primera línea de combate. Llegaba el momento de la verdad, el momento ansiado y luchado. Dejaba atrás los estudios, las ilusiones, los sueños, la tranquilidad personal y los planes de mis padres para mí, de vivir en Cuba y cumplir las metas estudiantiles ahorrándole angustias a mi madre, que me sentía seguro, lejos de la represión y de los peligros que acechaban a los revolucionarios en el país. Era el compromiso con mi conciencia, con lo colectivo, con mi pueblo, con mi fantasía, con mi utopía de soñador por un mundo nuevo y mejor. Dejaba atrás lo individual, lo de pensar en mí. Mis amigos del barrio tendrían su vida con sus novias, sus fiestas, sus parrandas. A mí me tocarían otras vivencias que me marcaron para siempre con un sabor agradable y satisfecho. Atrás quedó mi novia cubana de dieciséis años que lloró la despedida, que compró con sus pocos ahorros un regalito a mi mamá, por allá por el centro de La Habana, y que me robaron en un hotel en Santiago de Chile. Una novia que nunca supo que el nombre con que me conoció no era mi nombre sino un seudónimo y que cifró la esperanza de que algún día nos volveríamos a ver. Confundidos en una emoción de abrazos y besos llegó el momento. Allá quedó diciéndome adiós en el Paradero

de la Víbora mientras la guagua se alejaba para no verla más. Así la recuerdo, su brazo extendido y su mano moviéndose de un lado a otro y alejándose cada vez hasta desaparecer. ¿Qué se hizo esa muchacha?, ¿qué pasó con su vida? Se quedó estacionada en mi recuerdo.

No podía fallar. Estaba dispuesto a vivir con alegría cualquier dificultad. Todo se supera cuando se está convencido y decidido, y yo lo estaba.

A las ocho de la noche en punto había sido convocado por los alrededores de la redoma de los Símbolos en la avenida Los Ilustres, en los Chaguaramos. Allí estaba en la hora exacta. Mi papá y Sol me llevaron, como siempre. No me llevaban a una diversión o a una fiesta. No, me llevaban a emprender de nuevo el combate, conscientes de los riesgos, a sabiendas de que tal vez no me verían más, pero así era mi familia de comprometida. Me despedí de ellos. Me besaron. Fedor había llegado. Subiríamos juntos. Nos iríamos en dos carros. Con la puntualidad correspondiente nos encontrábamos todos listos para salir. No nos veíamos desde que nos despedimos en Cúcuta. Nos vimos y nos abrazamos en un saludo afectuoso. Compartíamos juntos las mismas emociones. Yo iría con Clarita que ya se encontraba en el volante del vehículo, adelante, de mosca, con diez minutos de diferencia con el carro que traía la carga comprometedora. Fedor iría en ese carro. Cualquier situación extraña que observáramos debíamos comunicarla a los que venían atrás con las armas, las botas, los morrales, la ropa verde y la comida bien encaletadas. En ese caso tendríamos que devolvernos para avisar.

Me monté, y luego del saludo respectivo partimos vía occidente tomando la autopista por los lados de Valle Abajo para luego subir por la carretera Panamericana vía Los Teques.

En el Palito, cerca de Puerto Cabello, nos topamos con una alcabala del ejército. Lentamente fuimos avanzando. La radio transmitía música de la Billo y cantaba Felipe Pirela aquella canción dedicada a esa bella ciudad del estado Carabobo, segundo puerto marítimo del país. Clarita bajó el volumen. Un poco dentro del monte, a un lado de la carretera, se veían las siluetas, confundidas con la vegetación, de soldados colocados en emboscada que, armados de fales dejaban constancia de respeto. Clarita, blanca, menuda, de modales finos, fiel representante de la clase media intelectual venezolana, casada con un arquitecto y hermana de un famoso actor de cine y televisión, me miró y me guiñó el ojo diciéndome que había captado la situación.

Le asentí con la cabeza afirmándole que estaba al tanto de todo. No pronunciábamos palabras, estábamos mudos, con la garganta seca y el corazón acelerado. Cuando salimos de la alcabala observamos al otro extremo, otra emboscada. ¡Ay! del que intentara darse a la fuga. Mi mente pensó en Ramón...

Claudio, Pica Piedra y Ramón Pasquier iban de correa como retaguardia de la guerrilla, en una camioneta picó. En la batea, debajo de la plancha, firmemente atornillada, llevaban un cargamento de armas y pertrechos. Después de una curva, estratégicamente colocada, llegando a Sanare en el estado Falcón, una alcabala se les atravesó en el camino. Iban sin mosca. No podían retroceder, la tenían encima. Tenían que enfrentar la situación, no había escapatoria. Los soldados hicieron la señal de alto y ordenaron:

— *¡Párense a la derecha y bájense!*

Era el último viaje que harían. No habría más viajes por ahora. Claudio y Pica Piedra dejarían las funciones de retaguardia guerrillera y se quedarían en la montaña. La tarde caía, la luz del día perdía fuerza y la luna iniciaba su coqueteo con el inmenso globo que nos sirve de hogar colectivo y nos da abrigo. La noche con su brisa suave traída de la playa merodeaba cada espacio del ambiente y amainaba un tanto el calor. A las siete en punto, como era lo acordado, arrancaron en la camioneta picó con la batea previamente preparada como caleta con el esmero y el cuidado necesario para tal fin. Ramón al volante, buen chofer, conocedor de la vía, los dejaría en plena carretera, en la pata de la montaña, en el lugar acordado, con la señal acordada, donde una unidad guerrillera esperaría con las medidas de seguridad correspondientes para evitar contratiempos.

Todo transcurría normal. Morón, Tucacas, quedaron atrás sin encontrar interferencia alguna. En sus rostros se juntaban la alegría del encuentro con los combatientes guerrilleros y la seriedad por lo riesgoso de la actividad que estaban realizando. Oían la radio, que a veces se mezclaba con las emisoras de las islas caribeñas que entraban libremente, aunque en otro idioma, pero con buena música. Avanzaban al destino establecido, no tenía por qué ser diferente ahora, después de tantas veces de haber realizado el recorrido.

La noche bonita transcurría con la inmensa luna de los poetas, observándolos desde el oscuro y estrellado espacio celeste sin quitarle la vista de encima. La camioneta llegó a una curva estrecha, cerrada, de

tantas que se encuentran en el camino. Ramón la tomó con la pericia del buen chofer, aunque chirriaron los cauchos. Notaron que al pasarla, había algo distinto, unos conos indicaban el encuentro con una alcabala. Pero más que eso, era un comando del ejército. La noche continuaba su avance incontenible. La luna estaba un poco más arriba para verlos mejor. Un solo soldado hacía la guardia. Se veía claramente su figura imponente llevando la metralleta Madsen con la correa terciada y en posición amenazante lista para disparar. No había forma de eludirla. Con una linterna incorporada a la gorra, el soldado hizo la señal de alto y ordenó:

— ¡Párense a la derecha!

La situación se complicaba para los tres combatientes. El carro se detuvo y se bajaron.

El soldado se acercó, alumbró, revisó y dijo con fuerza señalando el sitio donde estaban los pertrechos.

— ¡Ábrame este compartimiento!

Se miraron, y con la misma se dijeron todo. Entendieron el momento y había que proceder. No había alternativa. Se correrían los riesgos, tenían que actuar y era ya, caer preso era la muerte, todo estaba dicho, era necesario atreverse. La mente, como una película a alta velocidad se paseó por la familia, por los camaradas, por las escenas de torturas a las que serían sometidos de caer presos. Podían quedar en el sitio, pero era preferible morir en ese instante que morir luego torturados. La salvación es ahora, no hay después. El mundo se puso chiquitico, la luna desde su observancia se puso inquieta sin querer perderse ni un instante de los acontecimientos. El calor se incrementaba por el momento tan tenso que se vivía. Sudaban.

De ambos lados de la carretera se paraban los carros, las camionetas y los camiones iluminando con sus faros el escenario. Los choferes se habían salido de sus vehículos y miraban aquella obra de teatro a punto de empezar. La plaga, las luciérnagas y los grillos completaban la coreografía en medio de un calor sofocante.

Sigilosamente, poquito a poquito, haciéndose el pendejo, como quien no quiere la cosa, Pica Piedra se fue acercando al soldado con el cuidado de no levantar sospecha. Tomó aire, respiró profundo. Su corazón palpitaba golpeando su pecho como tratando de salir por la garganta, como cuando se golpea una puerta desesperadamente para abrirla a

como dé lugar. Avanzó unos pasos más y lo tuvo suficientemente cerca para actuar. Lo miró por última vez de arriba abajo, lo midió y se abalanzó sobre él tomándolo por la espalda. Soldado y guerrillero forcejearon y cayeron al suelo. El soldado se puso duro y gritaba. Sus gritos alertaban al comando.

— ¡*Quítale la metra! ¡Quítale la metra!*—, dijo el Pica.

Claudio, entrando en escena le agarró el arma, pero la correa asida al cuerpo impedía quitársela, hasta que se reventó. La tomaron y corrieron hacia el carro y se montaron emprendiendo la retirada a toda velocidad. Todo sucedió en el tiempo de un relámpago. La metralleta conquistada, inútil, venía sin la cacerina que no quiso acompañarla y se quedó en el sitio. Los soldados saliendo desenfrenados de su madriguera, como tigres persiguiendo la presa, se les pegaron atrás. Plomo y plomo. Gritos detrás de aquella camioneta que se les iba. Las ráfagas vomitaban su carga serpenteando con su luz sus trazos de muerte. El tableteo era fuerte. Claudio, chola a fondo, pudo sacarles ventaja. Dentro del vehículo todo era silencio y tensión mojados por las gotas de sudor que empapaban sus ropas y bañaban sus frentes. Se alejaron, pero la camioneta, saliéndose del paquete, renunciando a la trinchera en medio del combate, les dijo con una mueca irónica: Yo no camino más. Y se apagó, dejándolos en medio de la carretera. La abandonaron y en ella quedaron armas y pertrechos.

—*A coger monte muchachos*—, voceó Claudio, y se internaron en la espesura de la montaña.

El operativo del ejército llegó al sitio y tomó la zona. Sin darse cuenta, Ramón, Claudio y Pica Piedra daban vuelta, caminaban en círculo lo que no les permitía alejarse. Estaban ahí mismito sin salir de la zona peligrosa.

Habían ganado la primera escaramuza, pero la batalla estaba crudita, con el peligro allí, al acecho, esperando el primer descuido para arremeter.

Se quitaron las botas para hacer menos ruido. Tenían que pasar hacia el otro lado. Se fueron acercando a una casa caminando lentamente, cuidando cada pisada.

—*¡Alto, quién vive!*

Tronó una voz fuerte desde adentro. Claudio venía adelante con Ramón en el centro. Pica Piedra atrás rápidamente se puso nuevamente las botas. Era el ejército y volvieron nuevamente los tiros. Corrieron como pudieron, lanzándose por los barrancos, al suelo, dando vueltas o de cualquier otra manera. Esta vez se dispersaron, cada quién agarró por su lado en un “sálvese quien pueda”.

Pica Piedra y Claudio eran guerrilleros veteranos, sabían moverse en el monte. Pero Ramón era un estudiante universitario de Caracas de veinticuatro años, sin experiencia guerrillera rural. Cuentan que se lesionó una pierna y fue capturado a la mañana siguiente en la carretera. Trasladado a un campo antiguerrillero lo sometieron a horribles torturas para que delatara a sus camaradas, como no pudieron arrancarle ninguna confesión, lo asesinaron y desaparecieron su cuerpo.

Y sus padres, y sus familiares, y sus camaradas, y sus amigos buscaron por todos lados. En los hospitales públicos y privados. En las cárceles y policías. Y van a la fiscalía o al ministerio tal o cual, o mueven influencias aquí o allá, siempre con la esperanza de encontrarlo vivo. La esperanza es lo último que se pierde, o no se pierde nunca porque está en cada corazón que lo quiso. Y el niño o la niña preguntan por su padre o su madre, o su hermano o hermana, ¿y qué se le dice?, no hay respuesta. No se acepta esa realidad. Cuando alguien muere sus seres queridos quieren velarlo, verlo, saber que ya murió, que se fue, tener el cuerpo presente. Pero para los familiares el desaparecido está muerto, pero no está. Está vivo en la esperanza y está muerto en el dolor, dolor que lacera, que acostumbra a vivir con él y en él, a tenerlo a cuestas. Y quiere encontrarlo por aquí y por allá. Y a veces lo ve, se lo imagina o ve a alguien parecido y cree que es y lo sigue y se frustra cuando se da cuenta de que no, y sigue buscando, no hay resignación, resignarse es darle curso a la muerte. Cuando tocan la puerta de la casa pareciera que está llegando. Y esta es una sensación interminable. Es un dolor muy grande porque no hay desenlace. Y la madre dice:

*—Yo no he visto a mi muchacho muerto y mi corazón me dice que está vivo.*

Y siguieron buscando por todas partes, y el muchacho no apareció, y el tiempo fue pasando... y la esperanza nunca se perdió...

Si el muchacho cometió un delito pues que lo juzguen, pero no que lo desaparezcan. La gente no se esfuma. La muerte se produce y queda el cuerpo y uno sabe que está ahí. Y la madre de Ramón murió, y la

madre de Alejandro Tejero también, como muchas otras madres que pasaron por lo mismo, siempre con la esperanza, con la posibilidad aunque remota de encontrar, de ver, de abrazar, de mimar, de besar a su muchacho. Y en ese esfuerzo se les fue la vida.

El cuerpo de Alberto Lovera, incansablemente rebelde, apareció en una playa, torturado, lacerado, asesinado. No bastaron el pico y la cadena con que lo enrollaron, por grandes y pesadas que fueran, para emerger flotando del mar, otra vez insurrecto, desafiante, irreductible, enarbolando en sus manos, alzándolas con fuerza, el pico y la cadena con la cual pretendieron llevarlo al fondo de mar, para denunciar al gobierno y a sus asesinos, y rebelar al mundo su desaparición.

Y el cuerpo de Ramón... ¿qué se hizo?, ¿qué pasó con él? Era un estudiante universitario, joven, soñador, que amaba a su país. Era el año 1965 y gobernaba Raúl Leoni. No hubo derecho a la defensa ni derechos humanos. Las lecciones de la Escuela de las Américas iniciaban su macabra práctica con la desaparición de todo aquel que enfrentara a los regímenes despóticos de la época. Se ensayaba con toda su crueldad, por primera vez en Venezuela, para combatir a los revolucionarios y líderes sociales, para luego expandirse como reguero de pólvora por el resto del continente. Estudiantes, obreros, campesinos, líderes comunitarios y militantes de izquierda corrieron esa suerte. No solamente se asesinaba, con represión policial, en las manifestaciones callejeras, sino que esta nueva modalidad era selectiva, planificada, con ventaja, con alevosía, con terror, aplicando los tormentos más grandes mediante tortura. Y luego... luego no se sabía más nunca de ellos.

Pica Piedra y Claudio encontraron el campamento y echaron el cuento a los demás guerrilleros. La preocupación era por la suerte de Ramón Pasquier. Salieron varias comisiones a buscarlo, todo fue inútil. No sabían qué podía haberle pasado. El momento vivido no les permitió seguir juntos. Era un "sálvese quien pueda" y ellos... estaban a salvo.

Pasamos tranquilos, no nos requisaron, solo nos hicieron las preguntas de rutina de hacia dónde vas y de dónde vienes. Esos puestos de retención los llamaban de origen y destino. Respiramos y bajó la tensión.

En la pared de la casilla de la alcabala se observaba un cartel que decía:

—*Se busca, vivo o muerto.*

La imagen de Almériida Bolívar (Melchor) ilustra el pequeño recin-

to militar. Era una foto del archivo policial de aquel menudo y valiente guerrillero que había sido rescatado por una unidad de las FALN del Hospital Vargas en el norte de Caracas.

Lo trasladaron allí desde la cárcel Modelo donde lo tenían preso. Era parte del plan lograr el traslado al hospital. Lo demás lo harían los combatientes de la Unidad Táctica de Combate (UTC) que llegaron, tomaron posiciones, sometieron a los guardias que lo custodiaban y se lo llevaron, otorgándole, por vía revolucionaria, la libertad ante los sorprendidos pacientes y trabajadores del hospital.

Se llamaba Simón Bolívar, ese era su nombre de pila, el verdadero, pero había caído preso con una cédula falsa con el nombre de Juan Almería.

Una noche, conversando de hamaca a hamaca colocadas en litera, una debajo de la otra, amarradas a los mismos árboles, protegidos de la lluvia por el plástico que nos servía de techo, mientras compartíamos una lata de leche condensada y hablábamos de la situación política, me lo contó. La policía unió los dos nombres y la ofensiva de los medios de comunicación se encargaron de lo demás:

*—Se busca vivo o muerto Juan Simón Almería Bolívar.*

En las zonas campesinas, los helicópteros y los aviones lanzaban volantes con su cara una y otra vez: “Se busca vivo o muerto”, y caían los papelitos desde el cielo. Pero Melchor siempre estaba contento, siempre riendo y echando vaina. Y los campesinos amigos nos traían los volantes, los papelitos. Y él se reía.

A Melchor no se le podía hablar de inyecciones, les tenía terror. No le temía al riesgo, al peligro, era temerario, pero... las inyecciones... A correr se ha dicho. No se dejaba inyectar. Recuerdo que le dio leishmaniasis, que es una enfermedad producida por la picada de un mosquito que inocula un parásito que se reproduce rápidamente, concentrándose por miles en un lugar de la piel para no dejarle llegar oxígeno y así formar una llaga parecida a la lepra. Melchor tenía que inyectarse diariamente el medicamento para la cura, pero no se dejaba y había que agarrarlo y someterlo, y eso era todos los días. Germán, Polo y Angelito también estaban enfermos.

Una vez caminamos por un pantano, la lluvia caía a cántaros, estábamos empapados de agua y de barro. El arma la cubríamos con un plástico para que no se mojara, podíamos llenarnos de todo, pero el

arma no. Como decía el Capi, en el arma está la vida. Los truenos reventaban en un estruendo largo que se perdía en las montañas. Los rayos caían haciendo figuras, como latigazos iluminando por segundos la bóveda oscura del infinito. A veces derribaban árboles y ramas que uno tenía que esquivar al oír el crujir de la madera al quebrarse para no salir lesionado, y que obligaba a pasar en baja voz durante la marcha de todos, para cerciorarnos de que no había problemas. No había luna ni estrellas. El barro nos llegaba a las rodillas y nos salpicaba por todas partes, menos el arma. Se tenía que sacar la pierna completa elevándola por sobre el barro que llegaba a la rodilla para poder enterrarla de nuevo y avanzar, pero ese movimiento para los camaradas con las llagas frescas era doloroso. Era un esfuerzo grande porque el barro era pesado. Teníamos que seguir, no había lugar para la queja. Seguir caminando hasta acampar.

Salimos del barro y atravesamos una pequeña loma hasta llegar a una quebrada. Allí montamos el campamento para seguir avanzando a la mañana siguiente. A los enfermos se les hicieron de nuevo las curas. Nos limpiamos y lavamos en la quebrada. Se dispusieron las guardias. Colgamos las hamacas, colocamos los plásticos que eran nuestro techo para guarecernos de la lluvia, y... a dormir mojados para amanecer secos. El cuerpo se acostumbra y a uno no le da ni gripe. La comandancia pasó la voz:

— ¡Gallo pa' dos!

Y salieron de los morrales una lata de sardina para ser compartida por cada dos guerrilleros. Esa era la cena.

Pasada la alcabala nos paramos más adelante a ver qué hacían con los demás carros. Todo fue igual, el mismo procedimiento. De todas maneras, aunque no hay que confiarse, solo una delación podía descubrir la caleta donde iban las armas. No hubo problemas, el otro carro pudo pasar. Los esperamos en Morón. Aparte de ese hecho no encontramos más obstáculos.

Ya estábamos llegando a la vía de Aroa. Entraríamos por los lados de Felipito. Debíamos identificar el sitio, donde nos toparíamos con una rama atravesada en la carretera pasadas las doce de la noche, entre los kilómetros tal y tal. Esa era la señal establecida, el lugar exacto donde nos estarían esperando. Clarita estaba atenta a todo, era una mujer muy pilas y redujo la velocidad como veterana en estos menesteres. Muchas veces realizó esta función y sabía cómo resolver.

Estábamos entrando a la zona acordada. Se acercaba el momento de los anhelos. Clarita me miró y con una sonrisa me dijo:

— *Ya estamos llegando, pronto encontraremos la señal...*

La rama apareció en el camino, la esquivamos y pasamos de largo. Avanzamos como dos kilómetros a poca velocidad, dando tiempo para que el otro carro nos alcanzara, y nos devolvimos aprovechando de chequear la zona. No notamos ningún movimiento extraño, llegamos nuevamente al sitio, nos paramos. Me bajé y le subí el capó al carro, tal como lo habíamos acordado, disimulando la estadía allí. El otro carro había llegado y estaba con nosotros.

— *¡Rosa! ¡Rosa!* —, grité el santo y seña.

Desde adentro de la vegetación, no se hizo esperar la respuesta.

— *¡Petra! ¡Petra!*

En la oscuridad, las siluetas de los camaradas salieron del monte tomando posiciones a ambos lados de la carretera. Era la primera vez que me topaba con guerrilleros rurales.

Sin que me diera cuenta, ya era uno de ellos. Saludaron a la camarada, hablaron con ella unos instantes y le entregaron un paquetico con correspondencias. Rápidamente sacaron las armas y las demás cosas de la caleta del carro. La operación se realizó rápido. Nos vestimos con la ropa verde y las botas montaÑeras. Nos despedimos de los camaradas que nos trajeron y nos metimos al monte.

El ruido del motor de los carros se dejó oír en su arrancada. Quedaba atrás una etapa y se iniciaba un nuevo episodio de mi vida: el anhelado, el buscado.

Feliz, contento, en medio de la oscuridad de la noche, de árboles que no dejaban ver el cielo y sus estrellas, la emoción me abrumaba. Ya estaba en la primera línea de combate tal como lo quería.

Mientras avanzaba la marcha observaba la figura de gigantes, entre el claroscuro de la noche, de aquellos hombres armados, muchos de ellos barbudos, que serían mis compañeros de lucha, y con quienes compartiría esta etapa nueva de mi vida, imbuido de sueños, idealismo y romanticismo.

Pertenecer a un destacamento guerrillero en las montañas me hacía sentir como uno de los combatientes de la Guerra de Independencia

contra España, incorporado de cuerpo y alma al victorioso ejército del pueblo, que un día maravilloso entraría triunfante y redentor a Caracas para construir el paraíso revolucionario. Vivía uno de los momentos más bonitos y gratificantes después del largo recorrido para llegar allí, desde aquel instante en que mis hermanos me propusieron viajar a Cuba a estudiar.

Entre la oscuridad y la vegetación veía el rostro de mis camaradas armados, jóvenes como yo, con el característico olor a mono, sus barbas y el morral a la espalda. Era un grupo pequeño de unos ocho guerrilleros comandados por Rafael el Margariteño.

Nos adentramos en el monte y Rafael nos reunió comunicándonos el plan de marcha. Los nuevos iríamos en el centro y haríamos lo que nos indicaran durante el trayecto al campamento. Él iría adelante, en la vanguardia.

Llegamos al campamento, luego de caminar varias horas, como a las tres de la madrugada. Fedor y yo marchamos en silencio, caminando por quebradas, entre resbalones y caídas, atendiendo a todas las indicaciones que nos daban los camaradas veteranos.

Adelante, en la punta de la vanguardia, Alcides con su machete regendía el monte. No hubo necesidad de usar linternas, la luna estaba grande. La retaguardia borraba las huellas cada vez que salíamos de una pica y nos adentrábamos de nuevo en la vegetación, regados para no dejar rastro.

Llegamos al campamento y Rafael gritó el santo y seña que fue respondido por la guardia. Era Sixto, uno de los tres hermanos Perdomo, miembros del Frente. Lo saludamos y entramos.

El resto de los guerrilleros dormía, dejando salir de sus gargantas, de fondo musical, uno que otro ronquido. Rafael nos ayudó a colgar las hamacas y nos acostamos a esperar el poco tiempo que quedaba para amanecer. A las seis de la mañana ya estábamos recogiénolas y arreglando los morrales.

En correcta formación nos concentramos en el centro del campamento. El capitán Manuitt Camero, a quien cariñosamente le decíamos el Capi o Amadeo, era el jefe de la guerrilla, nos dio la bienvenida y nos presentó ante el resto. Con el pecho erguido y la frente en alto cantamos el himno del Frente:

“Por el sueño de siglos de un pueblo  
carcomido por la explotación  
bajo el yugo del pulpo extranjero  
triunfará nuestra revolución  
lucharemos por ti pueblo amado  
y la patria jamás llorará  
lanzaremos al mar las cadenas  
que nos privan de la libertad  
adelante guerrilleros  
esta lucha es a Vencer  
libertad ya clama el pueblo  
dejemos todo por Él.”

El derrocamiento de Pérez Jiménez encuentra al teniente del Ejército Elías Manuitt en la cárcel, como uno de los oficiales patriotas que se alzaron contra la dictadura. A decir del comandante Hugo Trejo, el para entonces teniente Elías Manuitt, compositor y coplero, como buen llanero, charrasqueaba un cuatro desafiando a los carceleros mientras entonaba canciones, coplas y versos contra el dictador en la propia cárcel. Caída la dictadura, siendo jefe de la policía de El Junquito, con el grado de Capitán, desertó del ejército, al que creyó heredero de los Libertadores, pero que ahora, lastimosamente, comandado por lacayos, lo encontraba sosteniendo los intereses de las transnacionales y de una oligarquía enriquecida con la renta petrolera. Él no podía estar allí, tenía que irse, y se une al movimiento guerrillero en contra del gobierno de Rómulo Betancourt en las montañas de Falcón.

En la profundidad de esas montañas, dotado de su firmeza revolucionaria y su amor al pueblo, desafiaba al ejército, al cual perteneció, y comandaba la guerrilla a la cual me estaba incorporando. El Capi era un hombre menudo, bajito, de gruesos y abundantes bigotes y barba escasa, blanco, de ojos claros, poeta. El himno del Frente Guerrillero José Leonardo Chirino debe su letra y su música a ese heroico guerrillero. Su M-2, fusil pequeño y liviano, siempre lo acompañaba.

*—El arma siempre debe estar con uno, limpia y dispuesta, es la inseparable compañera, es la vida—, nos decía.*

Había nacido, como yo, en Altagracia de Orituco, en el estado Guárico,

y conocía a mis hermanos y a mis padres. También estaba Miranda, otro miembro de la comandancia. Un hombre alto, flaco, de palabra fácil, de poca barba y de bigotes amarillos entorchados que semejaban un manubrio de bicicleta. Era el comisario político del Destacamento. Venía del Comité Regional del Partido Comunista del Zulia y hermano de Félix Farías, quien había sido comandante del Frente. Su morral se diferenciaba de los demás porque siempre lo cargaba con libros que aprovechaba para leer en el campamento o en los descansos durante la marcha.

El Sayón, Isaías, Alcides, Miguel Ángel, Mano Pedro, Melchor, el Negro Andrade, Calderón y otros combatientes que la mente me traiciona en el recuerdo, componían aquel pequeño ejército cargado de sueños y esperanzas que quería tomar el cielo por asalto.

Las montañas de Yaracuy, en otra época territorio poblado por los indios Caquetíos, en ese momento eran nuestra trinchera y nuestro hogar.

Era la tierra de María Lionza. Cuentan que en ese cerro de Yaracuy vivía María Alonso, una mujer que quería, ayudaba y curaba a los indígenas y los defendía de las crueldades del conquistador español.

— ¡Voy al cerro de María Alonso! —, decía la gente.

Y le pidieron favores y le llevaron flores y frutas en plena montaña y le hicieron cantos y le escribieron poemas como el de Ida Gramcko, que decía:

Mi cuerpo es para el trono y para el sexo,  
para amar a los hombres sin medida,  
pues amo a Nicanor y te lo expreso,  
que ello no me hace mal ni me intimida,  
y a Antonio y a Facundo, lo confieso,  
y a todo el que venga y me lo pida.

De generación en generación, el imaginario popular se echó a andar y parió la diosa que hace milagros. Allí vive y camina las montañas de Sorte, montada en una danta, y es lugar de peregrinaje de los creyentes que ofrendan sus rituales a la diosa. Por allá, en el barrio donde me crié, en el Prado de María, al lado de la farmacia Margarita, vivía Beatriz Correa, una despampanante mujer, deseada por muchos por su cuerpo

hecho para el sexo. Los comentarios vecinales decían que era amante del coronel Pérez Morales, militar ligado al gobierno de Pérez Jiménez. Caída la dictadura, su casa estuvo a punto de ser saqueada. Tiempo después, Beatriz Correa se convirtió en Beatriz Viet Tané, la sacerdotisa de María Lionza, y con su atuendo extraño y su estrella en la frente, entre las dos cejas, se le veía por las calles de Caracas, acompañada de un famoso cantante de la época.

A orillas de un pequeño riachuelo estaba el campamento. Las guardias se turnaban cada hora, colocadas en cada extremo por donde llegaban los caminos, A las tres de la tarde tocó mi turno. Era mi primera guardia. Con el FAL que me habían pasado para la vigilancia y la seguridad de la guerrilla, en posición de combate, con bala dispuesta en la recámara, detrás de un peñasco y en medio de la vegetación tupida desde donde divisaba el camino, estuve vigilando durante una hora hasta que fui relevado por otro compañero.

La comandancia me asignó un fusil FN30, esa sería por ahora mi arma, fiel e inseparable. Había llegado bastimento y los morrales estaban llenos. En la mañana, como a las diez, nos desayunamos con arepas con sardina y café. En la tarde, a eso de las cuatro comimos otra vez sardinas, pero con espaguetis. La guardia de cocina la ejercían dos compañeros que se cambiaban diariamente.

El Frente Norte del José Leonardo Chirino venía desplazándose desde Falcón hacia el sur en Yaracuy, donde nos encontrábamos nosotros. Sus combatientes venían rumbo a la gran concentración guerrillera. Era una guerrilla grande, la de mayor experiencia militar, con más de cincuenta combatientes y comandada por Baltasar Ojeda (Elías) que era el primer comandante del Frente. Venían de librar varios combates contra el ejército. Parte del armamento que cargaban había sido conquistado en la emboscada del Jobo y al campamento militar del Paso.

A los pocos días de mi llegada apareció la primera avanzada de ese grupo guerrillero. Espinal, Tenorio, el Catire Augusto, el Negro Antonio, el Despeinado, Burro Lindo, Paúl, Choropo, Torombolo, El Sangre, Magoya, Mano Yeyo, Angelito, Renán, el Loco Fabricio, Caimán, Tito, Roso, Delio, Ojo e' Pollo, Capracio y otros más, entraron al campamento. Traían consigo una enorme culebra tragavenado que mataron en el camino. Era una Saruro, como le dicen los campesinos a las culebras que no son venenosas. En la noche comieron culebra frita en su misma manteca. Yo no quise comer. Según los que la probaron sabía a pescado.

Teníamos que buscar un campamento que tuviera las condiciones de reunir, a la concentración de todos los guerrilleros del Frente, que en total llegaríamos aproximadamente a cien.

Desde la costa de Falcón venía desplazándose otro grupo guerrillero, el Frente Sur. Habían tratado de tomar la población de Mirimire, pero no pudieron. Los planes eran tomar el puesto de Guardia Nacional, asaltar el Banco de Venezuela y arengar a la población. Ese grupo venía comandado por Blas, el poeta Rossell. Entre ellos estaban Germán, el Gocho Alonso, el Chirro, el Chirrito, Gaspar, Nacho, Felipe, Eduardo, Miguel Ángel, Régulo y otros más.

En el Frente Sur se encontraban varios militantes del MIR que tenían un trabajo social en esta zona, su máximo comandante Lino Martínez, era miembro de la dirección de ese partido.

Varias comisiones salieron en exploración a buscar un terreno que reuniera las condiciones para la concentración, hasta que se ubicó uno cerca de Aroa que reunía las condiciones de seguridad necesarias. Era un pequeño valle de árboles grandes y vegetación tupida, llano con algunas elevaciones, por el cual pasaba un caño de cierta profundidad. Allí nos fuimos juntando poco a poco. El grupo mayor era el que llegaba del norte de Falcón, con Baltasar Ojeda a la cabeza, el médico de la guerrilla el doctor Oraá, militante del Partido Comunista, Carlos el Chemitita, Honorio Navarro, el español Marcos, Cuchufleta, y otros que componían el numeroso grupo. El Turro, Chepo, Fedor y yo, compañeros desde Cuba, nos encontrábamos en el nuevo campamento. El Cabito llegó desde el sur con otro grupo de guerrilleros.

Víctor José Ochoa, Ernesto, un hombre más o menos alto, fuerte, un tanto gordo, con una espesa barba, a quien le decíamos, sin que él lo supiera, la Danta, porque era torpe, lento y poco dado a las actividades rutinarias de la guerrilla, de cargar agua, caletear, cocinar, actividades que en la vida de campamento nos correspondía hacerla a todos. Ernesto era el máximo dirigente de Vanguardia Popular Nacionalista, organización de izquierda surgida de una división del partido socialdemócrata URD y defensor y representante de las ideas de Mao. Él mismo se autodenominaba pro-chino.

La división dentro del Partido, ya era un hecho y nosotros éramos un ejemplo de ello, pues nos manteníamos enarbolando las banderas de la lucha armada arriadas por el partido, aunque todavía nos sentíamos sus militantes y de la Juventud Comunista. Ese espíritu de cuerpo, con

cierta dosis de sectarismo, no permitía que camaradas ajenos al Partido hicieran críticas, y Ochoíta, el camarada Ernesto, envió una carta a su organización, donde acusaba de derechista y de traición a la revolución a la dirección del Partido. Tremendo error en un medio donde se encontraba solo. La carta fue leída por la comandancia como toda comunicación que se pretendiera sacar. La guerrilla fue convocada en asamblea plena. Todos nos concentramos en el caney grande que quedaba en el centro del campamento donde nos fuimos acomodando. Solo los que estaban de guardia no participaban en la reunión. Miranda, comisario político del Frente, tomó la palabra. Con su verbo fácil y encendido acusó a Ernesto, mientras leía las cartas, de entrometerse en los asuntos internos del partido. No podía tolerarse semejante atrevimiento. Ochoíta permanecía en silencio. Se notaba palidez en su rostro. Miraba a su alrededor y no dejaba de acariciar con sus dedos su espesa barba. Algunos combatientes tomaron la palabra criticándolo y haciendo leña del árbol caído. La forma fuerte en que Miranda se dirigía a él hacía presumir que lo podían condenar a muerte. La situación estaba muy tensa. Algunos recordaron los dolorosos fusilamientos de años atrás, llevados a cabo en ese mismo Frente. Ochoíta pidió la palabra y se la dieron. Estaba sentado en el suelo y con la dificultad de su pesada humanidad se paró. Preparó sus gestos, moduló la voz, y con su espesa barba y su manera de hablar, colocando el dedo índice de la mano derecha erecto señalando hacia arriba trataba de imitar a Fidel. Con su verbo fácil, propio de un intelectual, se dirigió a la asamblea. Su hablar era lento pero encendido. Señaló que esa carta la había escrito él, y asumía la responsabilidad de los planteamientos esbozados allí, pero que en ningún momento pretendió actuar contra el movimiento revolucionario y menos aún contra el movimiento guerrillero. La reunión duró varias horas luego de la intervención de todo aquel que quiso hacerlo y cada quien se fue hacia su escuadra. La comandancia se retiró a deliberar. Todos estábamos pendientes del resultado. Al día siguiente fue anunciada la decisión. Ochoíta fue expulsado del Frente. Aquella situación causó tristeza en el campamento. Independientemente del hecho, Ernesto era un intelectual y ese era su fuerte. Tal vez como guerrillero no era un dechado de virtudes, pero era buena persona y con él se habían desarrollado sentimientos de amistad y camaradería. Los días que le quedaron en el campamento, mientras se movían los mecanismos para su salida, los llevamos con respeto y solidaridad. Cuando llegó el momento de partir, entre abrazos de despedida, lo acompañamos a la salida del campamento. Él se había atrevido a decir lo que todos com-

partíamos y sabíamos, pero que al momento, como cuando se dan los primeros pasos de un divorcio, siempre deja sentimientos encontrados donde no se permite la entrada de terceros. Ochoíta bajó de la guerrilla y fundó la librería Viento del Este en la Torre Sur de El Silencio, donde se vendían y distribuían libros de la República Popular China.

El cinco de marzo de 1966, Fernando, el Turro, Gustavo, Isidro y yo, fundábamos la célula No.1 del Partido Comunista en el Frente Guerrillero, en esa nueva etapa de la guerrilla.

Poco a poco llegaron más combatientes y nos fuimos juntando alrededor de noventa guerrilleros. El campamento se había convertido en un poblado con pequeños caneyes. En el centro estaba la cocina.



Atravesando montañas: Rafael, Cupertino, Mano Pedro, Manolin y otros...  
Foto: Rodrigo Moya, Revista *Sucesos*. Diciembre de 1966

La vegetación era de árboles altos y frondosos que nos cubrían y nos protegían de cualquier inspección aérea del enemigo que intentase detectarnos. Nos organizamos en equipos de cinco combatientes, en escuadras de dos equipos y en pelotones de dos escuadras, que a su vez conformaban la columna con una comandancia. Baltasar Ojeda era el primer comandante, un muchacho de veintiún años con el mayor prestigio de combate y respetado por los combatientes, sobre todo los de norte de Falcón. El segundo comandante era Julio Chirino, el Cabito y luego vendrían Honorio Navarro (Lucas), asesinado por la Digepol en la ciudad de Los Teques, Carlos (Chemita) que se incorporó luego al Frente de los Llanos y murió en combate, Rafael Farías (Miranda), Secretario Político. También eran miembros de la Comandancia, Nicolás Hurtado (Fernando), Alejandro Tejero (Marcos), Cuchufleta.

## Fernando

Nos habíamos dividido orgánicamente en diferentes grupos, luego de la Conferencia Nacional Guerrillera que se llevó a cabo por los lados de la Virgen en las montañas de Yaracuy, en diciembre del año 1966. Fernando tomó hacia Portuguesa. Fernando era el seudónimo de Nicolás Hurtado Barrios. Desde muy joven quiso ser militar. El amor que siempre tuvo por su país lo llamó a incorporarse al ejército venezolano. Es así como ingresa a la Escuela Militar y se gradúa en la promoción Juan Bautista Arismendi, en el año 1952.

Caído Pérez Jiménez, la situación en el país estaba muy confusa. El mismo presidente de la Junta de Gobierno había ocupado cargos importantes en la dictadura. Militares nacionalistas se confundían con militares de derecha. Toda intenciona o alzamiento militar era etiquetado, para entonces, como un alzamiento a favor de Pérez Jiménez. El Partido Comunista y la izquierda de Acción Democrática y de URD no tuvieron la capacidad de entender esas intenciones, que eran calificadas de antemano como golpes de la derecha.

El 7 de septiembre de 1958 se alza Nicolás Hurtado Barrios. Participa en un golpe militar junto con el teniente coronel Moncada Vidal contra la Junta de Gobierno que gobernaba el país y presidía Wolfgang Larrazábal. El golpe fracasa y Nicolás es hecho preso. Siempre fue un militar nacionalista y ese sentimiento lo llevó a alzarse. Muchos, entre ellos los comunistas y demás sectores de izquierda, confundieron el alzamiento como afín a la dictadura recién derrocada de Pérez Jiménez y lo tildaron

de derecha. La vida demostró que no era así. El Partido Comunista que concibió correctamente la línea política que derrocó a la dictadura no supo caracterizar adecuadamente la situación posterior al 23 de Enero y, confundido, llamó al pueblo a enfrentarse a los militares alzados, sin entender que eran oficiales nacionalistas, como la vida en su terquedad se encargó de demostrar con la incorporación a las FALN de Moncada Vidal, que dirigió el golpe y luego fue su comandante general, y Nicolás Hurtado Barrios, que murió siendo guerrillero en combate contra el ejército.

Llegaron a buscarlo a su casa. Él vivía en un apartamento en el Paraíso. Era de noche y tocaron fuerte a la puerta. Allí estaba con Yolanda, su esposa y sus dos pequeños hijos. Los soldados entraron y preguntaron por él. Registraron toda la casa. Por aquí y por allá. Yolandita, su hija mayor tenía dos años, corrió y se montó en los brazos de su padre. Fernando la cargaba. Los militares se lo llevaban, pero Yolandita no lo soltaba y se aferraba más a la manga de la camisa de Nicolás. Los militares trataban de arrancársela, pero la niña no dejaba que se lo llevaran. Al fin, pudo más la fuerza de los hombres que la de la niña, y se lo arrancaron. Yolandita se quedó llorando, viendo alejarse la silueta de su padre, obligado por aquellos hombres violentos que lo bajaban atropelladamente por las escaleras, porque ella no entendía. Era una niña y ese momento, esa escena no se borra, quedó grabada en su recuerdo para siempre. De vez en cuando esas imborrables imágenes, enfrentadas al paso de los años, aparecen de nuevo en su memoria.

La Orchila, la cárcel Modelo de Caracas, el cuartel San Carlos y la Isla de Tacarigua, fueron lugares donde el tiempo marcó años de su vida en reclusión. Yolanda siempre con él, con su consecuencia y perseverancia le dio dos hijas más, concebidas en la cárcel, que alegraron su vida. Nicolás, estudioso, disciplinado, fue el autor, junto con Pedro Medina Silva, del libro que vino a representar la base teórica fundamental de la lucha armada en Venezuela: *¡Por qué Luchamos!*

Pero ese atrevimiento, la audacia de haber escrito ese libro en el cuartel San Carlos, burlando la vigilancia y las medidas de seguridad de los carceleros, hoja a hoja, página a página, ayudado por su inseparable Yolanda, que se las arregló para lograr el objetivo de sacar cada escrito, a veces en las pantaletas de su pequeña hija Alejandra, le valió ser trasladado a la celda de castigo que se llamó la Cueva del Humo. Allí pasó un tiempo... irreductible.

En la cárcel se hizo comunista, y un día llegó la libertad. No por casualidad era el último preso de la asonada militar del 7 de septiembre del 58. Habían pasado siete largos años. Cuando entró a la cárcel, tenía dos hijos, ahora salía con cuatro. Pero Nicolás era indomable, rebelde, firme, convencido, y salió decidido a seguir luchando. El llamado de su pueblo era muy fuerte. Sus convicciones revolucionarias le exigían entrega total y él estaba dispuesto a esa entrega. Y llegó el día de la libertad y, con Yolanda y sus muchachos se fue a Europa y luego a Cuba, y allá dejó a su familia mientras él continuaba su camino para seguir formándose como revolucionario en Vietnam y China, estudiando, haciendo cursos políticos y militares, asimilando y aprendiendo la experiencia maravillosa de esos pueblos en sus luchas liberadoras. Estaba en el centro del conflicto bélico más importante del momento, la Guerra de Vietnam. Y conoció a sus líderes, y compartió con Hochimín, sencillo y heroico y con el general Giap, el que derrotó a los franceses en la famosa batalla de Diem Bien Phu en el año 54.

Regresó a Venezuela y se incorporó al Frente Guerrillero José Leonardo Chirino. Venía cargado de conocimientos. Allí lo conocí personalmente. Ya sabía quién era. Mi hermana Sol era el contacto del Partido con los militares en la Isla de Tacarigua y me había hablado de él, igual que mi otro hermano Ramiro, quien era responsable de la retaguardia del Frente. Fernando era un hombre trigueño, de regular estatura, delgado de pelo negro, liso y canoso, de barba escasa, dinámico, eléctrico, con una gran humildad y respeto por todos. A pesar de su gran capacidad militar y teórica, nunca se le vieron ínfulas de grandeza. Al contrario de muchos “comandantes”, Fernando siempre estaba de primero en el trabajo, en las comisiones, a la hora de caletear, de combatir, en las labores cotidianas. Se consideraba un combatiente más y no quería cargos de dirección militar puestos a dedo.

*—Las responsabilidades se ganan en los hechos—, decía.*

Y aceptó ser el comisario político de uno de los equipos. Sin embargo, puso al servicio de todos su experiencia militar, en los cursos y talleres que nos daba. Con él aprendimos a hacer los depósitos subterráneos para almacenar la comida no perecedera y las trampas vietnamitas. Cada conversación era un aprendizaje, sobre todo para nosotros, muchachos que rondábamos los veinte años.

Con él andaba Antonio (el general cubano Ochoa), Cupertino, Jonás, Miguel Ángel, Torombolo, Emilio, Guyen, el negro Arcadio a quien cari-

ñosamente llamábamos el Sangre y otros guerrilleros más, ya habían llegado a las montañas de Portuguesa. Mientras tanto, yo pateaba las serranías andinas de Trujillo bajo el mando de Luben y Miranda.

El ejército les seguía los pasos. Los había ubicado en las inmediaciones de Ospino. Días antes habían emboscado una patrulla de soldados causándole bajas, entre muertos y heridos.

En los caseríos de la zona ya conocían a Fernando, los campesinos se habían hecho sus amigos. Con frecuencia conversaba con ellos sobre la justeza de la lucha revolucionaria. Sobre la necesidad de la reforma agraria y de la lucha por el derecho de los campesinos a la tierra. Les explicaba lo que era el latifundio y cómo los terratenientes se habían apropiado de las mejores tierras. En el caserío Santa Bárbara estaban sus más cercanos colaboradores. Con el señor Aranguren, campesino de la zona, hizo una buena amistad, como también con su mujer y su pequeño hijo Silvio, a quien siempre le llevaba caramelos.

*—Yo tengo cuatro hijos y dos son como tú, y tú, niño campesino, me los representas en este momento, porque también son niños como tú, y a través de ti, los veo y los tengo a ellos.*

Silvio lo oía con atención a la luz de una vela, mientras la mano de Fernando acariciaba su pelo, sentado en un pequeño taburete en la sala de la pequeña casa de bahareque con piso de tierra donde vivía el señor Aranguren con su familia. La electricidad no había llegado al caserío.

Cupertino y un grupo de guerrilleros había salido del campamento en misión de varios días, en el camino se encontraron con el ejército y allí se prendió el tiroteo. El tiroteo fue corto. Todos se parapetaron y se retiraron ordenadamente. No había nada que lamentar, habían salido ilesos. Pero dejaron el rastro. El enemigo confirmaba que estaban en la zona y, por supuesto, desplegaría sus fuerzas para golpear, y así lo hicieron. La tropa comenzó a penetrar montaña adentro.

En el campamento no sabían de lo ocurrido. No hubo tiempo de avisar. Fernando, con su fusil M-2 listo para combatir, salió con su escuadra al caserío Santa Bárbara. Tenían que caminar por una pica para caer al camino real. El cielo estaba despejado y la luna estaba inmensa, grandota y bonita como toda la luna llena, en plena Semana Santa. El viento soplabla fuerte y refrescaba la noche. Con él, adelante, marchaba el Negro Arcadio; luego, algo distanciados, lo hacían, Jonás, Emilio, Guyen y otros guerrilleros más. Así llegaron al caserío con las medidas de seguridad

necesarias para el momento. Llegaron a la bodega y solo Fernando entró. El resto mantuvo la vigilancia, compraron algunas cosas y luego hablaron con los campesinos y con el viejo Aranguren. Fernando compró unos caramelos y se los regaló al pequeño Silvio para que también los repartiera a los demás niños. Silvio contento lo miraba con cariño. Quedaron en volver a hacer una compra grande y partieron de nuevo al campamento. Avanzaron y a un lado del camino, en el suelo, el Sangre vio algo brillante, la tomó, y era una cacerina.

—*Debe ser de Cupertino.*

—*Yo creo que es del ejército, vamos a tomar otro camino*— dijo El Sangre.

Sin embargo, siguieron avanzando por la misma pica. Iban con cuidado, pero el enemigo los había detectado y los esperaba emboscado, aprovechando la noche y la vegetación. El FAL del negro Faustino brillaba por la luz de la luna. Los soldados los vieron avanzar y estaban listos para actuar. Fernando y el Sangre iban adelante, pendientes, pero la ventaja la tenía el enemigo. El Sangre era un negro, fuerte, un tanto gordo, pero macizo, de mediana estatura, siempre alegre, y decía con su saludo de siempre:

—*¡Cómo estás mi sangre!*

Y por eso al negro Faustino lo llamábamos el Sangre. Era falconiano, de la sierra, de las mismas montañas que José Leonardo, el zambo irredento.

En el campamento de el Barrial con una lata que convirtió en tambor se acercaba a las escuadras y cantaba una canción de la costa, a veces acompañado del cuatro que tocaba Tenorio, otro falconiano como él. Un día los dos, junto a Magoya y Renán, decidieron hacerse guerrilleros. Eran unos carajitos, Renán tenía trece años, y se aparecieron al campamento para no dejar nunca de ser guerrilleros. Y allí los recibieron y los aceptaron. Faustino era un negro bonachón. Tenía veinticuatro años. Y entonces llegaba por las tardes, cuando caía la noche y empezaban a colgarse las hamacas, cantando y diciendo:

—*Radio Calembé informa*—, y decía cualquier noticia.

Siguieron avanzando por la pica. El resto de la guerrilla los esperaba en el campamento. Tenían que pasar por el sitio de Aguas Dormidas, exactamente por el Plan de los Muertos. El Sangre seguía con la duda de la procedencia de la cacerina, pero siguió caminando adelante con

Fernando. Del otro lado, los soldados esperaban con el dedo puesto en el gatillo. En la muñeca de Faustino permanecía el reloj Rolex militar que le había regalado el comandante Arnaldo Ochoa, traído desde Cuba. El mismo hombre que años después comandó las tropas cubanas en Angola, logrando junto al pueblo angolés su independencia, derrotando a UNITAS, el ejército contrarrevolucionario apoyado por los norteamericanos y el gobierno racista surafricano, contribuyendo definitivamente a la caída y desaparición del Apartheid. Así lo aseguró Mandela.

Y llegó el momento de la verdad, del todo o la nada. Donde lo singular se inscribe dentro de lo universal, donde todo converge en un único acto, donde el ser humano trasciende y se hace heroico, en un instante fugaz que lo inserta definitivamente en la historia.

Y se oyó la primera ráfaga. Se enfrentaba a la fuerza armada que lo formó como militar pero que se había alejado de los intereses del pueblo y por eso la abandonó y se hizo guerrillero. Él quería una fuerza armada patriótica, nacionalista, popular y revolucionaria, ligada al trabajo productivo, al desarrollo y a la construcción de un país soberano e independiente y no un instrumento de los grandes capitales extranjeros y de la oligarquía criolla. Así lo dejó escrito.

Cae Faustino que quedó muerto en el sitio. Fernando, herido, respondía desde su M-2. Los demás combatientes disparaban pero estaban distantes. El fuego enemigo no permitía que se acercaran a Fernando y al Sangre. No podían socorrerlos. Emilio, también herido por una bala que le dio en la oreja, sangraba profusamente. Intentaron nuevamente acercarse y no pudieron, y oyeron cuando Fernando gritaba mal herido. Y el eco de aquel grito rebotaba de la bóveda celeste:

— *¡Soy el teniente Nicolás Hurtado Barrios!*

El oficial que comandaba la tropa, sorprendido, impactado por aquella voz y aquel nombre, gritó fuerte, muy fuerte:

— *¡Alto al fuego!*

Y cesaron los tiros y se sintió un enorme silencio. El viento y todos los ruidos se paralizaron. La luna desapareció del firmamento como no queriendo ver aquella escena. La noche se puso más oscura. El cielo soltó su llanto y la lluvia empezó a caer. El tiempo se hizo largo, muy largo, en una pausa eterna hasta volver nuevamente de allá, desde donde nace el silencio en las voces de los soldados, diciendo que los tenían.

No se sabe qué pasó con Fernando, unos dicen que lo fusilaron y otros que murió poco tiempo después, dándole vivas a la revolución. Firme-

mente apretada con sus manos, a su pecho, sostenía la foto que una vez se tomó en Italia con Yolanda y sus cuatro muchachos. Y se nos fue Fernando, con su vigor, su hidalguía, su entrega y su firmeza, para quedar sembrado en el corazón del pueblo más allá de los tiempos.

Los militares del ejército, formados en la Escuela de las Américas por las tropas norteamericanas, aplicaban las lecciones aprendidas: les cortaron las manos.

Y los soldados las llevaron al caserío y se las enseñaron a los campesinos para amedrentarlos. Las tiraron encima de la mesa diciéndoles:

*—Estas son las manos de dos de los bandoleros que estuvieron por aquí.*

El viejo Aranguren, viéndolas, impactado por la macabra escena, reconoció las manos de Fernando que todavía cargaba el anillo de matrimonio puesto. Sintió dolor y rabia, pero no podía hacer ni decir nada. Silvio, el niño amigo de Fernando, calladito arrinconado en un rincón abrazándose a sí mismo, con los ojos tristes y llorosos, impactado, observaba aquel doloroso y tenebroso momento. No eran cadáveres, eran solamente las manos, pero no eran las manos de cualquiera, eran las manos de sus amigos y de aquel guerrillero que le regalaba caramelos, y eso era muy fuerte para un niño, sobre todo cuando se enteró de que eran las manos de Fernando y el Sangre, al que también conocía.

El capitán, jefe de la tropa, con voz altisonante y desafiante ordenó al señor Aranguren:

*— ¡Venimos a buscarlo para que nos acompañe y los entierre!*

El viejo miró, con mirada fuerte y directa a los ojos del capitán y le dijo:

*— Yo no los maté, si ustedes lo hicieron, ustedes los entierran, ¡No iré!*

El capitán observó la fuerza de la mirada de aquel hombre que le obligó a eludirla, bajar la cabeza y ordenar la retirada con las manos todavía sangrantes de los guerrilleros.

Los soldados se retiraron. El capitán se alejaba cabizbajo, estremecido. La firmeza del viejo Aranguren lo dejó pensativo. El viejo los siguió con la vista y observó la zona donde los enterraron. Luego, cuando los soldados se fueron, se dirigió al sitio, vio el movimiento de tierra y le dijo al pequeño Silvio que le acompañaba.

*— ¡Aquí están, aquí los enterraron!*

Y de ahí en adelante cuidó sus tumbas, las tumbas de los guerrilleros,

sin lápida y sin cruz, pero con velas que siempre les puso en el Plan de los Muertos en Aguas Dormidas. Y de vez en cuando les echaba la rezaíta. Y así pasaron los años y el viejo se puso más viejo y siempre estuvo allí, cuidándolos, fiel a sus amigos, hasta que un día llegó la muerte, y entonces le tocó a Silvio, ya hombre, continuar...

Nicolás Hurtado Barrios (Fernando), cumplió su promesa. En una carta dirigida a la dirección del Partido Comunista, de donde fue expulsado junto a Douglas Bravo, Luben Petkoff, el Flaco Prada y otros más, por ser fiel a la línea de lucha armada, escribió:

— *¡De la montaña bajaré muerto o victorioso!*

Fernando, antiimperialista y comunista convencido, siempre unió de manera fiel el dicho con el hecho, por eso murió con las botas puestas en su heroico empeño por liberar a su patria.

Fernando fue el único militar venezolano, oficial de carrera del ejército, de tantos que pasaron por el movimiento revolucionario, que en total entrega murió en combate.

Era Jueves Santo, 23 de marzo de 1967. El cadáver de Fernando estuvo 38 años secuestrado y desaparecido por los militares, a pesar de las diligencias que los familiares hicieron ante los organismos competentes. Movieron los recursos habidos y por haber para recibirlos y darle sepultura, pero siempre lo negaron. Sus padres murieron en el empeño. Mientras tanto Silvio Aranguren seguía cuidando su tumba, hasta que alguien supo de su existencia y Silvio los llevó al sitio donde estaba enterrado y allí, dispuesto todavía a continuar la lucha, encontraron a Fernando con las botas puestas...



Tte. Nicolás Hurtado Barrios (Fernando)  
Foto: Rodrigo Moya, Revista *Sucesos*.

## El Barrial

La concentración en el nuevo campamento se seguía dando. Un grupo relativamente numeroso e importante de militantes del MIR también eran parte del frente guerrillero y se hallaban entre nosotros: Gaspar, Nacho, Eduardo, Eloy, el Chirro, el Chirrito, Mandulei, Felipe, Blas (el poeta Rossel) y tal vez otro que escape a mi memoria, estaban distribuidos en las diferentes escuadras.

El capitán Manuitt había bajado de la guerrilla y se le asignó la responsabilidad de representarnos en Cuba ante la Revolución Cubana.

El campamento se convirtió en un campamento escuela. Los entrenamientos militares se hicieron presentes dirigidos por Fernando.

El doctor Oraá había acogido las tesis del partido y decidió dejar la lucha armada e incorporarse a la lucha política. Sin embargo, nos daba clases de primeros auxilios, y antes de abandonar la guerrilla nos vacunó a todos contra el tétano. Melchor, como siempre reacio a las inyecciones, no se quiso inyectar. El doctor Oraá jugó un papel importante en los conocimientos elementales de primeros auxilios.

Las comisiones a diferentes actividades, entraban y salían del campamento. Me encontraba entre los veintidós guerrilleros que salimos a una exploración. Después de pasar la quebrada de Cleofe y el cerro Alexander, llegamos a un maizal. Sigilosamente y con precaución nos acercamos, al notar un movimiento raro. La vanguardia en posición de combate llegó a la orilla del maizal. Una manada de unos quince monos

robaba maíz. La forma en que se distribuían para realizar la apropiación del maíz era toda una operación militar. Colocaban un mono de guardia mientras el grupo grande se apropiaba de las mazorcas guindándose las amarradas a sus cuellos. Los monos tienen sus leyes. Los que están vigilando deben garantizar la retirada segura de la manada. Si son sorprendidos y se produce alguna baja, porque la guardia no avisa, estos son condenados a muerte. Si se dan a la fuga, para cualquier manada, mono solo, mono desertor, lo que quiere decir que debe ejecutarse la sentencia. Cuando nos hicimos presentes en el conuco, la guardia de los monos gritaba y saltaba avisando nuestra presencia. Los monos salieron corriendo. En la huída a una de las monas que cargaba su hijo agarrado a la espalda, se le cayó el monito. La mona trató de devolverse a recogerlo, pero no pudo. El monito estaba en el suelo y lloraba. Era un mono chuco, pequeño de pelo castaño. Nosotros fuimos más rápidos y nos lo llevamos. La madre mona nos veía con los ojos llenos de tristeza, pero no se atrevía a devolverse. Adoptamos el monito y le pusimos nombre del veintitrés. Cada vez que la guerrilla sale en marcha se numera y cada quien va diciendo su número desde el primero hasta llegar al último. Regresamos al campamento con un nuevo integrante de la guerrilla: el veintitrés.

Veintitrés se quedó con nosotros. Era la mascota de la guerrilla.

A los meses, una madrugada ya amaneciendo, tuvimos la inesperada visita de una manada grande de monos, más o menos treinta. Gritaban, saltaban y corrían por los copos de los árboles. Su intención era evidente. Estaban dispuestos a llevarse al monito. Se nos venían encima con palos y nos lanzaban corozos. Los más osados se acercaban bastante tratando de llevarse el trofeo y los correteábamos. Ellos corozasos con nosotros y nosotros corozasos con ellos. Así transcurrió todo el día, entre avances y retrocesos en la batalla por el monito. Al final cansados y viendo que no podían rescatarlo, aceptaron la derrota, y cuando caía la noche, su jefe ordenó la retirada y se fueron. El monito, un mono chuco, pequeño y flaquito fue a tener a mi casa en Caracas.

Una noche se hicieron presentes los truenos y los relámpagos. La lluvia comenzó a caer con fuerza sobre nosotros emulando a Macondo y al diluvio universal. Cuando llueve en esa zona cae mucha agua, eran latas y latas las que se desprendían del cielo. Los truenos y relámpagos, rayos que caían como latigazos sonoros dibujando un zigzag iluminando la vegetación, eran incasantes. Estábamos en un valle, llano y rodeado de montañas. El plástico, el techo improvisado y práctico que siempre

utilizábamos para guarecernos de la lluvia, apareció. Cada guerrillero colocó el suyo para no mojarse con su respectivo trapito en los extremos del guaral, que servía de sostén y centro, para que no se colara el agua. El cielo parecía reventarse con el sonar de los truenos y de vez en cuando se oía el chirriar de un árbol o una rama que era derribada por un rayo. La lluvia no cesaba y el campamento se fue inundando. El agua fue subiendo de nivel y cada vez que rozaba la hamaca, se sentía lo mojado en las nalgas. Entonces uno se bajaba y desnudo se metía dentro de aquella inesperada laguna, protegiendo el arma y el morral y colocaba la hamaca más arriba. En la mañana cuando amaneció, ya con la claridad, nos encontramos durmiendo sobre un lago. El agua poco a poco fue bajando y aquel campamento seco y bonito por donde pasaba un caño que nos proporcionaba el agua, se convirtió en un tremendo barrial. Aparecieron cachicamos y rabipelados muertos y a algunos se les mojaron los morrales y tuvieron que secar sus cosas al sol y cerca de los fogones. Desde ese momento el campamento se bautizó a sí mismo como el Barrial.

El Viejo Orozco, guerrillero veterano de los primeros brotes que surgieron en el país, barbero, sastre, compositor y poeta popular, compuso unas décimas al aluvión de agua que cantaba con su guitarra y decían:

Cuando mejor disfrutaba del más apacible sueño  
se desataba un invierno que no me lo imaginaba  
fui donde Angelito estaba pero no me lo encontré  
se salvaron de la muerte el caimán y la guabina  
uno por fauna marina y el otro anfibio por suerte

A pesar del barro, seguimos la rutina en el campamento, aunque la plaga nos había invadido y cuando comenzaba la noche la invasión de zancudos hacía casi insoportable la estadía allí. Los zancudos pasaron a llamarse los mosquitos transmisores de la vía pacífica, porque era como para salir corriendo y abandonar la lucha armada. Los panales de comején que estaban pegados a los árboles los bajábamos, los prendíamos y su humo, que duraba mucho tiempo, mitigaba en algo la situación, alejando un poco la plaga. Nadie se quejó y seguimos adelante.

Las lluvias continuaban. Los rayos aparecían otra vez. La guardia de cocina había repartido arepas rellenas con carne de buey y café con

leche. Rafael el margariteño y Mano Pedro eran los cocineros de turno. La lluvia comenzó poco después de la comida.

El Cabito y Baltasar se encontraban en el caney de la comandancia estudiando y leyendo. La mayoría había colocado las hamacas y los plásticos. Un poderoso trueno precedido de un rayo que iluminó el cielo hizo crujir a un árbol cercano al caney de la comandancia. El árbol se fue contra el caney. El ruido los alertó y el Cabito y Baltasar salieron corriendo en direcciones opuestas. Pero el árbol cayó en la dirección en que corrió Baltasar tumbándolo y golpeándolo. Baltasar estaba debajo de una gran rama y se quejaba, estaba consciente. Nos movilizamos rápidamente. Entre todos pudimos sacarlo. Estaba muy golpeado y adolorido. No podía caminar. Lo cargamos y lo acostamos en la hamaca. El médico ya había abandonado el campamento y no estaba con nosotros. Ante lo maltrecho que se encontraba se decidió sacarlo. Se hicieron los contactos con la retaguardia y se acordó el día de la salida. Se nombró una comisión para que lo llevara a la carretera. Baltasar no se sostenía en pie y hubo que trasladarlo en parihuela acostado en la hamaca. El traslado era difícil porque se tenía que atravesar cerros.

Sin problemas se llegó a la carretera y así salió Baltasar, el primer comandante del Frente por los lados de Yaracuy. Baltasar viajó a Cuba en un barco con un grupo numeroso de guerrilleros enviados a recibir entrenamiento para prepararse y regresar en una expedición a Venezuela. Allá rompió con el FLN-FALN y, con Lunar Márquez y Osvaldo Barreto formó un movimiento que se llamó el MOSAN (Movimiento de Salvación Nacional) y organizaron un frente guerrillero de corta duración en el oriente del país.

Años después muere en un enfrentamiento con la Guardia Nacional en el Aeropuerto de La Chinita, en Maracaibo, cuando intentaba llevarse un avión, en una operación que estaba dentro de un plan para liberar a Chávez de la cárcel de Yare. Con él actuaron y fueron detenidos Santiago Báez, quien recibió cinco tiros de FAL en diferentes partes del cuerpo, pudiendo sobrevivir a las heridas, y Francisco Rueda Gutiérrez, quien murió tiempo después como producto de las torturas a que fue sometido.

Salí en comisión con el equipo al cual pertenecía a recibir a unos camaradas que se integraban al frente. La carretera quedaba como a tres horas del campamento.

Teníamos que pasar por la casa de los Cruces, campesinos militantes revolucionarios que eran nuestra base social. Llegamos a la casa y allí estuvimos rato conversando con ellos. Nos darían información de cómo estaba el camino para poder continuar sin problemas. No había ninguna novedad y continuamos hacia la carretera. Era de noche. Llegamos y nos colocamos en posición de alerta con las medidas de seguridad correspondientes. Esperamos la llegada del carro con los camaradas.

Todas las señales estaban acordadas. Esa noche llegó Lino Martínez, miembro de la dirección nacional del MIR y quien, junto con Alejandro Mariño, había sido el comandante del Frente en el sur de Falcón. Lo recibimos. Era junio y estaba reciente la muerte de Fabricio Ojeda. Llegamos de regreso nuevamente a la casa de los Cruces. Allí nos paramos un rato y tomamos café. Aproveché para preguntarle al camarada Lino sobre la muerte de Fabricio y me confirmó con dolor lo que representaba la muerte de uno de nuestros principales dirigentes revolucionarios, sobre todo en este momento de definiciones. Era un duro golpe para nosotros.

Continuamos y llegamos al campamento. Cumplida la misión, cada quién se retiró hacia su colgadero. Al día siguiente, luego de una reunión de la comandancia, se nos comunicó la retirada de los camaradas del MIR. Por decisión de la dirección de su partido eran trasladados al Frente Guerrillero Ezequiel Zamora en las montañas del Bachiller en el estado Miranda. Les hicimos un acto de despedida y los llevamos cantándole el Himno Nacional hasta la salida del campamento. Desde allí una comisión los llevó a la carretera donde los esperaban los carros que los sacarían de la montaña. El 23 de marzo de 1967, Mandulei fue detenido y fusilado junto al Chema Saher. El Chicle y el negrito Eloy murieron en combate con el ejército en esas mismas montañas.

Después de la salida de los camaradas del MIR la vida en el campamento transcurrió normal. En los primeros días de julio emprendimos la retirada de El Barrial, dejábamos un grupo de caneyes contruidos con nuestras propias manos y un montón de recuerdos sembrados en los meses que nos acogió en su seno. Nos desplazamos en dirección al Río Tocuyo. En un alto de la marcha, preparados para acampar y reunidos en círculo conversábamos sobre los bombardeos a que éramos sometidos. De repente una ráfaga de la metrallera ZK se le disparó al loco Fabricio hiriendo a Tenorio y al Negro Antonio en las piernas. Por fortuna, las heridas no eran graves, pero nos obligó a sacarlos y se hizo lenta la marcha.

*Humberto Vargas Medina*

Éramos un grupo de aproximadamente noventa guerrilleros. El ruido de los helicópteros y de los aviones hacía presagiar que se aproximaba una ofensiva militar contra nosotros. Los bombardeos continuaban. Las informaciones que nos empezaban a llegar por radio nos decían que se había producido un desembarco de guerrilleros por la costa de Chichiriviche en el estado Falcón.

El ruido cadencioso del motor del helicóptero que oíamos desde lejos, nos avisaba que se estaban acercando y que seríamos bombardeados otra vez. Ya estaban encima, pero los copos de los árboles de la alta vegetación formaban un techo que les impedía la visibilidad y se convertía en nuestro aliado. Tres aviones surcaban el cielo en forma de cuña detrás del helicóptero que, con el ametrallamiento de una zona les indicaba el lugar donde lanzarían las bombas. Y así lo hacían. Y las bombas en su estruendo y su carga de muerte caían cerca, una detrás de la otra, pero no encima de nosotros. Sin embargo, cada vez que esto pasaba, cada guerrillero se colocaba pegado al tronco de un árbol grande para protegerse. Los bombardeos se efectuaban dos veces al día, en la mañana a las once y a las cuatro de la tarde. Esa situación nos acompañó por varios días sin nada que lamentar.



Arnaldo Ochoa (Antonio) y Luben Petkoff (Ramón) navegando para desembarcar en Chichiriviche (Falcón), el 24 de Julio de 1966 para integrarse a la guerrilla venezolana.

## Llegaron los cubanos

El 6 de agosto de 1966, nos encontrábamos levantando el campamento para continuar la marcha. Durante todo el día anterior y parte de la noche caminamos para tratar de romper el cerco y salirnos del perímetro de los bombardeos. No habíamos tenido contacto directo con los soldados, pero sabíamos que estaba en actividad una ofensiva militar por tierra y aire contra nosotros. Aprovechábamos la luz de la luna para avanzar. Pasaríamos por una quebrada con una profundidad de más o menos seis metros al fondo de un barranco. Abajo el agua corría sobre peñascos. De orilla a orilla estaba colocado el tronco de árbol que servía de puente. Uno a uno fuimos pasando con el cuidado de no resbalar, el tronco estaba mojado y un resbalón implicaba una caída que nos podía lesionar. El arma nos servía como la vara a los equilibristas.

—*Chivo que se devuelve se desnucan*—, gritó un guerrillero.

Ahí fue que entendí el dicho popular de *chivo que se devuelve se desnucan*, porque devolverse estando encima de aquél tronco se corría el riesgo de caer y... desnucarse.

Habíamos llegado cansados, pero igual, tempranito estábamos parados para continuar la marcha. Había amanecido, estaba claro y yo con Amílcar, a quien le decíamos el Sayón, recogíamos las hamacas del colgadero donde dormimos en litera. Eran aproximadamente las seis de la mañana. El tiempo estaba bonito y fresco y no llovía. Bajando la falda de la montaña, casi llegando al plan se oían ruidos como

quebrando palos. En principio pensamos que podían ser animales. La intuición nos hizo dirigir la vista hacia donde se escuchaban los ruidos. Se notaba movimiento de ramas. Nos pusimos alerta. Continuamos arreglando el morral sin dejar de estar pendientes. Los ruidos se hicieron cercanos y entre la vegetación aparecieron dos hombres a los que solo se les veía la cabeza. Uno de ellos nos hizo señas y nos gritó:

—*¡Ustedes son la gente de Orozco! ¡Ustedes son la gente de Orozco!*

Pero nosotros no le oíamos bien y al principio creíamos que podían ser campesinos.

Nos sorprendió que aparecieran por allí sin que la guardia se hubiese dado cuenta. De todos modos nos parapetamos detrás de un árbol y apuntándolos con nuestras armas, les gritamos:

—*¡Que quieren! ¡Acérquense!*

Y saliendo de la vegetación se fueron acercando con las manos en alto dos hombres armados con los fales colocados a la bandolera. Uno catire, fuerte, y el otro, flaco, de mediana estatura, trigueño, de espesa barba.

—*Buscamos a Orozco—, dijeron.*

Así llegaron hasta nosotros. Al tenerlos cerca saltamos hacia ellos y sin oponer resistencia nos entregaron los fusiles.

El tipo de uniforme, las botas y la indumentaria que cargaban, aunque de color verde, era diferente al Ejército y aún más a nosotros, además, la espesa barba que traía uno de ellos, no dejaba duda de que eran los del desembarco. Aunque ya lo sabíamos por la radio, la comandancia no nos había informado nada. Todavía lo mantenían en un secreto que ya no era secreto para nadie.

Eran Juancho y Salvador, oficiales del ejército cubano. Juancho, el de la barba cerrada y espesa, que con el paso del tiempo supimos era el comandante del ejército cubano Orestes Guerra, segundo jefe de la columna guerrillera de Camilo Cienfuegos y jefe de su vanguardia y miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Fue herido en la cabeza en el combate de Uvero, uno de los combates más importantes y previos a la derrota del ejército de Batista y por esta razón le pusieron una parte de platino en el cráneo. Salvador era Primer Capitán. Eran jóvenes. Ninguno de los dos superaba los treinta años.

La noticia cundió en toda la guerrilla. Estábamos, unos en la falda y otros en la fila de la montaña. La voz se corrió por todo el campamento. Aparte de los que estaban de guardia, la mayoría de los guerrilleros empezó a arremolinarse alrededor de aquellos sorprendidos y extraños visitantes. Miranda, el Cabito, Cuchufleta, Fernando, Marcos, miembros de la comandancia, les hacían preguntas en medio de un círculo que habíamos hecho a su alrededor. Pero estaban mudos, sentados en el suelo, no pronunciaban palabras, queriendo esconder su acento cubano. Melchor, emocionado les decía:

—*¡Yo te conozco, yo te he visto en la universidad!*

Y estas palabras sirvieron para que le mamáramos el gallo durante un tiempo.

Y otro guerrillero le lamió la bota a Salvador y grito emocionado:

—*¡Si son, si son, la bota está salada!*

Pero no abrían la boca y querían comunicarse por señas. El viejo Orozco bajó de la fila y se encontraba junto a ellos. Era un campesino muy callaíto, viejo militante comunista. Había sido compañero de Luben en los primeros brotes guerrilleros que se formaron en el país y consecuente como verdadero revolucionario, se encontraba entre nosotros buscando el futuro.

—*¡Yo soy Orozco!*—, les dijo.

Los cubanos se quedaron viéndolo. Y así fue que se decidieron a hablar y se identificaron como miembros de la expedición de solidaridad con Venezuela, en la cual también venía Luben Petkoff.

Juancho, dirigiéndose a Orozco, le dijo:

—*Luben le manda a decir que quiere verlo para que traiga hasta aquí al resto de los camaradas que andan conmigo.*

En seguida una comisión donde se encontraba, por supuesto, el viejo Orozco, salió a buscar al resto de revolucionarios internacionalistas cubanos que venían a reforzar al movimiento revolucionario venezolano, encabezados por Luben y Arnaldo Ochoa, comandante del ejército cubano, joven de aspecto aindiao de veinticinco años de edad, alto y fuerte, de no menos 1.90 de estatura, a quien solo le salían unos cuantos pelos en la barbilla.

El comandante Ochoa al salir de Cuba era el Jefe del Ejército del Centro, donde su compadre Raúl Castro, era el jefe del Ejército de Oriente y el Che

Guevara jefe del Ejército de Occidente. Era miembro del Comité Central de Partido Comunista de Cuba. El otro comandante y miembro del Comité Central, era Peruchito.

Peruchito tuvo mala suerte, recién llegado se cayó por un barranco y se dañó la columna, con gran esfuerzo caminaba y no soportaba peso alguno. Se le tuvo que quitar todo peso, el morral, el arma se le cambió por una pequeña. Le era difícil caminar, subir y bajar cerros. Los cerros de Yaracuy son subir y bajar, termina uno y empieza otro, y para él en las condiciones en que estaba, se convirtió en una carga para la columna guerrillera. Retrasaba la marcha y aunque no se quejaba el dolor se le notaba. No quedó otra alternativa que regresarlo a Cuba, y allá, lamentablemente, en un accidente de tránsito, junto a su esposa, se mató. Los demás, Simón, Oscar, Lorenzo, Cupertino, Horacio, William, Manolín, Luis Felipe, Mario y Mochila eran capitanes, primeros capitanes y tenientes, todos guerrilleros veteranos de la Sierra Maestra. Esto daba una idea de la calidad de combatientes que Cuba había destinado para Venezuela. Los cubanos, con mucha humildad y respeto con la guerrilla a la cual estaban llegando, se incorporaron como combatientes a los diferentes equipos y escuadras, poniendo a un lado sus altos conocimientos militares. Solo Antonio ingresó directamente a la comandancia del Frente.

La guerrilla que había crecido con las nuevas incorporaciones, reiniciaba nuevamente la marcha con ropa y botas en buenas condiciones, fácilmente nos podíamos confundir con el ejército. Continuamos la marcha en dirección al río Tocuyo.



Grupo de internacionalistas cubanos en las montañas venezolanas antes de regresar a Cuba.

Parados de izq. a derecha: Luis Felipe, Juancho, Antonio (El General Arnaldo Ochoa), Simón y Lorenzo. Agachados: Mochila, Cupertino, Salvador y Horacio. Faltan Peruchito y Mario que regresaron tempranamente a Cuba, Manolín preso en el Cuartel San Carlos, William muerto en combate y, Oscar que debe ser quien toma la foto.

## Fusilamiento del traidor

En años anteriores, con los primeros guerrilleros que actuaron en esta zona, un grupo de combatientes fueron delatados por un confidente del ejército que se hizo pasar como amigo y colaborador de la guerrilla. El hombre que los visitaba con regularidad y les llevaba comida planificó junto con el ejército la entrega de los combatientes revolucionarios Toribio García, Amado Petit y Oswaldo Orsini. Con toda premeditación llevó a los cazadores y a la Digepol al campamento donde se encontraban. No le importó la vida de jóvenes que estaban luchando, precisamente por un mundo mejor para él y sus hijos.

Los guerrilleros fueron sorprendidos, sometidos y fusilados. Bajaron la guardia y confiaron en aquel campesino traidor que les conocía todos los movimientos. Luben recordaba con dolor el episodio. Un nudo en la garganta le brotaba y le hacía mover en su cuello la saliente manzana de Adán, cada vez que recordaba el hecho. Fresca estaba en su memoria la imagen de los camaradas muertos, porque él los encontró a su regreso al campamento y los vio torturados y juró vengarlos. Conocía al delator y sabía que vivía por las inmediaciones del río Tocuyo. Seguro que allí estaría. Había pasado el tiempo y probablemente no se imaginaría que la guerrilla volvería a buscarlo. Y en todo caso pensaría que no lo iban a sorprender. Él era un hombre zamarro y de confianza del ejército.

*“Además, esa gente se fue de por aquí y no van a volver”*

Había que encontrarlo para que pagara su traición. No podría escaparse.

Llegamos al río Tocuyo. Estaba crecido, turbio y los palos y ramas que se traía en su recorrido lo surcaban. Seguramente llovía en las cabecezas. Estábamos correctamente uniformados, tanto, que parecíamos del ejército. Llegamos a un caserío y preguntábamos a los campesinos de la zona por un baqueano que nos sirviera de guía. Nos indicaron una casa donde vivía un campesino que en otras oportunidades había servido de baqueano al ejército. Y así llegamos donde un hombre entrado en años, de más de cincuenta, flaco, alto y desgarbado, con su aspecto rudo de hombre del campo, que al principio se negaba. Él no quería meterse en esos líos.

*—Yo no quiero ser guía de nadie. Ustedes se van y yo quedo.*

Pero de todos modos acordó servirnos de guía.

Le preguntamos por Ramón Pérez y en seguida, con voz pausada nos dijo:

*—Ese sí es amigo de ustedes y de seguro los acompaña.*

Y nos llevó a su casa.

La indumentaria y el armamento nos permitían hacernos pasar por miembros del ejército.

Llegamos a casa de Ramón Pérez y le tocamos la puerta. El hombre estaba allí, sin camisa y con el machete en la mano. Era un rancho de bahareque con techo de palma. Una improvisada puerta de tablas de madera le servía de entrada. Aunque no entramos, pudimos observar el piso de tierra y una troja que le servía de cama. Acababa de llegar del conuco. Parecía que vivía solo.

*—Somos del ejército y queremos que nos acompañe a hacer unas exploraciones. Usted es uno de los nuestros. Tenemos información que por aquí se está moviendo gente armada—*, se le dijo.

El hombre, era un campesino como de 35 años, blanco, bajito y fuerte. Estaba solo en su casa. Haciendo alarde de su incondicionalidad, se nos puso a la orden.

*—Aquí estoy para servirles—*, nos dijo.

Hablaba mucho. En el camino contaba sus hazañas vanagloriándose de ellas para combatir la guerrilla.

Los camaradas que tenían barba fueron separados del grupo y solo

aparecían los que tenían FAL y metras. Teníamos que hacer bien el teatro para que los detenidos no se dieran cuenta. El hombre, ignorante de estar en manos de quien estaba seguía echando sus cuentos y más cuentos y narró cómo llevó al ejército al campamento de los camaradas y cómo fueron fusilados. El otro campesino se mantenía callado, tal vez se habría dado cuenta de quienes realmente éramos. Solo decía que a él no le gustaba ese trabajo, pero que si lo buscaban no podía negarse.

Entrada la noche, como a las ocho, se apareció Luben. Ramón Pérez lo vio, lo reconoció en el acto y cambió de color, se puso pálido. Se dio cuenta de quiénes éramos y entró en razón de lo que le esperaba. Ya no era necesario decírselo, las cartas estaban echadas. Se puso nervioso y trató de huir. Corrió desesperadamente. No hallaba que hacer, corría en varias direcciones, estaba rodeado. Nadie trató de dispararle, se detuvo de nuevo y se le amarraron las manos a la espalda. Ramón Pérez no pudo lograr su objetivo, no avanzó mucho. Estaba nuevamente en nuestras manos. Sus ojos tenían la expresión de pedir clemencia y se movían de un lado a otro. Se sabía acorralado, sin posibilidad de salvación. Había hablado tanto que no tenía forma de negar el momento en que condujo al ejército para asesinar a nuestros camaradas. Seguramente pasó por su mente aquél momento de traición, con la imagen de aquellos muchachos cuando eran torturados y fusilados.

Se le asignaron dos combatientes de custodia. En la madrugada, en su desespero, intentó nuevamente huir, pero tampoco pudo. El hombre sabía lo que le venía encima y que no tenía opción. Estaba callado, ya no era el hablador del principio, el que echaba los cuentos de sus hazañas.

Para nosotros era también duro, nadie estaba alegre. Pero sí decididos. No era fácil enfrentarse a situaciones como éstas. Para el guerrillero, aun estando ligado a la posibilidad en cada instante de la muerte, ama, quiere y lucha por la vida, pero había que hacerlo. La falta cometida por ese hombre no brindaba otra posibilidad. Eran nuestros camaradas los que había entregado. Ramón Pérez estaba consciente de la gravedad de lo que había hecho, y que esta se paga con la vida. Su destino estaba escrito.

El otro campesino seguía argumentando que él no había dañado a nadie y que si había sido guía del ejército, era porque no podía oponerse cuando lo buscaban.

— *¿Y qué hago yo si me llevan obligado?* —, repetía una y otra vez.

A la mañana siguiente se avanzó con el culpable de la muerte de los camaradas al sitio donde se produciría el ajusticiamiento. Nos salimos del camino y nos adentramos un poco en el monte. Se nombró el pelotón que ejecutaría la medida. Tres compañeros fueron escogidos para llevar a cabo la ejecución. Entre ellos estaba el Loco Fabricio.

Fabricio se negaba a ejecutar la orden.

—*Yo no mato a nadie en esas condiciones*—, decía.

Y se negó a ejecutarla.

Colocado parado y recostado al árbol donde sería fusilado, se le preguntó a Ramón Pérez, que decía del otro campesino. Todavía manteniendo algo de vergüenza, dijo:

—*Ese señor no ha hecho nada, no tiene nada de culpa.*

El pelotón de fusilamiento se colocó en posición esperando la orden de fuego que funcionó sin el Loco Fabricio. El otro campesino estaba presente. El hombre estaba frente a nosotros, parado, con la espalda recostada a un árbol, a pocos metros de quienes efectuarían los disparos.

Se le preguntó si sabía por qué iba a morir y dijo que sí. Si quería que le taparan los ojos y respondió que no, que él quería ver todo.

El hombre estaba sereno, como resignado a su suerte.

Luben, con su alta y flaca figura, su barba amarilla y bigotes entorchados que afilaba dándole vuelta a cada extremo con sus dedos, se colocó al lado del hombre. Se acomodó su AK de cacerina curva, arma que le regalaron en Bulgaria y trajo desde Cuba, dio un pequeño discurso razonando el porqué se tomaba esta medida extrema contra este campesino. El hombre oía y parecía hipnotizado con su mirada fija sin pestañar. Al final de sus palabras, Luben, dirigiéndose al otro campesino, le dijo que no se le haría nada, que podía irse tranquilo.

El pelotón de fusilamiento recibió la orden y sonaron los disparos, el hombre cayó. Ramón Pérez había pagado su traición, La deuda había sido saldada.

El otro campesino observaba, estaba callado, en silencio. Luben se le acercó y le dijo nuevamente que se fuera y se marchó lento, y cabizbajo hasta que desapareció de la vista. Mario, un hombre blanco alto, joven, era el capitán Bouza del ejército cubano. Su arma era un M-2 que le había dado la protección cubana que los trajo a nuestras costas. El

arma que traía asignada desde Cuba la había perdido en el desembarco, quedó en la profundidad del mar. Como el resto de los cubanos, se incorporó a una de nuestras escuadras y compartía normalmente con el resto de la guerrilla.

Caminábamos por las montañas de Yaracuy. No había pasado un mes de habernos encontrado. Ya Peruchito había salido. En un alto de la marcha, cuando nos disponíamos a comer, un disparo nos colocó a todos en alerta. Todos nos tiramos al suelo. Pensamos que nos había sorprendido el enemigo. Nos quedamos callados como esperando nuevos disparos. No se oyeron. Y corrió la voz rompiendo el silencio:

*¡A Mario se le escapó un tiro y está herido!*

Un balazo le había atravesado el pie. El tiro no le tocó hueso, le atravesó el pie de arriba hacia abajo, saliéndole por la planta.

Los comentarios no se hicieron esperar. Los cubanos, a quienes desde el momento del encuentro los apodamos los Maracuchos, no se comieron el cuento y Antonio el Maracucho estaba encabronado y pedía hacerle un juicio y aplicarle la pena máxima. Lo acusaba de cobarde y de fabricar lo sucedido como excusa para desertar.

Los cubanos se retiraron a deliberar. Antonio pedía fusilamiento para Mario, por cobarde y desertor. Los demás maracuchos se oponían y lo convencieron. Era un costo muy alto el que un oficial cubano fuese fusilado, en misión internacionalista, por sus propios compañeros.

Mario no podía caminar y se nombró una comisión para que se encargara de él hasta que lo bajaran. El grueso de la guerrilla continuó su camino para encontrarnos más adelante, una vez cumplida la misión.

Con mucha dificultad caminamos hasta cerca de la carretera, en donde esperaríamos a que llegara la gente de la retaguardia para bajarlo rumbo a Caracas, en su regreso a Cuba. La comandancia ya había hecho los contactos para sacarlo. Yo integraba esa comisión junto a otros guerrilleros.

Con él nos quedamos cerca de la casa de un campesino amigo que nos mantenía informados del más mínimo movimiento en la zona. Llegó el momento acordado para esperar en la carretera y hacia allá nos dirigimos con la lentitud y la dificultad del caminar de Mario, y allí esperamos hasta que llegó el carro que lo trasladaría a Caracas. Se despidió de nosotros.

*Humberto Vargas Medina*

Años después se fue de Cuba para España, casado con una española, luego a Miami donde fue asesinado, presuntamente, por bandas contrarrevolucionarias.



Parados de izquierda a derecha: El Gocho Gustavo, Orozco, Edgar, Hochimin.  
Sentado: Willian Verdú (Torombolo).  
Montañas de Venezuela, año 1966. Foto: Rodrigo Moya, Revista *Sucesos*

## El desembarco

La costa venezolana estaba cerca. Ya se divisaba la playa y no había marcha atrás. Los catorce internacionalistas encabezados por Luben y Arnaldo Ochoa se preparaban para pisar tierra firme. El mar estaba picado y agitado. Era de noche. El cielo estaba despejado y sin estrellas. La oscuridad favorecía el desembarco porque le era más difícil al enemigo detectarlo, pero también la oscuridad lo hacía más riesgoso. Habían dejado el barco madre y estaban en la lancha en la que finalmente llegarían a la playa. Las olas eran altas y fuertes y golpeaban la proa, sacudían la lancha y mojaban a los combatientes que estaban empapados. Avanzaban en la dirección acordada. Otra lancha iba de custodia hasta la playa, protegiendo el desembarco. Con el bamboleo violento del mar los botes continuaban su rumbo con su carga de revolucionarios, unas veces en la cresta de las olas y otras como cediendo al embate del mar. Y en esa enconada lucha entre lancha y mar, la lancha no resistía la embestida y las sacudidas que le propinaban las aguas turbulentas, y se volteó. Peleando con las olas, con el mar picado, oscuro y profundo, algunos perdieron las armas.

La custodia que venía en la otra lancha protegiendo el desembarco los recogió, entregó sus armas a los camaradas que las habían perdido y los ayudó a llegar hasta la playa. Una vez completada la misión regresaron al barco madre en alta mar y partieron rumbo a Cuba.

El desembarco se había realizado. Como pudieron, llegaron a la orilla, estuvieron a punto de ahogarse, pero habían vencido. Ya estaban en

tierra firme, totalmente mojados y pasando el susto. Se contaron, estaban completos. Todos con armas. Descansaron un poco y empezaron a caminar montaña adentro buscando encontrarse con la gente de Orozco. Luben era un hombre alto y flaco, de no menos de 1,85 de estatura. Estando preso enjuiciado por rebelión militar fue condenado a treinta años de prisión en un juicio sumarísimo celebrado en Fuerte Tiuna que duró 24 horas, donde no tuvieron derecho a la defensa. Se había fugado de la cárcel de Trujillo junto a Fabricio Ojeda, Lunar Márquez, Vegas Castejón, Acosta Bello y Omar Echeverría.

En una entrevista expresó a un periodista:

*—Cuando hablamos de Liberación Nacional, entendemos que ella significa luchar contra el imperialismo norteamericano, y hoy en día luchar contra el imperialismo norteamericano es sinónimo de empuñar las armas, no hay otra alternativa, nos lo ha demostrado el propio imperialismo.*

Y los cubanos que se encontraban entre nosotros y llegaron con él, empezaban a materializar el compromiso de ayudar a la lucha revolucionaria en Venezuela. Fuera de ese percance no tuvieron otro contratiempo, pero dejaron huellas y el gobierno movilizó tropas en su persecución.

## El encuentro de Las Guabinas

Después del ajusticiamiento de Ramón Pérez, avanzamos por un camino real. Era un camino de tierra de unos tres metros de ancho con vegetación baja y despejada, por donde también transitaban vehículos rústicos. Corría el mes de agosto de 1966. Los cubanos apenas tenían unos días con nosotros. Nos habíamos alejado del río Tocuyo. Caminábamos en dirección a Santa Inés, en ese triángulo que divide a los tres estados, Falcón, Lara y Yaracuy, en el sitio denominado Las Guabinas, tomando todas las medidas de seguridad por si acaso nos topábamos con el enemigo.

La distancia que manteníamos entre guerrillero y guerrillero era de diez metros. Todos estábamos numerados. Uno, dos, tres, cuatro y así hasta el último. Los impares irían por el lado derecho del camino y los pares por el lado izquierdo, como en zigzag, siempre guardando las distancias y por las orillas. Vanguardia y retaguardia estarían alertas.

Tomando en cuenta que éramos alrededor de cien guerrilleros, la separación entre el primero y el último era de mil metros aproximadamente.

La voz llegó desde la vanguardia. De guerrillero a guerrillero, uno a uno la fue pasando. La alarma se había disparado. La información venía de boca en boca transmitiéndose de uno al otro.

— *¡Avancemos hay tiros en la vanguardia!*

Apuramos el paso. Se había producido un encuentro con la Guardia Nacional.

Todos corrimos hacia allá en orden y en posición de combate.

Tanta era la distancia entre el primero y el último que la vanguardia hizo contacto con la Guardia Nacional y los que íbamos en la retaguardia no oímos los disparos.

El encuentro había sido casual, hubo un intercambio de disparos y ellos llevaron la peor parte. Los guardias andaban en comisión buscando alambiques clandestinos, donde los campesinos fabrican el aguardiente, más que todo el cocuy, de manera artesanal. La Guardia los tenía azotados y los campesinos se quejaban.

Con la emergencia del caso llegamos al sitio de combate. Todo estaba controlado. Los heridos estaban siendo atendidos. Managua, el enfermero de la guerrilla, les hacía las curas. Un jeep tiroteado y un Guardia Nacional muerto, todavía estaba dentro del jeep, en la parte de atrás. Su brazo perforado por un disparo colgaba con la mitad de su cuerpo hacia fuera. Otro tiro le había atravesado el pecho y le ocasionó la muerte.

El resultado del corto combate daba, además del guardia muerto, dos heridos leves a los cuales curamos. Uno resultó ileso. Dos metralletas, un FN-30 y un revólver fue nuestro botín de guerra que enseguida pasó a nuevas manos. Hablamos con ellos sobre las razones de nuestra lucha y los dejamos ir. El guardia ileso tomó el volante del Jeep y se fueron.

Tomamos rumbo a las montañas del triángulo de los tres estados. Teníamos que alejarnos rápidamente de la zona del combate. Era inevitable la persecución del ejército. Y como era de esperar, en la tarde empezaron los bombardeos.

La guerrilla pelea con superioridad táctica y huye por inferioridad estratégica, pica y huye, esa es su norma. Es lo que permite golpear al enemigo para desmoralizarlo y preservar sus fuerzas. En este momento nos correspondía huir y avanzábamos hacia los sitios donde le era más difícil al enemigo entrar en un terreno que nosotros conocíamos más.

Los cubanos habían traído bastante dinero, suficiente para abastecernos, pero en ese momento de nada nos servía, pues no podíamos acercarnos a comprar en ninguna parte por la ofensiva del ejército. Las calletas donde almacenábamos comida estaban lejos y los morrales casi vacíos, con poca comida, que se nos fue acabando mientras empezaba el cerco a sentirse.

Caminábamos solo por picas, nada de camino real, borrando bien las huellas. A veces lo hacíamos de noche aprovechando la luna.

La presencia del ejército nos impedía llegarles a los campesinos para comprarles comida. La plata estaba en los morrales de la comandancia y no la podíamos gastar. La poca comida que nos quedaba se acabó. Siete días tuvimos sin ingerir alimentos y caminando por montañas hasta que encontramos a lo largo de un camino matas muy parecidas a la lechosa que dan, un fruto también parecido, pero más pequeño, al que le dicen los campesinos “tapa culo”. Los de adelante se hartaron de tapaculo. Se comían las semillas, bien sabrosas para quienes no teníamos nada en el estómago, mientras los de atrás solo encontrábamos conchas de “tapa culo” que los adelante iban dejando. Por supuesto ante el hambre que cargábamos no nos quedó otra alternativa que comer las conchas que iban quedando en el suelo. Al día siguiente, los que comimos conchas estábamos riendo mejor, mientras lo que comieron la semilla se taparon, haciendo honor al nombre de la fruta. Poco a poco se fueron destapando después de fuertes retorcijones de barriga, menos Juan de Dios que no se destapaba con nada. La barriga se le fue llenando de gases que cuando los expulsaba era para salir corriendo. Hicimos de todo para destaparlo. Improvisamos mangueritas por donde intentamos meterle agua con jabón, pero nada, no penetraba nada, se le había hecho un tapón de semillas que se le soldaron y no podían despegársele por más que intentábamos. Hasta el pistón de los gases de un FAL se le trató de meter por el recto tratando de sacar las semillas atascadas en el intestino, pero nada. No hubo manera de resolver el problema y Juan de Dios se enfermó más, se puso pálido y se quejaba y no podía caminar. Pensamos que se nos podía morir. Había que cargarlo, no podía caminar. Cortamos el tronco de un árbol y preparamos una nueva parihuela para trasladar a quien más nunca le quedarían ganas de comer “tapa culo”.

Caminar de esta manera por montañas era bastante difícil y más aún en medio del cerco. La marcha se retrasaba mucho, entonces se decidió que una escuadra se quedara con él para sacarlo de la montaña. Era la única forma de salvarlo. Luego nos encontraríamos en un punto de concentración concertado. El resto seguimos avanzando. Como pudimos salimos del cerco y llegamos a la casa de un campesino al que compramos un cochino. Era de noche y allí lo preparamos. Nuestros estómagos cantaron victoria. Una sopa de cochino con todo el grasero nos sació el hambre. Nadie se enfermó, a nadie le dio diarrea a pesar

de la nata de grasa que flotaba en las tasas. Nuestros ojos tomaron brillo y nuestros rostros adquirieron color.

“¡Barriga llena, corazón contento!” Era nuestro lema en ese momento.

Compramos harina pan y preparamos unos bollos, unas cuantas sardinas y manteca de cochino que llevamos para el camino que untábamos y utilizábamos como mantequilla.

Llegamos a Río de Oro, una quebrada en forma de culebra, casi seca, pedregosa, que bajaba de la montaña entre dos cerros y surcada por un chorrito de agua que apenas cubría la suelas de las botas. Por allí caminábamos buscando el alto de la montaña, hacia las cabeceras, donde llovía fuertemente. Caminábamos por dentro de la quebrada para no dejar huellas y avanzar rápido.

Un ruido sordo se oía desde la dirección en que avanzábamos. Pero seguimos caminando en la misma dirección. En la medida en que se acercaba el ruido se hacía más fuerte. No sabíamos qué era. Una inmensa bola de agua se nos venía encima. Era como una pelota gigante que rodaba con toda su velocidad y fuerza. No imaginé nunca que la creciente de un río se diera de esa manera. El ruido era como el de un trueno largo y sostenido que no se apagaba, cada vez más fuerte, un ronquido estruendoso que avanzaba trayendo piedras y palos de diferentes tamaños. La vanguardia que la divisó primero, pasó la voz para que nos pusiéramos a un lado de la quebrada. Había que actuar con rapidez para que no nos arrollara. La bola de agua tenía como cuatro metros de diámetro y se desplazaba violentamente, haciendo el zigzag que le obligaba el curso de la quebrada. Como pudimos, hicimos lo posible de colocamos de una orilla y de la otra. Unos saltaron y se pusieron a salvo, mientras otros no tuvieron tiempo y el agua los golpeó y se llevó a quienes infructuosamente trataron de sostenerse en pie y no soltar el morral ni el arma. Unos se agarraron de los troncos, de las ramas de los árboles, de la mano extendida de algún combatiente que no lo dejaba ir. Aún así, la violencia del agua no le permitió a Mano Yeyo sostener el fusil por más esfuerzo que hizo y se le fue quebrada abajo.

La creciente nos dividió en dos grupos, unos en una orilla y otros en la otra. Así estuvimos durante largo tiempo hasta que bajó el agua. Mano Yeyo, ayudado por un grupo, salió quebrada abajo a buscar el fusil. Lo encontraron enredado en unas ramas después de una intensa búsqueda. Acampamos cerca, ya se estaba haciendo de noche.

A la mañana siguiente nos fuimos alejando de la quebrada con las cantimploras llenas. Avanzamos en dirección de lo alto de montaña, para caminar por la fila. Las huellas dejadas por los soldados las veíamos por todos lados, lo que nos hacía marchar muy alertas.

Llegamos a la casa de un campesino. Nos informó que por esos lados no se había movilizadado el ejército. Las manos de cambur verde colgaban de matas de su pequeño cambural. Le compramos unos cuantos que comimos crudos con sardinas.

Continuamos la marcha y, llegando la noche, acampamos en la fila de la montaña. El grueso de la guerrilla se colocó a todo lo largo de la fila cerca de una casa vacía que servía de depósito, ubicada en una pequeña meseta, sobre la cual, desde la altura, teníamos perfecto control visual. En esa casa se colocó una escuadra.

En la mañana, temprano, apenas despuntando el sol, a lo lejos, el ruido chillón de las turbinas del motor y el golpeteo de las aspas de un helicóptero del ejército que se acercaba nos ponía alertas. Ese ruido, ya familiar, lo habíamos estado oyendo desde que llegaron los cubanos. El aparato venía hacia nosotros, cada vez más grande y ruidoso. Tendríamos la visita de Pancho Paleta. No era necesario pasar la voz, el monstruo volador de hierro estaba ahí. Tal vez en misión de exploración, venía solo. Nuestras armas listas para disparar esperaban el momento.

El helicóptero llegó al sitio donde estábamos, dio una vuelta de reconocimiento y revoloteó sobre nosotros golpeándonos con el aire que despedían sus aspas, para luego tratar de aterrizar en un patio más o menos grande que estaba frente a la pequeña casa donde se encontraba nuestra escuadra. El aire sacudido por la hélice del aparato movía las ramas de los árboles y nos llegaba con una brisa fuerte. La vegetación era tupida, pero controlábamos todos los movimientos que realizaba. El terreno que circundaba la casa era ralo y despejado. Se paró en el aire como lo hace el colibrí cuando va a chupar el néctar de la flor. Dentro del aparato artillado se veía la tripulación con la ametralladora punto cincuenta lista para accionar. Momento peligroso, pero dominable. Solo había que dejar que tocara tierra. Estábamos emocionados y tensos. Era nuestro, lo teníamos a tiro. Solo había que dejar que se posara en tierra y se bajaran para agarrarlos. No podíamos dejar que vomitara su carga letal. Le dispararíamos a la hélice y al motor para inutilizarlo, concentrando el fuego en el soldado que manejaba la punto cincuenta. Apresaríamos a la tripulación que parecía tener toda la intención de bajarse.

*¡Es nuestro!* Repetíamos en silencio, en pensamiento colectivo.

El aparato se bamboleaba de un lado a otro como buscando acomodo para el aterrizaje.

Concentrados en aquel singular momento, existía solo el ruido chillón de la turbina y de su característico tableteo. Nuestras miradas sin siquiera pestañear, estaban fijas en un solo punto: el helicóptero. El aparato parado en el aire seguía bajando a tierra, estaba como a un metro y hacía soplar el viento más fuerte sacudiéndolo hacia el cerro donde confundidos con la vegetación nos encontrábamos con la musculatura tan tensa que no nos cabía una aguja.

— *¡Ya! ¡ya! ... Está listo...*—, decíamos sin pronunciar palabras...

Inesperadamente, sin recibir la orden de fuego, el portugués Víctor Vega le disparó una ráfaga con su M-2 sorprendiéndonos a todos. Era un helicóptero francés marca Alouette turbo hélice, artillado.

El aparato se elevó unos metros, se inclinó y se lanzó de lado a lo profundo del farallón que había después del borde de la meseta, para luego enderezar y salirse del perímetro de nuestra fusilería con tanta rapidez y velocidad que nos dejó asombrados, perplejos, boquiabiertos, desilusionados. Nuestra fusilería en una pancá de ahogado, tratando de no dejarlo ir, tronó en descarga en cada uno de nuestros cañones, sobre aquel aparato que se alejaba a todo lo largo de la montaña. No pudimos agarrarlo. Se nos fue. Momento único perdido. La esperanza de meterle mano se desvaneció en cosa de un segundo. No contestó al fuego y lo vimos alejarse. Frustrados nos quedamos observándolo hasta que, como un caballito del diablo, desapareció de nuestra vista. Se nos había escapado una bonita oportunidad. El apresuramiento del portugués Víctor Vega, que no tuvo la paciencia de dejar que tocara tierra, los salvó. Sin embargo el copiloto, un teniente, resultó herido según nos enteramos luego. No supimos aprovechar nuestra superioridad táctica y ahora nos tocaba otra vez hacer gala de nuestra defensiva estratégica: A correr...

— *¡Nos vamos!*

Ubicados por el enemigo teníamos que salirnos de la zona donde vendría con toda seguridad una nueva ofensiva contra nosotros, y así lo hicimos...



Parte de la Columna Guerrillera Argimiro Gabaldón de alrededor de cien combatientes. En ella se ven: Nicolás Hurtado (Fernando), Arnaldo Ochoa (Antonio), Francisco Lugo (Luis), Taparita, Amado Bustillos (Renán), Melchor, Joel, Zapata, Luis Felipe, Calderón, Amílcar (Sayón), Nicolás Montes Beltrán (Negro Andrade), Mano Pedro, Choropo, El viejo Esteban, Faustino (El Sangre), Caimán, Barbisnequi, Emilio, Angelito, Tito, Jacobo, Horacio, Delio y otros..

Foto: Rodrigo Moya, Revista Sucesos

## Marcos y yo

Después de la Conferencia Nacional Guerrillera que se celebró en diciembre de 1966 en las montañas cercanas a La Virgen, pequeña población del estado Yaracuy, mientras el numeroso grupo de casi cien guerrilleros, en una operación de mucho riesgo y audacia preparada por Ramiro y el equipo de la retaguardia, en un camión grande tapado con lonas se trasladaba de Yaracuy a Lara para continuar su marcha hacia los Andes, Marcos y yo nos quedamos por los lados de Chivacoa, cerca de lo que es hoy el embalse de Cumaripa, montaña adentro.

Marcos era español, aunque había nacido en Francia. Muy pequeño vino a Venezuela a donde llegaron sus padres huyendo de la dictadura franquista, luego de la derrota de los republicanos. Estudiando ingeniería en la Universidad Central se hizo militante de la Juventud Comunista y cuando surgen las unidades armadas se integra a la guerrilla urbana. Su rostro era común en la prensa, seguido del siguiente mensaje:

— *¡Se busca!*

Los tribunales militares le habían librado requisitoria pública en anuncios en los periódicos de circulación nacional. La intensa búsqueda que se ejercía sobre él lo llevó a incorporarse a la guerrilla rural. Con anterioridad el Partido lo había mandado a la Unión Soviética y China a realizar estudios de Estado Mayor, en el arte de la guerra. Yo venía de Cuba con los conocimientos necesarios para acompañarlo en la tarea que teníamos planteada, ordenada por la comandancia, de estudiar y explorar las carreteras de la zona, apoyándonos en nuestra base cam-

pesina para golpear al enemigo con la utilización de explosivos. Estábamos a la orilla de una carretera nacional, la que va de la encrucijada de Chivacoa a Nirgua. Allí nos internamos con nuestras armas, un FAL cada uno. Nuestra tarea era exploratoria, nada de librar combates. Teníamos que pasar desapercibidos. Contábamos con campesinos amigos, especialmente con un viejito pequeño de estatura que no pesaba más de cincuenta kilos, de hablar pausado, de sonrisa permanente, de piel oscura y con el pelo lacio, al cual llamábamos don Efraín. El resto de la guerrilla se había desplazado en diferentes puntos. Unos hacia Cojedes, otros hacia Portuguesa y otros hacia Trujillo. Solo nosotros nos habíamos quedado en Yaracuy. El grueso de nuestras fuerzas se desplazaba hacia occidente supuestamente para encontrarse con la guerrilla colombiana. Era mucho caminar trasladarse a pie, cruzando llanuras y montañas para encontrarse con los guerrilleros del hermano país.

¿Qué sentido podría tener atravesar tanta montaña para ir a Colombia si en Venezuela, sobre nuestros hombros, descansaba la responsabilidad de demostrar la vigencia de la lucha armada? No había nada que buscar en Colombia. Lo que estaba planteado era derrotar las tesis de la paz democrática enarbolada por el partido. Si estábamos en buenas condiciones, con buen armamento, con la moral en alto, con conocimiento del terreno, con base social aceptable y con logística suficiente para librar combates, ¿dónde quedaba la exploración con la idea de golpear al enemigo en la carretera Nirgua-Chivacoa?, ¿qué sentido tenía la instalación de la emisora por los lados de Cojedes?, ¿qué sentido tenía irnos tan lejos y abandonar nuestros espacios, si Lara, Yaracuy, Falcón eran un buen teatro de operaciones? Allí podíamos desarrollar una campaña para golpear al enemigo, recoger los saldos políticos y militares y retirarnos hacia una zona de alivio donde pudiéramos reponer las fuerzas para avanzar de nuevo. Pero avanzábamos sin estrategia, sin planes de combate. Si estábamos en la etapa de la defensiva estratégica, no podíamos permitir que el enemigo también tuviera la iniciativa táctica y eso fue lo que sucedió. Se le puso en bandeja de plata la iniciativa táctica, lo que le permitió darnos golpes contundentes con todas las consecuencias de las divisiones que se vivieron luego.

Éramos dos combatientes solos en medio de aquel montañón. De vez en cuando nos vestíamos de civil y visitábamos la casa de los campesinos amigos. Don Efraín era nuestro aliado más importante. Don Efraín, aquel flaquito campesino que en su piel dejaba ver su ancestro africano,

aunque sus facciones eran más bien finas, era nuestro apoyo y tenía una cría de acures y todos los días preparaba arroz con acure.

Los tenía en una jaula grande y allí se reproducían. Era como comer arroz con pollo. Don Efraín era buen cocinero y era un viejo luchador por los derechos de los campesinos. Conocía bastante de sus luchas porque había participado en ellas. Nunca nos lo dijo, pero por sus conocimientos políticos tal vez fue militante del Partido Comunista.

Hablar con él era un aprendizaje, una clase. En las noches, en su pequeño rancho de bahareque, techo de palma y piso de tierra, a la luz de una vela conversábamos sobre la lucha de los campesinos y de cómo los terratenientes se habían adueñado de las mejores tierras por la vía del desalojo apoyándose en la Guardia Nacional o comprándose las, generalmente bajo amenazas. Y él nos decía:

*—La reforma agraria es necesaria para que los campesinos tengan su pedazo y puedan ponerla a producir. Hay mucha tierra abandonada, donde lo que se ve es puro gamelote y jala pa'tras. Caramba compita si repartes solamente la tierra y no les das con qué trabajarla ni los conocimientos, ni los cobres ni la semilla pa' que siembre, al final de cuentas las tierras vuelven a los latifundistas.*

El ejército empezó a moverse en la zona, las cosas se nos empezaron a poner difíciles.

No teníamos tres meses en esas montañas cuando comenzamos a ver movimiento de tropas, lo que nos obligó a alejarnos de la base de apoyo campesina y adentrarnos en el monte. Solo don Efraín se comunicaba con nosotros. Nos movíamos constantemente para no dejarle pista al enemigo. El movimiento de tropas era fuerte, tanto, que decidimos salir de la zona y acordamos enviar a don Efraín a hacer contacto con la retaguardia. Si no lo lograba entonces nos moveríamos hacia los lados de Aroa donde teníamos base social. Para eso teníamos que cruzar la carretera negra en la noche. Como éramos dos podíamos hacerlo sin dificultad y no dejar rastros.

Una tarde se presentó don Efraín al campamento que quedaba en una montañita de donde se observaba cualquier movimiento extraño de personas o animales. Para llegar a él había que pasar por un caño y caminar por un cambural. En el silencio de la montaña y la agudización de nuestro oído captábamos todo ruido cercano de animal o persona. Llegó y nos trajo arroz con acure y unos cuantos cambures sancochados.

Nos sentamos detrás de unos árboles, desde donde veíamos la pica de entrada al campamento a oír qué nos traía don Efraín. Se sentó con nosotros. Con su voz pausada y su acento campesino de la zona, nos dio respuesta al mandado nuestro de comunicarse con la retaguardia.

*—Ya todo estaba listo para salir de la zona—, señaló.*

Las montañas en la cuales nos encontrábamos colindaban con el estado Cojedes.

La ofensiva militar sobre el grupo guerrillero comandado por el Flaco Prada nos había obligado a bajar de la montaña. Don Efraín arregló todo con la retaguardia y había escogido el sitio de la carretera por donde nos recogerían. Esperamos que oscureciera, escondimos los morrales en un lugar que nos pareció seguro y marchamos con don Efraín adelante, con nuestras armas rumbo a la carretera a la que llegamos a eso de la ocho de la noche. Nos cambiamos de ropa. Don Efraín se encargaría de desaparecer la ropa verde. El contacto se estableció entre las nueve y las once de la noche. A las nueve llegaron los carros. Uno se paró justo donde pusimos la señas y el otro continuó y nos esperó más adelante. Después del santo y seña nos despedimos de don Efraín, salimos del monte y nos montamos en el carro. Nos paramos más adelante y encaletamos las armas y partimos siempre con el otro carro de mosca adelante. No hubo contratiempos y llegamos bien.

## La odisea de Cojedes

El grupo guerrillero comandado por el Flaco Prada, cercado, libraba combates con el ejército. Esa era la razón del movimiento de tropas que se desarrollaba por donde nosotros estábamos con la finalidad de estrecharle el cerco.

En ellos recaía la responsabilidad de echar a andar el ansiado plan de salir al aire con una emisora de radio para que la voz de la guerrilla llegara al pueblo venezolano, especialmente a la población campesina que era nuestro medio natural.

La presencia de los cubanos en nuestras filas nos facilitaba la situación. La movilidad y el secreto eran el elemento fundamental de ese grupo para no ser detectados por el enemigo, no era el combate. Mochila el teniente del ejército cubano Sergio Vega, oficial de comunicaciones, era el responsable de instalarla. Con todo el equipo necesario marcharon a los alrededores del estado Cojedes. William, el capitán del ejército cubano Douglas Díaz, veterano de la Sierra Maestra, lo acompañaba en esa tarea, y hacia allá marcharon con un selecto grupo de guerrilleros comandados por Francisco Prada (el Flaco) y Freddy Carquez (Samuel).

Samuel había sido miembro de la comandancia del Frente Guerrillero Simón Bolívar y de la dirección nacional de la Juventud Comunista. Junto con un grupo de combatientes de ese frente se opusieron y enfrentaron la línea de Paz democrática de la dirección del Partido Comunista y decidieron continuar la lucha armada, y allí estaban con nosotros.

A orillas del río Turbio, en el estado Lara, se realizó el encuentro de los dos grupos guerrilleros, del J.L. Chirino y del Simón Bolívar para continuar juntos la lucha. Entre los combatientes que venían del Simón Bolívar estaban Juan Carlos Parisca (Matías), el Catire Larralde, el Pelón, Iván, Yoraco, el Paisa, El Compa, el teniente Octavio Acosta Bello (Jorge), el Taparo Linares y otros que no recuerdo.

El cansancio estaba presente en cada uno de los integrantes del grupo guerrillero, habían caminado bastante, estaba oscureciendo, la noche se venía encima y era urgente encontrar un lugar bueno para acampar. Una montañita estratégicamente situada, con árboles altos y frondosos desde donde se divisaban los alrededores, que contaba con la altura adecuada, se apareció en el camino. Era la propia. Abajo, bordeando la montañita pasaba una quebrada. Todos llenaron las cantimploras y se acomodaron en lo alto. Mano Pedro siempre decía:

*—Hay que tener siempre la cantimplora llena, uno no sabe cuando tiene que pegar el carrerón.*

Cada quien arregló su colgadero. Se distribuyeron las guardias. La plaga era abundante, sobre todo el jején que se metía por la más mínima hendidura sin respetar siquiera que se durmiera con ropa. Entre el calor y la plaga transcurrió la noche, sin saber qué era preferible, arroparse completo para impedir la plaga, o desarroparse para liberar un poco el calor.

En la madrugada, ya amaneciendo, refrescó un poco y la brisa alejó la plaga. Pero nadie duerme profundo. El sueño transcurre en estado de vigilia, con un ojo cerrado y otro abierto. El cerebro está en emergencia, dictando órdenes ante lo más mínimo que se presente. Entre la serenidad para no perder la cordura y la rapidez para no dejarse sorprender.

En la mañana, amaneciendo, todos, como lo dictan las normas, arreglaron los morrales, revisaron las armas y borraron las huellas. Mochila y William cumplían su turno de guardia. Cuerpo y mente atentos a cualquier movimiento extraño. No era para menos, cuando se sabe que el enemigo anda cerca y está al acecho. En esas condiciones los sentidos se sensibilizan, cualquier ruido, movimiento, olor, rastro es captado inmediatamente. Todo está a flor de piel. El instinto de conservación se hace dueño de la situación. La conciencia del peligro que se corre está ahí, presente. Sabe que el enemigo no va a dar cuartel y que hay que enfrentarlo con todo. Es la hora de la verdad, de preservar la vida para

continuar la lucha y estar dispuesto a entregarla si es preciso en aras de lo que se cree, de los ideales, del socialismo sintiendo la revolución en lo más hondo. No hay incomodidad posible, ni el calor, ni la plaga, ni el hambre, ni el cansancio, ni el enemigo al acecho, cuando se tiene la comodidad de la conciencia, de estar tranquilo con uno mismo, haciendo lo que uno quiere, lo que le llena, lo que proporciona placer al sentirse luchador por el futuro de un pueblo y miembro de su vanguardia, sintiendo el privilegio de abrazar la gloria. La revolución está en juego en cada uno de los combatientes guerrilleros.

De la quebrada se escuchaban ruidos, de movimiento de ramas y de pisadas. William y Mochila, eléctricos, miraron hacia allá. Las orejas se pusieron tensas, como las de un pastor alemán cuando olfatea el peligro. Las ramas de la vegetación se movieron. Podrían ser animales. Pero y si no...

Cada fibra de sus cuerpos estaba tenso, moscas, alertas.

Era el ejército que se venía acercando y caminaba directo por la quebrada hacia donde ellos estaban. Tan cerca, que prácticamente los tenían encima. El tiempo se puso chiquitico y el enfrentamiento era inevitable. Mochila y William acomodaron sus armas. Guerrilla y ejército se vieron las caras y sonaron los tiros que rompieron el silencio de la selva. Las pavas y los paujís volaban despavoridos. Los araguatos saltando entre las ramas comunicaron con su ronquido a todos los monos la noticia del enfrentamiento. Los rastros se fueron a sus madrigueras. No quedaron animales en la escena, solo soldados y guerrilleros en un franco intercambio de disparos. En el campamento, cada quién se colocó en posición de combate, unos detrás de las piedras, otros detrás de los árboles y uno que otro tendido respondiendo al fuego.

— *¡Con plomo no hay burro con reumatismo!*

Y Melchor, haciendo alarde de su audacia, envolvía ficticiamente al enemigo gritando:

— *¡Escuadra uno al ataque por la retaguardia!*

— *¡Escuadra dos por el flanco izquierdo!*

Samuel y el Taparo conversaban en la quebrada un poco lejos del campamento. La escaramuza los agarró en un sitio que no les permitía juntarse con sus compañeros y no pudieron llegar por más que lo intentaron. Atravesar la cortina de plomo que se desarrollaba entre los dos bandos era demasiado riesgo y decidieron irse por su lado perdiendo el contacto con el grupo.

Los gritos de Melchor hicieron su efecto, apareció de nuevo el silencio y no se oyeron más disparos, la respiración se tornó normal al confirmar que los soldados se retiraron. Y algún guerrillero dijo:

— *¡Ya se fueron!*

Y otro le contestó:

— *¡Y nosotros también! ¡Nos vamos!*

La guerrilla esperó un poco, dando tiempo a que Samuel y el Taparo se unieran al grupo. No llegaron y hubo que marchar sin ellos.

El ejército apretaba el cerco y continuaba al acecho. Las medidas de seguridad se estrecharon. La iniciativa táctica estaba en manos del enemigo y había que huir, salirse, caminar de noche, borrar las huellas, avanzar en silencio. Las voces se tornaron en susurro.

Era urgente buscar una zona de alivio para bajar la tensión y preservar las fuerzas. Eso era lo que estaba planteado para evitar los golpes.

La misión que se tenía para instalar la emisora se puso en pique. La discrecionalidad y el secreto habían sido alterados, ya no existían. Era evidente la presencia guerrillera en la zona. Ya no pasaba desapercibida. Para la guerrilla la orden que se tenía era la de no librar combate, y vaya qué ironía, ya se habían escuchado los primeros tiros. Estaba ubicada por el enemigo y para colmo, los guerrilleros casi no tenían comida, solo un poco de caraotas.

Con los morrales livianos por la falta de bastimento se alejaron de la zona de combate, tratando de salirse del cerco. Caminaron durante todo el día y un poco en la noche. Cansados y con hambre montaron un nuevo campamento y allí durmieron. En la mañana como a las cinco ya habían recogido las hamacas. Era pleno verano, no era difícil conseguir leña para prender el fogón, pero tenía que ser una madera bien seca y dura que no echara mucho humo. Y ese poco humo había que dispersarlo echándole aire con la tapa de la olla para que no saliera de la vegetación y permitiera la ubicación por parte del enemigo. La leña estaba lista para ser encendida y cocinar la poca caraota que quedaba. No tenían más nada y las tripas en su movimiento pedían su ración.

— *Los ejércitos marchan sobre sus estómagos.*

Afirmó un teórico de la guerra.

Había que prepararse para aguantar hambre, sin comida y con el cerco

encima, por aire y por tierra, en los bombardeos y en el cuerpo a cuerpo.

—*Rodilla en tierra ¡carajo!*

Es en esos momentos donde la moral y la entereza revolucionaria pasan a comandar la mente y el comportamiento del combatiente guerrillero, donde las flaquezas son dominadas por el compromiso y la lealtad con el pueblo, con la revolución.

El ejército estaba por todas partes.

Había que buscar comida, los estómagos seguían en rebeldía, solo contaban con el poquito de caraota que alcanzaría, si acaso, para una sola ración, y mandaron a Felipe y a Pascual, con quinientos bolígrafos, a comprarla. Como eran campesinos podían pasar desapercibidos. Acordaron esperarlos en el mismo campamento. El tiempo pasaba y no llegaban. No se movieron. Felipe y Pascual no regresaban, y no regresaron. De Pascual se supo que lo capturó el ejército y lo fusiló, de Felipe no se supo más.

Tenían hambre y había que comer algo.

Mochila, el Catire y Jorge tomaron las ollas y salieron a buscar agua en la quebrada que quedaba cerca, bajando la montañita, para cocinar el poquito de caraota. La zona estaba cundida de tropa enemiga. A cada rato se encontraban con el rastro de soldados. Los tres guerrilleros andaban con cuidado, no era para menos, demasiado reciente el último encuentro con el ejército. No terminaron de llenar las ollas con agua, cuando se oyeron los tiros y apareció el ejército atacando el campamento. Las ráfagas y las granadas fragmentarias y de FAL reventaban el silencio.

El campamento tenía piedras grandes que servían de trincheras. Régulo, Melchor, el Flaco y los demás respondían al fuego enemigo.

—*¡Coño! me dieron—*, gritó Melchor.

Melchor era alcanzado por una de las balas enemigas. El proyectil le había entrado desde el hombro por detrás del omoplato con una entrada pequeña y una salida grande, parecía un tiro de Fal, sin embargo no le lesionó órganos vitales, solo le afectó músculos.

Mochila, el Catire Larralde y el teniente Octavio Acosta Bello (Jorge), no pudieron regresar con el agua desde la quebrada para cocinar aquellas pocas pero estratégicas caraotas y quedaron aislados. Nue-

vamente cometieron el error de no fijar sitio de concentración de emergencia y otros combatientes perdían el contacto con el grupo central. La retirada fue escalonada como debe ser, cubriéndose unos a otros, lamentablemente, sin los tres camaradas.

Avanzaron caminando por la falda del cerro sin contacto con Mochila, Jorge y el Catire. No se sabía cuál era su suerte. Abajo quedaba la quebrada. De Samuel y el Taparo no se sabía nada. Además, las dificultades hacían mella.

—*Los revolucionarios son seres de un temple especial*—, dijo una vez Fidel.

No todos soportan la presión a que están sometidos. Los débiles se quiebran. La ofensiva enemiga era muy fuerte y la situación en que andaban era difícil. La debilidad hacía mella en uno de los combatientes que pedía la baja. Su moral se resquebrajaba. Era un campesino recién incorporado que añadía un nuevo problema.

No había forma de convencerlo de que se quedara, insistía en que quería irse. Era demasiado riesgoso dejar salir a un hombre con la moral en esas condiciones, y menos, en pleno cerco enemigo. No se le podía dar la baja.

La moral y la conciencia del por qué se lucha, y también la valentía y a veces la terquedad, son los elementos que a uno lo mantienen firmes.

Había que seguir con él, en vigilancia, para que no desertara. Ya no se le tenía confianza, lo que hacía más embarazoso todo. Solo se le quitó el arma prometiéndole sacarlo en la primera oportunidad que se presentara y garantizara su seguridad. Desde ese momento hubo un hombre menos para las guardias.

Siguieron avanzando, en fila, uno detrás de otro. Régulo marchaba en la retaguardia con Mano Pedro. Pasaron por una bifurcación de caminos. Régulo volteó para atrás, buscó a Mano Pedro y no lo vio. Esperó un rato y tuvo que avanzar para evitar que el grupo se le distanciara mucho. No funcionó el uno al otro. Cada combatiente espera al otro para indicarle el camino a seguir, eso garantiza que nadie pierda el rumbo. Mano Pedro se distanció del grupo, no se sabe por qué razón y en el cruce de vías siguió por la quebrada, por la vía equivocada.

Mano Pedro no llegaba. Había que buscarlo y una comisión salió en su búsqueda. No avanzaron mucho cuando se oyeron ráfagas de FAL

provenientes de la quebrada. El silencio oscureció los rostros, no hubo palabras, todos sabían lo que había ocurrido, Mano Pedro, el obrero, el buhonero que tuvo su puesto de venta en el centro de Caracas, había caído en una emboscada del ejército y había ofrendado su vida por la revolución, por lo que siempre creyó.



Mano Pedro leyendo la prensa  
Foto: Rodrigo Moya, Revista *Sucesos*. Diciembre 1966

Recuerdo a Mano Pedro, era un hombre humilde, sencillo, alto, fuerte, un tanto gordo que siempre andaba en alpargatas, tal vez por haber sido herido en un pie por los lados de Camacho, en el estado Falcón, por allá por el año sesenta y tres, en el combate con el ejército donde murió Germán el colombiano. Él siempre andaba con la cantimplora llena. Cuando a uno se la acababa el agua recurría a Mano Pedro que siempre tenía y nunca negaba un poquito, después de dar una charla argumentando el por qué había que mantener la cantimplora llena.

Conversábamos a la orilla de un caño, por allá por los lados de Yaracuy. Nos habíamos parado en un descanso de la marcha. Era la hora de almuerzo y compartíamos una lata de sardina que había ordenado la comandancia.

— ¡Gallo pa' dos!

Esa vez me tocó a mí sacar la sardina de mi morral. La próxima vez le tocaría a él. Nos la comimos con cambur verde crudo que habíamos encontrado en el camino cuando pasamos por un cambural de esos que están a la orilla de los caños.

Mano Pedro miró pa'l cielo y ante el paso de un zamuro me dijo:

—*Caramba Enrique, a lo mejor paso por aquí en la cagá de un zamuro.*

No pusieron punto de concentración de emergencia y otros dos compañeros también se perdieron. Eran Arcadio y Luciano un jovencito de dieciséis años recién incorporado a la guerrilla. Habían quedado solos después de la última escaramuza. En la huida llegaron a la casa de un campesino que les ofreció ayuda. El campesino era un confidente del ejército y había sido reservista. Los camaradas llegaron y les brindó confianza. La falta de malicia los llevó a confiarse y a apartarse un poco de sus armas, un gran error para un guerrillero. En un descuido que supo aprovechar el confidente, se acercó por detrás del joven guerrillero y de un certero machetazo le cortó la cabeza que rodó por los suelos. Arcadio trató de agarrar su fusil, pero no pudo y solo y desarmado emprendió la huida. Después de caminar varios días, Arcadio se encontró con Mochila que también andaba solo y desde ese momento continuaron juntos...

El grupo guerrillero, golpeado y disperso, continuó caminando. A lo lejos unos hombres vestidos de verde se divisaban en el camino. William los vio y comentó:

—*Esos son nuestros compañeros extraviados.*

Era un sitio de vegetación baja. William y Régulo avanzaron en busca de quienes creyeron eran sus camaradas, sin las medidas de seguridad que exigía el momento. William iba adelante.

Se oyen los disparos, William cae abatido y Régulo que venía detrás logra retirarse.

—*Ellos sabían que nosotros éramos guerrilleros, pero nosotros no sabíamos que ellos eran soldados—*, me contó Régulo.

El ejército estaba por todos lados, era marzo del 67. El grupo logró retirarse sin alimentos, ni agua... silo el morral y la moral a cuestas.

Prada, que era el jefe, ordenó ir al llano para romper el cerco. La inferioridad táctica así lo establecía. Había que buscar agua, sedientos

como estaban, no se tenía ni una gota. Encontraron un caño seco, y se caminó por él siguiendo su curso. En algún momento tenían que encontrarla. A los días, tal como se pensaba, se encontró agua. Era un chorrito pequeñito que, para beber, había que acostar la cantimplora, pero era agua y la bebieron hasta más no poder. Era la felicidad expresada en cada rostro. Las cantimploras se llenaron de nuevo y siguieron avanzando. El agua fue lo que salvó la vida del grupo.

Llegaron al llano y había ganado, pero... en malas condiciones físicas, parecían unos fantasmas. Llegaron a una hacienda de ajonjolí y ese fue el alimento.

Una tarde aparecieron dos campesinos jóvenes, con escopetas. Se asustaron al ver al grupo armado y en condiciones precarias. Se les dijo que no corrieran, que no les pasaría nada, y se les explicó el objetivo de la lucha. Ellos oían atentos, tomaron confianza y se hicieron amigos. Prácticamente se encomendaron a ellos. Los dejaron ir a sus casas y en la noche llegaron de sorpresa con arepas con sardinas que cayeron como una bendición para los estómagos vacíos.

Pero había que salir de la montaña. Estaban muy golpeados y con un herido que necesitaba de urgencia asistencia médica. Había que enviar un combatiente a Caracas a buscar a Ramiro, plantear la situación y ver cómo salía el resto. No podía ser un combatiente campesino, tenía que ser de la ciudad y que fuera capaz de hacer contacto con la retaguardia. Nadie mejor que Régulo y así se acordó. La población de San Carlos en el estado Cojedes estaba cerca.

Régulo se afeitó, se vistió con la muda que siempre cargaba en el morral y se dejó las botas. Confiando en los campesinos se acordó que lo llevaran a coger el carro para San Carlos. Lo llevaron a un sitio y quedaron en buscarlo temprano en la mañana y así lo hicieron, Estaba en sus manos, si lo hubieran querido entregar lo hubieran hecho.

Régulo solo tenía quinientos bolívares. Llegó a Valencia y luego a Caracas, era Semana Santa, finalizando marzo. Tenía que hacer contacto con Ramiro, ese era su norte y había que lograrlo, los demás camaradas, con Melchor herido, quedaron en la montaña dependiendo de él.

El esfuerzo daba resultados, pudo encontrar a Ramiro y organizar el rescate de los camaradas.

Sentados en la mesa de comer de mi casa, luego de muchos años, cuando las canas habían invadido nuestro escaso cabello, recordando

los momentos que nos tocó vivir en esa época de tanta significación histórica, Régulo, mi camarada guerrillero, me contaba la situación tan difícil que pasaron entonces.

*—Me dieron una camioneta cerrada, y salimos en esa camioneta manejada por un camarada de la retaguardia. La hermana de Alejandro Tejero (Marcos), la camarada Gloria, sirvió de mosca con un Fiat que ella tenía.*

Sin perder tiempo organizó el rescate y salió a buscarlos en la montaña. Allí estaban, en el lugar, en el día y hora acordada, esperando a orillas de la carretera. Luego de dar una vuelta por la zona y confirmar que todo estaba bien, los carros se estacionaron en el sitio.

El santo y seña no se hizo esperar y con la velocidad que exige estos casos, todos salieron a la carretera y se montaron rápidamente con sus armas y pertrechos en la camioneta conducida por el camarada de la retaguardia. Nadie había visto el movimiento, todo salía bien. Régulo se montó en el otro carro con Gloria que siguió hasta Caracas con la satisfacción de la labor cumplida, mientras el resto, en la camioneta, se dirigió a Valencia. Régulo sacó la mano y dijo adiós a sus camaradas hasta que los perdió de vista.

Mochila, Jorge y el Catire continuaron juntos preocupados por la suerte de sus camaradas. Mientras marchaban discutían el plan para salir de la situación.

Las cosas habían cambiado y lo importante era preservarse. El Catire y Jorge eran de la idea de bajar a la ciudad a hacer contacto para incorporarse de nuevo a la montaña. Mochila se aferraba a quedarse y buscar a los camaradas sin tener que bajar.

Su condición de oficial del ejército cubano lo hacía ser más cauteloso. Cuando salían de Cuba en la expedición que los trajo a nuestras costas, ya montados en el barco, Fidel les ordenaba no bajar a la ciudad, y eso retumbaba en sus oídos cada vez que Jorge y el Catire planteaban la idea de salir.

En fila, uno detrás de otro, con Mochila siempre en la vanguardia trataban de romper el cerco. Mochila se había distanciado un tanto de Jorge y el Catire. En la vegetación tupida no era difícil perder la visión del otro y eso era lo que había pasado.



El para entonces teniente Sergio Vega (Mochila), oficial de comunicaciones, internacionalista cubano, en un momento de descanso.

## La soledad de Mochila

Mochila volteó y no los vio. Se devolvió tratando de encontrarlos, los buscó por aquí y por allá y los llamó por sus nombres, pero todo fue en vano, y entonces se convenció que tenía que marchar solo.

Tomó aire, respiró profundo y se dijo a sus adentros:

*—Ahora sí es verdad, cojones, que la cosa se puso fea, caballero.*

Solo y además cubano. Tremendo trofeo para el enemigo si lograba ponerle la mano. No importaría que fuese vivo o muerto. Pero coño, Mochila se decía a sí mismo que no se iba a dejar agarrar, por lo menos vivo no.

En medio de su soledad, y la soledad le da mucho espacio al pensamiento, recordaba a Clara, su mujer, a la que había dejado en La Habana con sus dos pequeños hijos. Ella comprendía, era una militante revolucionaria que lo acompañaba en la lucha, por eso era su mujer, su compañera, su esposa. La Revolución Cubana se encargaba de ellos para que no les faltara nada. De eso no había dudas. Ella no sabía dónde estaba, le habían dicho que estaba en una misión en Checoslovaquia.

Y a su mente llegaron otros recuerdos, como cuando lo llamaron para incorporarlo a este contingente de expedicionarios. No le dijeron hacia dónde iba, simplemente le informaron que iban en misión internacionalista, en solidaridad con un pueblo hermano. Él, revolucionario a carta

cabal y combatiente disciplinado, estaba dispuesto a ir dondequiera que lo mandara la revolución. Y si ese llamado se lo hacía Raúl, su querido y respetado comandante, con más razón. Los concentraron en Punto Cero y de allí no saldría más, hasta partir en la misión encomendada. Estaban acuartelados. Ni siquiera la familia podía verlos.

Mochila era el único del grupo que hasta ese momento no había obtenido la militancia en el Partido Comunista Cubano. Pero él había sido un combatiente de la Sierra Maestra y un oficial de comunicaciones. Cómo lo enorgullecía que Raúl Castro lo hubiese llamado a su despacho y escogido para esta tarea. Este hecho le proporcionaba un honor que disfrutaba y alimentaba su espíritu guerrero y revolucionario. Y ese recuerdo. Ah... qué bonito recuerdo.

Y aquel día, qué día tan significativo, tan particular, en que le avisaron que los visitaría Fidel, los mantenía emocionados y atentos a la llegada del Comandante en Jefe que llegó en la noche, pero no venía solo, a su lado caminaba hacia ellos, que estaban en fila, uno al lado del otro, un desconocido al que no ubicaban. A lo mejor lo habían visto en alguna oportunidad. Tal vez sí, tal vez no, pero el hombre se dirigía hacia ellos y los saludó a todos, uno por uno, con esa confianza, como si los conociera de toda la vida, llamando a cada cual por su nombre e informándoles sobre la misión encomendada. Les parecía raro que ese hombre se dirigiera a ellos con el cabal conocimiento de cada uno y se preguntaban una vez más, quién sería ese extraño personaje de tanta importancia para venir junto a Fidel a pasar revista. Nadie lo reconoció hasta que les dijo quién era.

— ¡Era el Che!

Se presentaba de esa manera para probar su camuflaje en personas que lo conocían. Era perfecto. Si aquellos hombres que compartieron con él en la Sierra Maestra y estaban junto a él en la construcción del socialismo no lo reconocían, podía estar confiado que no lo iban a identificar y marchar seguro por cualquier parte del mundo, sin descuidar las medidas de seguridad.

Él también, aunque no lo dijo, se preparaba para ir a Bolivia en una misión de las mismas características.

La mente que voló a otros momentos y a otros escenarios, desprendida de su cuerpo, lo devolvió a la realidad y estaba aquí, en un país que no era el suyo, sin conocer a nadie, en medio de estas montañas, más

grandes que las que conoció en la Sierra Maestra, en misión internacionalista, siendo consecuente con aquella frase del Che de crear uno, dos, tres Vietnam para derrotar al Imperialismo. Solo, muy solo, acompañado nada más con su moral, su arma, la confianza en sí mismo y la seguridad de superar la situación. Pero, ¿dónde estarían sus demás compañeros cubanos y el resto de la guerrilla?

Tenía hambre y el morral lo cargaba vacío, ni siquiera una latica de leche condensada, de las que siempre estaba presente como reserva, precisamente para esos momentos en los cuales era la tabla salvadora. No, no había nada que comer, en el morral, solo la hamaca, el plástico y la cobija. Estaba livianito.

Siguió andando por picas, quebradas y montañas, a veces, con su cuchillo, regendiendo monte, evitando los caminos reales. El estómago le seguía reclamando. Había pavas y paujís pero no podía efectuar disparos, aunque ganas no le faltaban, pero hacerlo era alertar al enemigo. El estómago tendría que comprender, y si no comprendía lo obligaría, porque la mente puede más que el hambre. Llegó la noche y había que acampar, pero esa noche no colgó la hamaca. Se recostó de un árbol y allí se quedó dormido, con ropa y con las botas puestas, aunque le dolían los pies, abrazado al arma, inseparable compañera, en ese sueño tan liviano que ante cualquier movimiento se salta en guardia.

Se levantó de madrugada, estaba oscuro pero se podía caminar, se sacudió la modorra y tiró un rumbo noroeste para avanzar hacia el estado Yaracuy. Allí por lo menos conocía algunos campesinos en los que podía confiar y buscar contacto. El viejo Morillo seguro que estaría allí para brindarle toda la seguridad necesaria. Caminaba por picas, pero tendría que cruzar la carretera negra, cuando llegó a ella todavía estaba oscuro. Los carros pasaban veloces. Tenía que esperar el chance y el tiempo para cruzar sin ser detectado, y así lo hizo y se sintió más tranquilo, pero mosca, siempre mosca, no podía haber descuido.

Siguió caminando montaña adentro durante varias horas, y su olfato, sensibilizado por el estómago ausente de alimentos le dijo que cerca había gente y comida.

Caminó en dirección a donde venían los olores y oyó voces y avanzó más y divisó una casa y a unos campesinos que cocinaban. Esperó un rato escondido entre los árboles y luego de observar que no había enemigo, se acercó.

Las arepas estaban listas y valían todo el oro del mundo. Mochila avanzó con el fusil en posición; como cuando lo hizo en el combate de Uvero en la Sierra Maestra, bajo las órdenes de Camilo Cienfuegos.

De un brinco se le apareció a los campesinos que conversaban tranquilamente. La sorpresa ante la presencia de aquel guerrillero hambriento, barbudo y sudado con olor a mono por el tiempo sin bañarse, con un FAL en la mano y dispuesto a darle tranquilidad a su estómago los dejó paralizados y mudos. Las gallinas saltaron y un perro ladró manteniéndose a distancia como sabiendo la envergadura del momento. En la puerta del rancho de bahareque y palma una mujer observaba la escena también muda y sorprendida.

*—Nadie se mueve. Yo soy teniente del ejército cubano y no he comido durante varios días. Me voy a llevar esas arepas. Con cuidado... que nadie se equivoque. Le voy a lanzar mi morral y allí me colocan todas las arepas. Ante cualquier movimiento disparo. El valor de estas arepas serán canceladas cuando pasemos de nuevo por aquí. Mis palabras son un bono de la guerrilla por el precio de las arepas. No les estoy robando nada, pero es una situación de emergencia y debo llevármelas. Mis compañeros esperan. Ustedes pueden cocinar otras.*

Los campesinos obedecieron y le regresaron el morral a Mochila lleno de arepas que se colocó a la espalda con el preciado botín. Se retiró en dirección al sur para confundirlos, dio una vuelta y avanzó en la dirección contraria hacia el noroeste, en el rumbo trazado. Si el enemigo venía y les preguntaban, seguramente le dirían que se fue en dirección al sur.

Con la barriga llena y el corazón alerta siguió su camino con el morral lleno del manjar del cielo. Eran las arepas más sabrosas que había comido desde su llegada a Venezuela. Ya era tarde y siguió avanzando en la dirección establecida. En la noche escogió sitio para dormir y preparó el colgadero, colgó la hamaca, se quitó las botas, los pies gritaron de alegría, se los acarició y durmió tranquilo. En la mañana, todavía oscuro, partió de nuevo y tomó una pica que parecía un camino de danta. Al mediodía vio acercarse la silueta de un campesino, se escondió detrás de unos árboles y lo dejó llegar hasta él, cuando lo reconoció. Era Arcadio que también andaba perdido y desarmado. Mochila saltó de alegría, lo abrazó y le preguntó.

*— ¿Qué te paso, hermano, cuéntame? ¿Y tu arma?*

Arcadio bajó la cabeza y con tristeza contó lo que había pasado. A Mochila no le faltaron ganas de devolverse y buscar a aquel traidor a su clase, confidente del enemigo que había asesinado a aquél jovencito guerrillero. Pero no podían. Entre la rabia y el dolor avanzaron, tenían que alejarse cada vez del cerco. Mochila ofreció las arepas a Arcadio que tampoco había comido, las compartieron y continuaron juntos, ahora con más confianza con un campesino que conocía la zona como la palma de su mano. Arcadio iría adelante y Mochila siempre atrás cubriendo cualquier eventualidad que se presentara. Siguieron caminando hasta llegar a la casa del viejo Morillo, viejo revolucionario y amigo de la guerrilla. Allí fueron recibidos entre abrazos y alegría. Pasaron unos días hasta que se establecieron los contactos para, de nuevo incorporarse a la columna guerrillera donde estaban sus camaradas cubanos.

Jorge, el Catire y Samuel bajaron a Caracas y se incorporaron de nuevo a la guerrilla, por los lados de Trujillo, con el grupo guerrillero que comandaban Luben y Miranda, y al cual yo pertenecía.



Mochila en su soledad

## Detención y desaparición de Marcos

Estábamos en la capital, mi querida Caracas, la que no me vio nacer, pero me vio crecer en los bloques de la barriada del Prado de María. Los enfrentamientos ideológicos y políticos en el Partido Comunista se hacían cada vez más fuertes. Toda la estructura organizativa desde la base hasta su dirección estaba sacudida. Las reuniones y las discusiones entre los que se habían separado definitivamente del partido y los que se quedaban, entre los partidarios de la lucha armada y los que no, se efectuaban, tratando cada quien de atraer cada vez más militantes para su bando. En la universidad se daban enfrentamientos, a veces violentos.

La prensa nacional reflejaba en sus noticias la caída en combate del teniente Nicolás Hurtado, nuestro valeroso y querido camarada Fernando, junto a otro combatiente guerrillero que la noticia no identificaba. La última vez que vimos a Fernando fue en la Conferencia Nacional Guerrillera, en diciembre pasado. Marcos y yo, comentando la noticia, pensábamos que tal vez era una treta del gobierno para demostrar su efectividad en el combate contra nosotros.

En otras oportunidades habían anunciado la muerte de un jefe guerrillero que más tarde era desmentida por los hechos. Pero en esta oportunidad la noticia parecía cierta, aunque en el fondo, nuestro sentimiento se negaba a aceptar lo que parecía una realidad.

Con Marcos mantuve contacto permanente. Nos veíamos a diario, esperando el momento de subir nuevamente a la montaña. En su casa

conocí al Taparo Linares, un hombre delgado, moreno claro, de rasgos indígenas, que podría tener unos treinta años, militante comunista y miembro fundador del Partido de la Revolución Venezolana (PRV), fundado el 23 de abril de 1966. Era un hombre jovial, alegre y extraordinario cuatrista que perteneció al conjunto de tamunangue los Taparos. Por eso le decían así. Corría el mes de abril de 1967 y vivíamos la represión organizada y ordenada por el Departamento de Estado Norteamericano, desde la Escuela de las Américas en Panamá y ejecutada por el gobierno de Raúl Leoni para combatirnos. Hacia allá eran enviados policías y militares a entrenarse en las prácticas de tortura y asesinato que luego aplicaron aquí. Cubanos batisteros ocupaban cargos importantes y asesoraban a las policías venezolanas.

Con Samuel compartía un apartamento en la urbanización El Marqués que solo conocían Ramiro y Evelyn Capriles, médica traumatóloga, especialista en cirugía de la mano y militante revolucionaria desde los tiempos de la dictadura de Pérez Jiménez.

Marcos mantenía reuniones clandestinas con el Distrito Político-Militar del Partido Comunista, de los cuales algunos miembros ya se cuadraban con las tesis de la lucha armada. El distrito estaba dividido en dos toletes.

Desde nuestra llegada a Caracas, a mediados de marzo, esperábamos nuestro regreso a la montaña. Ninguno de los dos quería quedarse en la ciudad, aunque nos lo habían propuesto. Era muy riesgoso, sobre todo para Marcos, que estaba siendo buscado como palito e´ romero por las policías. Ya no sería para los lados de Chivacoa, de dónde salimos, pero de seguro nos incorporaríamos al grueso de la guerrilla que andaba por los lados de occidente, hacia los andes.

Ya había entrado mayo y llegaban las primeras lluvias. Los vendedores ambulantes y las fruterías ofrecían los mangos y mamones que solo se ven por esta época.

El 11 de mayo del año 67 salí del apartamento en El Marqués no sin antes informarle a Samuel que iba a verme con Marcos. Nos quedamos en ver empezando la avenida Casanova, en un lugar de venta de animales domésticos.

Como de costumbre, puntual como siempre, Marcos esperaba en el sitio, y a la hora acordada. Lo vi desde lejos, estaba allí con la sonrisa de siempre al verme llegar. Nos saludamos y caminamos hacia Cha-

caíto por toda la acera izquierda de la avenida. Conversábamos sobre la situación política entre los fraccios y los replegados, la lucha armada en la ciudad y nuestro regreso a la guerrilla. El cielo estaba clarito, despejado, pues la noche anterior había llovido. Los carros pasaban lentamente por la avenida, por la cola que ya se estaba formando. Así, entre conversa y conversa, llegamos hasta una arepera que quedaba en el propio Chacaíto a cien metros del cine Broadway. Allí nos tomamos un café y quedamos en vernos al siguiente día, a las tres de la tarde en ese mismo sitio, con recontacto a igual hora para el otro día. Cada quien se retiró por su lado y él caminó hacia el cine...

Tal como estaba pautado, al día siguiente a las tres de la tarde llegué al contacto en Chacaíto. Todo parecía normal, la gente caminaba en diferentes direcciones en un sitio tan aglomerado como ese. En la parada de autobús que quedaba cerca se veía la cola larga de gente esperando para montarse y dirigirse a sus destinos.

Pasaron los diez minutos reglamentarios y Marcos no apareció. Lo extraño estaba en que un hombre tan puntual no hubiese llegado. Lo esperé cinco minutos más de lo establecido y me retiré, pero me fui preocupado. Al regresar al apartamento comuniqué a Samuel la novedad. Quedamos en que debía ir al recontacto, con cuidado comunicándole a Samuel cualquier novedad inmediatamente.

Al día siguiente caí al recontacto luego de dar algunas vueltas por los alrededores. Por lo observado nada había extraño. En la arepera pedí un café para justificar mi presencia allí. Se cumplió el tiempo de espera y la preocupación se hizo mayúscula. Llamé a la casa de su mamá y me atendió preocupada y llorando. Alejandro no había ido a dormir y no se había reportado. No me quedaron dudas, Marcos estaba preso. Me quedé frío, una sensación como una corriente de calor que me erizó la piel recorrió mi cuerpo desde la cabeza a los pies, y hubo un silencio a ambos lados del hilo telefónico. Sentía la angustia y el dolor que su madre me transmitía.

No hallaba qué decirle y me quedé mudo hasta que ella soltó el llanto y colgó el auricular. Todo me pasó por la mente e imaginaba el tormento por el cual estaría pasando: las torturas, los interrogatorios, las preguntas, su dolor. Demasiado fresco el momento en que nos separamos, apenas horas, nada más. Pero la entereza de Marcos, su firmeza revolucionaria y la confianza que le tenía me hicieron ir a los recontactos. Marcos era comunista y los comunistas no hablan, no traicionan y Mar-

cos, que tenía 26 años, lleno de vida, de juventud, de sueños, de energía prefirió morirse, para vivir para siempre en el alma y la memoria de nuestro pueblo, mientras Ariel, el traidor, siguió muerto en su vida física con la condena de que algún día le sería cobrada su traición.

Llamé a Samuel y le comuniqué la situación y desde ese momento empecé la búsqueda por todas las policías, morgues, hospitales, de Alejandro Tejero (Marcos) que pasó a formar parte de la larga lista de torturados, asesinados y desaparecidos del gobierno de Leoni, pues Marcos no les iba a decir nada. Confiaba y sabía de su entereza revolucionaria. Sentía la angustia de la familia y también la mía. Qué momentos más tristes, ya no regresaríamos juntos a la montaña, seguramente no lo vería más. Hay dolor en el alma.

Con Marcos cayó preso Eduardo Navarro Laurens, quien corrió la misma suerte. Quedaron en encontrarse en el cine Broadway con Ariel (Ramón Esteban Vargas) quien era miembro de la dirección del Distrito Político Militar del Partido Comunista. Ariel había caído preso y lograron quebrarlo y pasarlo a formar parte de sus filas, traicionando la causa revolucionaria. El traidor los esperó acompañado de la policía política y entregó a estos dos camaradas para que los asesinaran en forma vil y cruel, y así ganarse la confianza de sus antiguos perseguidores. Igual suerte corrió, días después, Francisco Palma Prado (Ezequiel) cuando fue al hospital a conocer a su hijo recién nacido, al que no pudo conocer.

## La muerte de Almérica Bolívar (Melchor)

Melchor, herido y enfermo había resistido la travesía y la ofensiva del ejército en Cojedes. Estaba en la ciudad. Había superado la caminata de la montaña, siempre con su fusil, sin soltar el arma, flaco y debilitado, pero firme. Tenía la esperanza de curarse pronto y regresar a la guerrilla.

Fue llevado a una casa, pero tuvo que ser trasladado a otra. La esposa del camarada dueño de la casa se había puesto muy nerviosa.

Melchor había pagado caro su temor a las inyecciones. El tiempo que pasó en la montaña herido y sin atención médica, fue suficiente para que el tétano se le incubara en su debilitado cuerpo. El no haberse protegido con la antitetánica cuando el médico, el doctor Oraá, antes de bajar de la guerrilla, en los días del campamento del Barrial, nos vacunó a todos, hizo posible aquella desgracia: Melchor tenía tétano. Se le dio atención médica, pero ya era tarde, el tétano había hecho lo suyo. Cuentan los que estuvieron a su lado, que su agonía fue terrible. Cualquier ruido por más leve que fuese lo estremecía y lo convulsionaba. La esperanza de salir de ese trance lo acompañó hasta el final. En su delirio con su voz debilitada repetía:

*¡Yo aguanto, soy valiente, no voy a morir, yo supero esta!*

La última semana de abril de 1967 su cuerpo no aguantó.

Esperaba el contacto que me había fijado la comandancia. Me pasaría buscando a tal hora, por tal parte, alguien que yo conocía. Allí estaba yo esperando. No sabía para qué era, no era la costumbre preguntar.

Dice el lema tan común entre nosotros:

—*Nadie debe saber más de lo necesario.*

El camarada llegó, en el transcurso del viaje me informó de la muerte de Melchor y la tarea a realizar. Aquello me estremeció. Melchor no era cualquier persona. Con él había compartido momentos estelares de mi vida que brotaron en mi mente. Y lo recordé de tantas maneras... Y me tocaba a mí, precisamente a mí esa desagradable tarea... Tenía que enterrar a Melchor.

El viaje transcurrió en silencio. Al llegar al sitio acordado, me dijo:

—*Bájate del carro, espera en este sitio. Llegará un carro, se parará frente a ti y el chofer te preguntará tal cosa, y tú le contestarás esta otra. Te montarás en su vehículo. Yo estaré pendiente y los acompañaré de mosca.*



Juan Simón Almériida Bolívar (Melchor)

Esperé pocos minutos y el carro llegó solo con el conductor. Lo reconocí.

Estudiamos juntos en la Escuela Técnica Industrial de Los Chaguaramos en Caracas. La vida nos volvió a encontrar trashumantes en las montañas de Trujillo y Portuguesa, como combatientes guerrilleros, desafiando el tiempo para construir uno nuevo. Era Omar. Me subí en el vehículo, arrancamos y el camarada me preguntó:

—*¿Sabes a lo que vienes?*

—*¡Sí!*

Acto seguido, me dijo:

Melchor está en la maleta del carro, vamos a llegar a un sitio y abriremos un hueco y lo vamos a enterrar. Vamos a trabajar toda la noche hasta hacerlo lo suficientemente profundo. Es un sitio nuestro y no hay problema. Es de total confianza. Ahora bien, te voy a pedir que cierres los ojos y los vas a abrir cuando yo te indique.

—¿Lo conociste?

—Sí, fuimos buenos amigos. Era un hombre valiente. Un revolucionario de verdad, alegre. Una vez me dijo que su nombre de pila era Simón Bolívar, como el Libertador, y echando broma y riéndose me decía:

—*Es que yo soy su reencarnación... y si no lo soy, por lo menos estoy haciendo lo mismo que él después de más de ciento cincuenta años.*

Más de una vez compartimos una lata de sardinas en la marcha y dormimos en litera, bajo el mismo plástico. Y nos metíamos unas cotorras políticas. Estaba convencido de que la salida era la lucha armada, y estaba dispuesto a darlo todo por la revolución, y ahí está la prueba, lo dio todo y nos dejó a nosotros este momento amargo. Era un hombre menudo, trigüeño, de barba, de baja estatura. Yo le calculo a Melchor unos veinticuatro años, trabajador, con mística, solidario.

Recuerdo que caminamos una vez bajo un fuerte palo de agua, por puro barro que nos llegaba a las rodillas, y él tenía leishmaniasis y unas llagas en carne viva y no se quejaba. Pero es que había entrega, mística, lealtad, firmeza. Y uno se pone a ver lo que es darlo todo cuando uno cree en algo y Melchor creía en la revolución. Y a uno no le pagan, y se pasa hambre y se anda descalzo y se marcha con fiebre, enfermo, herido o llagado bajo la lluvia o cualquier otra circunstancia, bajo fuego o persecución enemiga, durmiendo en el suelo o sin dormir, o ante la tortura y uno feliz, cómodo, satisfecho de sí mismo, de servir a una causa, porque la comodidad no es solo física, también es espiritual y aunque se pase trabajo uno está cómodo, tranquilo de conciencia, y eso lo dice todo, porque la comodidad va más allá de la circunstancia, buena o mala. Y así era Melchor, por eso siempre andaba sonriente y cuando llegaba a un sitio decía con unos pasitos de baile:

—*¡A gozar que llegó el tío rico!*

Y uno lo puede afirmar cuando sabe cómo Melchor anduvo herido por la montaña con el enemigo al acecho y cerca y venció, porque rompió el cerco, no se convirtió en carga para la guerrilla y mantuvo su moral en alto. Pero lo que no pudo vencer fue al temor a las inyecciones y por eso no se puso la antitetánica y eso a uno le da arrechera, porque si se la hubiera puesto no lo tendríamos allí en la maleta de este carro.

Yo continuaba hablando con los ojos cerrados y el camarada me oía en silencio. Entonces sentí que el carro se detuvo, el camarada se bajó,

sentí como si hubiese abierto un portón. Se montó nuevamente y seguimos avanzando y me dijo:

—*Ya llegamos, ya puedes abrir los ojos.*

Estábamos en un sitio plano de mucha vegetación alta. Había una casa y el camarada conversaba con un señor de edad avanzada. Le informaba a qué veníamos. Ellos caminaron y se alejaron de mí. Yo me quedé esperándolos. Al rato regresaron y me presentó al señor que me dijo:

—*Ya yo le indiqué el sitio, ya les traigo las herramientas.*

Un pico, una pala, una chícora y una carretilla eran nuestros instrumentos de trabajo.

Los metimos en el carro y avanzamos al sitio.

Eran alrededor de las once. La noche estaba fresca y la luna llena. La cruz de mayo se divisaba en el firmamento. Las luciérnagas, o los cocuyos, como le decíamos, soltaban sus luces moviéndose de un lado a otro. Como había llovido se oía el croar de los sapos y las ranas desde los pocitos. De resto todo era silencio, solo interrumpido por el ruido de los vómitos del señor, que no paro de vomitar toda la noche. La impresión que le dio enterarse de la faena que realizábamos no lo dejó dormir.

El pico y la chícora se hendían en la tierra y la sacaban y la pala la echaba a un lado y se fue haciendo un promontorio de tierra que luego volvería a la fosa. Un poco de monte seco prendimos para que el humo ahuyentara la plaga. El calor ayudaba a la extracción del sudor de nuestros cuerpos en incansable movimiento, que mojados, continuaban la desagradable misión.

Mientras cavaba los recuerdos de cada momento vivido con Melchor recorrían mi mente como una película que se repetía y se repetía interminable. De vez en cuando mi mirada se trasladaba hacia la maleta del carro y me decía:

—*Allí estás hermano, camarada. ¡Qué vaina!*

Así transcurrió la noche con pequeños descansos. Para dos personas no acostumbradas a echar pico y pala la cosa no era fácil, pero ahí estábamos, resolviendo. En la concentración en el trabajo, nuestras mentes no tenían descanso para pensar en otra cosa. Melchor permanecía en la maleta del carro.

En la mañana, temprano, como a las siete, cansados y con ampollas en las manos terminamos el trabajo. El señor de la casa se presentó con el desayuno. Lo vi venir desde lejos. Caminaba lento, en una mano traía una bolsa y en la otra una jarra. Traía dos panes con jamón y café con leche. Llegó y nos dijo:

—*Aquí tienen para que coman algo.*

—*Gracias*—, le contesté.

Mi compañero no quiso comer. Mordí el pan y lo dejé a un lado, pero me tomé el café con leche.

Aquel señor, de edad madura, que tan gentilmente nos brindaba solidaridad en este momento tan fuerte, tan intenso y doloroso, tan lleno de amor, se llamaba Salvador Gallego, lo supe mucho tiempo después. Flaco, alto, así lo percibí en aquella noche tan especial. Exponía en este momento su seguridad, su finquita, su fuente de sustento. Ahí estaba, perturbado como nosotros, pero firme, sin titubeos, dotándonos de lo necesario. Llegó a nuestro país procedente de España, a finales de los años veinte, y aquí formó una familia que aportó dos combatientes guerrilleros, Omar y Eleazar, familia que se integró a la militancia de los buscadores de sueños, como todos los que compartíamos la misma trinchera en los escenarios de la lucha revolucionaria.

Todo listo, nos dijimos y miramos hacia el carro y hacia allá nos dirigimos.

El camarada abrió la maleta y allí estaba. Entre los dos sacamos aquella caja de cartón grande, que no pesaba mucho porque Melchor estaba muy flaquito, en las que antiguamente venían los rollos de papel higiénico. La bajamos y la colocamos a la orilla de aquel hueco de aproximadamente metro y medio de profundidad. Destapamos aquella caja, urna improvisada y transitoria, y allí estaba Melchor, desnudo, en posición fetal y lleno de cal. No tenía barba y su pelo negro y crespo lo tenía abundante. Impresionante momento, indeleble. Mi mente voló a los sitios en que animosamente conversábamos y a las veces que en la guerrilla hice de barbero y me tocó afeitarlo.

Entre los dos alzamos la caja, la volteamos y lo vimos rodar dando varias vueltas hasta el fondo de aquel hueco que lo guardaría, quién sabe si por siempre.

Le echamos la cal encima y lo tapamos con el cartón de aquella caja.

Nuevamente la tierra extraída volvió a su sitio cubriendo el menudo cuerpo de Melchor.

Con la mano en el pecho, a la orilla de su tumba y mirando al infinito, dijimos al unísono:

— *¡Honor y gloria Melchor!*

— *¡Hasta siempre! camarada.*

Y allí quedó...

## La campaña de los Andes

Estábamos extenuados, mojados y con hambre. La caminata había sido larga. Finalizaba mayo, mes de torrenciales aguaceros y en el cual, en oportunidades se ha de caminar por pantano. Las botas acusaban el desgaste del incesante trajín. Las lluvias y el andar por los caminos, habían gastado las suelas y podrido sus cueros, y los dedos de nuestros callosos y aporreados pies estaban listos a salir a la superficie. Los que andaban en alpargatas la pasaban mal porque estas no aguantaban, se rompían, sobre todo las de suela que eran resbalosas. Más de uno rodó y mordió el barro, y más de uno optó por andar descalzo.

Llegamos al río Amarillo atravesando montañas. Caudaloso, con una fuerte corriente que golpeaba con furia los grandes peñascos de su lecho y nos salpicaba con sus gotas. Teníamos que cruzarlo. Una guaya, de la cual pendía una especie de columpio con una tabla en la cual uno podía sentarse, unido a un mecate, sostenido por una polea que rodaba sobre la guaya, era el vehículo, una especie de funicular artesanal para pasar al otro lado. Con el arma y el morral, bien agarrados para que no se nos cayeran, deslizábamos nuestras manos, brazada a brazada sobre aquella guaya, rogando que nuestro peso no venciera al pequeño transporte, para alcanzar la otra orilla. En el nuevo paisaje, no tan lejos, se observaban las Mesas de Cunaviche, bellas planadas en medio de la cordillera andina.

En el camino buscamos los restos de Héctor Rodríguez Armas, Careloco. Capitán guerrillero y uno de los fundadores, junto con Fabricio

Ojeda, del Frente Guerrillero de Portuguesa. Luben conocía el sitio en donde estaban enterrados y hasta allá fuimos.

Careloco estudió en la Escuela Militar de Venezuela. Siendo Alférez y Brigadier de su promoción, fue expulsado por encontrársele literatura revolucionaria. De allí salió a inscribirse en la Universidad Central de Venezuela, en la Facultad de Ingeniería. Los tiempos de definición que estremecían nuestra sociedad lo hicieron militante de la Juventud Comunista y se incorporó a los destacamentos urbanos de las FALN. Detenido y herido, fue llevado al Hospital Militar de donde se fugó espectacularmente. Se fue a la guerrilla rural y muere en combate en las montañas de Trujillo en el año 1964.

Entre los cafetales, en un sitio de follaje alto, bueno para la siembra de café, identificado por las señales que le pusieron para no perderlos, encontramos sus restos y nos los llevamos, repartiéndolos en los morrales. Le faltaba el cráneo y un fémur. Los animales habían hecho de lo suyo. Los cargamos un tiempo con la intención de hacérselos llegar a la familia, lo que nunca se cumplió. Los guardamos en un sitio de la montaña donde estaría más seguro. En otro momento pasaríamos a buscarlos, pero allá quedaron esperando el regreso.

Atrás quedaba todo un largo recorrido desde Yaracuy hasta Trujillo, montañoso y frío, lugar que daba acogida a nuestro actuar quijotesco.

El caserío al cual llegábamos estaba compuesto por varias casitas separadas a lo largo de la fila montañosa, por la cual nos desplazábamos. Los campesinos desde las ventanas y desde las puertas de sus casas de bahareque, sorprendidos unos y alegres otros, entre sonrisas y estrechones de manos, veían el inesperado paso de nuestra larga columna guerrillera, que, en medio de la tenue lluvia que caía, caminaba lentamente, algo encorvados por el peso del morral que sobresalía a nuestras espaldas, la barba imponente de algunos combatientes y nuestra inseparable y respetable arma que guarecíamos debajo de un plastiquito, de manera que la lluvia no nos dañara a nuestra querida compañera.

Caminábamos a diez metros uno del otro, esta era la distancia que nos separaba entre guerrillero y guerrillero. Casi un kilómetro entre el primero y el último. La sorpresa mayor era para los niños, descalzos, con sus cacheticos rosaditos, quemados por el frío, con su ropa salpicada de pantano y sus barriguitas infladas llenas de lombrices, que no

sabían leer, pero sabían rezar, cuando veían pasar a aquellos extraños visitantes que jamás habían visto.

Para los más viejos no era extraña la presencia guerrillera. Años antes se había combatido en la zona. El comandante Fabricio Ojeda, que comandó esa guerrilla, había pateado muchas veces el lugar. Su presencia y su recuerdo revoloteaban frescos en la mente de aquellos campesinos que preguntaban por él, y que no sabían que había sido asesinado por el gobierno.

La marcha se paró, algunos se quitaron los morrales y otros se sentaron utilizándolo de espaldar, mientras se recibían las órdenes de la comandancia. Nos quedaríamos en ese caserío. Decisión acertada para una tropa tan agotada. De inmediato se organizó el campamento, y se distribuyeron las guardias. Los caminos de acceso quedaron fuertemente custodiados. La escuadra en la que yo estaba acampó en un molino. Nos encontrábamos en el caserío El Cedro, a la pata de aquella gigantesca montaña del páramo de Guaramacal. Muchas leyendas se tejían en relación a él. Algunos decían que no podía atravesarse si no se iba acompañado de unas cuantas botellas de miche que calentaran el cuerpo. Los que se atrevían sin la botella a cuestras, decían los campesinos, el mal de páramo los dejaba tiesos en el camino. Eso me hacía recordar aquel dicho de que cuando alguien moría se decía: “Pasó el páramo”.

Por medidas de seguridad, para pasar desapercibidos a la vigilancia enemiga, sobre todo aérea, debíamos cocinar desde las casas de manera que el humo no saliera de la vegetación. Un campesino amigo nos prestó su casa para cocinar y hacia allá avanzó el grupo que le tocó cocinar con sus ollas y la leña, que empezaba a colocarse, para prender el fogón.

Salimos cinco en comisión a comprar un cochino. Eran aproximadamente las seis de la tarde. Después de caminar un buen trecho llegamos a una casa de bahareque, como todas las de la zona. A su alrededor una pequeña plantación de café adornaba el paisaje. El café era lo que más se producía en la zona. Los árboles grandes y frondosos le servían de sombra. A nuestro encuentro, por el camino, una pareja de burros, peludos por el frío, caminaba indiferente. Era el medio de transporte de carga de la mercancía hasta los mercados de la ciudad.

—*Buenas tardes, ¿cómo están por aquí?*, dijimos al entrar a la casa haciendo notar nuestra presencia. Tres entramos y dos se quedaron fuera vigilando el camino.

—*Bien, ¿y ustedes?*, contestó la señora de la casa, haciendo escapar de sus labios ese acento andino leve y depurado de su manera de hablar.

En la pequeña sala, que a la vez era comedor y dormitorio, a la derecha a la luz de la vela se encontraba un pequeño santuario, en el cual sobresalía la figura de José Gregorio Hernández, nuestro santo criollo, venerado por nuestro pueblo, pero sobre todo por las comunidades andinas. Hasta en los sitios más remotos, en los cuales podía faltar de todo, dónde nadie sabía leer, no faltaba la figura de José Gregorio para pedirle milagros. A la izquierda, en el suelo, dos niños dormían sobre una estera sin notar para nada nuestra presencia. Los mayores lo hacían en una troja que estaba al fondo, cercana al techo que en ese momento se encontraba vacía.

Preguntamos por el campesino, que a los pocos minutos se presentó con su hijo, un muchacho de unos veinte años, joven como nosotros. Él, viejo, jorobado, se apoyaba en una vara para caminar. Se sentó a nuestro lado en un pequeño taburetico.

—*Cómo están ustedes muchachos, ¿en qué les podemos servir?*.

—*Queremos comprar un cochino*—, le dijimos.

En seguida ordenó a Jacinto, su hijo, a buscar un buen cochino para los muchachos.

El campesino nos miró a los ojos, apretó la vara y nos dijo emocionado:

—*Yo también estuve alzado, hace mucho tiempo, con el general Gabaldón y conocí a su hijo que pasó una vez por aquí. También conocí a Fabricio y a ese catire que anda con ustedes. Lástima que la juventud haya pasado porque si no, seguro los estaría acompañando. Ya no soy el mismo pero puedo ayudarlos de vez en cuando.*

Iván sacó la cajeta de chimó que cargaba en el bolsillo de la camisa y ofreció una mascada al campesino que complacido se metió una pelotica de aquella concentración de tabaco que parecía cera. La saliva turbia o más bien negra empezó a correr por el suelo.

Se hizo de noche y mientras esperábamos al cochino la conversación avanzó sobre la lucha revolucionaria. La leña ardía en el fogón despidiendo la única luz que nos alumbraba.

Iván hablaba con emoción. Los campesinos escuchaban en silencio. De la cocina salía un agradable olor a café que se apoderó de nues-

tro olfato. Mucho tiempo teníamos sin siquiera probarlo. Aquella totuma con café, ofrecida por la campesina, que uno a uno fuimos saboreando hasta llegar a los que montaban guardia afuera, interrumpió la conversación y nos hizo sentir el calor del hogar.

El muchacho, hijo del viejo, se apareció con el cochino. Era grande y gordo. Lo revisamos abriéndole la trompa y alumbrándosela con una linterna. Si tenía pepitas en la lengua estaba enfermo, tenía huevitos, que son unas peloticas blancas como pequeños huevitos que invaden todo su cuerpo y no se puede comer. El cochino estaba sano. Se lo pagamos, y antes de irnos le encargamos unas arepas para la mañana siguiente. Durante la marcha solo habíamos comido “polvo”, ni siquiera sardinas cargábamos.

Regresamos al campamento y ya en la olla estaba hirviendo el agua para pelar el cochino en el fogón. Los encargados de matar el cochino, Renán y Barbisnequi, preparaban el palo cochinero. Al rato el cochino está convertido en alimento para desaparecer en nuestros satisfechos estómagos. Era la primera comida caliente en mucho tiempo. Cansado y contento me fui a acostar en mi leal hamaca.



Edgar, también conocido como Millo, con una olla con cambures sancochados. Revista Sucesos. Diciembre 1966

A las tres de la mañana un estre-mecimiento interrumpió mi sueño. Me tocaba mi hora de guardia. Hacía un frío tremendo. Entre bostezos y estirones me incorporé. Debía, junto a otro guerrillero, cuidar un camino que daba a otro caserío. Me coloqué la forniture, tomé el fusil y me fui a montar mi guardia. El cielo estaba despejado en noche de luna llena cargado de estrellas y haciendo un espectáculo bien bonito que yo disfrutaba mucho. Hacía el sur, cuatro estrellas conformaban la Cruz de Mayo. A lo lejos se divisaba una casa iluminada por la luz de una vela, que era lo único que podía alumbrar las casas, pues la luz eléctrica no había llegado por esos lares.

Estábamos vigilantes detrás de una piedra ubicada estratégicamente en una curva del camino que nos brindaba una posición ventajosa ante la posibilidad de llegada del enemigo. El sueño trataba de dominarme y en la pelea con él, vacié media cantimplora sobre mi cabeza. Había que estar atentos a cualquier movimiento. En las noches de luna los caminos se hacen claros y el enemigo pudiera aprovecharlo para sorprendernos. Además, el día anterior un helicóptero estuvo revoloteando por los alrededores.

La noche estaba silenciosa. Todos los ruidos se captan rápidamente. El ruido de una rama nos puso en guardia. Se oyeron pasos. Nos parapetamos detrás de la piedra y nos quedamos esperando. Apareció una silueta que se fue acercando cada vez más hasta tenerla junto a nosotros. Esperamos el santo y seña, aunque no nos habían informado de la salida de ninguna comisión. Lo teníamos a tiro. Reconocimos que era uno de los campesinos del caserío y lo dejamos pasar sin que nos viera. Fue el mejor remedio para el sueño, que desapareció por completo.

Terminamos la guardia y me fui a buscar el relevo. Esta vez era yo el que estremecía la hamaca de otro compañero. Me acosté y me quedé pensando en la hamaca. Ya estaba amaneciendo y era una tontería dormir.

Se vivían aquellos años críticos en que ese grupo de hombres que nos encontrábamos allí, en aquel caserío y dispuestos a atravesar aquel inhóspito páramo, representábamos para los que creíamos en la lucha armada la esperanza del triunfo revolucionario que soñábamos.

La mayor parte de los organismos de la revolución habían sido diezmados. El apoyo del pueblo a nuestra lucha había disminuido. Dentro de los hombres en armas éramos los únicos que estábamos en capacidad de darle continuidad a la lucha revolucionaria y vencer las dificultades.

El abandono de la lucha armada por parte del Partido Comunista, que era el que había llevado el peso de la lucha hasta ese momento, ocasionaba desmoralización, con toda su secuela de deserciones, delaciones, escepticismo y descomposición. Eran los momentos del temple especial, al igual que los patriotas de la primera independencia cuando la pérdida de la Primera República. Había que nutrirse de esa fortaleza para vencer las dificultades.

Todas estas cuestiones que vivía el movimiento revolucionario no dejaban de incidir también en nosotros y esto hacía que algunos de los que

hasta ayer mantenían las posiciones más firmes, los veíamos luego pegando el carrerón.

La lucha era total, lucha contra el imperialismo y la oligarquía, lucha contra el ejército, lucha contra el medio, lucha contra la nostalgia de la familia, lucha dentro de nosotros mismos y lucha en el seno de la revolución para hacer valer nuestro proyecto revolucionario.

Las justificaciones estaban en el ánimo de todo el que quisiera abandonar. Unos lo hacían elegantemente desde posiciones políticas, no cuestionando la lucha armada sino buscando diferencia donde no las había, agrandándolas para buscar paz con ellos mismos; otros fingían enfermedades o planteaban que no servían para esta vida de sacrificios. Miles eran las argumentaciones que se podían señalar en situaciones como estas. Camaradas que en una época floreciente nunca pensaron que una justificación podía torcer su vida, porque por encima de todo estaban sus ideales y su compromiso con el pueblo y con la lucha revolucionaria, hoy, en medio de la crisis, pensaban en sus estudios, en su realización y su reacomodo en el sistema que una vez combatieron. Pensaban en los problemas familiares que antes se entendían como una consecuencia del sacrificio que había que dar por la libertad de nuestro pueblo. Quedaba atrás, en algunos, aquellos sueños redentores de creer triunfar en poco tiempo, emulando a los cubanos y bajar de la montaña con la aureola de héroe recibido por las multitudes.

A lo largo del camino, muchas serían las sorpresas. No era fácil desarrollarse, crecer y convertirse en alternativa de poder, por eso hablábamos de guerra prolongada. El romanticismo iría dando paso a la objetividad. Los vietnamitas combatían desde los años treinta contra japoneses, franceses o norteamericanos. Nosotros apenas comenzábamos.

Mi hamaca se balanceaba suavemente con la brisa. Los jevenes trataban de penetrar por el más leve huequito por debajo de la cobija, a pesar del humo de comején que habíamos encendido y ardía a un lado de la hamaca de uno de los camaradas. El ronquido de algunos hacia de fondo musical y mis ojos contemplaban el cielo infinito mientras pensaba en tantos compañeros que se han ido y tantos que murieron por defender nuestra causa, en combate o en las cámaras de tortura.

Ayer no más se nos informó de la separación del movimiento guerrillero de Matías. Algunos tragarón saliva para no soltar el llanto. Porque es que en estas condiciones, la hermandad y el compañerismo se hacen

más fuertes. Con tristeza oímos su determinación. Recordaba las palabras de Douglas durante la Conferencia Nacional Guerrillera:

— *Si sucumbe la mayoría, uno que quede garantizará la victoria.*

Compañeros sacrificados, valientes. Es difícil comprender que después de haber salvado tantas dificultades, abandonen. No basta vencer al enemigo que impone el medio, ese es fácil, con un poco de dedicación se vence. Difícil es vencer al enemigo que llevamos dentro. Es el enemigo ideológico, ese es el más difícil.

— *Los revolucionarios son seres de un temple especial.*

Y eso es verdad, se necesita de una gran fortaleza para superar todas esas cosas.

Saqué de mi cartera, donde se encontraba guardada y protegida por un pequeño plástico, la última carta que me había escrito mi madre. Habían pasado varios meses desde que la recibí y desde esa oportunidad no sabía nada de ella ni del resto de la familia. En ella me decía que me dejara de telegramas. Realmente era muy flojo para escribir, pero de seguro que cuando llegáramos a la zona de alivio, luego de culminar esta campaña, le escribiría.

Empezó a dejarse colar el sol detrás de las montañas, ya se oían los gritos de los campesinos para empezar la jornada. La última guardia llamó con energía a levantarse. Amaneció. Cada cual recogió su hamaca y arregló su morral. Varias comisiones salieron a buscar las arepas que nos hacían en diferentes casas. Llegaron y las comimos con el cochino frito sobrante del día anterior.

En el nuevo día me tocaba estar en la comisión de cocina, en una de las casas donde estaba el fogón donde cocinaríamos. Esta vez le tocaba a las gallinas alimentarnos. Un suculento sancocho iba a llenar nuestros estómagos. Las gallinas ya estaban allí junto a las verduras y comenzamos a prepararlas. Con nosotros solo estaba la campesina, mujer del dueño de la casa que desde temprano en la mañana se había ido al conuco a trabajar como lo hacía todos los días.

El día transcurría en su normalidad. En la tarde, ya culminando la labor de cocina se presentó el marido de la campesina. Venía borracho. Yo estaba en el cuartico del fogón. El hombre al verme desde la puerta de la casa, gritó con voz fuerte y con el cuchillo en la mano:

— *¿Qué haces metido en mi casa?*

—*Ayer hablamos con usted y le pedimos permiso para utilizar su fogón—*, le dije.

El campesino se me vino encima con el cuchillo listo para clavármelo.

Miré y tomé el FAL que lo tenía cerca y lo coloqué en posición de disparo.

“Quédese tranquilo” le decía. Suelte el cuchillo. Pero el hombre insistía.

Retrocedí hasta un rincón. No tenía escapatoria. La única puerta la tenía bloqueada.

—*¡Voy a tener que matarlo, coño, no puede ser!*

Estábamos los dos solos, nadie se había dado cuenta. Todo se desarrollaba dentro de la casa. Los demás compañeros de la comisión de cocina estaban fuera.

—*Si avanza más tendré que darle.*

La olla con el sancocho hervía a borbotones, la leña estaba al rojo vivo y el fuego calentaba el pequeño recinto a diferencia del frío que hacía afuera.,

Lo apunté y le dije con fuerza:

—*Si das un paso más te mato.*

El campesino se quedó parado, no soltaba el cuchillo y sus ojos estaban rojos. Ese momento lo aprovechó la campesina, su compañera, para sorprenderlo por detrás, por su espalda, y quitarle el cuchillo. La mano de la mujer sangraba, una leve cortadura ocasionada con la hoja del cuchillo le había roto un dedo. Al hombre se le quitó la borrachera y entró en razón. No hallaba qué hacer y caminaba de un lado a otro en aquel pequeño rancho, poniéndose las manos en la cabeza. Su mujer miraba en silencio, todavía con el cuchillo en la mano, rojo por la sangre que manaba de su herida.

Me acerqué al hombre, lo miré de frente y le dije:

—*¿No se acuerda usted que anoche le pedimos permiso para utilizar su cocina? Recuerde. Recuerde.*

Asintió con la cabeza y se puso a llorar.

Lo tranquilicé. A cada rato se acercaba pidiendo disculpas.

El incidente pasó, curamos la herida de la campesina, se repartió la comida, comimos junto a ellos y nos preparamos para partir a la mañana siguiente.

A las siete de la mañana estábamos listos para partir y así lo hicimos. Tuve tiempo de limpiar mi FAL.

En el centro del caserío nos agrupamos y se organizó la marcha: vanguardia, grueso y retaguardia. Cada cual gritó el número que le correspondió y se ordenó la partida. Hacía frío. Aquella impresionante y espectacular montaña nos esperaba con sus caminos abiertos para albergar nuestros pasos. Comenzamos a subir y en la medida en que lo hacíamos, bajaba la temperatura y el frío era cada vez más intenso y penetraba hasta los huesos. Los que íbamos adelante en la vanguardia, podíamos ver desde la altura al resto de la guerrilla como una gran culebra desplegada en sus curvaturas, y avanzando en el camino peñascoso por donde se deslizaba un pequeño hilo de agua que vimos indiferentes, pues nuestras cantimploras estaban llenas. Pasamos cerca de un viejo campamento donde, para dormir, los camaradas tuvieron que hacerlo en el suelo cuerpo a cuerpo, uno al lado del otro y encender fogatas que le sirvieran de abrigo para poder resistir el frío. Esto había sido por el cerco que había tendido el enemigo por allá por el año sesenta y cuatro. El enemigo había entrado, lo combatieron y luego se refugiaron en ese campamento, del cual Luben nos hablaba. La verdad era que para encontrarlos en ese montañón costaba una y parte de la otra.

Seguimos caminando. La marcha se paró, tendríamos que pasar por un desfiladero peñascoso que cortaba la pica en dos. Pasamos de uno en uno con mucho cuidado, ayudando uno al otro, de manera de evitar que alguno se desprendiera al abismo. Cualquiera podía caer, y si eso ocurría, no le iba a ir muy bien. Era una roca en la falda de una montaña, lisa y resbalosa. A lo profundo del farallón se veían las rocas, como esperando al que cayera. Una vez logrado el objetivo, del otro lado del desfiladero llegaba la voz preguntando si habíamos pasado.

Todos estábamos del otro lado sin novedad alguna. Continuamos y llegamos a la fila. Un calambre contrajo el músculo de mi pantorrilla izquierda que me hizo caer al suelo. El compañero que venía detrás de mí corrió a auxiliarme, me levantó el pantalón hasta la rodilla y orinó sobre el sitio encalambrado y el músculo volvió a la normalidad. Los calambres nos atacaban a cada instante, producto del frío y de la humedad. Los pies estaban mojados, lo mismo que los pantalones de la

rodilla hacia abajo por el roce con el rocío de la vegetación. Yo me había colocado encima el plástico que era nuestro techo a la hora de dormir, para evitar mojarme más de lo que estaba. No podíamos pararnos, teníamos que caminar, caminar, caminar... pararse era permitir que el frío penetrara nuestro cuerpo y nos entumeciera. Caminando mantendríamos el calor que nos defendía contra el mal de páramo. Grandes rocas cubiertas por un musgo verde y rojizo estaban a los lados del camino. Los árboles se balanceaban por la fuerte brisa, la neblina casi borraba toda visibilidad, el viento nos golpeaba con fuerza y casi lograba tumbarlos. Joel resbaló y enterró el fusil en el barro que se le metió hasta lo profundo del cañón. Se quejaba de la arrechera. Tendría que limpiar el arma nuevamente, pero habría que esperar hasta cruzar el páramo. Con un palito le sacó el barro incrustado en el cañón.

Mi mente volaba en aquel escenario único y maravilloso que hicieron aparecer los recuerdos de la escuela, de aquellos años en que mi maestra Margarita nos daba las primeras lecciones de historia de Venezuela, de cuando recibía la clase del cruce de nuestro ejército libertador de la cordillera de Los Andes y de Bolívar en su *Delirio sobre el Chimborazo*, vistas en aquellas fotos en mi libro de historia. Y yo en mi pupitre contemplándolas con avidez. Me parecía estar reviviendo aquellos pasajes y me sentía uno de ellos.

En la realidad debió ser así. Aquellos hombres y mujeres, con una moral de titanes, pasando por encima de las más grandes dificultades. Para mí, todo lo que nos rodeaba, el frío, la neblina, las dificultades, la columna de combatientes, la vegetación, revivían las mismas escenas de aquellos aguerridos combatientes de la primera Independencia.

El frío era intenso, la neblina densa se mantenía y no nos permitía ver más allá de la visión difusa del compañero que teníamos adelante o atrás. Los ventarrones seguían golpeando nuestros cuerpos y aquella columna de hombres, en medio del silencio, sin ningún otro ruido que el que producía la brisa, cruzando esta cordillera andina para lograr los sueños de atrapar el cielo por asalto, de forjar un mundo mejor, en la creencia de conquistar la independencia definitiva de nuestro pueblo.

Me extrañó ver troncos quemados que no habían sido utilizados para hacer fogatas. Pregunté y me respondieron que durante el verano, como esta región era tan alta, el sol pegaba muy fuerte y se producían incendios.

Continuaba la marcha, caminaba adelante, yo era de una de las escuadras de la vanguardia.

— ¡*Que paren los de la vanguardia!*

Llegó la voz de hombre a hombre desde la retaguardia.

Algunos combatientes se habían retrasado y tendríamos que esperarlos. Nos paramos. La guerrilla avanza al paso del más lento. Al poco rato el frío comenzó a hacer estragos en nuestros cuerpos. Las manos comenzaron a dormirse y a ponerse pesadas. Sentíamos un dolor intenso en la cintura. Ya mediaba la tarde y no habíamos comido. La media sardina que nos tocaba se había demorado, el frío impedía pararnos siquiera para comer.

O nos devolvemos a buscarlos o los esperamos abajo. No había otra alternativa. Era imposible pararse.

No hizo falta, poco a poco fueron apareciendo las siluetas de los retrasados, no había que seguir esperando. Un alivio recorrió nuestros cuerpos cuando, otra vez en movimiento, comenzaron nuevamente a calentarse y empezamos a descender.

Iniciábamos una nueva campaña. Combatiríamos al enemigo y de seguro le infringiríamos serias derrotas. Al menos deseos no faltaban. Tomaríamos a Boconó. Hasta ese momento en la historia de la guerrilla venezolana no se había tomado una población de las características de esta. Luego combatiríamos a la fuerzas del gobierno arriba en la montaña cuando saliera en nuestra persecución. Llevándolos a los sitios donde teníamos ventaja. Era imprescindible combatir en ese instante, pero no como antes, sino con objetivos más grandes.

Necesitábamos lograr emboscadas para conquistar armas y producirle bajas al enemigo, lo cual permitiría, en base a nuestras victorias militares, la incorporación de nuevos contingentes campesinos a nuestras filas. Militarmente nos encontrábamos como nunca: con una gran moral y con una capacidad bélica capaz de librar exitosos combates.

Prevalecían los conceptos de la guerra asimilados de la Revolución Cubana. Reeditábamos la creencia de las victorias militares, como elemento de captación de nuevos contingentes guerrilleros. Éramos el foco que arrastraría a la población junto a nosotros para garantizar la victoria en corto plazo.

La asamblea de combatientes se instaló. Los cubanos nos criticaban porque, según ellos, discutíamos mucho. Unos cuantos de los que nos encontrábamos en ese contingente, sobre todo los de la ciudad, lle-

gamos a la guerrilla con la experiencia de la militancia en las células del Partido Comunista y allí aprendimos a discutir, a deliberar y... a la disciplina, sobre todo cuando es militar.

Aquellas palabras de Antonio el cubano (el luego general Arnaldo Ochoa) resumían esos criterios:

*—Aquí lo que hace falta es plomo, aniquilar tropas enemigas, tomar los pueblos que sea necesario, conquistar armamento, pero eso sí, nada de politiquería. Aquí lo que ha estado trabando es eso del partido, que convertía todo en pura habladera y discutidera. Nada de partido. Con los tiros ustedes van a ver cómo se arregla todo. Ese es el camino para demostrar al pueblo la vigencia de la lucha armada y la incapacidad de la antigua dirección del Partido Comunista de llevarla hasta sus últimas consecuencias, convirtiéndose en los únicos responsables de que la guerra revolucionaria no hubiese adquirido más desarrollo. Los que perdieron vigencia fueron ellos y no la lucha armada. Denme veinte analfabetos, que no discutan, y yo garantizo la toma del poder en dos años. Cojones y tiros es lo que hay que tener.*

Rememorando aquellas palabras de Antonio el cubano dichas un tiempo atrás, pensaba en que yo podría cambiar mi FAL por uno nuevo que le quitaría a las tropas del gobierno.

Un gran optimismo se encontraba presente en todos nosotros. Se notaba en las sonrisas y en los rostros alegres en la medida en que nos acercábamos al combate. Era el mes de junio de 1967. Por la radio supimos de la caída de un grupo grande de combatientes de la ciudad. Los extras insistentemente repetían que habían desmantelado las guerrillas urbanas y que uno de sus dirigentes, Nery Carrillo, había intentado suicidarse cortándose la yugular. La preocupación se hizo presente por los que habían caído. Algunos eran conocidos. Seguramente los estarían torturando y quién sabe si algunos serían asesinados.

A mi mente llegaron aquellas palabras de Fidel donde afirmaba que “la ciudad era el cementerio de los revolucionarios” diversos y variados eran los comentarios sobre la caída de los camaradas.

Los momentos eran muy difíciles y la práctica de los desaparecidos estaba en plena vigencia, en los aparatos represivos del Estado. Del que caía, las posibilidades de volverlo a ver eran remotas.

Esta terrible suerte habían corrido muchos revolucionarios, entre ellos, nuestros queridos camaradas el Turro y Marcos, quienes acompañaron

a esta columna guerrillera durante muchos pasajes, ya no los tendríamos más entre nosotros, pero su ejemplo retumbaba fuertemente en nuestra conciencia y nos hacía más decididos en los combates que se avecinaban. Los pocos aparatos de radio que cargábamos estuvieron pendientes de nuevas noticias de los camaradas presos.

Acampamos al otro lado del páramo, habíamos logrado atravesarlo. Desde allí se veía Boconó iluminado en un espectáculo hermoso, más para nosotros que teníamos tiempo sin ver la luz eléctrica. Los grandes avisos, la demarcación de las calles iluminadas por las luces de los postes y el ruido del transitar de los carros por la carretera nos brindaba una sensación agradable, adornada con la presencia del río Boconó extendido como una larga cabellera, recorriendo el valle y haciéndolo más bonito.

Confundidos con nosotros, pastaban algunas reses de esas que llaman ganado de altura. Delante de mí, imponente, se erguía la Teta de Niquitao. Extasiado estaba frente a ella acariciando aquella bella panorámica. En la escuela la había oído nombrar como una de las montañas más altas de nuestra patria. Ahí la tenía de frente en esos momentos que no se olvidan y se graban para siempre. Nunca imaginé que algún día tendría tanta belleza junta ante mis ojos, de ciudad, luces, río, valle y esas tetas andinas de las montañas de Niquitao.

Tres casas vacías nos sirvieron de campamento y allí nos acomodamos, desplazando las medidas de seguridad correspondientes y colocando vigilancia en todos los caminos de acceso. Teníamos hambre y tres comisiones salieron a comprar comida. Al rato regresaron con unas cuantas gallinas que pasaron a formar parte de nuestra digestión. Una vez que terminamos de comer nos reunimos en asamblea, en una de las casas en la que de casualidad cabíamos.

Ramón, flaco y desgarbado, con su barba amarilla que no negaba su ascendencia europea explicaba los pormenores: Tomaríamos Boconó, la policía, el telégrafo, los poderes públicos y llamaríamos a la población a concentrarse en la Plaza Bolívar donde improvisaríamos un mitin.

*“llegó la hora de entrar en combate y de demostrar la vigencia de nuestra lucha, no más politiquería de las que nos sumió el partido. Las armas decidirán”*

Miranda, miembro de la comandancia del frente y uno de los guerrilleros de mayor nivel político, formado en el partido intervenía y señalaba:

*“en este momento lo militar está por encima de lo político y eso determina la campaña que iniciaremos mañana”*

Las casitas ubicadas en la falda de aquella inmensa montaña, donde el viento soplaba con fuerza y el frío penetraba hasta los huesos, era nuestro refugio. Nada mejor que aquellas casitas en aquel lugar en que no había árboles grandes que sostuvieran nuestras hamacas, para guarecernos, darnos calor y no dormir a la intemperie, expuestos al frío inclemente. Allí, tranquilos y cómodos, como en la mejor habitación de un hotel cinco estrellas, pasamos la noche y todo el día siguiente esperando obtener información fresca del comportamiento del objetivo para poder avanzar.

Temprano, todavía oscuro, se enviaron comisiones de reconocimiento y exploración a Boconó que harían contacto con nuestra base social y nos traerían la información requerida.

Para nuestra sorpresa, tropas del ejército habían llegado desde el día anterior a Boconó, y esta era la información que traían las comisiones a su regreso. Eso dificultaba la operación y obligaba a un cambio de planes. Nuestra capacidad militar no estaba para esos trotes. La guerrilla en la etapa de la defensiva estratégica tiene que combatir para ganar, nunca en inferioridad de condiciones, siempre superior y partiendo de esta norma debe seleccionar los objetivos. Esta es la etapa de la guerra que vivimos.

El rumbo de los acontecimientos varió. Ya no tomaríamos Boconó y en su defecto avanzaríamos sobre los pueblos cercanos de Tostós y Niquitao que si estaban dentro de nuestras capacidades.

Llegó la noche y a eso de las ocho partimos después de cenar con media taza de polvo. Estábamos todavía bastante arriba y teníamos que bajar y bajar para llegar al valle donde se encuentra Boconó y su espectacular río. Todos tiritando de frío esperábamos la orden de arrancar. Afeitado y vestido de civil el Camarita salía a hacer contacto con la retaguardia, buscar bastimento y vernos más adelante.

Un camino real nos esperaba y por allí bajamos, y en la medida en que lo hacíamos, las luces de la ciudad se iban viendo más grandes. La noche nos protegía y la guía de un buen baqueano nos daba seguridad, aunque el avance era cauteloso. En algunos trechos lo hacíamos por pequeños grupos hasta pasar todos. Pasaba un grupo y este protegía al otro para que avanzara hasta llegar al último. Así fuimos bordeando la

ciudad de Boconó sin llegar a ella, disfrutando de sus luces, de su hermoso río y de las Tetas de Niquitao hasta llegar a la carretera de tierra que conducía a las dos poblaciones que tomaríamos. Al llegar abajo, la punta de vanguardia, haciendo un alto en la marcha y colocada en el medio de la carretera, nos indicaba que nos saliéramos y abordáramos una pica en la que nos esconderíamos, listos para saltar nuevamente. La vegetación era baja, pero ahí estábamos, cerca, pero no a la orilla de la carretera, agachados, sentados o acostados, en silencio, esperando la orden de avanzar.

Unos perros, tal vez oliendo nuestra presencia, ladraban insistentemente desde una casa cercana. Los campesinos que vivían allí no observaron nada extraño y para nada se molestaron.

La escuadra de la vanguardia montó una alcabala. Por las luces y el ruido de los motores sabíamos que se acercaban los carros, poco a poco fueron llegando. Las voces nos indicaban que eran varios.

La orden de salir del monte llegó y salimos ordenadamente. Los camaradas de la alcabala hablaban con los que venían en los carros y les pedían el favor de que nos trasladaran al pueblo más cercano, que no les pasaría nada. Esperamos un poco hasta que llegaran otros carros para poder irnos todos. Carro que llegaba se llenaba de guerrilleros. Así lo hicimos y nos montamos y dirigimos al objetivo. Sentíamos una mezcla de emoción, optimismo y seguridad en nosotros mismos. La carretera era de tierra y los carros saltaban y se bamboleaban por lo irregular del camino. Nos acomodamos como pudimos. Unos dentro, otros encima de las maleteras, guindados en la puerta, en el capó, en aquella larga caravana de carros cargada de guerrilleros. Lo único que nos faltó fue montarnos en los techos. Pero así avanzamos. Como siempre la vanguardia y la retaguardia moscas, preservando la seguridad de todos.

Me tocó montarme en un jeep viejo, pero en buenas condiciones. En él se encontraban unas muchachas estudiantes de liceos de Boconó. Para mí era algo bonito encontrarme con ellas, que por ser estudiantes uno se sentía identificado. Al principio se mostraron nerviosas, pero poco a poco fueron tomando confianza, y se desarrolló una conversación que nos permitió hablarles de las luchas estudiantiles y de la revolución, de porqué nos encontrábamos alzados, combatiendo al gobierno. Que muchos de nosotros también éramos estudiantes y que habíamos suspendido los estudios por encontrarnos allí, luchando por igualdad de oportunidades para todos para entrar a las universidades, sin darle pre-

ferencia a los que llegan procedentes de los colegios privados. Cuando nosotros tomemos el poder y derroquemos a las oligarquías gobernantes, las fábricas serán de los obreros, la tierra de los campesinos y la educación y la salud será gratuita para todo el pueblo. Y el gobierno revolucionario será de todos. Habrá una verdadera democracia porque será una democracia del pueblo.

Era agradable sentirse rodeado de muchachas jóvenes y estudiantes. Nuestra vida se desarrollaba montaña adentro, en un medio campesino muy rural, lejos de la ciudad.

—*¿No les importa que los maten o pasar tanto trabajo por esas montañas, siendo tan jóvenes?*—, nos dijo una de ellas.

—*No le tememos ni a la muerte ni al sacrificio, porque la única forma de lograr la felicidad de nuestro pueblo es haciendo lo que hacemos, en eso creemos y cumplimos con lo que para nosotros es el deber más sublime: hacer la revolución.*

Hablaba Pedro, joven combatiente como la mayoría. Pedro murió un año después junto a otros guerrilleros, al caer en una emboscada montada por el ejército en el sitio de Sabana Larga, en el estado Yaracuy.

La noche había avanzado y la caravana de automóviles con sus luces encendidas se desplazaba lentamente, con firmeza y con cuidado. El hecho de que no supieran que nosotros íbamos en ellos, nos daba seguridad y mantenía a nuestro favor el factor sorpresa. Todo transcurrió normal, sin contratiempos. A los pocos minutos llegamos a Tostós.

La muchacha que venía a mi lado me retuvo tomándome por un brazo y me dijo, señalándome una casa donde vivían unos adecos.

—*¡Quémensela!... esa gente ha hecho mucho daño, el pueblo no los quiere.*

—*Lo tomaremos en cuenta*—, le contesté.

La orden que había era respetar a la población, de no hacer nada que les causara daño. Todo lo compraríamos o solicitaríamos en donación. Nada se le quitaría a la fuerza. Nuestro objetivo militar estaba claro: la policía, las casas de los partidos de AD y Copey, los traidores y cualquier contingente de la Guardia Nacional o el ejército que se nos atravesara.

Nos dividimos en dos grupos, mientras uno tomaba Tostós, el otro tomaba Niquitao.

Cada quien fue a lo suyo y nos desplazamos por ambos pueblos en diferentes grupos a ejecutar la parte del plan que le correspondía. Me tocó montar guardia junto a otros tres guerrilleros en una de las salidas de Niquitao, cerca de la medicatura rural. Desde mi sitio de guardia pude ver cuando los camaradas entraron a la medicatura. El grupo que la tomó le exigió, con todo respeto al médico, un extranjero, que nos surtieran de algunas medicinas que necesitábamos. Y así lo hizo con un trato de mucha amabilidad. Y en la conversación con nuestra gente el médico les decía:

*—Caramba, lo que son las cosas, apenas tengo quince días en el país y ya los conozco. Nunca creí que los conocería tan rápido, pero ya usted ve. He oído hablar tanto de ustedes... y sé de la justeza de su lucha. Todavía no salgo de la sorpresa. Es un día maravilloso para mí. Lo recordaré siempre. Les deseo suerte.*

*—Vamos a necesitar el carro de la medicatura para trasladarnos, doctor.*

El médico asintió y entregó las llaves.

Era de madrugada, estaba amaneciendo y ya algunos de sus habitantes se movilizaban al cumplimiento de sus labores cotidianas.

La acción fue tan rápida y tan de sorpresa que no permitió error alguno. Todo fue fácil. Ni siquiera en la policía opusieron resistencia, y se conquistaron cuatro revólveres y una escopeta. Se les trató bien y se tuvo una conversación con ellos, donde le, aclaramos que ellos también eran del pueblo y no debían defender los intereses de los ricos. Los invitamos a sumarse a nuestras fuerzas.

A la casa de AD, luego de sacar a todas las personas que se encontraban allí, se le metió fuego, mientras otro grupo armado de atomizadores se desplazaba por el pueblo haciendo pintas en las paredes dándole vivas a Fabricio Ojeda, a las guerrillas y a las FALN.

Compramos comida en una bodega que apenas abría y concentramos a los pobladores, despiertos a esa hora, en la plaza del pueblo, donde dimos un mitin. Miranda era el orador. Emocionado gesticulaba con los brazos para darle más fuerza a sus palabras.

Se hizo de mañana, ya eran las siete y se ordenó la retirada, no podíamos aguantar más. El objetivo había sido cumplido. Nos reunimos antes de salir y Ramón (Luben Petkoff) nos daba las instrucciones a seguir:

*—Vamos a avanzar con estos carros hasta donde podamos montaña arriba. Ya el ejército agarró el pitazo y se está movilizándolo en nuestra persecución. Tenemos que llegar primero que ellos a las Cortaderas, que es el sitio más peligroso y es donde pueden contener nuestro avance. Así que nadie se retrase. Todos a caminar rápido.*

Nos montamos en los diferentes carros y partimos montaña adentro. Los campesinos desde las ventanas de sus casas y en las calles nos veían pasar en medio de gritos de ¡Viva la revolución! ¡Viva la guerrilla!

Luben se montó en el jeep donde yo iba que era conducido por Carevieja.

Las lluvias habían ocasionado derrumbes y eso hacía difícil el avance de los carros. El ruido de los helicópteros revoloteando empezaba a molestar, lo que indicaba que tenían el pitazo y la persecución estaba iniciándose. Nuestro vehículo, que iba adelante, se atascó. Los cauchos se enterraron en el lodo y giraban y se enterraban más. Tratábamos infructuosamente de sacarlo pero el carro patinaba. La carretera era estrecha y el jeep bloqueaba completamente la vía, lo que impedía seguir con los demás carros. El tiempo lo teníamos en contra, los abandonamos y continuamos a pie. Dirigiendo la mirada hacia abajo volvíamos a ver al río Boconó, deslizándose suavemente sobre su lecho. Con los carros pudimos avanzar bastante. Ya estábamos a mitad de camino. En la montaña del otro lado, la que estaba enfrente, podíamos ver cómo las casas hacían anillos en torno a un pequeño caserío. Los truenos acompañaban armónicamente al ruido de los helicópteros que se acercaban más. La lluvia empezó a caer y nuestra ropa comenzó a empaparse, pero seguíamos la marcha sin pararnos. Teníamos que llegar a las Cortaderas antes que el enemigo. Eran varios helicópteros. Era posible que empezaran los bombardeos. La topografía del terreno nos favorecía porque el enemigo no podía hacer desembarcos de tropa por vía aérea. Para cortarnos la retirada tenía que caminar más rápido que nosotros y eso no era tan fácil, pero ese hecho no nos hacía confiarnos. La lluvia había arreciado y caía a cántaros y mojados hasta los tuétanos avanzábamos. Jorge venía cojeando y se apoyaba en una vara. Se resbaló y se lesionó un pie que traía hinchado, sin embargo seguía caminando aunque retrasaba la marcha, además tenía fiebre y no lo había dicho. Por buena suerte en el camino encontramos un burro y ahí lo montamos y así llegó junto con todos.

La escuadra de la vanguardia se despegó del resto para llegar primero al sitio, tomarlo, montar una alcabala y garantizar la llegada del grueso.



Rumbo a los Andes. Parados: Germán, el Turro, Torombolo, Fedor, Prada y Alberto Caricote (Chepo). Sentados: Cupertino, Rafael el margariteño, Calderón, Manolín y Mano Pedro. Germán asoma la cabeza.

Foto: Revista *Sucesos*. Diciembre 1966.

## Las Cortaderas

Poco a poco nos fuimos acercando a las Cortaderas, pequeño caserío enclavado en la fila de la montaña cercana al río Jirahara, región que había sido poblada desde antes de la llegada de los españoles por la tribus de los Timotes y los Cuicas, indígenas que aplicaron técnicas de regadío en las plantaciones, lo que significó un desarrollo importante en la producción agrícola para nuestros habitantes de la época. Mi imaginación volaba a los momentos en que se desarrollaban los combates contra los conquistadores españoles, que posiblemente se libraron en esas montañas. Tal vez en ese sitio, en el cual me encontraba en ese momento, habrían caído indígenas y colonizadores en lucha encarnizada y a muerte.

Llegamos a las Cortaderas siendo recibidos por la escuadra que se había adelantado. Habían tomado el sitio y tenían controlada la situación. Se tomaron las medidas de seguridad correspondientes, comimos y se colocaron guardias en todos los lugares de acceso.

Cansado y mojado me senté en el suelo, había amainado la lluvia y recosté la espalda a un árbol y me quedé pensando en mi mamá, en la familia, en el barrio...

De ese lugar en el cual nos encontrábamos, en adelante para seguir avanzando, debían redoblar las medidas de seguridad. Una escuadra salió en exploración para despejar el camino y tomar el sitio donde debía llegar el resto.

Me llegó la hora de montar guardia y me dirigí hacia allá junto con Serafín, un campesino de Yaracuy. Ese acceso que me tocaba custodiar era la entrada principal a las Cortaderas y por donde toda la guerrilla debía salir para seguir avanzando. Era por allí por donde podía llegarlos el enemigo. Los compañeros que nos despejarían el camino, con su morral a cuestas, su fusil dispuesto y el característico andar y vestir irregular del guerrillero, unos con gorra, otros sin ella, unos vestidos de un color y otros de otro, me pasaron por el lado en la misión encomendada. El tiempo de guardia era de una hora y apenas la estaba comenzando. El ruido del helicóptero era incesante y nos revoloteaba encima, pero la neblina era aliada y estaba de nuestra parte, imposibilitándole la visibilidad.

Saludamos a nuestros compañeros que salían en comisión desde la guardia, con una palmadita en la espalda y con el puño apretado y en alto, y los vimos perderse entre la neblina. Eran aproximadamente las once de aquella mañana de junio de 1967.

La guardia estaba colocada en el comienzo de una fila detrás de unos peñascos al borde del camino que bajaba a las orillas del río Jirahara. Desde ese sitio controlábamos a todo lo que quisiera acercarse. Teníamos la ventaja de la altura.

La lluvia transformada en llovizna caía sobre nosotros. Nuestros fales permanecían sin seguro y con bala en la recámara prestos a soltar su carga mortal sobre cualquier movimiento enemigo. El camino bajaba en forma de S y las personas que caminaban por él, por efecto de la neblina, en la medida que el viento la movía, desaparecían para volver a aparecer nuevamente.

Unas siluetas aparecieron en la escena avanzando hacia nosotros en fila india confundidos con la neblina. No hacía cinco minutos que habíamos visto partir a nuestra avanzada. Con nuestra vista fija en lo que se acercaba pudimos notar sus fusiles. Era gente armada. El alerta llegó a rojo, nuestro corazón empezó a latir aceleradamente.

El combate parecía inminente, pero permanecía la duda de que podían ser nuestros compañeros. Teníamos que estar bien seguros para apretar el gatillo. Nuestros ojos se colocaron en la mira del fusil y dirigidos hacia el camino. Entre Serafín y yo había una separación de aproximadamente dos metros. Nos vimos y presentimos lo que se avecinaba.

La duda comenzó a despejarse. Todos venían con gorritas y sus siluetas uniformes. Fueron segundos que parecieron horas. Apareció la adrenalina y sentí mi garganta amarga. No se oía el santo y seña. Se fueron acercando más. Los tuvimos cerquita y los distinguimos perfectamente. Traían puestos por la lluvia ponchos, y eso nosotros no lo usábamos. Llegaba el momento culminante, se trataba del enemigo, no había dudas.

Abstraídos de todo lo que pasaba a nuestro alrededor, concentrados en aquel momento inevitable, sumidos en una especie de hipnosis, tensos, pero serenos, la presión sobre el gatillo vomitaría aquella carga letal. Había que hacerlo, no había vuelta atrás. Eran ellos o nosotros.

No era fácil disparar sobre seres humanos, sobre todo cuando sabemos que también ellos son del pueblo y son venezolanos.

La naturaleza y la razón de la lucha vienen a la mente y nos invade.

Claro... Había una gran diferencia entre ellos y nosotros: ellos caminando hacia el atraso, nosotros hacia el progreso. Ellos por el pasado, nosotros hacia el futuro. Ellos por los ricos, nosotros por los pobres. Ellos por los explotadores, nosotros por los explotados. Ellos aun con vida hacia la muerte; nosotros después de la muerte hacia la vida.

Un momento único, a punto de encontrarse, de dos sectores irreconciliables.

Y venían avanzando montaña arriba y nosotros esperando a que el primero se colocara a tiro en el camino. Y aquellos soldados jóvenes no se imaginaban que defendían intereses que no eran los suyos, y si lo supieran... tal vez se encontrarían entre nosotros. Seguramente les dirían que defendían una patria y una bandera, que no era otra que la patria y la bandera de las transnacionales, de los amos del valle, de la oligarquía criolla, y no la patria y la bandera de los pobres, de los obreros, de los campesinos sin tierra, de los estudiantes sin cupo, de los habitantes de los cerros que se quedan sin techo, producto de una lluvia, de los niños sin escuela, de la niñas prostitutas.

Aparecieron los primeros en la curva, subiendo, a solo metros de nosotros. No hubo más espera. Las ráfagas salieron de nuestros cañones y cayeron los que venían adelante.

El helicóptero revoloteaba encima de nosotros y el ruido del aspa y el sonido del motor sincronizaban con las explosiones y el tableteo de fu-

siles y ametralladoras. Y nuestras gargantas también actuaban a la par de la voz de los cañones.

— ¡Viva la guerrilla!

— ¡Viva la revolución!

— ¡Soldado... no defiendas el gobierno de los ricos!

El terreno y el clima estaban de nuestra parte. La neblina, la lluvia y lo accidentado del terreno montañoso inutilizaban al helicóptero que tercamente insistía sin poder hacer nada. No tenía visibilidad para diferenciar una tropa de otra. Disparar podía causarle bajas a su propia gente. Nosotros tampoco podíamos dispararle porque eso sería delatar nuestra posición. El combate se desarrollaba encarnizadamente.

Las balas se cruzaban de un lado a otro. Los primeros caídos del ejército estaban ahí cerquita. Eran tres y estaban boca abajo. No se podía precisar si eran heridos o muertos, pero no se movían. Estaban tan cerca que Salvador, uno de los cubanos, no aguantó la tentación de capturar un arma enemiga y se lanzó al camino desde la lomita donde estábamos y tomó uno de los fales de los soldados caídos. Nuestros fusiles tronaban cubriéndolo, mientras realizaba su arrojada acción. Sin embargo, aquella actitud valiente, lejos de ser premiada, le valió una reprimenda por parte de la comandancia, por su temeridad. Han podido matarlo.

El enemigo trató de atacarnos por los flancos. Nuestras fuerzas ya habían tomado medidas y se habían desplazado en esas direcciones colocándole emboscadas que surtieron su efecto.

El flanco izquierdo era un farallón por donde difícilmente podían penetrar por lo intrincado del terreno, pero el flanco derecho, al vencer la cuesta, era un terreno plano por el cual avanzaron. Allí también fueron contenidos ocasionándoles unas cuantas bajas más.

— ¡Retirada! ¡Retirada!

— ¡Nos vamos!

Y ordenadamente, ilesos y contentos, fuimos abandonando la zona de combate, rápido, y en silencio. Habíamos aplicado el pica y huye. Golpear y retirarnos rápido, antes de que la superioridad del enemigo se hiciera presente. Seis fales pasaban a nuestras manos como trofeo de guerra.

— Ni un rasguño, coño, ni un rasguño.

— ¡Que viva la lucha armada! —, gritaba alegremente el Gatico.

El Turro decía que cuando uno entraba por primera vez en combate superaba la prueba de la nariz y yo sentía que la había pasado. Supe probar mis temores. Había sentido el plomo cerca y el miedo que se hizo presente pasó de largo. A uno le pasa, y yo no era la excepción, como si la mente cambiara de canal. De la tensión de la espera y de la angustia de no saber quién se acercaba, si era nuestro o era enemigo, a la tranquilidad después de sonar el primer tiro. Es como si uno se hipnotizara. El mundo desaparece, se detiene. El tiempo está paralizado y solo se mueve en el momento que se vive. Solo existe la escena en la cual se está desarrollando el combate. No hay pensamiento que distraiga. Disparos, helicópteros, explosiones, gritos, caídos. El dedo en el gatillo, los ojos en la mira y el rostro serio y contraído de cada uno de nosotros.

Estábamos contentos. Esta victoria militar nos elevaba la moral. Y caminábamos velozmente rompiendo el cerco.

Luego de finalizado el encuentro, mientras pensaba, en un alto durante la marcha, volví a la realidad, la hipnosis desapareció y pude darme cuenta de la gravedad de los acontecimientos en los cuales estábamos metidos. El helicóptero no dejaba de dar vueltas. Ya vendrían los bombardeos y esas bombas lanzadas una detrás de otra pegan duro, pero todavía teníamos el terreno a nuestro favor, lo que no les permitía ubicarnos, aunque sabían la zona donde estábamos no ubicaban el sitio exacto. Las bombas eran lanzadas a ver si pegaban y muy difícilmente daban en el blanco, pero producían su sustico, y entonces uno corría a pegársele al primer árbol de tronco grueso que encontraba cerca, cuando oía el primer taparazo.

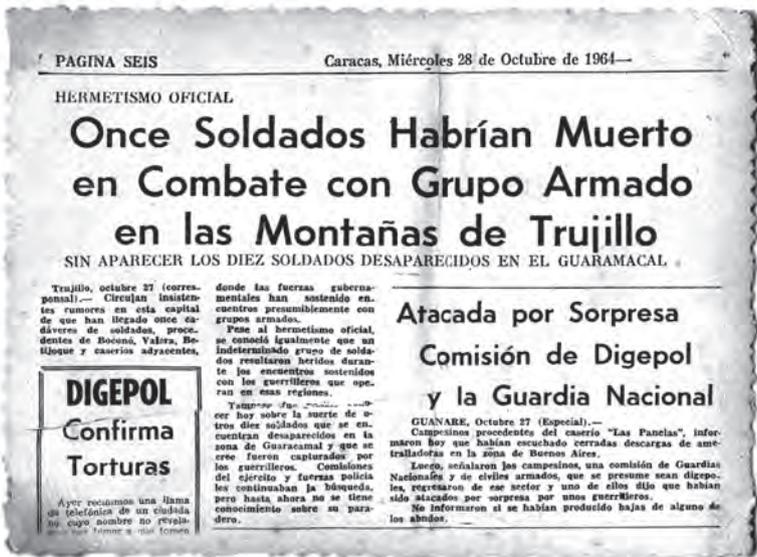
Ese era mi primer combate contra las tropas del ejército y me sentía feliz de ser guerrillero y de haber recorrido todo lo que hice para llegar a vivir estos acontecimientos. Les dimos duro. Esta vez ganamos nosotros. Viva la revolución, me decía a mí mismo.

El ejército nos había golpeado en Portuguesa, Cojedes y Caracas. El cerco y la persecución se mantenía y los bombardeos y ametrallamiento del helicóptero era a diario.

Caminábamos por un camino real y el helicóptero nos sorprendió en él. Todos rápidamente nos salimos del camino, mientras yo, como el suelo estaba mojado, resbalé y me ocasioné un esguince en el pie quedando

en el centro del camino. El helicóptero revoloteaba y yo tapaba el FAL con mi cuerpo boca abajo para que su brillo y el de mi cara no los alertara y nos ubicara. El helicóptero pasó por encima de mí, pero no me vio. Se alejó para dar otra vuelta y los camaradas lo aprovecharon para recogerme rápidamente y meterme en un mogote que estaba cerca.

Seguimos caminando y llegamos a un cafetal. Y allí sí es verdad que el susto fue mayor. El helicóptero nos daba vueltas encima. Un grupo de nosotros, entre los cuales estaba yo, nos quedamos metidos entre las pequeñas plantas de café que se movían de un lado a otro por el viento, que desplazaba el helicóptero a una altura que no era mayor de diez metros. Los tripulantes se veían clarito. El aparato se veía inmenso, La ametralladora punto cincuenta la veíamos con su artillero lista para disparar. La situación estaba pelúa. Si ese monstruo vomitaba su metralla, pobre de nosotros. Todos lo apuntábamos con nuestras armas porque también podíamos tumbarlo.



Periodico La Extra.

De la comandancia llegó la orden de boca en boca de no dispararle, a menos que él lo hiciera. Era muy riesgoso para nosotros dispararles primero, porque si no lográbamos tumbarlo lo que venía para abajo con la punto cincuenta nos ocasionaría de seguro muchas bajas. Había que esperar y así lo hicimos y el helicóptero se alejó y nosotros respiramos.

Por suerte no nos había visto.

Al día siguiente nos enteramos por la radio de que un helicóptero del ejército en la zona donde nos encontrábamos había sido derribado por la guerrilla, lo cual no fue cierto. Pancho Paleta se había caído al entrar en un vacío entre dos montañas. Entre los muertos estaba el general Padilla Ron.

Después de la caída del helicóptero y la muerte del general los bombardeos, aunque siguieron ya no eran tan seguidos y en la medida en que nos alejamos fuimos rompiendo el cerco. No hubo nuevos contactos con el ejército y llegamos a una zona de alivio.

Nos retiramos tomando el rumbo del estado Portuguesa, extremando las medidas de seguridad rápido y en silencio, guardando la distancia entre cada uno. Caminamos por un camino real para avanzar lo más que pudiéramos hasta que tuvimos que abandonarlo para adentrarnos en la vegetación tupida. Entramos regados a la pica para no dejar huellas que la escuadra de la retaguardia se encargaba de terminar de borrar. La vanguardia, junto a los baquianos, iba adelante machete en mano regendiendo el monte, picando palos y ramas para permitir el avance del resto. Ahora la marcha era lenta. La distancia entre uno y otro se reducía a poco menos de un metro. La lluvia había cesado, pero el camino estaba pantanoso y resbaloso, lo que lo hacía peligroso porque las montañas de los andes son muy inclinadas, además, de la presión enemiga.

Llegamos a una pica vieja y trillada. El olfato indicaba que no debíamos caminarla de día y esperamos a que cayera la noche para seguir. La luna estaba de nuestra parte, luna llena. Caminamos toda la noche y amaneciendo acampamos en medio de la montaña. Se colocaron las guardias. Todos teníamos que hablar en susurro y lo necesario. Nada de prender linternas o candela. Allí comimos la media taza de polvo correspondiente y descansamos. A lo lejos, a eso de las once de la mañana, se oía el bombardeo de los aviones. La marcha continuaría otra vez de noche. Así lo hicimos por varios días hasta llegar al río Tucupido, en el estado Portuguesa. El cerco quedaba atrás.

Montamos campamento al lado del río. Las medidas de seguridad ya no eran tan estrictas y podíamos prender candela.

*El Pinguo* era un periodiquito humorístico y clandestino que salía en la guerrilla sorpresivamente con noticias, artículos y chistes sobre los

combatientes y situaciones que vivíamos. Para nosotros era una fiesta cuando salía porque nos animaba y nos reíamos de sus ocurrencias y sus caricaturas. Nunca se supo oficialmente quién era el autor de semejante travesura, que nos producía tanta alegría. Aunque era *vox populi* que el editor era el Catire Larralde, él siempre lo negó.

— ¡Salió El Pinguo! ¡Salió El Pinguo!

Y aparecía aquella página de cuaderno, a veces escrita por los dos lados, pegada en el tronco de un árbol y todos salíamos presurosos a enterarnos de sus noticias y ocurrencias...

Y salió una vez la caricatura del Camarita con sus enormes orejas diciendo con esa gracia y elocuencia de los llaneros que él había cazado un cachicamo de catorce arrobas, y alguien le contestó: eso sería un Volkswagen...

Pasado el tiempo...

— ¿Te acuerdas de *El Pinguo*?, me preguntó el Flaco Carlos.

— Por supuesto, sobre todo cuando sacó aquella caricatura, tan graciosa y bien hecha del Camarita con sus orejotas, afirmando que parecía un Volkswagen con las puertas abiertas.

— Los autores de *El Pinguo* éramos Julio y yo.

Me quedé sorprendido, nunca imaginé que fuesen ellos. Y yo siempre echándole la culpa al Catire Larralde.

Así se rompía la clandestinidad de los hermanos Gallego Delima, Omar y Eleazar, como autores de aquel atrevimiento político y humorístico tan maravilloso...

Llegamos al río Tucupido en el estado Portuguesa, hambrientos y con ganas de comer pescado. Los que quisieron bañarse tuvieron que hacerlo con el cuidado que exigía la presencia de las pirañas, ese pequeño pez asesino que es capaz de devorar una res en minutos. Pero no teníamos instrumentos de pesca y entonces surgió la pregunta:

— ¿Y con qué los pescamos?

El Gocho Gustavo desenfundó su granada de palo, de esas granadas caseras hechas por los explosivistas nuestros que cargaba pegada a la forniture, y la lanzó al río. Una buena cantidad de peces salió a flote aturdidos por la explosión. Los fuimos agarrando y lanzándolos fuera

del agua, donde seguían brincando hasta que dejaron de hacerlo aceptando su realidad de convertirse en nuestro alimento del momento.

Pero los pescados eran caribes y ese agresivo y sanguinario pequeño pez que es sumamente peligroso, tiene más espinas que carne. Sin embargo para nosotros, hambrientos y con ganas de comer caliente, no existía espina que se opusiera. Así logramos una buena pesca. Los metimos en una olla y nos fuimos a buscar la leña.

Hacia el sur, hacia Barinas, tronaba y tronaba, el firmamento estaba oscuro y se veían los relámpagos como latigazos flagelando el cielo. Yo estaba en la comisión de cocina, ya habíamos conseguido la leña y nos disponíamos a prender el fogón. Los truenos se oían cada vez más fuertes. El viento de agua empezaba a sentirse.



Cocinando en una latica.  
Foto: Revista Sucesos. Diciembre 1966

Luben estaba cerca conversando con otros camaradas. Me le acerqué y le dije:

*—Lo que viene es agua. Fíjate como está el cielo hacia Barinas. La lluvia no nos va a dejar cocinar.*

Luben me contestó, con aquel dejo de sabiduría y autosuficiencia, el su fusil AK que trajo de Cuba guindando sobre su hombro y enrollando con los dedos de su mano izquierda, el bigote amarillo que no le dejaba ver los labios, como solía hacerlo siempre que se disponía a dar un discurso:

*—Cuando truena en el sur no llueve en el norte...*

Al rato estábamos debajo de tremendo palo de agua, con la buena suerte que ya habíamos comido aquella cantidad incalculable de espinas con su poquito de carne de caribe.

El río aumentó su cauce y cada quien se guarecía de la lluvia debajo del plástico que servía de techo. El fogón lo vimos extinguirse bajo la lluvia. La profecía de Luben se había derrumbado. Y eso... lo publicó *El Pinguo*.

Para alejarnos cada vez más de las zonas peligrosas nos adentramos en los llanos de Barinas, pero teníamos que cruzar la carretera nacional de los llanos. La cruzamos de noche y caminamos hasta el amanecer por encima de un oleoducto que nos permitió avanzar bastante, buscando la base social que había forjado el Camarita cuando estuvo alzado por estos llanos.

Llegamos a un caserío y allí conocían al comandante Zamora, nuestro popular Camarita. Allí acampamos y bailamos en una fiesta improvisada en piso de tierra, donde los cubanos prepararon un cochino en una especie de horno construido en un hueco en la tierra. Colocaron el marrano atravesado con una vara y taparon el hoyo con hojas de palma. La brasa ardía en el fondo de la fosa. Aquel cochino cocinado a fuego lento quedó tan sabroso, que nos chupamos los dedos junto a los llaneros que celebraban con nosotros. Permanecimos unos días en ese lugar para luego partir, caminando por un llano inundado, con el agua hasta las rodillas y con una tierra dura e irregular, por las huellas que dejaban las pisadas de las reses, secas en el verano, nos hacía difícil y lento el avance. Caminamos toda la noche y nuestros pies, adoloridos por el esfuerzo, se pelaron a carne viva de tal forma que tuvimos que quedarnos en un sitio que los llaneros llaman Mata, que es como un oasis en la llanura.

Cuando me quité las botas mis pies estaban sin piel. Los que estábamos así, que éramos unos cuantos, los colocamos desnudos y expuestos al sol y nos echamos jugo de limón. Aquel jugo cuando tocó la carne viva nos produjo tal ardor y dolor que uno solo resistía revolcándose en la hamaca. Pero ¡Qué milagroso! Al siguiente día nuestra piel estuvo lista para colocarse las botas y resistir el avance en el camino.

Estando todavía por los alrededores del río Masparro, en los llanos de Barinas, nos llegó al campamento, traído por uno de los campesinos amigos, un muchacho de unos veintidós años que nos aseguraba había estado en el combate de las Cortaderas, la seguridad con que hablaba,

la firmeza de sus palabras y las referencia que nos dio sobre el combate nos hacía presumir que estaba diciendo lo cierto, que él era uno de los soldados que integraba la tropa del ejército. El muchacho, que ya estaba de baja, se sentó con nosotros y nos comenzó a echar el cuento. Todos oíamos atentos.

Nosotros veníamos subiendo. Nos dijeron que íbamos en la persecución de un grupo guerrillero que había tomado dos pueblos. Yo venía en el grueso. Habíamos subido bastante y casi llegábamos a la fila cuando oímos la primera ráfaga y nos tiramos al suelo, salimos rápidamente de la sorpresa y respondimos. Es cuando me doy cuenta que le han dado a los que iban en la vanguardia y que habíamos caído en una emboscada. Una granada lanzada por ustedes explotó cerca y lesionó a mi teniente que gritaba que estaba ciego, que no veía. Lo ayudamos y lo pusimos a resguardo. El otro teniente que comandaba no sabemos que le pasó, pero se privó y fue mi sargento, que era el tercero al mando quien dirigió el combate contra ustedes. Dieciocho bajas tuvimos. Mi sargento ordenó atacarlos por los flancos y allí fue donde tuvimos la mayor cantidad de bajas porque ustedes llegaron primero. No pudimos salir a perseguirlos y auxiliamos a nuestras bajas, pero se indicó por radio la dirección que ustedes tomaron. Fue difícil salir del sitio con los heridos y los muertos y tuvimos que esperar hasta el siguiente día. El helicóptero no pudo bajar a recogerlos porque el terreno no le permitía aterrizar. El auxilio nos vino por tierra.

Con atención, haciendo una rueda en torno a aquel campesino, oíamos el cuento con esa sensación agradable de victoria en aquella noche despejada y calurosa en los llanos de Barinas.

Partimos de nuevo, adentrándonos en el estado Portuguesa, caminando por quebradas, a veces por picas y una que otra vez por caminos reales. La persecución por parte del ejército la habíamos dejado atrás y aquella larga columna de guerrilleros se desplazaba más tranquila. Las lluvias habían bajado un poco y el calor se sentía más. Aunque estábamos en zona montañosa ya no estábamos en los andes. Transcurría el mes de agosto de 1967. Nuestro bastimento se había agotado, las botas de muchos estaban destruidas y la ropa ya pedía relevo.

Un caserío de viejos amigos de la guerrilla nos esperaba. Allí llegamos después del largo trayecto, como a las cuatro de aquella calurosa tarde. Sus habitantes nos recibieron con la alegría y el afecto de quienes se sienten de nosotros.

La columna se desplazó por todo el caserío, convirtiéndolo en campamento. Algunos, los que pudimos, nos acomodamos en las casas, otros tuvieron que colgar su hamaca afuera.

Era una zona de cacería donde abundaba el cochino de monte. Estos animales siempre andan en manada, siguiendo a un líder, que es el que va adelante guiándolos. Cuando a este lo matan o lo capturan, el resto se desorganiza y hacen más fácil la cacería. Era de esperar que una comisión saliera a cazarlos pa' comé caliente con arepas, Y así se hizo, guiados por un baquiano, conocedor de los sitios frecuentados por estos animales. En la noche los camaradas, sonrientes, traían colgados en parihuela dos cochinos de monte, grandes, flacos, peludos y con los colmillos afilados y curvos sobresaliendo de los laterales de su trompa, lo que los hacía diferentes a los caseros. La olla con el agua hirviendo los esperaba para pelarlos. Y ahí estaban nuevamente Barbisnequi y Bigote para dejarlos desollados y sin un pelito, listos para ser cocinados esa misma noche. Sin grasa y sabrosos, sobre todo para nosotros que no frecuentábamos mucho la comida caliente.

Por seguridad cocinábamos en los fogones de los campesinos para que el humo saliera de los techos. Estábamos lejos, pero no era para confiarse. Las arepas acompañaron el festín de cochino frito en su propia grasa que comimos campesinos y guerrilleros.

En ese caserío permanecimos un tiempo. Finalizaba el mes de agosto y mi hamaca brindaba un merecido descanso después de haber estado toda la mañana en comisión de exploración por la zona. Era un día de sol radiante y bonito y con una brisa que amainaba algo el calor.

## La muerte de Claudio

Acostado aprovechando el movimiento pendular de la hamaca, revisaba las cartas ya viejas de la familia que releía una y otra vez, cada vez que las circunstancias lo permitían. Y es que la sensibilidad está presente en cada uno de nosotros, potenciada por la lucha que libramos, porque amamos al pueblo, por los peligros que corremos, por las dificultades por las cuales pasamos, por la entrega total que ejercemos de verdad, incluyendo la vida, por la lejanía de nuestros seres queridos. Y en cada instante que uno puede, desempolva las cartas y las fotos que adquieren un valor inestimable, y se transporta a los sitios donde están los amores, todos los amores, y la mente se va a los recuerdos, a las vivencias, a los sentimientos, y se disfruta para regresar de nuevo y fortalecida a la realidad, agradecido por la labor que realiza. Y el capitán Manuitt, convirtiendo su cuchillo en lapicero, le escribía poemas o frases a su esposa en los árboles, como si fuese posible que la corteza de ese árbol se trasladara hasta ella para que viera expresadas sus palabras. Pero él las dejaba allí y se las mandaba desde allí. Y yo miraba a mi alrededor y veía a algunos que dejaron esposas e hijos por estar en ese esfuerzo, en esa lucha por lo que se cree, por los ideales que nos nutren, que son los que hacen que se siga adelante.

Mi mirada volteó hacia el camino y por allí venía Miranda directo hacía mí. Estábamos en una fila amplia y explanada. A lo lejos, desde la altura en que acampamos, se veían otras montañas, y más allá los llanos de Barinas, paisaje que me recreaba y que disfrutaba con placer. Una brisa suave refrescaba un poco del calor.

El paso de Miranda era lento y seguro, sin quitarme la vista de encima. Su mirada era penetrante y directa. Lo notaba extraño, preocupado. Él era de los jefes de la guerrilla, hombre de mucha labia, estudioso y de buen discurso, amigo de mis hermanos, lo que hacía entre él y yo un vínculo más estrecho. A veces conversaba con él, que cargaba el morral lleno de libros. Para mí, que era un muchacho, las cotorras que compartíamos me dejaban alguna enseñanza. Algo aprendía.

Cuando ya tenía cerca a aquel flaco, fuerte, alto, de barba y pelo castaño, con sus bigotes más entorchados que de costumbre, lo noté desencajado, pálido, huesudo, imponente, con un tamañote que parecía que iba creciendo en la medida en que se me acercaba más. Sus ojos, a punto de soltar el llanto, se habían enrojecido. Se apreciaba el esfuerzo que hacía para no llorar. Su voz no quería salir de su garganta a punto de estallar, tragaba saliva y tocía con leves ronquidos para poder soltar las palabras, hasta que ya, junto a mí, pudo hablar y decirme, no sin un gran esfuerzo:

— ¡Mataron a Claudio!

Aquello me impactó como una bomba. No hallaba qué decir y ahora el mudo era yo. El silencio recorrió todo el caserío. El cielo se puso oscuro porque el sol ocultó su rostro para no presenciar la escena y la lluvia contuvo el llanto y no pudo soltar las lágrimas. Se volvió a paralizar la brisa y desaparecieron los ruidos. El día bonito se puso triste y el calor arreció aunque todos estábamos fríos.

Era su hermano... pero también conocido y querido por todos. Claudio fue comandante de esta guerrilla. La última vez que lo vi fue en el cam-



Felix José Farfás (Claudio)

pamento de el Barrial, cuando asistió a una reunión de la comandancia del Frente.

No hubo palabras durante un rato, hasta que rompí el mutismo. No quería aceptar lo que oía. Con la esperanza de que la información fuera falsa, le dije:

—*Hay que esperar nuevas noticias. Puede ser una confusión...*

—*No, Enrique, todo es cierto, ya dieron el nombre por la radio y esa era la cédula que cargaba. No hay duda, era él, ya lo identificaron...*

Cuánta tristeza había en aquel hombre. No pronunció más palabras, me tomó por un brazo, me apretó, dio media vuelta y lo vi alejarse, iba lento y pensativo. Llegó a su hamaca, recostó su FAL a un tronco y se sumergió en ella, se tapó el rostro con un paño y no quiso hablar con nadie. Todos respetamos su decisión y nadie se le acercó.

Mientras tanto, todos nos manteníamos atentos a las noticias. Una rueda, como si fuera una asamblea de combatientes, circundaba al único radio que teníamos. Al sonido de la fanfarria con un extra, saltábamos rápido a pegarle la oreja a aquel diminuto aparato transmisor.

—*Muerto jefe guerrillero y capturado guerrillero cubano*, repetían los extras insistentemente.

Claudio era un hombre de despertar temprano, acostumbrado al trabajo revolucionario las veinticuatro horas. Como todos los días, antes de las siete de la mañana bajó de su apartamento en el edificio Perito en Chacao a comprar el periódico. Era un día como cualquiera, con poco tráfico por las vacaciones escolares. Con su sonrisa de siempre se despidió de su esposa, le dio un beso y acarició al niño, su hijo. Diez meses tenía el pequeño Claudio. Chocó las manos con Manolín y le dijo que regresaba a buscarlo al mediodía. Bajó por el ascensor y se dispuso a salir del edificio sin imaginar lo que le esperaba.

Abajo, con la información completa y preparados para la desigual batalla, funcionarios de la Digepol con sus armas dispuestas al asesinato, lo esperaban como cazadores velando la presa.

Un hombre de tez blanca, pálida su cara, sin glóbulos rojos, ojos desorbitados, arrinconado en su ruindad como mensajero de la muerte, se disponía a entregarlo. Su mano derecha inquieta, sudorosa como su frente, con el dedo erecto dispuesto a señalarlo, recibía órdenes de su cobardía.

Qué fácil para un cobarde llevar a la muerte a quien hasta ayer fue su camarada y con quien compartió momentos que le ganaron su confianza...

Milko no iba a dejarse matar ni torturar, lo diría todo y entregaría hasta su madre, si era preciso. Así lo había pensado más de una vez.

*—No, qué va, no me voy a dejar matar, lo digo todo y que muera quien muera,* ese era su calculado plan si caía preso.

Cuando llegó a la Digepol pidió una máquina de escribir y tecleó su propia confesión sin que lo tocaran y allí empezó su trabajo de destrucción del aparato armado de las FALN que dirigía.

La vida de cada uno de los revolucionarios que militaban en el movimiento armado urbano ligados al Frente Guerrillero José Leonardo Chirino corría peligro, una delación como la de Milko le daba la información detallada y necesaria para actuar, detener y asesinar. Organizativamente estábamos diezmos. Los golpes hacían estragos. La DIGEPOL allanaba y asesinaba sin compasión. Las torturas y las desapariciones forzadas estaban en pleno apogeo. Todas las conchas corrían peligro. No había dónde esconderse, nadie buscaba a nadie por temor a ser localizado esperando a que pasara el chaparrón para seguir trillando y construyendo el camino con las herramientas rotas o quedarse en él, donde cada cual se las arregla como puede, esperando a que pase. Samuel, Pelayo y mi hermano Ramiro eran buscados vivos o muertos.

Encontrar a Ramiro, al jefe de la retaguardia, era un trofeo, era cortar el suministro a la guerrilla rural, aislándola y golpeándola. El cielo encapotado anunciaba tempestad. Las muertes producidas por este traidor no eran cuento, era verse retratado en las páginas rojas de los periódicos ante la noticia de cada camarada muerto o torturado en las mazmorras de los cuerpos represivos o desaparecido para nunca más saber de uno. Es no saber si a uno lo tiene ubicado la policía y viene a buscarlo.

Hay angustia en la vida azarosa del guerrillero, son los momentos en que el ser humano trasciende y se hace heroico o se deja vencer por las dificultades. Hay que actuar, salvar el pellejo, tomar medidas, y cada quien tomó la suya.

En la calle, la comisión policial comandada por uno de esos hombres que tienen como oficio el asesinato y la tortura, al que llamaban irónicamente el Niño Jesús, estaba listo para cumplir el mandato y añadir una nueva víctima a su siniestro currículum.

Claudio salió del edificio. Milko, traidor, regordete, calvo y catire, jefe en mala hora del movimiento armado urbano, colocado en ese cargo por esos errores de la vida, de los que cuestan caro, de los que duelen, porque según era un experimentado explosivista que dirigió el atentado a Betancourt. Ese era su mérito, su supuesto y único mérito. “Mérito” que bastó para que lo colocaran en un cargo de tal responsabilidad.

No se indagó sobre sus condiciones y si había tenido pasado de militancia revolucionaria. No la tenía, su accionar estaba en la derecha anticomunista ligada al Pérezjimenismo. Era capaz de meterse en cualquier aventura sin importar a quién servía, tan igual como los aventureros que lo colocaron allí. Hay varias versiones de cómo llegó a relacionarse con la guerrilla. Una es que se hizo amigo de los Petkoff en Europa y esto le permitió la entrada. Lo cierto es que logró colarse.

Lo recuerdo en la Conferencia Nacional Guerrillera de diciembre del 66. Su aspecto era de hombre millonario, de esos que practican golf y andan con el que les carga los palos, con su ropa fina tratando de no ensuciarla de barro, sus botas a media pierna de las que se usan para montar caballo. En las noches había que llevarle una taza de leche caliente a su hamaca para el tratamiento de su úlcera... Recuerdo esos momentos con arrechera, las veces que me tocó guardia de cocina y tuve que llevar la lechita caliente a aquel repelente espécimen, de modales finos, que no se parecía en nada al resto de los que estábamos allí.

El delator lo esperaba para hacer su trabajo. Lo vio venir. Claudio le tenía confianza, por eso sabía la dirección de su casa.

La cobardía y la traición no lo dejaban dar marcha atrás. Tenía miedo, estaba aterrorizado. Su mano temblaba, la levantó temblorosa, se apresuró y poniendo el dedo en la dirección en que venía Claudio confiado y tranquilo, lo señaló.

— ¡Ese es!

No hubo voz de alto. La orden era de no agarrarlo vivo. Varias ráfagas salieron de los cañones de sus asesinos y Claudio cayó.

La gente, los transeúntes que pasaban por allí, corrían en todas las direcciones para ponerse a resguardo, en un sálvese quien pueda.

Los policías corrieron a buscar su trofeo y se acercaron a aquel hombre mal herido. Claudio sangraba tirado en la acera cerca del kiosco al cual no pudo llegar, como todos los días, para comprar el periódico.

No podía hacer nada, sus fuerzas no le daban, su cuerpo impactado no lo permitía. Pero pudo mirarlos y los miró con odio y supo que lo habían matado.

Desde la patrulla el delator Adolfo Meinhart Lares (Milko) celebraba su cobardía, viendo las caras de los verdugos, como buscando reconocimiento a su hazaña.

El cuerpo de Félix Farías era un colador perforado por la balas. La señora que vendía los periódicos, impresionada por lo que veía, no le quitaba la vista a aquel cuerpo ensangrentado tirado en el suelo, lo observaba con dolor y recordó el saludo de cada mañana. Todavía vivía, sus ojos se lo dijeron. Los policías llegaron hasta él con las armas todavía humeantes. Lo recogieron, lo montaron en una patrulla pero no para llevarlo a un hospital, para salvarlo. No, no era para eso, lo tiraron en el piso del carro y arrancaron picando cauchos y tocando sirenas, huyendo de la escena y dejando un charco de sangre.

— ¡Déjenlo que se desangre!

— ¡Hay que matarlo! —, dijo el Niño Jesús.

Y dejaron que se desangrara, extinguiendo la vida de un valiente combatiente revolucionario.

— ¡Asesinos! —. Tenía veintiocho años.

25 de agosto de 1967, siete de la mañana.

Otros policías subían al edificio, allanaban el apartamento y detenían al capitán del ejército cubano Manuel Espinoza Díaz (Manolín).

Manolín se asomó el balcón al oír los tiros y los gritos y observó a la gente corriendo de un lado a otro y se dio cuenta de lo que había pasado. Vio el FAL que Félix tenía en la casa y lo tomó, lo manoseó mientras por su mente como una rápida película pasaban muchas cosas. La compañera de Claudio, nerviosa, caminaba de un lado a otro sin saber qué hacer, estaba desencajada, no hablaba. El niño dormía en su cuna sin darse cuenta de lo que pasaba.

— ¡Vienen por nosotros!, comentó Manolín al presumir el allanamiento inevitable.

Acariciando el FAL estuvo dispuesto a enfrentarlos, pero... ¿y el niño, y su mamá?, ¿qué va a ser de ellos? Si los enfrento los matan. Su mente pensaba rápidamente. Sabía de las consecuencias posteriores. Pensó

en Cuba, en la revolución, en sus compañeros. Cabizbajo se dirigió a la habitación donde dormía, colocó el FAL debajo de la cama y se quedó esperando. No había posibilidad de fuga, no podía salir del apartamento. El edificio estaba tomado por todas partes, no había escapatoria.

La policía entró violentamente y lo sometieron. Registraban todo. Lo esposaron y lo sacaron a empujones. Él era un trofeo. Para el gobierno no era recomendable matarlo, era mejor exhibirlo vivo. Cuando bajó esposado y rodeado de policías que lo empujaban, observó el charco de sangre. Ya el cuerpo de Félix no estaba allí, lo desangraban dando vueltas por Caracas en la patrulla, hasta su muerte. Volteó hacia un lado y vio a Milko, el traidor, que no pudo resistir la mirada y trató de esquivarla. Manolín le clavó los ojos con arrechera.

—*Tendrás que pagar por esto ¡cobarde!*—, le dijo sin quitarle la vista de encima mientras lo metían en la patrulla.

En la noche el capitán del Ejército Cubano Manuel Espinoza Díaz era presentado en la televisión. El gobierno trataba de demostrar, lo que para ellos era una intromisión del Estado cubano en los asuntos internos de Venezuela, mientras que para otros, era un vivo ejemplo de solidaridad internacional del hermano pueblo de Cuba.

No contento con lo que había hecho, el traidor continuaba su labor de cacería de revolucionarios y llevó a la policía hasta Petare.

Las malas noticias nos seguían llegando a través de la radio. En la tarde nos anunciaban la muerte de otros dos revolucionarios. La tristeza cundió aún más por cada rincón del campamento. Esta vez eran Plutarco y el Loco Fabricio. Hasta hace poco el Loco se encontraba con nosotros y bajó a reforzar las unidades urbanas.

## La muerte de Plutarco y el Loco Fabricio

El mismo traidor, el mismo delator cobraba la vida de otros dos jóvenes revolucionarios...

Plutarco y el Loco Fabricio...

El carro se desplazaba por la carretera vieja de La Guaira hacia Caracas.

*—No nos vayamos por la autopista, mejor nos vamos por la carretera vieja—.*

Manejaba Plutarco acompañado de su hermano Rómulo y del flaco Yusov. Se dirigían a la capital. Luego de una de las tantas curvas de la carretera, sorpresiva y estratégicamente colocada, una alcabala de la Digepol obstruía la vía. El carro entró en aquel nido de policías que les ordenó pararse a un lado. No les dio tiempo de retroceder. Cuando se dieron cuenta la tenían encima. A la derecha se veía la autopista con el paso veloz de los automóviles, se arrepintieron de haber escogido ese camino.

*—¡Nos jodimos!—, dijeron al unísono.*

Sus rostros se tornaron serios y el pulso se les aceleró. Los bajaron y los requisaron mientras otros funcionarios registraban el carro. El sitio donde tenían escondidas las armas no aguantó y las encontraron. La policía celebraba. Un policía maracucho decía sorprendido:

—*Vergación primo, qué molleja de armamento tienen estos aquí.*

Al siguiente día las noticias en la prensa señalaban la captura de un comandante guerrillero y el desmantelamiento de una célula guerrillera urbana. Las torturas en la sede policial en el edificio las Brisas en los Chaguaramos no se hicieron esperar. Empezaba la rumba. Golpes por aquí, golpes por allá, electricidad por aquí y por allá. Plutarco y Rómulo, desde su impotencia, desafiaban el tormento. El flaco Yusov (Larry Espinoza) se desmoronaba, no aguantó las torturas y comenzó a colaborar con sus enemigos, en algunas cositas, creyendo que no lo golpearían más, pero en la medida que fue cediendo las exigencias fueron mayores hasta que lo convirtieron no solo en delator, sino en funcionario policial. Rómulo fue a dar a la Isla de Tacarigua, la cárcel Modelo y el cuartel San Carlos, donde estuvo varios años preso.

Plutarco no dejaba de proponerse la fuga y solo pensaba en cómo irse. El edificio las Brisas, que era la sede de la Digepol, lo seguía albergando.

En la mañana lo sacaban al baño. Estaba maltrecho y caminaba con dificultad. Por presión de su familia en instancias gubernamentales le habían permitido visita.

Su compañera, que estaba preparada para la fuga, le llevó una muda de ropa, unos bigotes postizos y unos lentes. En muchas oportunidades lo habían conversado.

—*Si llego a caer preso procúrame las condiciones para fugarme.*

Parte del mandado estaba hecho.

En la mañana lo sacaron al baño. Plutarco se había colocado una ropa sobre la otra. El policía se quedó afuera esperando que saliera. Plutarco se cambió la ropa y dejó la que tenía puesta en la poceta como si estuviera en ella. Logró cogerle el tiempo al policía que lo custodiaba, y camuflado con sus bigotes y sus lentes le pasó por un lado a los que estaban en la puerta del cuartel policial, logrando salir a la calle. Tomó un taxi que lo llevó a Vista Alegre a la casa de mi mamá.

Mi mamá le abrió y sorprendida exclamó:

—*¡Qué haces aquí muchacho!*

Y lo vio maltrecho, casi no podía caminar por el dolor en los testículos inflamados.

Lo dejó entrar y lo sentó en el sofá de la sala. Le quitó la camisa y las huellas de las quemaduras de cigarrillos se expresaban en ampollas. Los morados, como tatuajes, señalaban el recorrido de los golpes. Lo habían torturado salvajemente.

Plutarco la miró y le dijo:

—*¿Cómo está señora Vargas?*

—*Quédate tranquilo hijo, que te voy a curar*—, le contestó mi madre.

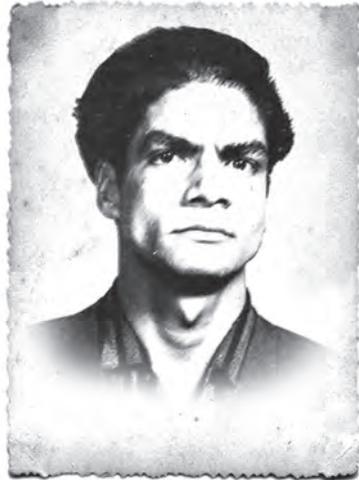
Mi mamá lo quería mucho. En oportunidades frecuentaba la casa y conversaba con ella. Era un hijo más para la vieja, como todos los revolucionarios que pasaban por allá. Mi casa se había convertido en centro de aquella juventud que apostó a la lucha armada para la toma del poder.

Y curó sus heridas con ese amor que las madres saben dar...

La mañana había amanecido normal en aquella pequeña casa en el barrio el Nazareno de Petare. Un extraño visitante tocó la puerta de la casa. Josefina, que acompañaba al Loco y a Plutarco, se dirigió a ver quién era. El hombre dijo ser obrero de la electricidad que iba a revisar el medidor. Hizo que los revisaba, dio la media vuelta y se fue. Aquella visita les pareció extraña. Mientras tanto la radio anunciaba la muerte de Claudio.



Luis Fernando Vera Betancourt



Eleazar Fabricio Aristiguieta

Pero ellos no tenían radio y no se enteraron de los acontecimientos, que, de haberse enterado, tal vez hubiesen podido salvarse. Sin embargo, aquella inesperada y extraña visita a media mañana de aquel supuesto obrero de la electricidad los puso sobre aviso y les dijo que tenían que salir rápido de allí, pero tampoco tenían carro y las circunstancias de búsqueda por parte de la policía con sus rostros frecuentemente en los periódicos, no hacía prudente salir a pie.

Y Josefina salió de la casa rápido a buscar a Careguante, mi hermano Juancito. No se podía perder ni un segundo, la vida de sus camaradas dependía de ella. Era la esperanza y lo sabía. Quería recortar el tiempo y el espacio y correr y volar y salir de aquel barrio donde las vías de comunicación no eran fáciles para tomar un taxi y traer a Juancito. Seguro que lo encontraría y se conseguiría el carro y mañana celebrarían haber superado ese momento tan difícil.

—*Que traiga un carro pa' que nos saque*—, le dijo Plutarco.

Estas palabras estaban allí en su mente como una cinta que se repetía una y otra vez.

Plutarco y Fabricio, tensos y con los nervios de punta, recorrían la pequeña casa de un lado a otro. El tiempo parecía eterno y paralizado. Todo era silencio.

—*¡Hay que esperar! ¡Hay que esperar! Josefina va a venir con Careguante y nos iremos de aquí.*

Josefina continuaba su camino con paso rápido, acelerado.

Y entonces... Oyó los tiros, ráfagas y más ráfagas que procedían de allá donde estaban los muchachos.

Más de cuarenta policías "valientemente" se enfrentaban a dos hombres cercados dentro de una casa.

Las ventanas y las paredes de aquella diminuta vivienda parecían un colador. Y no les daban cuartel. Los tiros entraban por todos lados.

Plutarco y Fabricio resistían en aquella desigual batalla.

La sangre empezó a derramarse y Plutarco, herido, tratando de buscar desesperadamente una posibilidad de vida, se trasladó hasta el baño y allí escribió con su propia sangre:

—*¡Estoy rendido y herido!*

Pero aquellos asesinos, entrenados para matar y torturar, no entendían nada de rendición, los querían muertos y lo remataron.

Fabricio era asesinado en el patio de la casa, tratando desesperadamente de saltar la pared de atrás.

Plutarco tenía 25 años y Fabricio 24 años.

Y Josefina aceleró más el paso y seguía oyendo la balacera hasta que dejó de oírla. Tomó un taxi y se fue con la mirada ida y la tristeza adentro.

Era la tarde de aquel fatídico 25 de agosto de 1967.

Milko observaba el espectáculo desde las galerías y buscaba afanosamente la aprobación de los verdugos que lo veían con desprecio. Por dentro de sí, de aquella masa humana que apestaba, se reconocía como una piltrafa, que no solo había entregado a estos revolucionarios sino que días antes lo había hecho con Michinaux, el camarada César al que la Digepol le dio muerte en Chacaíto.

Milko fue llevado al Cuartel San Carlos, al igual que a los demás camaradas que había entregado. Manolín lo vio y recordó toda la traición. El hombre quería pasar como si nada, como quien no ha quebrado un plato. No miraba de frente, no mantenía la vista. Ahí estaba confundido entre los presos. Manolín no podía permitir aquella farsa, ese hombre no podía estar allí, entre los presos revolucionarios, después de haber ocasionado tanto daño, después de haber cobrado vidas. No, no podía ser, y no aguantó y agarró una plancha y se la pegó por la cabeza.

Lo tomó por el cuello y lo empezó a ahorcar.

— ¡*Muérete piltrafa! ¡Traidor!*

Y los demás compañeros intervinieron y Milko se salvó...

Nery Carrillo decía que a esos hombres no había que dejarlos morir de muerte natural. Tenían que ser ajusticiados, aunque fuese un segundo antes de que llegara la muerte natural.

Milko fue trasladado a otro sector y más tarde liberado. Viajó a Europa y no supimos más de él.

En octubre todavía nos encontrábamos por los lados de Portuguesa, la radio anunciaba la caída del Che. Era la noticia más importante. Re-

cuerdo a Luben y otros guerrilleros conversando sobre el hecho. Unos lo creían, otros decían que era una nueva treta de los gobiernos boliviano y norteamericano. Coincidíamos que, de ser cierto, era un duro golpe para la lucha armada en América Latina y condenábamos la actitud del Partido Comunista de Bolivia, muy parecida a la que mantenía el PCV. Las noticias siguieron llegando y ya no hubo dudas: ¡Asesinaron al Che! Y otro silencio y otro dolor inundaron a nuestro grupo guerrillero.

Comenzamos a ver de nuevo el movimiento militar y la presencia de aviones que hacían bombardeos esporádicos. Eso indicaba que se iniciaba una nueva ofensiva militar contra nosotros.

Nos acercamos a nuestra base social y nos enteramos de que Víctor Vega, un portugués, militante de las unidades urbanas de Caracas, que se había incorporado desde el campamento de el Barrial y bajó de nuevo a la ciudad, había caído preso y el ejército lo utilizaba para golpear nuestra base social. Campesinos amigos estaban siendo detenidos y, por supuesto, recibían todo el tormento que los cuerpos represivos sabían dar.

Este hecho complicaba más nuestra situación, el bastimento se nos había terminado, la ropa pidiendo relevo, las botas rotas, no podíamos acercarnos a nuestra gente amiga, el Camarita no regresó y separado de nosotros, reagrupaba a algunos guerrilleros en los llanos. El contacto con Caracas estaba perdido y empezaban a manifestarse sutilmente síntomas de descontento.

Francisco Ojeda Negretti, hermano de Fedor y Baltasar, se fue a los llanos a unirse nuevamente a esa guerrilla de donde provenía, cuando se incorporó a la columna Argimiro Gabaldón. Lo detuvieron en una alcabala de la policía y el ejército, lo fusilaron y su cadáver nunca apareció, pasando a engrosar la larga lista de desaparecidos.

## Magoya se hace Magoya

El Gocho Gustavo, guerrillero veterano, jefe de escuadra y procedente de la guerrilla de Falcón, marchaba delante de mí. La columna hizo un alto para comer. Se me acercó y sentado a mi lado me dijo:

—*Enrique, ¿qué te parece lo que está pasando? ¿Te sientes bien? ¿Estás satisfecho?*

No entendía lo que quería decirme y le contesté que estábamos en dificultades, pero que me sentía bien y las cosas se iban a superar. Que sentía dolor por los campesinos y que lamentaba la traición de Víctor Vega.

—*¡Qué bolas tiene ese coño e' madre!*—, le dije.

El gocho Gustavo no habló más de eso, guardó silencio. Esa no era la respuesta que él esperaba. Compartimos el poquito de “polvo” que nos quedaba y continuamos la marcha.

Llegamos a un buen sitio para acampar y allí lo hicimos. Era una explanada en lo alto de una montaña, con muchos árboles que nos servían de colgaderos. Las escuadras se colocaron organizadamente. Como de costumbre se distribuyeron las guardias.

En la noche, ya de madrugada, sentí un ruido debajo de mi hamaca que me despertó. Vi al Gatico.

—*¿Que pasa?*—, le dije.

—*Que quiero que me prestes tu FAL para hacer mi guardia.*

Él tenía una metralleta.

—*Haz tu guardia con tu arma*—, le dije, coloqué mi FAL conmigo en la hamaca y dormí con él.

En la mañana cuando nos despertamos, algo raro notamos en el campamento, faltaba gente. Había mucho silencio. Todos observábamos la situación, pero nadie pronunciaba palabra. Y comenzamos a notar la ausencia de combatientes que, hasta anoche, estaban con nosotros. Siete combatientes, casi una escuadra completa al mando de Magoya, se había ido sin decirnos nada, separándose definitivamente del grupo guerrillero.

Con él se fue el Gocho Gustavo. Recordé aquella conversación durante la marcha. Gustavo me estaba sondeando. Quería saber cómo pensaba y así ver si podía proponerme incorporarme al plan que tenían. No se atrevió a decirme más, y por eso, de ahí en adelante guardó silencio con relación al tema. Choropo, el Gatico, Tenorio, Zapata, de un grupo de siete guerrilleros, nos abandonaban, dejando un gran vacío entre nosotros. El campamento estaba mudo.

Luben y Miranda, los jefes de la guerrilla, convocaron inmediatamente a una asamblea. Todos nos fuimos colocando en un plancito bien sabroso en el que cabíamos regados, unos sentados en el suelo, otros parados, pero atentos a lo que iban a decir estos dos miembros de la comandancia.

Miranda tomó la palabra haciendo un recuento de la situación:

—*Para nadie es un secreto que estamos en serias dificultades. Hemos tenido información de los golpes que nos han dado en Cojedes, en Portuguesa y en Caracas. Víctor Vega ha traicionado, está colaborando con el ejército y están golpeando a nuestra base social, hay algunos campesinos presos y otros se han ido de los caseríos. Matías ha abandonado definitivamente la guerrilla y hemos confirmado que también se fue Ramiro y eso quiere decir que estamos sin retaguardia, sin recursos, cercados por el ejército y golpeados en la zona y para colmo, este grupo también se ha ido.*

Cuando Miranda nombró a Ramiro me encontraba sentado en el suelo y recostado de un árbol hacia lo último del perímetro del sitio de celebración de la asamblea. Todos los guerrilleros voltearon hacia mí y yo

me sentí triste, adolorido, golpeado. Se trataba de mi hermano, que representaba para mí un símbolo de lucha revolucionaria, era miembro de la comandancia y jefe de la retaguardia del Frente, y se había ido, y estábamos descalzos, con la ropa rota y sin bastimento y era mi hermano, coño, era mi hermano. Esa mirada colectiva de mis camaradas me hizo sentir chiquitico y quise desaparecer.

Cuando terminó la reunión me retiré solo y me quedé pensativo y triste, no quería hablar con nadie y me aislé durante el resto del día. Algún día le pediría una explicación. A la mañana siguiente continuamos la marcha.

Luben estaba al lado de Miranda. Recorría con la vista a cada uno de los combatientes reunidos allí. Con su figura huesuda y desgarrada y su AK siempre terciado, se acomodó el bigote entorchándole la punta como solía hacerlo con frecuencia, tomó aire y se dirigió al colectivo que lo oía con atención:

*—Lo que ha pasado es sumamente grave. Los compañeros han desertado y eso significa traición y yo ordeno que sea quien sea el que los encuentre debe aplicarle la pena máxima por desertores. Si hay otros que no se sientan bien aquí y quieran abandonar la guerrilla, tienen plazo hasta las seis de la tarde para que pidan la baja, el que se pase de ese tiempo y la pida será fusilado inmediatamente.*

El grupo de jóvenes guerrilleros comandados por Magoya rompió el cerco y avanzó desde el estado Trujillo donde se produjo la separación, con rumbo a su tierra, la del zambo José Leonardo, la que años atrás le había permitido la entrada al movimiento guerrillero de Miguel Noguera y Baltasar Ojeda. Allí llegarían a Falcón. No iban pacificados, no, iban a seguir combatiendo al ejército y a seguir construyendo sueños, como aquel pequeño ejército loco que en otras tierras americanas luchó por la soberanía y un mundo nuevo y mejor.

Tenían que combatir para demostrar la vigencia de la lucha armada que no eran desertores como había afirmado Luben. Ahí estaban con las armas en la mano y combatiendo. En la zona de la que conocían cada rincón, con la gente que los vio crecer y los conocía desde niños, como decía aquel guerrero, líder de la Revolución China, como pez en el agua.

El ejército movía sus tropas. Los camiones llenos de soldados estaban allí y circulaban por las carreteras. El mandado estaba hecho, solo ha-

bía que esperarlos. La planificación para ese grupo que conocía como la palma de la mano el terreno, era como beber agua.

— ¡*Muchachos, vamos a pelear pues!*—, les dijo Magoya.

Y le echaron varios vistazos a la carretera, escogieron la curva donde esperarían el paso de los camiones. Se colocaron.

En las emboscadas, a veces la espera se hace muy larga, y en ocasiones los camiones no pasan y la espera puede durar varios días.

Los oídos escucharon el ruido del motor de los camiones.

— ¡*Ahí vienen!*

Y se acomodó cada quien en su sitio. Las armas las tenían ellos y había que quitárselas. El cuerpo tenso, la mirada puesta en la mira en dirección al objetivo y el dedo en el gatillo.

Era el 8 de junio del 68, en la vía de Pueblo Nuevo. Dos camiones del ejército se acercaban. El grupo guerrillero esperó a que se acercaran más y las armas empezaron a vomitar las balas. Los soldados saltaban a la carretera tratando de salvarse, los camiones humeantes quedaban a un lado de la carretera. La sorpresa, factor fundamental en la guerra, los aturdió y daba sus resultados.

El grupo de asalto se lanzó a la conquista de las armas mientras los grupos de contención los protegían. Un teniente y cuatro soldados resultaban muertos y unas cuantas armas pasaban a las manos de la guerrilla. Nuevos combatientes las empuñarían. Se retiraron con el sabor de la victoria.

Mientras Magoya victorioso combatía, el ejército golpeaba a la guerrilla que quedaba de la división producida por los cubanos comandados por el general Ochoa, Luben y Miranda, y con el cual un grupo importante y valioso de guerrilleros venezolanos fueron a parar a Cuba, dejando atrás la lucha guerrillera en Venezuela. El viejo Orozco, el Pelón, Barbisnequi, Jonás, Gervasio, Amílcar, Guyen, Barriguita, el viejo Esteban, Arcadio, Iván y otros tomaron la opción de Luben, Miranda y Ochoa. La mayoría de ellos viajó y allá vivieron muchos años. Barbisnequi murió y sus restos están enterrados en la isla gloriosa.

Los veinticinco combatientes comandados por Douglas Bravo, después de una larga caminata desde los andes de Trujillo, habían llegado a las montañas de María Lionza, en el estado Yaracuy. Se trataba del último

reducto de aquellos cien guerrilleros que salió de esa zona después de la Conferencia de la Montaña, armados de ilusiones y moral combativa año y medio atrás. Ahora, golpeados, regresaban con mucha historia que contar. Habían pasado tantas cosas... Pero ahí estaban, dispuestos a seguir luchando, manteniendo las mismas banderas que los aventaron a incorporarse al movimiento revolucionario superando las dificultades que les tocó vivir.

Lo que quedaba de la columna marchaba extremando las medidas de seguridad, caminando y borrando huellas, en silencio, sin dejarse ver, siempre por picas, a veces de noche, dispuesta a nuevas batallas.

La batalla presente era salirse del peligro y reponer las fuerzas para seguir de nuevo en mejores condiciones. Ahora en desventaja había que huir, es la norma de la guerrilla. No había cansancio, no había dificultad que pudiera más que la mística y la moral. El momento indicaba que tendrían que eludir combates y seguir adelante hacia la zona de alivio donde se encontraba la base social amiga al otro lado de la montaña. Dos carreteras negras de mucha circulación de carros se interponían en el trayecto y había que pasarlas aprovechando la noche. Allá llegaron y en grupos de dos en dos, poco a poco, cuidando de no dejar rastro y tomándole el tiempo al paso de los carros, en cada una pasaron al otro lado adentrándose en el monte y montando campamento. Allí durmieron.

Amaneciendo, la última guardia llamó a levantarse. Mientras recogían las hamacas y se preparaban para seguir la marcha, un campesino pasó cerca del campamento, logró verlos y tuvieron que retenerlo e interrogarlo.

El gobierno estaba por todos lados. No había secreto, ya no pasaban desapercibidos. Otros campesinos que pasaban por el lugar ubicaron el campamento y hubo que agarrarlos a todos. Eso ponía las cosas más difíciles. No podían retenerlos por mucho tiempo ni tampoco llevárselos con ellos, lo que haría la marcha lenta y peligrosa. No les quedó otro remedio, tuvieron que soltarlos.

Los morrales estaban vacíos, no había nada de comida y había que buscarla. Un caserío estaba cerca y tenía bodega y eso era una bendición aunque aumentaba el peligro. Lo otro era seguir avanzando debilitados y con los estómagos vacíos con todas sus consecuencias. Decidieron tomarlo, lo hicieron y compraron toda la comida que había, retirándose en un jeep que estaba en el caserío.

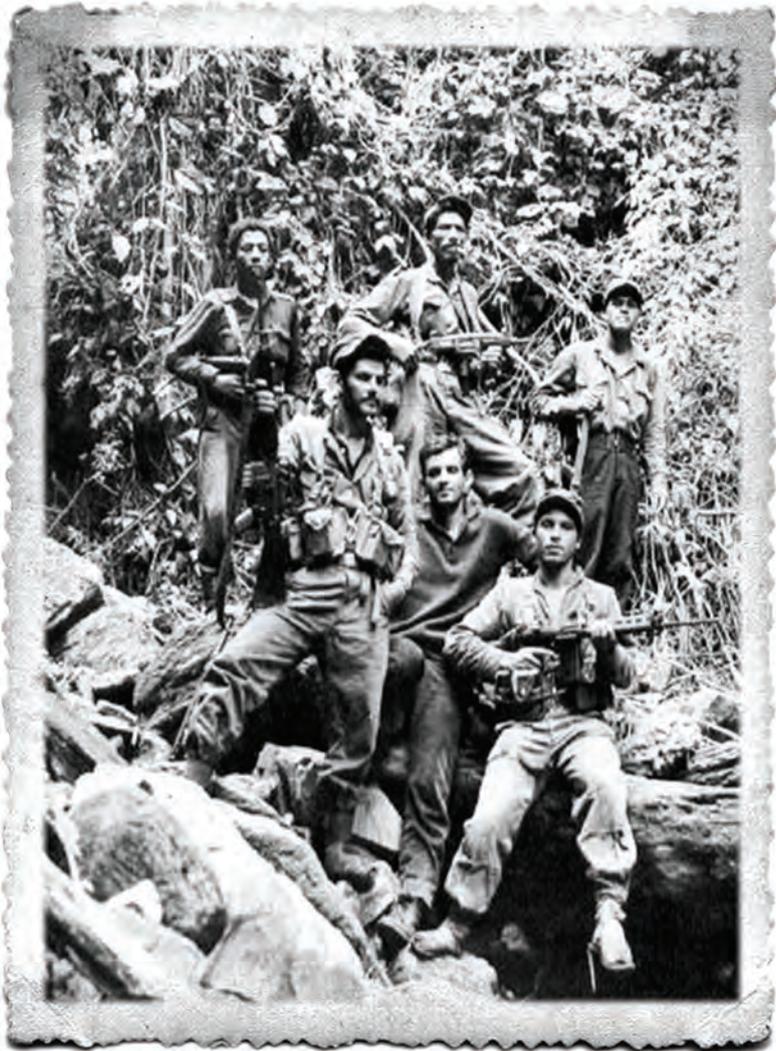
Como era de esperar, la información llegó al ejército, que estando en la zona puso el operativo en marcha para golpear. Abandonaron el jeep y avanzando con rapidez teniendo en cuenta que los soldados vendrían en su persecución. Había que buscar la altura para tener una mejor posición de combate. Regendiendo monte llegaron a la fila de la montaña. Allí acamparon. Se distribuyeron las guardias, controlando los accesos peligrosos.

Carevieja de guardia vencía el sueño y el cansancio, había vaciado el agua de la cantimplora sobre su cabeza. Era de madrugada. Estar alerta era la vida. Su oído agudizado oyó pisadas y notó un movimiento raro. Sin perder tiempo, de hamaca en hamaca en voz de susurro fue despertando a todos los combatientes que inmediatamente se prepararon para un combate que parecía inminente. No había dudas, era la tropa. Todavía estaba oscuro, la noche no era aliada y esperaron a que amaneciera y aclarara un poco.

Con el morral al hombro y el arma dispuesta organizaron el avance, caminaron por la fila y confirmaron, por las huellas que iban dejando los soldados, la presencia del ejército en la misma ruta por donde tenían que pasar.

La guerrilla no combate en inferioridad de condiciones. La iniciativa táctica no se debe perder y ahora estaba en manos del enemigo.

Seguirían avanzando hacia la zona de alivio, no podían salir del rumbo, tendrían que apartarse del camino trazado, seguir en el mismo sentido era toparse obligatoriamente con el enemigo. Darían una vuelta bajando por la falda de la montaña aprovechando una quebradita que bajaba, para luego subir y tomar nuevamente la fila. Comenzó el descenso, uno a uno se metieron en una hondonada entre las montañas, abandonando la altura. El ejército que los había detectado los dejó bajar, se colocó en posición de combate y desde arriba comenzó a disparar. Las balas caían sobre la guerrilla desde la altura dominada por el enemigo. Aquello era un infierno de disparos y cayeron los primeros combatientes. El grupo guerrillero se defendía en inferioridad de condiciones. Los soldados creyéndolos aniquilados se lanzaron al asalto, El combate fue encarnizado y se transformó en cuerpo a cuerpo, a quema ropa. Se producían bajas de ambos lados. La batalla se tornó para la guerrilla en un sálvese quien pueda, cada quien trató de salir como pudo y se dispersaron. Los que no pudieron salir, quedaron en el sitio y fueron masacrados. Rafael (el margariteño) jefe de escuadra, atravesado por



En comisión con el periodista de la Revista Sucesos. Diciembre 1966: Torombolo, Orozco, Hochimín. El Gocho Gustavo, el periodista y, Edgard.

un balazo fue recogido por Serapio, Sánchez y otros combatientes que armaron una parihuela y se lo llevaron, pero cayeron nuevamente bajo el fuego enemigo. Rafael no resistió y murió en el sitio. Federico, Pedro y otros, de un total de diez guerrilleros, perdieron su vida en ese combate, Angelito fue capturado herido.

Cada quien tomó su camino. La guerrilla se desmembró.

Douglas Bravo, el Catire Larralde, Alcides, Sixto y Edgar, que venían en la retaguardia, no habían adentrado mucho en la hondonada, se devolvieron por donde habían entrado y pudieron salir del infierno en que cayeron. Llegaron nuevamente a la fila y desde allí avistaron a los soldados y les dispararon tratando de aliviar la carga sobre los combatientes que todavía estaban atrapados.

Juan Evangelista Terán, el Negro Sánchez, solo, sin el morral que perdió en la refriega, logró salir. Con la tensión del momento vivido y con hambre llegó a un conuco. Tenía que comer algo y con el cuidado necesario se fue acercando al maizal.

Una vez que descartó la presencia enemiga tomó unas cuantas mazorcas de maíz. Una vela y una caja de fósforos como acompañantes permanente del guerrillero eran lo único que cargaba en los bolsillos. Tomó unas cuantas ramas de chamiza que estaban bien sequitas y acomodó la vela en la posición correspondiente, le colocó el fósforo encendido y prendió candela haciendo un pequeño fogón para asarlos como en los buenos tiempos. Las llamas se manifestaron flameantes y colocó los jojotos a cocinar.

Ese era el alimento que le daría las fuerzas para seguir avanzando. Mientras los asaba, un campesino se acercó silenciosamente y lo sorprendió. Sánchez rápidamente colocó el FAL en posición de combate y lo apuntó. Era el dueño del conuco. Hablaron. Al verlo, el campesino supo que se trataba de un guerrillero sobreviviente de los encuentros acontecidos en la zona.

El hombre lo hizo entrar en confianza y bajo el ofrecimiento de comida y ropa, llevarlo a su casa a que se bañara, se afeitara la espesa barba y descansara para luego ayudarlo a salir de la montaña, lo convenció de esconder el FAL.

En condiciones deplorables: con hambre, sin comida, harapiento, cercado, con la persecución enemiga encima, bajó la guardia y aceptó el ofrecimiento. Era una opción de vida. Son esos momentos en que hay

que jugarse el todo por el todo, como en una partida de dados, y se la jugó. El campesino parecía sincero, buena gente.

Guardaron el FAL, llegaron a la casa y cansado, el campesino le dio comida, se recostó y se quedó dormido.

Los soldados se acercaron sigilosamente en posición de combate, rodearon la casa, entraron y lo vieron dormido. En silencio llegaron a él. Sánchez, sin percatarse de lo que pasaba a su alrededor, sumergido en el cansancio, sintió algo frío que tocaba su cabeza. Sobresaltado se despertó y observó que el cañón de un FAL lo apuntaba en la frente, justo entre ceja y ceja. Se le vino el mundo encima y supo que había perdido el juego. Miró con odio al traidor que confundido con los soldados, jubiloso, se regocijaba de su actuación.

El campesino, aprovechando que estaba dormido, fue en busca del ejército. Allí mismo empezaron los interrogatorios, los golpes, la tortura, presionándolo para que delatara a los campesinos amigos y al resto de la guerrilla.

Para que sirviera de escarmiento a la población campesina, lo cargaron amarrado por el cuello, la cintura, descalzo, golpeado y maltrecho, con las manos hacia atrás, por toda la zona, al igual que a aquel revolucionario que, casi dos mil años atrás, pasó una situación similar mientras lo llevaban a la cruz.

Llevado al campo antiguerrillero de Yumare, donde siguieron los interrogatorios y las torturas que acostumbraban en esos sitios, fue enviado procesado por rebelión militar a la cárcel de Maracaibo donde pasó preso varios años. Salió en libertad, solo y sin familia, sufriendo en carne viva, con la crudeza y el dolor con que se viven las derrotas, la derrota del movimiento revolucionario, para morir en la indigencia en los Valles del Tuy donde deambulaba por las calles, cargando su historia y sus sueños de liberar a la patria.

Tres de los guerrilleros que pudieron salir ilesos del enfrentamiento se encontraron y marcharon juntos. Otro combatiente deambulaba solo por la montaña, enfermo con la boca llagada, la fiebre muy alta. Así lo encontraron, lo curaron, lo cuidaron, con el amor, el esmero y la solidaridad que existe entre los revolucionarios, y lo dejaron a resguardo en un montecito con agua, mientras visitaron un caserío donde compraron comida. Allí se enteraron de cómo el ejército cargaba al Negro Sánchez. Por la mente les pasó la idea de rescatarlo.

Era una locura, el ejército era muy superior.

Se debatían entre la rabia y la impotencia. Pero sí podían buscar al traidor que había entregado a Sánchez, lo averiguaron y allá fueron a buscarlo, lo encontraron y lo fusilaron.

Douglas Bravo bajó de la montaña por los lados de Clavillazo. El resto siguió rumbo a Falcón tras las huellas de Magoya.

Las operaciones de Magoya y su pequeño grupo guerrillero aliviaban la ofensiva contra los guerrilleros golpeados con bajas muy sensibles en Sabana Larga. La prensa titulaba la presencia en Falcón de guerrillas comandadas por Magoya. Y el ejército, a través del general Pardi Dávila, daba los partes de los nuevos encuentros.

En el sector el Tesoro, el pequeño ejército loco comandado por Magoya realizó una nueva emboscada contra las tropas del gobierno, ocasionándole nuevas bajas. Los militares salieron a perseguirlos ayudados por el traidor Juan Bautista Galíndez (Calderón), guerrillero que había sido capturado y se había pasado a formar parte del enemigo. La guerrilla los esperó. Se desplazaban en un jeep. El traidor venía con ellos indicándoles la zona por donde podía encontrarse el grupo de revolucionarios.

El jeep se acercaba y pudieron ver a Calderón. Era el momento de cobrarle las cuentas. Los esperaron en una curva inclinada y empezó el tiroteo, en el sitio de Loma Larga. El jeep recibía la descarga de los fusiles. Los tripulantes, tres soldados, resultaban muertos. El traidor herido trató de huir y salió corriendo del jeep, lo persiguieron y lo abatieron. Calderón había pagado su traición. Nuevamente se capturaban armas y pertrechos.

Los titulares de la prensa anunciaban las operaciones del grupo dirigido por el comandante Magoya. Su nombre, a punta de emboscadas y acciones revolucionarias, fue tomando prestigio y Magoya se fue haciendo Magoya.

El Catire Larralde se había recuperado de los momentos difíciles vividos y junto a Alí Rodríguez, sale en comisión ordenada por la dirección del PRV a las montañas de Falcón a buscar a Magoya. Después de mucho buscar lo encuentran y lo nombran Primer Comandante del Frente Guerrillero José Leonardo Chirino.

## Reorganizando la guerrilla urbana

Había bajado a Caracas con la idea de incorporarme a la reorganización de las unidades guerrilleras urbanas, prácticamente desarticuladas. Los golpes recibidos en el año 67 habían sido muy duros y los combatientes que quedaron estaban dispersos. Y era nuestra tarea encontrarlos y reorganizarlos. Así llegué a Caracas e inmediatamente me puse en contacto con la Dirección.

Junto a Diego Salazar y a Pedro Lozada conformamos el Comando Nacional Urbano que dependía de la Comandancia Nacional. Y así empezamos.

Cuatro Unidades Tácticas de Combate (UTC) se conformaron, dos bajo la dirección de Pedro Lozada (Varguitas) y dos bajo mi dirección. Diego Salazar era el jefe. La situación de recursos financieros era precaria. No teníamos ni para movernos, cada quien tenía que resolver por su vía como pudiera. El armamento era suficiente, sin ser gran cosa. Con él podíamos bandearnos. Las operaciones que nos planeamos, por esta razón, eran de tipo económico.

Logramos realizar dos operaciones financieras que nos dieron un airecito. Pero nuevas dificultades aparecían. Contradicciones con Varguitas producían una nueva división en nuestras filas. Varguitas se iba con todo el armamento que estaba bajo su cuidado y con dos unidades que dejamos que se llevara para que nos permitiera ubicar el sitio donde las guardaba. La labor de inteligencia dio los resultados esperados y

logramos recuperarlas. Pero el nuevo traspíé nos quitaba operatividad. Sin embargo, en operación comando, operamos en la UCV. Vladimir Crespo, muerto en combate tiempo después en las montañas de oriente, y el Chamo Sosa Borregales, entraron con el Flaco Prada. El Flaco dio un discurso a los estudiantes congregados en el auditorio de la Facultad de Humanidades arengándolos a la participación en la lucha revolucionaria. Napoleón se quedó al frente del volante del carro de retirada, y yo, junto con otros combatientes nos encargábamos de la protección en los pasillos. Aunque la UCV era un territorio que brindaba cierta seguridad, la presencia del Flaco, tan buscado por la policía, nos obligaba a realizar la operación tomando en cuenta todas las medidas, y así lo hicimos.

Habíamos culminado la reunión. Salimos del apartamento que quedaba detrás del puesto de socorro de la esquina de Salas. La UTC que realizaría una operación financiera para el siguiente día le había dado los últimos toques al plan. Las armas estaban allí: cuatro cortas, una metralleta y dos granadas. Diego me las entregó y bajamos del apartamento. Enfrente un hombre nos miraba maliciosamente. Nos llamó la atención y ese hecho nos llevó a regresarle los yerros a Diego. Le entregué el maletín, se montó en su carro y se fue.

Arrancamos con dirección al objetivo a darle la última vista. Tomamos la avenida Baralt, pasamos por Quinta Crespo, avenida Páez, El Pinar, Cota 905...

En la Cota 905 detrás de nosotros viene una patrulla policial que no se despega. Napoleón al volante del carro se da cuenta por el retrovisor y nos lo informa.

—*Baja la velocidad, para que nos pase*—, les dije. La patrulla la bajó igual.

—*Auméntala*—, y la patrulla la aumentó.

—*Nos vienen siguiendo ¡dale duro!*

Napoleón era buen chofer y le metió la chola a fondo. Le dimos a toda velocidad y la patrulla pegada atrás sin perdernos de vista. No era seguimiento, era persecución. Llegamos al final de la Cota y en la redoma de la India, patrullas que venían de las diferentes vías que confluyen allí, en un total de ocho, nos interceptaron. Era un bombardeo de patrullas, como flechas dirigidas hacia un punto: nosotros. Salían de todos lados.

En segundos nuestra realidad había cambiado. No hubo alternativa, estábamos presos. Apuntándonos con sus armas y a empujones nos sacaron del carro y nos lanzaron al suelo de la redoma, nos requisaron y nos preguntaron insistentemente por el maletín y las armas. Y buscaron y buscaron y no los encontraron y nos volvían a preguntar, hasta que se cansaron y nos montaron en diferentes patrullas y tocando sirenas, alardeando su victoria, fuimos trasladados al cuartel de policía de Cotiza.

No había dudas, una delación que no supimos de dónde vino nos entregaba.

A pesar de todo salimos bien, no nos echaron plomo, porque de hacerlo nos hubieran matado. El oficial que comandaba ufanándose de la limpieza de la operación, nos decía:

*—Todas las policías andaban detrás de ustedes. Tuvieron suerte de ser nosotros los que los ubicamos porque otros los hubieran encendido a plomo.*

Era el 21 de noviembre de 1968, Día del Estudiante Universitario y yo tenía veintidós años.

Idulfo Rojas, el Chamo Sosa Borregales, Napoleón Jurado y yo empezábamos a recibir los tormentos que otros habían recibido antes.

El Chamo Sosa Borregales sucumbía. No soportó la presión y las torturas y se comprometió con la policía.

El paso que lo convertía en funcionario policial lo atormenta, no lo dejaba dormir. Las pesadillas, los sobresaltos, el llanto... el abandono de sus sueños revolucionarios. El enemigo lo tenía y lo seguiría presionando. Dentro de sí, perturbado, vivía la cruenta lucha interna entre su vergüenza, sus convicciones y su debilidad. De familia pobre, había nacido y se crió en el barrio de Lídice al norte de Caracas. Jovencito, casi niño, se incorporó a la lucha revolucionaria. No iba a convertirse en perseguidor de sus antiguos camaradas, pero estaba en las manos de la policía política. ¿Cómo romper las amarras? ¿Cómo superar la situación?

Lo conocí en la División de Menores de la Policía Técnica Judicial. Nos encontrábamos presos. Era el año sesenta y tres. Tendría tal vez quince años. Era flaquito, catire, de rasgos finos y dinámico, activo, vivaz.

El calabozo de la División de Menores estaba ubicado, con su puerta de entrada, en una sala dividida por una reja de barrotes que no llegaban

al techo, donde nos encontrábamos los menores detenidos. Del otro lado de la reja, un escritorio con espacio para la presencia de los funcionarios. Tarde en la noche cerraban la puerta de entrada y la oficina quedaba sola. En las gavetas del escritorio se encontraban, entre otras cosas, las boletas de libertad que entregaban a los que tenían la suerte de lograrla.

Cierta noche, cuando los funcionarios habían salido de la oficina como lo hacían con regularidad, un grupo de muchachos saltó la reja, revisó el escritorio y sustrajo dos boletas de libertad, selladas pero no firmadas. En la tarde cuando las repartieron a los liberados del día se copió la firma autorizada. Con las boletas en la mano, anunciamos:

— ¡*Quién se quiere ir!*

Y el Chamo levantó la mano...

No lo volví a ver hasta que, años después, lo encontré incorporado a nuestra Unidad Táctica de Combate. Y en esos momentos en que se hace un alto en las actividades, conversando, descubrí que aquel carajito era el mismo muchacho que hoy militaba conmigo en la misma organización revolucionaria.

Nos reuniríamos esa noche con la dirección de Caracas y regresaríamos al día siguiente. A las cinco de la tarde lo fui a buscar a su concha en un edificio detrás del puesto de socorro. Tomaríamos la autopista en dirección al litoral. Como era norma para quien no conocía el sitio de reunión, cuando llegamos a la Guaira le pedí que cerrara los ojos. Así lo llevé hasta la casa que quedaba en una urbanización en Tanaguarena. Nos esperaban el Chino Daza, Diego, la Catira Yolanda y otros compañeros. Estacioné el carro en el garaje y le dije que abriera los ojos, y entramos. Allí estaban los camaradas.

El Chino era uno de los revolucionarios más buscados por los cuerpos represivos. Su cara y su nombre con frecuencia ilustraban las páginas amarillas de los periódicos. Lo querían vivo o muerto o más muerto que vivo.

El hijo de la señora dueña de la casa salió del cuarto. El Chamo y él se vieron, se reconocieron, se saludaron y conversaron durante un rato. El Chamo había trabajado en la cantina del colegio donde estudiaba el muchacho, en esas casualidades que uno quisiera que no existieran. Allí se conocieron.

La reunión terminó tarde, nos acostamos y en la mañana temprano partimos de la misma forma en que llegamos. Con los ojos tapados salió hasta que le dije los abriera llegando a la autopista.

Doblegado por las torturas y sumergido en su debilidad, con la moral en el suelo le informa a la policía que puede entregar al Chino.

—*Yo sé cómo llegarle*—, les dice.

Los policías saltan de alegría, se frotan las manos. Muchos años tenían buscándolo y no lo podían ubicar. Era la oportunidad de oro y no iban a desperdiciarla. Los jefes policiales se reúnen y organizan el plan. La comisión va con los policías que son capaces de todo, a los que no les tiembla el pulso a la hora de matar. Las patrullas encienden los motores, se montan los funcionarios, y a toda velocidad salen rumbo al litoral. El Chamo va con ellos. Él no sabe llagarle a la casa, no la ubica porque lo llevaron con los ojos tapados. Dio vueltas y más vueltas y no la encontró. La comisión policial lo presiona de nuevo y les dice que él sabe donde estudia el hijo de la señora de la casa y van al colegio de curas en el que estudiaba el muchacho y buscan al director, un sacerdote católico. Era de mañana y comenzaban las labores escolares.

Entraron atropelladamente a la oficina de la dirección y preguntaron por el muchacho, pero el muchacho no había asistido a clases ese día.

Los policías con voz autoritaria dijeron al sacerdote:

—*Queremos que nos dé su dirección.*

—*En este momento no la tengo, vengan a la tarde*—, contestó.

—*¡Es ya!*—, dijeron amenazantes

—*Tendrán que esperar*—, les repitió.

Los policías se retiraron pero se quedaron afuera.

Conocía al muchacho y a su mamá y no iba a permitir que los atropellaran. Como pudo, el sacerdote de origen vasco, Felipe Izcatureaga, se cambió de ropa, burló la vigilancia policial, prendió el carro y se dirigió velozmente a la casa del muchacho. Tocó la puerta. La señora abrió y sin perder tiempo en saludo le dijo:

—*¡Rápido! ¡Rápido! Deme todo lo que tenga comprometedor, métalo en el carro que para acá viene la policía.*

La señora, nerviosa, asustada, temblorosa, recibiendo el impacto de lo que oía de la voz de aquel ángel salvador, sacaba papeles y materiales

que metían apresuradamente en la maleta del vehículo hasta que no le cupo más nada. El sacerdote, con la maletera repleta de materiales subversivos, se retiró de la casa, paró el carro en el estacionamiento del colegio como si nada hubiese pasado, se puso nuevamente la misma ropa anterior, se dirigió a su oficina y esperó a la policía que llegó a que les diera la dirección de la casa del muchacho. Gustoso se las dio, mientras sonreía satisfecho de la labor cumplida.

La señora se quedó esperando a la policía que allanó y no encontró nada que la comprometiera. Se la llevaron, la interrogaron y a los ocho días la soltaron.

El Chino Daza, consecuente con las normas de clandestinidad, se había retirado de esa concha desde el mismo momento de nuestra detención.

El Chamo se sentía entre la espada y la pared. Derrotado, herido en el alma, apela a su vergüenza, a las reservas morales todavía presentes en él. No podía seguir avanzando el camino que lo convertiría en una piltrafa humana.

—*¡No, no iré más allá!*

Y lo pensó y reflexionó. Sabiendo el riesgo a que se exponía, decidió ir a donde lo esperaban sus ex compañeros, a los que en un momento de debilidad había traicionado. Para él no había otra alternativa. Prepara su entrega a una unidad revolucionaria y exige que lo fusilen.

—*Aquí estoy, merezco la muerte.*

Asiste al contacto, solo, cumpliendo con la palabra empeñada, donde sabe que va a morir, y allí están esperándolo, y se va con ellos, y le hacen el juicio y lo ejecutan el 28 de diciembre de 1968 en la UCV, detrás de la Escuela de Bioanálisis.

¿Qué se podía hacer con él? ¿Dejarlo a su cuenta para que en manos de la policía se convirtiera en perseguidor y torturador de sus excamaradas? ¿Incorporarlo de nuevo a una unidad revolucionaria después del error cometido? ¿Podría ser aceptado? ¿Qué precedente se crearía si se aceptaba su incorporación?

Su actitud poco común, tal vez única, en esa Venezuela en guerra revolucionaria, polarizada y convulsa de los años sesenta, lo renace de sus cenizas. Su vergüenza, su valentía, su honor, vencen a su debilidad, a su miseria, en esa lucha interna que seguramente vivió, y que lo llevó,

consciente de la gravedad del error cometido, a decidir entregar voluntariamente la vida, lo que lo reivindica, más allá del hecho condenable en que lamentablemente cayó. Tenía 20 años y dos pequeños hijos.

Idulfo Rojas, Napoleón Jurado y yo, después de pasar por el cuartel de la policía de Cotiza, el SIFA, la Digepol, el campo antiguerrillero de Yumare (T05) y sufrir maltratos y torturas, fuimos a parar al cuartel San Carlos, procesados por el delito de rebelión militar. Napoleón salió a los dos meses. Idulfo y yo estuvimos una larga estadía en ese recinto carcelario, junto a otros revolucionarios. Fuimos condenados por el Consejo de Guerra de Caracas, a ocho años y ocho meses de prisión, decisión que fue revocada por la Corte Marcial con sentencia absoluta. El 14 de noviembre de 1972, faltando siete días para cumplir los cuatro años, recobramos la libertad...

Mi papá y Reyna, mi compañera de entonces, emocionados y alegres, me esperaban en la calle a las puertas del Cuartel San Carlos.

Las razones por la cuales combatimos permanecían iguales. Pero la situación no era la misma, había cambiado. Habíamos perdido esta batalla. Vendrían otras.

La lucha por la liberación nacional y el socialismo continuó en nuevas circunstancias, enderezando entuertos, andando y creando nuevos espacios y caminos. Quedó atrás aquella contienda que dejó sembrada en la historia a una generación que en los años sesenta se atrevió a luchar por la revolución socialista, quiso tomar el cielo por asalto, desafió al Estado capitalista, intentó ser poder y regó con su sangre y su sacrificio nuestro querido suelo venezolano, buscando sueños de igualdad... de soberanía... de patria libre...

*Humberto Vargas Medina*

## **Himno del Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos**

Autor: Capitán Elías Manuitt Camero

Frente Guerrillero José Leonardo Chirino

Sierra Iracara, Mayo de 1962.

SOLO

Campeño, obrero, estudiante,  
Lucharemos por ti hasta morir,  
Valerosa mujer de mi tierra  
Ya te miro empuñando el fusil.  
Vengaremos los muertos sagrados  
Y la patria jamás llorará,  
Lanzaremos al mar las cadenas  
Que nos privan de la libertad.

CORO

Adelante guerrilleros  
¡Viva la revolución!  
Por montañas y ciudades,  
En la patria el corazón.  
Venezuela nos reclama,  
Nuestra lucha es a vencer,  
¡Libertad! Ya clama el pueblo,  
Dejemos todo por él.

SOLO

Por el sueño de siglos de un pueblo.  
Carcomido por la explotación  
Bajo el yugo del pulpo extranjero,  
Triunfará nuestra revolución.  
Lucharemos por ti pueblo amado,  
Temblará el asesino y traidor,  
¡Venezuela empuña las armas  
Y conquista tu liberación

CORO

Adelante...

Himno del Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos

**Fundación**  
Juan Vives Suriá

**REMEMBRANZAS  
DE UN GUERRILLERO  
DE LOS AÑOS SESENTA**



## Comentarios a la primera edición

---

*“Hermano, llevo la mitad del libro, qué historia tan hermosa y arrecha”*

**Moisés Pereira, 14 de octubre 2010**

*“Ese es el mensaje y las vivencias que estamos obligados a darle a los muchachos y que sus padres no se lo quieren contar. La lucha continúa”*

**Negro Puro,  
Valencia, 14 de octubre 2010**

*“Hola hermano felicitaciones por el éxito de tu libro, que exquisita lectura, la estoy disfrutando”*

**Negro Puro, Valencia,  
14 de octubre 2010**

*“Amigo he leído tu obra nacida de las luchas de sueños, esperanzas, de ideas galopantes en el ariete de la historia. Ejemplo viril que ilumina”*

**Héctor Halegueis, La Victoria,  
14 de octubre de 2010**

*“En hora buena la aparición de tu libro. Oportuno en estos tiempos de tempestad. Que su contenido sea luz guiadora. Abrazos.*

*La historia hecha didáctica para las nuevas generaciones, sin falso protagonismo, con dignidad y mucho amor. Abordas lo esencial”*

**Jesús Mujica, Prof. UBV Paraguaná,  
9 de noviembre 2010**

*“Felicitaciones por tu libro y entrevista.. Un abrazote a Yolanda. Siempre los recuerdo”*

**Rosalba Álvarez,  
hija de Ramón Antonio Álvarez, asesinado por la DIGEPOL junto a  
Federico Bottini Marin, desde Cuba, 9 de noviembre 2010**

Remembranzas...

*“Acabo de leer su libro el cual me llevó en más de un capítulo casi a las lágrimas. Sinceramente lo felicito por su excelente memoria”*

**Profesora Lisneth,  
16 noviembre 2010**

*“Cuando digo que Remembranzas... le llega al corazón hermoso del ser humano, es así. Orgullosa y honrada de acompañarte en esta etapa de tu vida... es mía”*

**Yolanda,  
28 de noviembre 2010**

*“Una de las virtudes de su libro, además de lo intensos, emotivos y bien narrados y documentados hechos, es la pasión con que son expuestos y la fibra humana de quienes fuimos sus protagonistas. Me incluyo y me honra hermano.*

**Saturno,  
0 de diciembre 2010**

*“Hola bella. Feliz año. Gracias por el libro y felicítame a tu papá por tan buen libro. No me puedo apartar de su lectura. Es excelente. Me gusta mucho”*

**Cecilia Graterol,  
a Livia, 4 de enero 2011**

*“Hola ¡Feliz año! Aquí estoy muy cerca de ti y de toda tu familia a partir del excelente libro de Humberto. Está muy bueno y no logro apartarme de su lectura”*

**Cecilia Graterol,  
Profesora UCV**

*“Queridas amigas, camaradas... (Livia e Inés):*

*En estos 25 días en que no me he podido tomar el café que todas las tardes me tomaba con el viejo Luis, la rabia que ha sido mi compañera, no me ha dejado soltar una lágrima, pero tampoco una sonrisa.*

*Ayer mi amante compañera me entregó el libro que tantas bolas le jalé a Livia que me diera. Desde ayer hasta hace unos pocos minutos no pude dejarlo. Me brotaron tantos cuentos de mi viejo y mis tíos de la época de la guerrilla. Hay muchas coincidencias con mi familia (procedentes también del cementerio y maestras normalistas de la*

Humberto Vargas Medina

*Gran Colombia donde también yo estudié hasta que me expulsaron por secuestrar un autobús con mi hermano Godie, arrechos por el aumento del pasaje y del litro de leche). He llorado y reído todo lo que no me había permitido... muchos nombres de mi vida salen en el libro: el chino Daza (gran amigo de la casa y otros). Ha sido la mejor terapia que podía haber tenido... de allí venimos. Ya me siento preparado para unos tragos, ya que ni tiro ni bebo cuando estoy triste y/o arrecho (...)*

*Papá decide fugarse a Barquisimeto cuando supo que no aguantaría la tortura, temió no tener la fuerza suficiente. Algunas veces pensé que papá era un cobarde y se lo decía cuando peleábamos. Hoy después de leer Remembranzas... del viejo Vargas lo veo todo tan distinto... y no estando... lo quiero más”*

**Siul Rodriguez,  
Prof. de la UBV**

*“Hoy pude terminar de leer el libro, es muy arrecho para los que hoy creen que ser revolucionario es lo que estamos viendo y desconocen la historia”*

**Alicia,  
24-04-2011**

*“Bueno me quedo hasta tarde leyéndolo casi lo termino, hay que releerlo, tremendo documento, tiene errores en la secuencia, pero eso pierde importancia por lo conmovedor. Todo un acontecimiento de nuestra historia reciente. Muy bueno, hay que leerlo de nuevo, llevan a uno al sitio de los acontecimientos, como el diario del Ché, uno no se cansa de leerlo y meditarlo y también sufrirlo. Gracias camarada, hay que aprender de todas esas historias y no olvidarlas nunca”*

**Ramón Medina,  
Maracay**

*“Hola, Livia! Hoy tuve el honor de reunirme con tu padre para planificar la presentación el próximo 7 de julio de su libro, que leí con infinito entusiasmo, en el Instituto Museo de las Culturas del Llano, que dirijo desde el pasado marzo en Barinas. Será un acto magnífico, para honrar la eterna insurgencia de nuestros viejos camaradas de siempre. Un abrazo, Leonardo...”*

**Leonardo Ruiz Tirado,  
28 de junio de 2011**

# ÍNDICE

---

9	Agradecimientos
11	Comentarios a la segunda edición
13	Notas a la segunda edición de
15	Presentación
17	Introducción
48	La muerte de Enriquito
57	La toma de barrio y el policía cojo
65	Caída y fuga
80	La misión militar norteamericana
80	y el secuestro del coronel Smolen
96	La muerte de mi madre
101	El viaje a Cuba
125	El regreso
141	Rumbo a la guerrilla
159	Fernando
167	El Barrial
173	Llegaron los cubanos
177	Fusilamiento del traidor
183	El desembarco
185	El encuentro de Las Guabinas
192	Marcos y yo
196	La odisea de Cojedes
207	La soledad de Mochila
212	Detención y desaparición de Marcos
216	La muerte de Almérica Bolívar (Melchor)
222	La campaña de los Andes
242	Las Cortaderas
254	La muerte de Claudio
261	La muerte de Plutarco y el Loco Fabricio
267	Magoya se hace Magoya
277	Reorganizando la guerrilla urbana
284	Himno del Frente Guerrillero José Leonardo Chirinos
286	Comentarios a la primera edición

**Fundación**  
Juan **Vives** Suriá

Se terminó de imprimir  
en Caracas - Venezuela  
en el año 2013.  
La edición consta de  
3.000 ejemplares.

